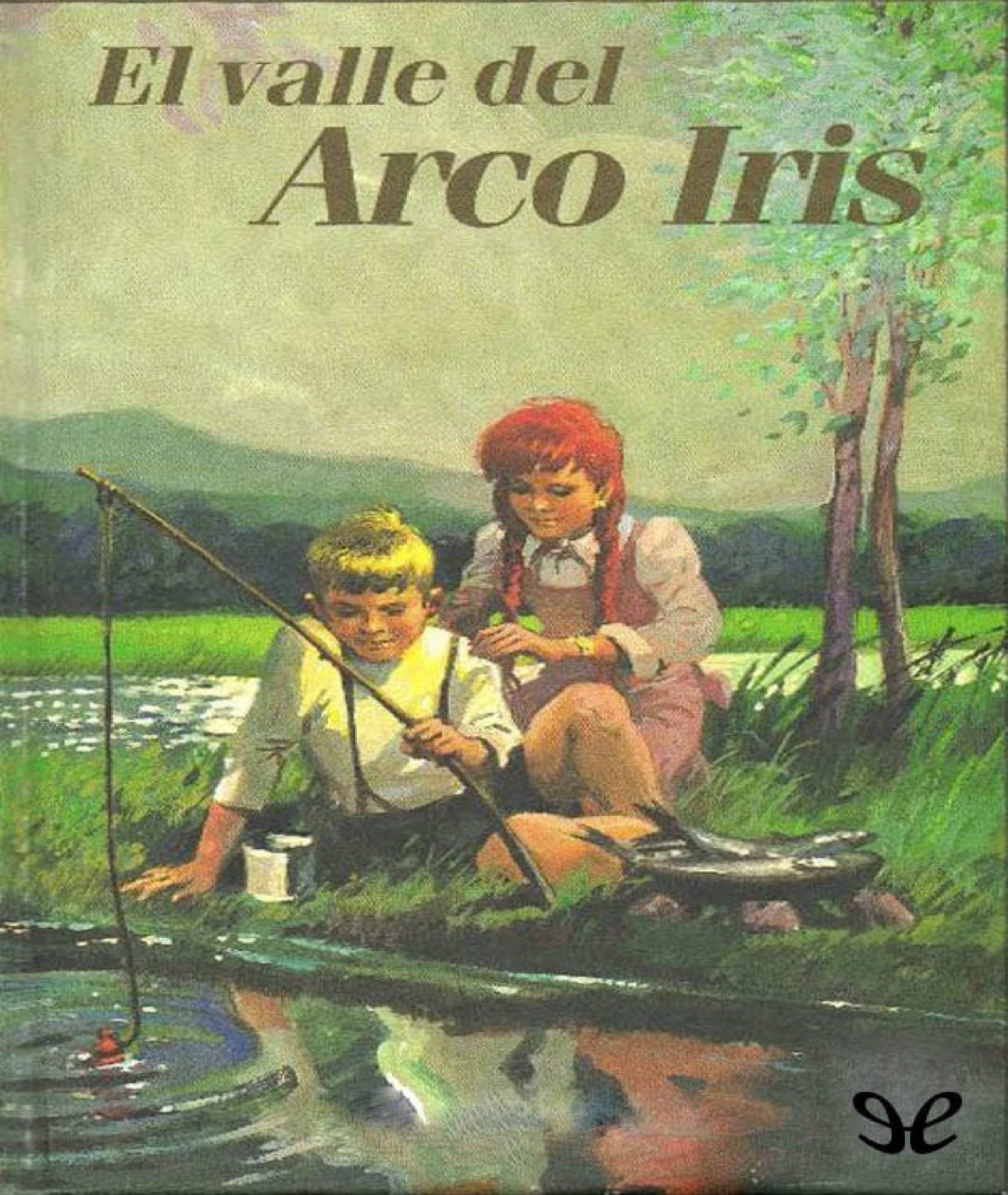
LUCY MAUD MONTGOMERY

El valle del Arco Iris



Ana Shirley, la protagonista de la serie, es desde hace más de quince años Ana Blythe, casada con el amor de su juventud, el médico Gilbert Blythe, viven en Ingleside, una gran casa en Glen St. Mary, en la Isla del Príncipe Eduardo. La pareja tiene seis hijos: Jem, Walter, las mellizas Nan y Di, Shirley y la pequeña Rilla.

De vuelta de un viaje durante tres meses, junto a Gilbert por Europa, Ana es puesta al corriente de todos los chismes y sucesos que han ocurrido durante su ausencia, entre ellos, la llegada a Glen St. Mary del nuevo Pastor presbiteriano, John Meredith, un viudo atractivo y despistado, padre de cuatro niños, Jerry, Faith, Una y Carl. Sin madre y con un padre demasiado indulgente, los niños de la rectoría serán la comidilla de la pequeña población de Glen, debido a su rebeldía y ausencia de una educación y modales apropiados.

Lucy Maud Montgomery

El Valle del Arco Iris

Ana de las Tejas Verdes - 7

ePub r1.5
Titivillus 12.04.15

Título original: *Rainbow Valley*
Lucy Maud Montgomery, 1919
Traducción: Diana Trujillo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

1. Otra vez en casa

Era un claro atardecer de mayo, color verde manzana, y el Puerto de Cuatro Vientos reflejaba las nubes del ocaso dorado en sus costas suavemente oscuras. El mar gemía lúgubre en el banco de arena; incluso en primavera era un sonido triste, pero un viento astuto y jovial venía silbando por el camino rojo del puerto, por el que la figura matriarcal de la señorita Cornelia se encaminaba hacia el pueblo de Glen St. Mary. La señorita Cornelia era, para hablar con justicia, la señora Elliott; hacía ya trece años que estaba casada con Marshall Elliott, pero todavía eran más los que se referían a ella como a la señorita Cornelia que como a la señora Elliott. El anterior era un nombre querido para sus viejos amigos; sólo uno de ellos dejó de usarlo, desdeñosamente. Susan Baker, la oscura, severa y leal criada de la familia Blythe, nunca perdía ocasión de llamarla con gran énfasis «señora de Marshall Elliott», como diciendo: Querías ser señora y señora serás en lo que a mí respecta.

La señorita Cornelia iba a Ingleside a ver al doctor Blythe y a su esposa, que acababan de regresar de Europa. Habían estado ausentes tres meses, pues partieron en febrero para asistir a un famoso congreso médico en Londres y, durante su ausencia, tuvieron lugar en Glen ciertas cosillas que la señorita Cornelia estaba ansiosa por comentar. Por ejemplo, había una nueva familia en la casa del pastor. ¡Y qué familia! Mientras avanzaba a paso vivaz, la señorita Cornelia sacudió la cabeza varias veces sólo de pensar en ellos.

Susan Baker y Ana Shirley la vieron venir desde la gran galería de Ingleside, donde estaban sentadas disfrutando del crepúsculo, la dulzura de los soñolientos petirrojos que silbaban entre los arces en penumbras y la danza de un impetuoso grupo de narcisos que se agitaban contra el viejo muro de ladrillos del jardín.

Ana estaba sentada en los escalones con las manos enlazadas alrededor de una rodilla, con un aire tan infantil como puede tenerlo una madre de varios hijos; y los hermosos ojos verdes grisáceos, que contemplaban el camino del

puerto, estaban tan llenos como siempre de insaciable resplandor y ensoñación. Detrás de ella, en la hamaca, se acurrucaba Rilla Blythe, una regordeta criaturita de seis años, la menor de los niños de Ingleside. Tenía rizos rojos y ojos color avellana que ahora se encontraban firmemente cerrados, con esa manera tan graciosa que tenía Rilla de dormir.

Shirley, el niñito moreno, como lo definía el *Quién es Quién* de la familia, dormía en brazos de Susan. Tenía cabellos castaños, ojos pardos y piel trigueña, y las mejillas muy rosadas; era el preferido de Susan. Después de su nacimiento, Ana estuvo enferma durante mucho tiempo y Susan hizo el papel de madre con una ternura tan apasionada como ninguno de los otros niños, si bien ella los quería mucho, había logrado despertar. El doctor Blythe decía que, de no ser por ella, la criatura no habría vivido.

—Yo le di la vida tanto como usted, mi querida señora —solía decir Susan—. Es tan hijo mío como suyo.

Y, verdaderamente, era siempre a Susan a quien Shirley iba a buscar para que le diera un beso cuando se lastimaba, a que lo meciera para dormirse o a que lo protegiera de palizas bien merecidas. Susan había castigado sin resquemores a todos los niños Blythe cuando consideraba que lo necesitaban para el bien de sus almas, pero nunca pegaba a Shirley ni permitía que su madre lo hiciera. Una vez el doctor Blythe le pegó y Susan se indignó violentamente.

—Ese hombre es capaz de pegar a un ángel, mi querida señora —declaró amargamente, y durante semanas se negó a preparar pastel para el doctor.

Durante la ausencia de los padres de Shirley —los otros niños fueron a Avonlea—, lo llevó con ella a casa de su hermano y lo tuvo sólo para ella durante tres benditos meses. Sin embargo, Susan se alegraba de estar de regreso en Ingleside, con todos sus bienamados alrededor. Ingleside era su mundo y en él reinaba como majestad suprema. Incluso Ana cuestionaba rara vez sus decisiones, para disgusto de la señora Rachel Lynde de Tejas Verdes que, cada vez que visitaba Cuatro Vientos, decía a Ana, con aire sombrío, que estaba permitiéndole a Susan mandar demasiado y que llegaría el día en que lo lamentaría.

—Ahí viene Cornelia Bryant, mi querida señora —anunció Susan—. Seguramente viene a atiborrarnos con tres meses de chismes.

—Eso espero —contestó Ana, abrazando sus rodillas—. Me muero de ganas de escuchar chismes de Glen St. Mary, Susan. Espero que la señorita Cornelia pueda contarme todo lo sucedido mientras estuvimos ausentes, todo: quién ha

nacido, se ha casado o se ha emborrachado; quién ha muerto o se ha ido o ha vuelto o se ha peleado con quién; quién ha perdido una vaca o ha encontrado novio. Es delicioso estar otra vez en casa con toda la gente de Glen; quiero saber todo sobre ellos. Recuerdo que, mientras recorría la abadía de Westminster, me preguntaba con cuál de sus dos pretendientes terminaría casándose Millicent Drew. ¿Sabe, Susan? Tengo la terrible sospecha de que me encantan los chismes.

—Bueno, por supuesto, mi querida señora —admitió Susan—, a cualquier mujer que se precie de tal le gusta enterarse de lo que pasa. A mí me interesa bastante el caso de Millicent Drew. Yo nunca he tenido un pretendiente, y mucho menos dos; ahora ya no me importa; ser una vieja solterona no duele una vez que te acostumbras. A mí me da la sensación de que Millicent se peina con una escoba. Pero al parecer a los hombres eso no les importa.

—Ellos sólo ven su cara bonita, risueña y seductora, Susan.

—Muy bien puede ser, mi querida señora. El *Buen Libro* dice que el favor es engañoso y la belleza es vana, pero a mí no me habría molestado haberlo descubierto por mí misma, si así hubiera estado dispuesto. No tengo dudas de que todos seremos hermosos cuando seamos ángeles, pero ¿qué utilidad tendrá entonces? Hablando de chismes, dicen que la pobre esposa de Harrison Miller, del puerto, trató de ahorcarse la semana pasada.

—¡Ay, Susan!

—Tranquilícese, mi querida señora. No lo consiguió. Aunque no me extraña que lo haya intentado, porque el marido es un hombre terrible. Pero ella fue muy tonta al tratar de colgarse y dejarle el camino libre para que se case con alguna otra mujer. Yo, en su lugar, mi querida señora, le habría fastidiado hasta que fuera él el que intentara colgarse. Aunque no estoy de acuerdo con que la gente se cuelgue bajo ninguna circunstancia, mi querida señora.

—¿Qué es lo que pasa con Harrison Miller? —preguntó Ana, impaciente—. Siempre lleva a los demás a los extremos.

—Bueno, algunos lo llaman religión y otros lo llaman maldición, con perdón, mi querida señora, por usar semejante palabra. Parece que no pueden decidir cuál de las dos cosas es el caso de Harrison. Hay días en los que pelea con todo el mundo porque cree que está condenado al castigo eterno. Y hay días en los que dice que no le importa nada y va y se emborracha. Mi opinión es que no está en sus cabales, como toda esa rama de los Miller. El abuelo se volvió loco. Se creía rodeado de grandes arañas negras. Le caminaban por encima y flotaban en el aire frente a sus ojos. Yo espero no volverme loca nunca, mi

querida señora, y no creo que me suceda porque no es costumbre de los Baker. Pero, si la Providencia así lo dispone, espero que mi locura no tome la forma de grandes arañas negras; detesto esos bichos. En cuanto a la señora Miller, no sé si en realidad es digna de lástima o no. Hay quienes dicen que se casó con Harrison por despecho hacia Richard Taylor; lo cual me parece una razón muy pobre para casarse. Pero claro que yo no soy quién para opinar en cuestiones matrimoniales, mi querida señora. Ahí está Cornelia Bryant, en el portón; voy a poner este bendito niño moreno en su cama y a traer la costura.

2. Chismorreando

—¿Dónde están los niños? —preguntó la señorita Cornelia cuando los saludos (cordiales de su parte, extasiados de parte de Ana y dignos de parte de Susan) hubieron terminado.

—Shirley está en la cama y Jem, Walter y las mellizas están en su adorado Valle del Arco Iris —dijo Ana—. Casi no pudieron esperar a terminar de almorzar para salir corriendo hacia el valle. Les gusta ese lugar más que cualquier otro en la Tierra. Ni siquiera el bosque de arces rivaliza con el valle en sus afectos.

—Me temo que les gusta demasiado —terció Susan, severamente—. El pequeño Jem dijo una vez que, cuando muriera, prefería ir al Valle del Arco Iris antes que al cielo, y no fue un comentario muy correcto.

—Lo han pasado bien en Avonlea, ¿no? —preguntó la señorita Cornelia.

—Muy bien, Marilla los mima tanto… sobre todo a Jem: para ella nada de lo que él haga puede estar mal.

—La señorita Cuthbert será una anciana ya —comentó la señorita Cornelia, sacando el tejido para no perder terreno ante Susan. Sostenía que cualquier mujer cuyas manos estuvieran ocupadas tenía siempre ventaja sobre otra que las tuviera ociosas.

—Marilla tiene ochenta y cinco años —dijo Ana con un suspiro—. Tiene el pelo blanco como la nieve. Pero, increíblemente, ve mejor que cuando tenía sesenta. Es excepcional.

—Bueno, querida, me alegro de que estéis de regreso. Me he sentido muy sola. Pero no nos hemos aburrido en Glen, de eso puedes estar segura. En lo que hace a asuntos de la iglesia, no he pasado una primavera tan movida en toda mi vida. Tenemos pastor por fin, Ana.

—El reverendo John Knox Meredith, mi querida señora —informó Susan, decidida a no permitirle contar todas las novedades.

—¿Es agradable? —preguntó Ana con interés. La señorita Cornelia suspiró y Susan gruñó.

—Sí, agradable sí que lo es —aceptó la primera—. Es muy agradable, y muy erudito, y muy espiritual. Pero ¡ay, querida Ana, no tiene sentido común!

—¿Entonces por qué lo han llamado?

—Bueno, no hay duda de que es el mejor predicador que hemos tenido en la iglesia de Glen St. Mary —dijo la señorita Cornelia, cambiando el tema—. Supongo que nunca le han llamado de la ciudad por ser tan soñador y distraído. Su sermón de prueba fue sencillamente una maravilla, te lo aseguro. Todos enloquecieron con él, ¡y su aspecto!

—Es muy bien parecido, mi querida señora, y, para decirle la verdad, a mí me gusta ver un hombre bien parecido en el púlpito.

—Además —dijo la señorita Cornelia—, estábamos ansiosos por decidir el tema. Y el señor Meredith fue el primer candidato sobre el que todos estuvimos de acuerdo. Alguien tenía siempre alguna objeción sobre todos los demás. Se habló de llamar al señor Folsom. Él también predicaba bien, pero a la gente no le gusta su apariencia. Es demasiado oscuro e insípido.

—Era idéntico a un gran gato negro, lo era, mi querida señora —aseveró Susan—. Yo no podría contemplar a semejante hombre en el púlpito todos los domingos.

—Después vino el señor Rogers, que era como un grumo en el cereal del desayuno: ni malo ni bueno —resumió la señorita Cornelia—. Pero, aunque hubiera predicado como Pedro y Pablo, no le habría valido de nada, porque aquel día la oveja del viejo Caleb Ramsay se metió en la iglesia y lanzó un sonoro balido justo en el momento en que anunciaba su texto. Todos rieron y el pobre Rogers ya no tuvo la menor posibilidad. Algunos pensaron que debíamos llamar al señor Stewart, que es muy educado. Es capaz de leer el *Nuevo Testamento* en cinco idiomas.

—Pero yo no creo que por eso tenga mayores posibilidades que otros hombres de llegar al cielo —intervino Susan.

—A casi nadie le gustó su sermón —siguió la señorita Cornelia, ignorando a Susan—. Hablaba gruñendo. Y el señor Arnett no sabía predicar. Además, eligió el peor texto para prueba de toda *la Biblia*: «Maldito Meroz…».

—Cuando no sabía cómo seguir, golpeaba *la Biblia* y gritaba con violencia: «Maldito Meroz». El pobre Meroz, fuera quien fuese, fue maldecido hasta decir basta aquel día, mi querida señora —acotó Susan.

—Un pastor que se presenta a prueba tiene que tener muchísimo cuidado con el texto que elige —sentenció la señorita Cornelia, solemnemente—. Yo creo que el señor Pierson habría conseguido la parroquia de haber elegido otro texto. Pero el anunciar «Elevaré mis ojos hacia las colinas» fue su tumba. Todos sonrieron, porque todo el mundo sabe que las hermanas Hill[1] de Harbour Head le han echado el ojo a todos los pastores solteros que han pisado Glen en los últimos quince años. Y el señor Newman tenía una familia muy numerosa.

—Se alojó con mi cuñado James Clow —dijo Susan—. «¿Cuántos hijos tiene?», le pregunté. «Nueve varones y una hermana para cada uno», me contestó. «¡Dieciocho! —exclamé yo—. ¡Cielo santo, qué familia!». Él no paraba de reír. Pero yo no entiendo por qué, mi querida señora, y no me cabe duda de que dieciocho niños son demasiados para cualquier rectoría.

—Tenía sólo diez hijos, Susan —explicó la señorita Cornelia con desdén—. Y diez buenos niños no serían mucho peor para la rectoría y la congregación que los cuatro que tenemos ahora. Aunque yo no diría, querida Ana, que son tan malos. A mí me gustan, les gustan a todos. Serían criaturas encantadoras si hubiera alguien que se ocupara de sus modales y les enseñara qué es lo correcto. Por ejemplo, en la escuela, el maestro dice que son niños modelo. Pero en casa se vuelven salvajes.

—¿Y la señora Meredith? —preguntó Ana.

—No hay ninguna señora Meredith. Ése es precisamente el problema. El señor Meredith es viudo. Su esposa falleció hace cuatro años. De haberlo sabido, no creo que lo hubiéramos elegido, porque un viudo es peor en una congregación que un hombre soltero. Pero había hablado de los hijos y todos supusimos que también había una madre. Cuando vinieron, resulta que no había nadie más que la vieja tía Martha, como la llaman. Es una prima de la madre del señor Meredith, creo, y él se la llevó a vivir con ellos para salvarla del asilo de pobres. Tiene setenta y cinco años, es casi sorda y muy excéntrica.

—Y muy mala cocinera, mi querida señora.

—La peor administradora posible para la rectoría —dijo con aspereza la señorita Cornelia—. El señor Meredith no quiere otra ama de llaves porque dice que ofendería a la tía Martha. Querida Ana, créeme, el estado en que se encuentra la rectoría es desastroso. Todo está lleno de polvo y no hay nada en su sitio. ¡Pensar que habíamos pintado y empapelado todo antes de que vinieran!

—¿Dicen que son cuatro niños? —preguntó Ana, comenzando a protegerlos

en su corazón.

—Sí. Seguiditos como los escalones de una escalera. Gerald es el mayor. Tiene doce años y le llaman Jerry. Es un niño inteligente. Faith tiene once. Es un chicazo, pero guapa hasta decir basta, hay que admitirlo.

—Parece un ángel, pero es terriblemente traviesa, mi querida señora —dijo Susan, muy solemne—. Yo estaba en la rectoría una noche de la semana pasada y estaba también la esposa de James Millison, que les había llevado una docena de huevos y un tarro con leche; un tarro muy pequeño, mi querida señora. Faith cogió todo y fue a llevarlo al sótano. Casi al final de la escalera tropezó y cayó rodando junto con la leche, los huevos y todo. Se imaginará el resultado, mi querida señora. Pero la niña vino riendo y diciendo: «No sé si soy yo o si soy un flan». La señora Millison se enfadó mucho. Dijo que nunca más llevaría nada a la rectoría si iban a desperdiciar y destruir las cosas de esa forma.

—María Millison nunca se esforzó demasiado por llevar cosas a la rectoría —señaló con un dejo desdeñoso la señorita Cornelia—. Aquella noche llevó algo como excusa para calmar su curiosidad. Pero la pobre Faith siempre se mete en líos. Es tan despistada e impulsiva…

—Como yo. Me gustará esa chica —declaró Ana, muy decidida.

—Tiene valor y a mí me gusta el valor, mi querida señora —señaló Susan.

—Hay algo muy atractivo en ella —admitió la señorita Cornelia—. Siempre se la ve riendo y de alguna manera siempre te da ganas de reír. Ni siquiera en la iglesia puede estar seria. Una tiene diez años y es una criatura muy dulce, no bonita, pero sí dulce. Y Thomas Carlyle tiene nueve. Le llaman Carl y tiene la manía de coleccionar sapos, bichos y ranas y llevarlos a casa.

—Supongo que él fue el responsable de la rata muerta que encontraron en una silla de la sala la tarde en que los visitó la señora Grant. Ella se impresionó mucho —dijo Susan—, lo cual no me extraña; la sala de una rectoría no es el lugar más apropiado para encontrar una rata muerta. Claro que pudo haber sido el gato el que la dejó allí. Ése sí que tiene todos los demonios que le caben en el cuerpo, mi querida señora. En mi opinión, el gato de una rectoría debería por lo menos tener un aspecto respetable, sea lo que fuere en realidad. Sin embargo, nunca he visto un animal tan libertino. Casi todos los días, al atardecer, camina por el techo de la rectoría moviendo la cola, mi querida señora, y eso es impropio.

—Lo peor es que nunca están decentemente vestidos —suspiró la señorita Cornelia—. Y desde que se fue la nieve van a la escuela descalzos. Ahora bien,

tú sabes, querida Ana, que eso no es correcto para niños de una rectoría, en especial cuando la hija del pastor metodista siempre lleva unas botas abotonadas tan bonitas. ¡Y cómo me gustaría que no jugaran en el viejo cementerio metodista!

—Es muy tentador, ya que está pegado a la rectoría —adujo Ana—. Yo siempre he pensado que los cementerios han de ser lugares deliciosos para jugar.

—No, usted no puede pensar eso, mi querida señora —protestó la leal Susan, decidida a proteger a Ana de sí misma—. Tiene demasiado buen sentido y decoro como para eso.

—¿Por qué construyeron la rectoría al lado del cementerio, para empezar? —preguntó Ana—. El jardín es tan pequeño que no tienen sitio para jugar.

—Sí, fue un error —admitió la señorita Cornelia—. Pero se consiguió el terreno barato. Y nunca antes se les había ocurrido a otros niños que vivieron en la rectoría jugar allí. El señor Meredith no tendría que permitirlo. Pero siempre anda con la nariz hundida en un libro. Lee y lee, o camina por su estudio como en sueños. Hasta la fecha no se ha olvidado de estar en la iglesia ningún domingo, pero dos veces se olvidó de la reunión de oración y uno de los vicarios tuvo que ir a la rectoría a recordárselo. También se olvidó de la boda de Fanny Cooper. Lo llamaron por teléfono y entonces salió corriendo tal como estaba, con pantuflas y todo. No importaría si no fuera porque los metodistas se ríen tanto. Pero hay un consuelo: no pueden criticarle los sermones. Se despierta cuando está en el púlpito, puedes creerme. Y el pastor metodista no sabe predicar, según me han dicho. Yo nunca lo he escuchado, gracias a Dios.

El desprecio de la señorita Cornelia por los hombres había disminuido algo desde su boda, pero su desprecio por los metodistas continuaba sin flaquear. Susan sonrió disimuladamente.

—Dicen, señora Elliott, que los metodistas y los presbiterianos están hablando de unirse —aventuró.

—Bien, espero estar bajo tierra si llega a suceder —replicó la señorita Cornelia—. Nunca he tenido trato con los metodistas y el señor Meredith averiguará que le conviene mantenerse lejos de su camino. Es demasiado sociable con ellos, puedes creerme. Caramba, incluso fue a la celebración de las bodas de plata de Jacob Drew y se metió en un buen apuro como consecuencia.

—¿Qué pasó?

—La señora Drew le pidió que trinchara un ganso asado porque Jacob Drew nunca supo trinchar. Bien, el señor Meredith puso manos a la obra y en el

proceso el ganso se le resbaló de la bandeja y cayó justito en la falda de la señora Reese, que estaba sentada junto a él. Entonces él dijo, con aire soñador: «Señora Reese, ¿querría tener la bondad de devolverme el ganso?». La señora Reese «se lo devolvió», mansa como Moisés, pero seguramente se puso furiosa, porque tenía puesto su vestido nuevo de seda. Lo peor de todo es que ella es metodista.

—Pero a mí me parece mejor que no hubiera sido presbiteriana —terció Susan—. Si hubiera sido presbiteriana, lo más probable es que hubiera dejado la Iglesia, y no podemos permitirnos perder ninguno de nuestros miembros. Y a la señora Reese no la quieren ni en su propia Iglesia, porque se da muchos aires, de modo que los metodistas se habrán alegrado de que el señor Meredith le haya estropeado el vestido.

—La cuestión es que se puso en ridículo, y a mí, por lo menos, no me gusta que mi pastor se ponga en ridículo a los ojos de los metodistas —puntualizó la señorita Cornelia rígidamente—. Si tuviera esposa, eso no habría sucedido.

—No veo cómo habrían evitado, aunque tuviera una docena de esposas, que la señora Drew hubiera matado a su gansa más vieja y dura para la fiesta —rebatió Susan con obstinación.

—Dicen que fue el marido —dijo la señorita Cornelia—. Jacob Drew es un individuo engreído, avaro y dominante.

—Y dicen que él y su esposa se detestan, lo cual no me parece muy apropiado entre marido y mujer. Claro que yo no he tenido experiencia en ese campo —añadió Susan, sacudiendo la cabeza—. Y yo no soy de las que echan la culpa de todo a los hombres. La señora Drew también es bastante miserable. Dicen que lo único que se sabe que ha regalado en su vida fue una olla de manteca en la que se había caído una rata. Lo dio como contribución a una reunión de la iglesia. Nadie se enteró hasta mucho después de lo de la rata.

—Por suerte, todos a los que los Meredith han ofendido hasta ahora son metodistas —reconoció la señorita Cornelia—. Jerry fue a la reunión de oración de los metodistas hace unos quince días y se sentó junto al viejo William Marsh, que, como siempre, se levantó y dio testimonio con temibles gemidos. «¿Ahora se siente mejor?», susurró Jerry cuando William volvió a sentarse. El pobre Jerry quería ser simpático, pero al señor Marsh le pareció una impertinencia y está furioso con él. Claro que Jerry no tenía por qué estar en una reunión de oración de los metodistas. Pero van donde quieren.

—Espero que no ofendan a la señora de Alee Davis, de Harbour Head —dijo Susan—. Es una mujer muy susceptible, según tengo entendido, pero es muy

rica y contribuye más que cualquier otro al sueldo del pastor. Oí decir que comentó que los Meredith son los niños peor educados que ha conocido.

—Cada palabra que dicen me convence más y más de que los Meredith pertenecen a la raza de los que conocen a José —declaró muy decidida la señora de la casa.

—En resumidas cuentas, sí —admitió la señorita Cornelia—. Y eso equilibra todo. De todas maneras, ya los tenemos y debemos hacer lo mejor que podamos con ellos y apoyarlos contra los metodistas. Bien, supongo que es hora de que baje al puerto. Marshall estará en casa pronto (ha ido al otro lado del puerto) y querrá su comida, como todos los hombres. Qué lástima que no he visto a los niños. ¿Y el doctor dónde está?

—En Harbour Head. Hace apenas tres días que estamos en casa y en ese lapso ha pasado tres horas en su cama y sólo ha comido dos veces en su propia casa.

—Bueno, todo el mundo ha estado enfermo en las últimas seis semanas esperando a que él volviera a casa, y los entiendo. Cuando ese médico del otro lado del puerto se casó con la hija del enterrador de Lowbridge la gente se puso recelosa. No estuvo bien. El doctor y tú tenéis que venir pronto a contarnos el viaje. Lo habréis pasado muy bien.

—Así es —dijo Ana—. Ha sido realizar un sueño de años. El viejo mundo es precioso y está lleno de maravillas. Pero hemos regresado muy contentos con nuestra propia tierra. Canadá es el país más bonito del mundo, señorita Cornelia.

—Nadie lo dudó nunca —aseveró la señorita Cornelia, complacida.

—Y la vieja Isla del Príncipe Eduardo es la provincia más bonita de Canadá, y Cuatro Vientos el lugar más encantador de la Isla del Príncipe Eduardo —prosiguió Ana, riendo y mirando con amor el maravilloso crepúsculo sobre el valle, el puerto y el golfo. Lo abarcó con un ademán—. No he visto nada más hermoso que esto en Europa, señorita Cornelia. ¿Ya tiene que irse? Los niños lamentarán no haberla visto.

—Que vengan a verme pronto. Diles que la lata de los bizcochos está tan llena como siempre.

—Ah, durante el almuerzo estaban planeando una invasión a su casa. Irán pronto, pero ahora tienen que volver a la escuela. Y las mellizas van a tomar clases de música.

—Espero que no les enseñará la esposa del pastor metodista, ¿verdad? —inquirió la señorita Cornelia.

—No, Rosemary West. Anoche fui a hablar con ella. ¡Qué guapa es!

—Rosemary se mantiene muy bien. Aunque ya no es tan joven.

—A mí me pareció encantadora. Nunca he tenido mucho trato con ella. Su casa queda tan a trasmano que rara vez la veo, si no es en la iglesia.

—La gente siempre ha querido a Rosemary West, aunque no la han entendido —manifestó la señorita Cornelia, inconsciente del alto tributo que estaba pagándole al encanto de Rosemary—. Ellen la ha sojuzgado siempre, por decirlo de alguna manera. La ha tiranizado, aunque al mismo tiempo la ha consentido en muchos sentidos. Rosemary estuvo comprometida, ¿lo sabías?, con el joven Martin Crawford. Él iba en un barco que naufragó en las Magdalenas y toda la tripulación se ahogó. Entonces Rosemary era casi una niña, apenas tenía diecisiete años. Pero jamás volvió a ser la misma de antes. Ellen y ella se han mantenido muy unidas desde la muerte de la madre. No van mucho a su propia iglesia en Lowbridge y tengo entendido que a Ellen no le parece bien ir con demasiada frecuencia a una iglesia presbiteriana. En su favor debo decir que nunca va a la iglesia metodista. Todos los de la familia West han sido siempre firmes episcopalistas. Rosemary y Ellen tienen mucho dinero. Rosemary no necesita dar clases de música. Lo hace porque le gusta. Son parientes lejanos de Leslie, ¿sabes? ¿Los Ford vendrán a puerto este verano?

—No. Se van de viaje al Japón y probablemente estén fuera durante un año. La nueva novela de Owen transcurre en Japón. Éste será el primer verano en que la querida y vieja Casa de los Sueños esté vacía desde que la dejamos.

—Yo diría que Owen Ford podría encontrar mucho que escribir sobre Canadá sin tener que arrastrar a su esposa y a sus inocentes hijos a un país pagano como Japón —rezongó la señorita Cornelia—. El libro de la vida es el mejor que ha escrito hasta ahora y obtuvo su material aquí mismo, en Cuatro Vientos.

—El capitán Jim se lo dio casi todo, recuerde. Y él lo había recogido en el mundo entero. Pero a mí los libros de Owen me parecen hermosos.

—Ah, sí, son buenos. Yo leo cada libro que él escribe, aunque siempre he pensado, querida Ana, que leer novelas es una pecaminosa pérdida de tiempo. Le escribiré para decirle mi opinión de ese asunto japonés, créeme. ¿Quiere que Kenneth y Persis se conviertan en paganos?

Con esa pregunta sin respuesta la señorita Cornelia se retiró. Susan llevó a Rilla a la cama y Ana se sentó en los escalones de la galería bajo las primeras estrellas y soñó sus incorregibles sueños y constató por enésima vez lo que

puede ser el esplendor y la belleza de la salida de la luna en el Puerto de Cuatro Vientos.

3. Los niños de Ingleside

Durante el día, a los niños Blythe les gustaba mucho jugar en los suaves verdes y las penumbras del gran bosque de arces que había entre Ingleside y el estanque de Glen St. Mary, pero para las veladas nocturnas no había ningún lugar como el vallecito detrás del bosque de arces. Era un mágico reino de sueños para ellos. Una vez, mirando desde las ventanas de la buhardilla de Ingleside, a través de la niebla y los restos de una tormenta de verano, habían visto el lugar atravesado por un glorioso arco iris, uno de cuyos extremos parecía hundirse en un punto donde un rincón del estanque penetraba en el valle.

—Llamémosle Valle del Arco Iris —dijo Walter, encantado, y Valle del Arco Iris se llamó en adelante.

Fuera del Valle del Arco Iris el viento podía rugir. Allí era suave. Encantados caminitos serpenteantes corrían aquí y allá por encima de raíces de abetos acolchadas con musgo. Diseminados por todo el valle y mezclándose con los oscuros abetos, había cerezos silvestres, que en época de floración eran de un blanco vaporoso. Un arroyito con aguas color ámbar lo atravesaba desde el pueblo de Glen.

Las casas del pueblo estaban convenientemente lejos; sólo en el extremo superior del valle había una cabaña semiderruida y solitaria conocida como «la vieja casa de los Bailey». Estaba desocupada desde hacía muchos años, pero la rodeaba un terraplén cubierto de hierba, y dentro de éste había un antiguo jardín donde los niños de Ingleside podían encontrar violetas, margaritas y lirios de junio que todavía florecían cuando llegaba la estación. Por lo demás, el jardín estaba lleno de alcaravea, que se mecía y se esponjaba en las noches de verano como un mar de plata.

Hacia el sur estaba el estanque y, más allá, el horizonte se perdía en bosquecillos color púrpura excepto donde, sobre una colina alta, una vieja casa gris miraba hacia el valle y el puerto. Había algo salvaje y solitario en el Valle

del Arco Iris, a pesar de su cercanía con el pueblo, que lo hacía precioso a los ojos de los niños de Ingleside.

El valle estaba lleno de hondonadas, la mayor de las cuales era su campo de juegos preferido. Allí se hallaban reunidos esta noche en particular. Había un bosque de jóvenes arces en la hondonada, con un diminuto claro con césped en el centro, que daba a la orilla del arroyo. Junto al arroyo crecía un abedul plateado, un árbol joven, increíblemente derecho, al que Walter había bautizado «dama blanca». En aquel claro también estaban los «árboles enamorados», como llamaba Walter a un abeto y un arce que crecían tan juntos uno del otro que sus ramas estaban inextricablemente unidas. Jem había colgado una vieja ristra de cascabeles de trineo, obsequio del herrero de Glen, en los árboles enamorados y cada brisa que los visitaba les arrancaba súbitos tintineos.

—¡Qué alegría estar de vuelta! —dijo Nan—. Después de todo, no hay en Avonlea ningún lugar tan bonito como el Valle del Arco Iris.

Pero a pesar de esas palabras, todos querían mucho Avonlea. Una visita a Tejas Verdes era siempre tenida por un gran acontecimiento. La tía Marilla era muy buena con ellos, al igual que la señora Rachel Lynde, que pasaba la vejez tejiendo colchas de algodón para el día en el que las hijas de Ana necesitaran un ajuar. Había divertidos compañeros de juegos también: los hijos del tío Davy y los de la tía Diana. Conocían todos los lugares que su madre había querido tanto en su niñez en Tejas Verdes: la larga Senda de los Amantes, bordeada de rosas en la época de las rosas silvestres, el patio siempre bien ordenado, con sus sauces y sus álamos, la Burbuja de la Dríada, reluciente y bella como antaño, el Lago de las Aguas Resplandecientes y Willowmere. Las mellizas dormían en la antigua habitación de su madre en la buhardilla y la tía Marilla solía ir por las noches, cuando creía que dormían, a contemplarlas. Pero todos sabían que quería a Jem más que a todos los demás.

En aquellos momentos, Jem estaba ocupado friendo una carnada de truchas que acababa de pescar en el estanque. Su cocina consistía en un círculo de piedras rojas, con un fuego encendido sobre ellas, y sus utensilios de cocina eran una vieja lata, achatada a martillazos, y un tenedor al que le quedaba apenas un diente. No obstante, había preparado allí excelentes comidas.

Jem era el niño de la Casa de los Sueños. Todos los demás habían nacido en Ingleside. Él tenía rizados cabellos rojos, como su madre, y francos ojos color almendra, como su padre; tenía la hermosa nariz de su madre y la boca firme y de gesto amable de su padre. Y era el único de la familia con orejas lo bastante

bonitas como para complacer a Susan. Pero tenía un pleito con Susan porque ella no renunciaba a llamarlo pequeño Jem. Era humillante, pensaba Jem, con sus trece años. Mamá tenía más sentido común.

—Yo ya no soy pequeño, mamá —había exclamado, lleno de indignación, cuando cumplió ocho años—. Soy impresionantemente grande.

Mamá suspiró, rió y volvió a suspirar; y nunca volvió a llamarlo pequeño Jem, al menos en su presencia.

Él era y siempre había sido un muchachito decidido y de confianza. Nunca rompía una promesa. No hablaba mucho. Sus maestros no lo consideraban brillante, pero era un buen estudiante. Nunca tomaba las cosas como se le presentaban, sino que le encantaba investigar por sí mismo la veracidad de una afirmación. Una vez Susan le dijo que si tocaba con la lengua un picaporte escarchado se le caería la piel. Jem lo hizo en seguida, «para ver si era cierto». Averiguó que sí lo era al costo de una lengua muy dolorida durante varios días. Pero a Jem no le molestaba el sufrimiento en interés de la ciencia. Mediante una constante experimentación y observación aprendía mucho y sus hermanos y hermanas pensaban que su extenso conocimiento sobre su pequeño mundo era algo maravilloso. Jem siempre sabía dónde crecían las primeras bayas, las más maduras; dónde despertaban tímidamente de su sueño invernal las primeras pálidas violetas; y cuántos huevos azules había en determinado nido de petirrojo en el bosque de arces. Podía decir la fortuna con los pétalos de las margaritas, chupar la miel a los tréboles rojos y arrancar todo tipo de raíces comestibles en las orillas del estanque, mientras Susan no dejaba de temer que terminaran todos envenenados. Sabía dónde podían encontrar la mejor goma de abeto: en los nudos ámbar pálido de la corteza con líquenes; sabía dónde crecían más nueces en los bosques de hayas de Harbour Head y dónde se encontraban las mejores truchas en los arroyos. Podía imitar la llamada de cualquier ave o animal silvestre de Cuatro Vientos y sabía dónde crecía cualquier flor silvestre desde la primavera hasta el otoño.

Walter Blythe estaba sentado bajo la Dama Blanca con un libro de poemas al lado, pero no leía. Miraba, con el éxtasis resplandeciendo en sus grandes ojos, ya los sauces envueltos en un aura color esmeralda junto al estanque, ya un grupo de nubes que, como ovejitas plateadas pastoreadas por el viento, avanzaban por encima del Valle del Arco Iris. Los ojos de Walter eran maravillosos. Toda la dicha, la pena, la risa, la lealtad y las aspiraciones de muchas generaciones que yacían bajo tierra miraban desde esas profundidades gris oscuro.

Walter era «la mosca blanca» de la familia en lo que hacía a su aspecto. No se parecía a ningún pariente conocido. Era el más guapo de los niños de Ingleside, con sus cabellos negros y lacios y sus rasgos delicados. Pero tenía la vivida imaginación y el apasionado amor por la naturaleza de su madre. Las heladas del invierno, la invitación de la primavera, el sueño del verano y el encanto del otoño tenían un gran significado para Walter.

En la escuela, donde Jem era caudillo, Walter no era demasiado tenido en cuenta. Se suponía que era «afeminado» y poco varonil porque nunca peleaba y rara vez se unía a los deportistas de la escuela, prefiriendo irse solo a rincones apartados a leer libros, en especial libros «de versos». Walter adoraba la poesía y absorbía poemas enteros desde que aprendió a leer. La música de los poetas se entretejía en su alma en crecimiento: la música de los inmortales. Walter abrigaba la ambición de ser poeta algún día. Podía ser posible. Había un tal tío Paul —así llamado por cortesía— que vivía en ese misterioso reino llamado «los Estados Unidos»: era el modelo de Walter. El tío Paul había sido un pequeño escolar de Avonlea y ahora su poesía se leía en todas partes. Pero los niños de Glen no conocían los sueños de Walter y tampoco se habrían impresionado mucho de haberlos conocido. Sin embargo, a pesar de su falta de habilidades físicas, inspiraba un cierto respeto gracias a su capacidad de «hablar como en los libros». Nadie en la escuela de Glen St. Mary podía hablar como él. «Parecía un predicador», dijo un chico; y por esa razón, por lo general, lo dejaban tranquilo y no lo acosaban, como sucedía con la mayoría de los niños de quienes se sospechaba que no les gustaban o temían las peleas.

Las mellizas de Ingleside, de diez años, violaban la tradición de los mellizos al no parecerse absolutamente en nada. Ana, a la que siempre llamaban Nan, era muy bonita, con ojos de un aterciopelado color castaño oscuro y sedosos cabellos también castaño oscuro. Era una señorita muy alegre y delicada —Blythe, de nombre y alegre de naturaleza, como dijo una de sus maestras—. Tenía un cutis casi perfecto, para orgullo de su madre.

«Me alegro tanto de tener una hija que puede vestirse de rosa», solía decir llena de júbilo la señora Blythe.

Diana Blythe, conocida por Di, era muy parecida a su madre, con sus ojos verdes grisáceos, que siempre brillaban con un fulgor muy peculiar a la hora del crepúsculo, y cabellos rojos. Tal vez por esa razón era la preferida del padre. Walter y ella se llevaban muy bien; Di era la única a quien él leía los versos que escribía, la única que sabía que estaba escribiendo en secreto un poema épico,

muy parecido a Marmiom en algunas cosas, si no en otras. Ella guardaba todos sus secretos, incluso de Nan, y le contaba a él todos los suyos.

—¿Tardará mucho ese pescado, Jem? —preguntó Nan, olfateando con su delicada naricilla—. El olor me está dando mucha hambre.

—Está casi listo —contestó Jem, dando la vuelta a una trucha con ademán experto—. Sacad el pan y los platos, chicas. Walter, despiértate.

—Cómo brilla esta noche el aire —dijo Walter, soñador. No, no era que despreciara la trucha frita, de ninguna manera, pero en Walter el alimento del alma siempre ocupaba el primer lugar—. El ángel de las flores ha estado recorriendo el mundo hoy, llamándolas. Le veo las alas azules en aquella colina, cerca de los bosques.

—Las alas de los ángeles que yo he visto han sido siempre blancas —señaló Nan.

—Las del ángel de las flores no. Son de un azul pálido y vaporoso, como la niebla del valle. ¡Ah, cómo desearía poder volar! Tiene que ser maravilloso.

—A veces uno vuela en sueños —acotó Di.

—Yo nunca sueño que vuelo exactamente —dijo Walter—. Pero a menudo sueño que me elevo del suelo y floto por encima de los muros y de los árboles. Es delicioso, y siempre pienso: «Esta vez no es un sueño como tantas otras veces. Esta vez es real», y entonces me despierto y es desolador.

—Apresúrate, Nan —ordenó Jem.

Nan había traído la mesa del banquete: una tabla sobre la cual se habían celebrado muchos banquetes, sazonados como ninguna vianda en ningún otro lugar, en el Valle del Arco Iris. La tabla se convertía en mesa al apoyarla sobre dos grandes piedras cubiertas de musgo. Unos periódicos hacían las veces de mantel y unos platos cascados y tazas sin asas descartados por Susan servían de vajilla. De una lata escondida a los pies de un abeto, Nan sacó el pan y la sal. El arroyo proporcionaba «cerveza de Adán» de una transparencia única. En cuanto al resto, había cierta salsa, compuesta de aire fresco y apetito juvenil, que le daba a todo un sabor exquisito. Sentarse en el Valle del Arco Iris, sumido en los tonos entre dorados y amatistas del ocaso, repleto del aroma de los abetos y de todas esas cosas que crecen en los bosques en el esplendor de la primavera, con las estrellas pálidas de las fresas silvestres alrededor y con los suspiros del viento y el tintineo de las campanillas en las copas temblorosas de los árboles, y comer trucha frita y pan seco, era algo que los poderosos de la Tierra les habrían envidiado.

—Sentaos —invitó Nan, al tiempo que Jem ponía sobre la mesa la bandeja con la trucha.

—¿Quién viene desde la colina de la rectoría? —preguntó Di en aquel momento.

4. Los niños de la rectoría

Tal vez la tía Martha fuera un ama de casa desastrosa; tal vez el reverendo John Knox Meredith fuera un hombre muy distraído e indulgente. Pero no podía negarse que había algo de casero y encantador en la rectoría de Glen St. Mary a pesar del desorden. Incluso las críticas amas de casa de Glen lo sentían y no los juzgaban con mucha dureza por tal motivo. Tal vez el encanto fuera debido a circunstancias accidentales: las lujuriosas enredaderas que cubrían las paredes, las acacias y abetos que se amontonaban alrededor con la libertad de una vieja amistad, y la hermosa vista del puerto y de las dunas de arena que se tenía desde las ventanas que daban al frente.

Pero esas cosas ya estaban allí durante el reinado del predecesor del señor Meredith, cuando la rectoría era la casa más ordenada, decorosa y aburrida de Glen. El responsable tenía que ser la personalidad de los nuevos ocupantes. Había una atmósfera de alegría y camaradería en ella; las puertas estaban siempre abiertas y los mundos de dentro y de fuera se daban la mano. El amor era la única ley en la rectoría de Glen St. Mary.

La gente de la parroquia decía que el señor Meredith malcriaba a sus hijos. Es muy probable que así fuera. Seguro que era incapaz de regañarlos. «No tienen madre», decía para sí, con un suspiro, cuando alguna travesura especialmente notoria le saltaba a los ojos. Pero ignoraba la mitad de sus correrías. Pertenecía a la secta de los soñadores. Las ventanas de su estudio daban al cementerio pero, mientras caminaba de un lado al otro de la habitación, reflexionando profundamente sobre la inmortalidad del alma, no reparaba en absoluto en que Jerry y Carl jugaban, muertos de risa, al salto de la rana sobre las losas planas de aquella morada de metodistas muertos. El señor Meredith tenía ocasionales y agudas tomas de conciencia de que sus hijos no estaban recibiendo tan buenos cuidados, ni físicos ni morales, como antes de la muerte de su esposa, y tenía una vaga idea de que la casa y las comidas eran muy distintas bajo la supervisión de

la tía Martha de lo que habían sido bajo la de Cecilia. En cuanto al resto, vivía en un mundo de libros y abstracciones y, por lo tanto, aunque rara vez sus ropas recibían un cepillado y aunque las amas de casa de Glen llegaron a la conclusión, a juzgar por la palidez marmórea de sus delicados rasgos y sus delgadas manos, de que jamás comía lo suficiente, no era un hombre desdichado.

Si es que hay cementerio que pueda denominarse un lugar alegre, así podría considerarse el viejo cementerio metodista de Glen St. Mary. El cementerio nuevo, al otro lado de la iglesia metodista, era un lugar cuidado con esmero y debidamente lúgubre, pero el cementerio viejo había sido dejado tanto tiempo en las gentiles y generosas manos de la naturaleza que se había convertido en un lugar muy agradable.

Estaba rodeado por un muro de piedras y hierba. Por la parte de fuera crecía una hilera de altos abetos con gruesas ramas. El muro, construido por los primeros colonos de Glen, era lo suficientemente viejo como para ser hermoso; entre las grietas crecían musgo y plantas verdes; las violetas brotaban junto a su base en los primeros días de primavera y, en otoño, los asteres y varas de san José creaban su gloria otoñal en sus esquinas. Unos pequeños polipodios se juntaban entre sus piedras y aquí y allá crecía algún gran helecho.

Sobre el costado occidental no había muro. Allí el cementerio se perdía hacia una plantación de abetos jóvenes que se acercaban cada vez más a las tumbas y se alejaban hacia el este convirtiéndose en un espeso bosque. El aire estaba siempre lleno de las voces del mar y de la música de los viejos árboles grises; en las mañanas de primavera los coros de pájaros en los olmos alrededor de las dos iglesias cantaban sobre la vida y no sobre la muerte. Los niños Meredith amaban el viejo cementerio.

La hiedra de ojos azules, el «abeto de jardín» y la menta crecían desenfrenadamente sobre las tumbas hundidas. Unos arbustos de arándanos crecían en profusión en una esquina arenosa cercana al bosque de abetos. Allí podían hallarse las variaciones en la moda de tumbas a lo largo de tres generaciones, desde las losas planas y oblongas de arenisca roja de los antiguos pobladores, pasando por los días de sauces llorones y manos entrelazadas, hasta las últimas monstruosidades de altos monumentos y urnas drapeadas. Una de las últimas, la más grande y más fea del cementerio, estaba consagrada a la memoria de un tal Alee Davis, que nació metodista pero se casó con una presbiteriana del clan de los Douglas. Ella había logrado convertirlo y le había hecho marcar el paso del presbiterianismo toda su vida. Pero cuando él murió, ella no se atrevió a

condenarlo a una tumba solitaria en el cementerio presbiteriano del otro lado del puerto. Todos sus antepasados estaban enterrados en el cementerio metodista, de modo que Alee Davis volvió a los suyos en la muerte y su viuda se consoló erigiendo un monumento que costó más de lo que podía pagar cualquiera de los metodistas. Los niños Meredith lo detestaban, sin saber por qué, pero les encantaban las viejas losas chatas rodeadas por una hierba alta que crecía descuidadamente alrededor. Para empezar, eran un buen asiento. Estaban todos sentados sobre una de ellas ahora. Jerry, cansado de jugar al salto de rana, tocaba la armónica. Carl contemplaba fascinado un extraño escarabajo que había encontrado; Una intentaba hacer un vestido para su muñeca, y Faith, apoyada sobre sus delgados brazos bronceados, balanceaba los pies descalzos al delicioso ritmo de la armónica.

Jerry era moreno y tenía los grandes ojos negros de su padre, pero en él los ojos eran brillantes en lugar de soñadores. Faith, que le seguía, llevaba su belleza como una rosa, indiferente y radiante. Tenía ojos de un castaño dorado, rizos del mismo color y mejillas rosadas. Reía demasiado para el gusto de la congregación de su padre y había disgustado a la vieja señora Taylor, la desconsolada cónyuge de varios esposos fallecidos, al declarar descaradamente y, para colmo de males, en el portal de la iglesia: «El mundo no es un valle de lágrimas, señora Taylor. Es un mundo de risas».

La pequeña y soñadora Una no era propensa a la risa. Sus trenzas de lacios cabellos negrísimos no traicionaban el menor rizo rebelde y, en sus ojos almendrados de un profundo azul, asomaba algo de melancolía y pena. Tenía la costumbre de entreabrir los labios y dejar ver los dientecitos blancos y, así, una sonrisa tímida y meditabunda se dibujaba en ocasiones sobre su carita. Era mucho más sensible que Faith a la opinión pública y tenía la incómoda sensación de que había algo no muy apropiado en su forma de vida. Ansiaba corregirla, pero no sabía cómo. De vez en cuando quitaba el polvo a los muebles, pero casi nunca encontraba el plumero, que jamás estaba en el mismo lugar. Y cuando aparecía el cepillo de la ropa intentaba cepillar el mejor traje de su padre; una vez cosió un botón con grueso hilo blanco. Cuando el señor Meredith fue a la iglesia al día siguiente, todos los ojos femeninos vieron ese botón y la paz de la Asociación de Damas de Beneficencia se vio alterada durante semanas.

Carl tenía los ojos claros, brillantes, de un profundo azul, valientes y directos, de su madre muerta, y los mismos cabellos castaños con destellos dorados. Conocía los secretos de los insectos y tenía una especie de cofradía con

abejas y escarabajos. A Una no le gustaba sentarse cerca de él porque nunca se sabía qué extraño bicho podía ocultar. Jerry se negaba a dormir con él porque una vez Carl se había llevado a la cama una culebra recién nacida, de modo que Carl dormía en su vieja camita, tan pequeña que él nunca podía estirarse del todo, y tenía extraños compañeros de cama. Tal vez el hecho de que la tía Martha fuera medio ciega resultara conveniente cuando hacía esa cama. En general, eran una camada divertida y encantadora; seguro que el corazón de Cecilia Meredith se encogió de pena al enfrentarse a la certeza de que debía dejarlos.

—¿Dónde te gustaría que te enterraran si fueras metodista? —preguntó Faith con jovialidad.

La pregunta abrió un interesante campo de especulación.

—No hay muchas opciones. Está todo ocupado —dijo Jerry—. Creo que a mí me gustaría aquel rincón cercano al camino. Podría oír los coches que pasan y a la gente cuando charla.

—A mí me gustaría aquella pequeña hondonada bajo el abedul —declaró Una—. Ese abedul está lleno de pájaros y por las mañanas cantan como locos.

—Yo elegiría el panteón de los Porter, donde hay tantos niños enterrados. Quiero tener mucha compañía —manifestó Faith—. ¿Y tú, Carl?

—Yo quisiera que no me enterrasen, pero, si no hay más remedio, querría que fuera en ese hormiguero. ¡Las hormigas son tan interesantes!

—¡Qué buenos han debido de ser los que están enterrados aquí! —acotó Una, que había estado leyendo los viejos y elogiosos epitafios—. Parece que no hay ni una sola persona mala en todo el cementerio. Los metodistas tienen que ser mejores que los presbiterianos, después de todo.

—A lo mejor los metodistas entierran a los malos como a los gatos —sugirió Carl—. A lo mejor no se molestan en traerlos al cementerio.

—Tonterías —dijo Faith—. Los que están enterrados aquí no han sido mejores que otros, Una. Pero cuando alguien se muere no se puede decir nada de él que no sea bueno, porque si no vuelve y te asusta. Me lo dijo la tía Martha. Yo le pregunté a papá si era verdad y él me miró como sin verme y murmuró: «¿Verdad? ¿Verdad? ¿Qué es la verdad? ¿Qué es verdad, oh tú, bromista Pilatos?». Llegué a la conclusión de que ha de ser verdad.

—Me pregunto si el señor Alee Davis vendrá a asustarme si yo arrojo una piedra a la urna que hay encima de su tumba —se inquietó Jerry.

—Vendría la señora Davis —dijo riendo Faith—. En la iglesia nos observa como un gato a los ratones. El domingo pasado le saqué la lengua a su sobrino y

él me contestó igual; tendríais que haber visto la mirada que me dirigió. Seguro que le tiró de las orejas cuando salieron. Si la señora Elliott no me hubiera dicho que no debemos ofenderla de ninguna manera, ¡le habría sacado la lengua también a ella!

—Dicen que Jem Blythe le sacó la lengua una vez y nunca volvió a llamar al padre, ni siquiera cuando el marido se estaba muriendo —informó Jerry—. Me pregunto cómo serán los chicos Blythe.

—A mí me gustaron cuando los vi —dijo Faith. Los niños de la rectoría estaban en la estación la tarde en que llegaron los Blythe—. Sobre todo Jem.

—En la escuela dicen que Walter es mariquita —señaló Jerry.

—No lo creo —protestó Una, a quien Walter le había parecido muy guapo.

—Bueno, la cuestión es que escribe poesía. Bertie Shakespeare me contó que ganó el premio que el maestro dio el año pasado por escribir una poesía. La madre de Bertie estaba convencida de que él tendría que haber ganado el premio, por el apellido, pero Bertie dice que él no podría escribir una poesía ni aunque de eso dependiera la salvación de su alma, a pesar de su nombre.

—Supongo que los conoceremos cuando empiece la escuela —reflexionó Faith—. Espero que las chicas sean buenas. La mayoría de las chicas de por aquí no me gustan. Hasta las simpáticas son aburridas. Pero las mellizas Blythe me parecieron divertidas. Yo pensaba que los mellizos siempre eran iguales, pero no. La pelirroja me gustó más.

—A mí me gustó la madre —dijo Una con un ligero suspiro. Una envidiaba a las madres de todos los niños. Tenía apenas seis años cuando murió la suya, pero conservaba algunos recuerdos muy queridos, atesorados en su alma como joyas, de abrazos al atardecer y juegos matinales; de ojos llenos de amor, de una voz tierna y de una risa dulce y alegre.

—Dicen que no es como otra gente —acotó Jerry.

—La señora Elliott dice que es porque nunca ha crecido —reflexionó Faith.

—Es más alta que la señora Elliott.

—Sí, sí, pero es por dentro… la señora Elliott dice que la señora Blythe sigue siendo una niña pequeña por dentro.

—¿Qué es ese olor? —interrumpió Carl, olfateando.

Ahora lo olían todos. Un aroma delicioso llegaba flotando en el quieto aire vespertino desde el valle que había bajo la colina donde estaba la rectoría.

—Me da hambre —dijo Jerry.

—Sólo hemos comido pan y melaza en el almuerzo y «otravez» en la cena

—se quejó Una.

La tía Martha acostumbraba hervir un gran pedazo de cordero a principios de semana y lo servía todos los días, frío y grasiento, hasta que se terminaba. Faith, en un momento de inspiración, le había puesto al plato el nombre de «otravez», y así se lo conocía invariablemente en la rectoría.

—Vayamos a ver de dónde viene ese olor —propuso Jerry.

Todos se pusieron en pie de un salto, corrieron por la hierba con la despreocupación de cachorros, saltaron un cerco y siguieron colina abajo por el terreno cubierto de musgo, guiados por el sabroso olor que se hacía más fuerte cada vez. Minutos después llegaban sin aliento al santuario del Valle del Arco Iris, donde los niños Blythe estaban a punto de bendecir la mesa.

Se detuvieron con timidez. Una lamentó que hubieran sido tan precipitados, pero Di Blythe se hacía cargo de situaciones más complejas que la presente. Dio un paso adelante, con una sonrisa de camaradería.

—Me parece que sé quiénes sois —dijo—. De la rectoría, ¿no?

Faith asintió y la cara se le llenó de hoyuelos.

—Sentimos el olor de la trucha que estáis cocinando y nos preguntábamos qué era.

—Entonces tenéis que sentaros con nosotros y ayudarnos a comerla —invitó Di.

—A lo mejor no hay suficiente ni para vosotros —dijo Jerry, mirando con apetito la bandeja de lata.

—Tenemos tres por cabeza —contestó Jem—. Sentaos.

No fue necesaria más ceremonia y todos se sentaron sobre las piedras musgosas. La fiesta fue alegre y larga. Nan y Di probablemente habrían muerto de espanto de haber sabido lo que Faith y Una sabían perfectamente bien: que Carl tenía dos ratoncitos en el bolsillo de la chaqueta. Pero no se enteraron, de modo que el hecho no las afectó. ¿Cómo pueden las personas conocerse mejor que comiendo juntas? Cuando la última trucha hubo desaparecido, los niños de la rectoría y los niños de Ingleside eran amigos y aliados juramentados. Se habían conocido desde siempre. Los de la raza de José se reconocían al verse.

Contaron la historia de sus breves pasados. Los niños de la rectoría supieron de Avonlea y Tejas Verdes, de las tradiciones del Valle del Arco Iris y de la casita junto a la costa del puerto donde había nacido Jem. Los niños de Ingleside supieron de Maywater, donde vivían los Meredith antes de venir a Glen, de la queridísima muñeca de un solo ojo de Una y del gallo mascota de Faith.

Faith era propensa a enfadarse porque la gente se reía de que ella tuviera un gallo como mascota. Le gustaron los Blythe porque aceptaron el hecho sin comentarios.

—Un gallo hermoso como Adán es una mascota tan buena como un perro o un gato, creo yo —dijo—. Si fuera un canario a nadie le llamaría la atención. Y lo he criado desde que era un polluelo amarillo. Me lo regaló la señora Johnson en Maywater. Una comadreja había matado a todos sus hermanos y hermanas. Le puse el nombre del esposo de la señora Johnson. A mí nunca me gustaron las muñecas y los gatos. Los gatos son demasiado furtivos y las muñecas están muertas.

—¿Quién vive en esa casa de ahí arriba? —preguntó Jerry.

—Las señoritas West, Rosemary y Ellen —respondió Nan—. Di y yo vamos a dar clases de música con la señorita Rosemary este verano.

Una miró a las afortunadas mellizas con ojos cuyo anhelo era demasiado gentil para convertirse en envidia. ¡Ay, si ella pudiera tomar clases de música! Era uno de sus sueños secretos; nadie lo sabía.

—La señorita Rosemary es tan dulce y siempre se viste tan bien —dijo Di—. Tiene el pelo del mismo color que el caramelo de melaza —agregó, con añoranza, pues ella, como su madre, no se resignaba a sus rizos rojos.

—A mí también me gusta la señorita Ellen —declaró Nan—. Siempre me daba caramelos cuando venía a la iglesia. Pero Di le tiene miedo.

—Tiene las cejas negras y la voz muy profunda —explicó Di—. ¡Ah, qué miedo le tenía Kenneth Ford cuando era pequeño! Mamá dice que el primer domingo que la señora Ford lo llevó a la iglesia, estaba la señorita Ellen sentada justo detrás de ellos. Y en el momento en que la vio, Kenneth se puso a gritar y a gritar hasta que la señora Ford tuvo que sacarlo.

—¿Quién es la señora Ford? —preguntó Una, intrigada.

—Ah, los Ford no viven aquí. Sólo vienen en verano. Pero este verano no vendrán. Viven en la casita que hay sobre la costa del puerto, donde antes vivían mamá y papá. Cómo me gustaría que conocierais a Persis Ford. Es preciosa.

—He oído hablar de la señora Ford —interrumpió Faith—. Bertie Shakespeare Drew me contó la historia. Estuvo casada catorce años con un hombre muerto y después él resucitó.

—Tonterías —dijo Nan—. No fue así. Bertie Shakespeare nunca entiende nada. Yo conozco la historia y algún día os la contaré, pero ahora no porque es demasiado larga y es hora de irnos a casa. A mamá no le gusta que estemos fuera

estas noches tan húmedas.

A nadie le importaba si los niños de la rectoría estaban al aire húmedo o no. La tía Martha ya estaba en la cama y el pastor estaba demasiado inmerso en especulaciones relativas a la inmortalidad del alma como para recordar la mortalidad del cuerpo. Pero ellos también se fueron a su casa, soñando con las buenas épocas por venir.

—El Valle del Arco Iris me parece más bonito que el cementerio —dijo Una—. Y me encantan los Blythe. Es bonito querer a la gente. Papá dijo en el sermón del domingo pasado que tenemos que amar a todo el mundo. Pero ¿cómo es posible? ¿Cómo podemos amar a la esposa de Alee Davis?

—Ah, papá dijo eso en el púlpito —dijo Faith con ligereza—. Tiene sentido común y no piensa lo mismo fuera de él.

Los Blythe se fueron a Ingleside, excepto Jem, que se escapó un momento a un remoto rincón del Valle del Arco Iris. Allí crecían anémonas, y Jem jamás olvidaba llevarle un ramo a su madre.

5. La aparición de Mary Vance

—Éste es uno de esos días en los que parece que va a pasar algo —dijo Faith, sensibilizada por el encanto del aire cristalino y las colinas azules. Se abrazó a sí misma, encantada, y bailó una danza folclórica sobre la tumba en forma de banco del viejo Hezekiah Pollock, para espanto de dos ancianas señoritas que atinaron a pasar justo cuando Faith saltaba a la pata coja alrededor de la losa, agitando los brazos en el aire.

—Y ésa —gimió una de las ancianas señoritas— es la hija de nuestro pastor.

—¿Qué puede esperarse de la familia de un viudo? —gimió la otra anciana. Y entonces las dos sacudieron la cabeza.

Era sábado y los Meredith habían salido al mundo mojado por el rocío con una deliciosa conciencia del día de fiesta. Nunca tenían nada que hacer los días de fiesta. Hasta Nan y Di Blythe tenían ciertas tareas domésticas los sábados por la mañana, pero las hijas de la rectoría eran libres para vagabundear desde la mañana hasta el atardecer si así les placía. A Faith le gustaba, pero Una sentía una amarga y secreta humillación porque nunca aprendían a hacer nada. Las otras niñas de su clase sabían cocinar, coser y tejer; únicamente ella era una pequeña ignorante. Jerry sugirió que salieran de exploración, de modo que fueron a pasear por el bosque de abetos, recogiendo en el camino a Carl, que estaba arrodillado sobre la hierba empapada estudiando a sus queridas hormigas. Más allá del bosque salieron al campo del señor Taylor, salpicado con los fantasmas blancos de los dientes de león. En un rincón alejado había un viejo granero destartalado donde, a veces, el señor Taylor guardaba el excedente de su cosecha de heno, pero que no se usaba para ningún otro propósito. Hacia allí avanzaron los niños Meredith y merodearon durante varios minutos por la planta baja.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Una de pronto.

Todos prestaron atención. Se oía un débil pero claro ruido en el primer piso

del granero. Los Meredith se miraron.

—Hay algo ahí arriba —dijo Faith.

—Voy a ver qué es —anunció Jerry, decidido.

—¡No, por favor! —suplicó Una, cogiéndole el brazo.

—Voy a ir.

—Entonces vamos todos —declaró Faith.

Los cuatro subieron por la tambaleante escalera. Jerry y Faith intrépidos, Una pálida de miedo y Carl medio distraído pensando en la posibilidad de encontrar un murciélago arriba. Se moría por ver un murciélago a la luz del día.

Cuando dejaron la escalera vieron lo que había provocado el ruido y quedaron mudos varios minutos.

En una especie de nido en el heno había una niña acurrucada, como si acabara de despertar de su sueño. Cuando los vio se puso en pie, algo temblorosa, y a la resplandeciente luz del sol que penetraba a través de la ventana cubierta de telarañas, vieron que su rostro delgado y quemado por el sol estaba muy pálido. Tenía dos trenzas de pelo lacio, espeso, color estopa y unos ojos muy extraños, «ojos blancos», pensaron los niños de la rectoría, que los miraban entre desafiantes y lastimeros. Los ojos eran de un azul tan pálido que parecían casi blancos, en especial en contraste con el delgado aro negro que rodeaba el iris. La niña estaba descalza y sin nada en la cabeza y vestía un viejo vestido a cuadros descolorido y roto, demasiado corto y apretado para ella. En cuanto a su edad, podría tener cualquiera, a juzgar por su carita enjuta, pero por la altura andaría por los doce años.

—¿Quién eres? —preguntó Jerry.

La niña miró alrededor como buscando una vía de escape. Entonces pareció rendirse con un pequeño estremecimiento de desolación.

—Soy Mary Vance —contestó.

—¿De dónde vienes? —continuó Jerry.

En lugar de contestar, Mary se sentó, o mejor dicho, se dejó caer sobre el heno y se puso a llorar. De inmediato Faith corrió hacia ella y abrazó sus hombros delgados y temblorosos.

—No la molestes —ordenó a Jerry—. No llores, querida. Cuéntanos qué te pasa. Somos amigos.

—Tengo… tanta… hambre —gimió Mary—. No… no he comido nada desde el jueves por la mañana, sólo un poco de agua de un arroyo que hay ahí.

Los niños de la rectoría se miraron horrorizados. Faith se puso en pie de un

salto.

—Ahora mismo vienes a la rectoría y comes algo antes de decir otra palabra.

Mary se encogió.

—Ah, no puedo. ¿Qué van a decir tu padre y tu madre? Además, me mandarían de vuelta.

—No tenemos madre y papá no se va a fijar en ti. La tía Martha tampoco. Vamos, te digo. —Faith dio una patadita de impaciencia. ¿Aquella extraña niña insistiría en morirse de hambre casi a las puertas de la rectoría?

Mary se rindió. Estaba tan débil que apenas podía bajar la escalera pero, de alguna manera, la bajaron, la llevaron a campo traviesa y la metieron en la cocina de la rectoría. La tía Martha, atareada con la cocina como todos los sábados, no reparó en ella. Faith y Una corrieron a la despensa y la despojaron de todo lo comestible que contenía: un poco de «otravez», pan, manteca, leche y un dudoso pastel. Mary Vance atacó la comida vorazmente y sin críticas, mientras que los niños de la rectoría se quedaron cerca, mirándola. Jerry notó que tenía una bonita boca y lindos dientes blancos. Faith se dio cuenta, con secreto horror, de que Mary no tenía ni una prenda de ropa encima más que el vestido descolorido y roto. Una estaba llena de pura compasión; Carl, de un divertido asombro, y todos ellos de curiosidad.

—Ahora vamos al cementerio y nos contarás qué te pasa —ordenó Faith cuando el apetito de Mary dio señales de retroceder. Mary no era nada reacia ahora. La comida le había devuelto su vivacidad natural y le había soltado una lengua nada perezosa.

—¿No le contaréis a vuestro padre ni a nadie lo que os diga? —preguntó al ser entronada sobre la tumba del señor Pollock. Frente a ella los niños de la rectoría se alinearon sobre otra losa. Allí habría condimento, misterio y aventura. Algo había sucedido.

—No, no contaremos nada.

—¿Lo prometéis?

—Lo prometemos.

—Bueno, me he escapado. Yo vivía con la señora Wiley al otro lado del puerto. ¿Conocéis a la señora Wiley?

—No.

—Bueno, mejor para vosotros. Es una mujer terrible. ¡Ay, cómo la odio! Me mataba a trabajar y no me daba de comer, y además me pegaba casi todos los días. Mirad.

Mary se subió las mangas rotas y extendió los bracitos y las manos delgadísimas y cuarteadas. Estaban negros de moretones. Los niños de la rectoría se estremecieron. Faith se puso roja de indignación. Los ojos azules de Una se llenaron de lágrimas.

—El miércoles por la noche me dio con un palo —continuó Mary con indiferencia—. Fue porque la vaca le dio una patada a un cubo lleno de leche. ¿Cómo iba a saber yo que aquella maldita vaca iba a dar una patada?

Un estremecimiento nada desagradable recorrió a los oyentes. Nunca se les ocurriría utilizar palabras como aquélla, pero era emocionante oír a alguien utilizarlas, y, además, a una niña. Por cierto que Mary Vance era una criatura interesante.

—No me extraña que te hayas escapado —dijo Faith.

—Ah, pero no me escapé porque me pegó. Una paliza era cosa de todos los días para mí. Estaba acostumbrada como al miércoles. No, señor, hacía una semana que me quería escapar porque me enteré de que la señora Wiley iba a alquilar la granja y a irse a vivir a Lowbridge, y a mí me iba a dar a una prima suya que vive por Charlottetown. Yo no iba a aguantar eso. La otra es mucho peor que la señora Wiley. La señora Wiley me prestó a la otra un mes el verano pasado y prefiero vivir con el mismísimo demonio.

Sensación número dos. Pero Una parecía dubitativa.

—Así que decidí largarme. Tenía ahorrados setenta centavos que me dio en primavera la esposa de John Crawford por plantarle patatas. La señora Wiley no sabía nada. Estaba de viaje visitando a su prima cuando las planté. Pensé venir a Glen y comprar un pasaje para Charlottetown y tratar de encontrar trabajo allí. Soy muy trabajadora. No tengo ni un pelo de vaga. Así que me largué el jueves por la mañana antes de que la señora Wiley se levantara y caminé hasta Glen: casi diez kilómetros. Y cuando llegué a la estación me di cuenta de que había perdido el dinero. No sé cómo ni dónde. Pero ya me había ido. No sabía qué hacer. Si volvía, la vieja Wiley me iba a arrancar el pellejo. Así que fui a esconderme en el viejo granero.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó Jerry.

—No sé, supongo que tendré que volver y aceptar el trago amargo. Ahora que tengo algo sólido en la barriga supongo que podré soportarlo.

Pero había miedo en los ojos de Mary. Súbitamente, Una se trasladó de una tumba a la otra y le pasó el brazo por la espalda.

—No regreses. Quédate aquí con nosotros.

—Ah, la señora Wiley me encontrará. Es probable que ya me ande buscando. Podría quedarme aquí hasta que me encuentre, también, si tu familia no se opone. Fui una estúpida al pensar que podía escapar de ella. Es capaz de encontrar una comadreja. Pero era tan desgraciada…

A Mary le tembló la voz, pero le daba vergüenza mostrar su debilidad.

—La mía ha sido una vida de perros estos cuatro años —explicó a la defensiva.

—¿Llevas cuatro años con la señora Wiley?

—Ajá. Me sacó del asilo de Hopetown cuando yo tenía ocho.

—Es el mismo lugar de donde vino la señora Blythe.

—Estuve dos años en el asilo. Me metieron cuando tenía seis. Mi mamá se ahorcó y mi papá se cortó el cuello.

—¡Santo cielo! ¿Por qué? —preguntó Jerry.

—El alcohol —dijo Mary lacónicamente.

—¿Y no tienes más parientes?

—Ni un pariente de mierda, que yo sepa. Aunque alguna vez habré tenido. Me pusieron los nombres de media docena de parientes. Mi nombre completo es Mary Martha Lucilla Moore Ball Vance. ¿Qué os parece? Mi abuelo era un hombre rico. Apuesto que era más rico que el vuestro. Pero papá se gastó todo bebiendo y mamá hizo su parte. Ellos también me pegaban. Puf, me han pegado tanto que hasta creo que me gusta.

Mary sacudió la cabeza. Había adivinado que los niños de la rectoría le tenían compasión por las palizas y ella no quería la lástima de nadie. Quería ser envidiada. Miró alrededor con alegría. Sus extraños ojos, ahora que los había abandonado la opacidad del hambre, eran brillantes. Les mostraría a aquellas criaturas qué personaje era ella.

—He estado muy pero muy enferma —dijo, orgullosa—. No son muchos los niños que han tenido lo que yo tuve. Tuve: «carlatina», sarampión, erisipela, paperas, tosferina y «peumonía».

—¿Alguna vez tuviste una enfermedad mortal? —preguntó Una.

—No lo sé —dijo Mary, dubitativa.

—Claro que no —se burló Jerry—. Con una enfermedad mortal te mueres.

—Ah, bueno, yo nunca me morí exactamente —admitió Mary—, pero una vez estuve cerca. Pensaron que me había muerto y estaban a punto de enterrarme cuando reaccioné.

—¿Cómo es estar medio muerta? —preguntó Jerry, curioso.

—Como nada. Yo no me enteré hasta varios días después. Fue cuando tuve la «peumonía». La señora Wiley no quiso llamar al doctor, dijo que no iba a meterse en semejante gasto por una sirvienta. La vieja tía Christina MacAllister me cuidó con cataplasmas. Ella me curó. Pero a veces pienso que ojalá me hubiera muerto del todo para terminar de una vez. Estaría mejor.

—Si fueras al cielo supongo que sí —dijo Faith, no muy convencida.

—Bueno, ¿qué otro lugar hay para ir? —preguntó Mary, intrigada.

—Está el infierno, claro —dijo Una, bajando la voz y abrazando a Mary para disminuir el horror de la sugerencia.

—¿El infierno? ¿Qué es eso?

—Pues donde vive el diablo —explicó Jerry—. Tú sabes quién es el diablo. Hablaste de él.

—Ah, sí, pero yo no sabía que vivía en ningún lado, pensaba que andaba por ahí. El señor Wiley hablaba del infierno cuando vivía. Siempre le decía a la gente que se fuera ahí. Yo creía que era algún lugar en New Brunswick, de donde venía él.

—El infierno es un lugar espantoso —dijo Faith con el tremendo gozo que nace de hablar de cosas terribles—. Pero la gente va allí cuando se muere y arde en el fuego eterno para siempre jamás.

—¿Quién te dijo eso? —preguntó Mary con incredulidad.

—Está en *la Biblia*. Y además nos lo dijo el señor Isaac Crothers en la escuela dominical de Maywater. Era vicario y un pilar de la Iglesia, y lo sabía todo. Pero no tienes por qué preocuparte. Si eres buena, irás al cielo, y si fueras mala, me parece que preferirías ir al infierno.

—No —protestó Mary con decisión—. Por mala que fuera yo no querría ir al infierno a quemarme en el fuego. Yo sé lo que es eso. Una vez cogí un atizador al rojo vivo, sin querer. ¿Qué hay que hacer para ser bueno?

—Tienes que ir a la iglesia y a la escuela dominical, leer *la Biblia* y rezar todas las noches y dar a las misiones —dijo Una.

—Parece mucho trabajo —señaló Mary—. ¿Algo más?

—Tienes que pedirle a Dios que te perdone los pecados que has cometido.

—Pero yo nunca comi… cometí ninguno. Y, por otro lado, ¿qué es un pecado?

—Ah, Mary, tienes que haber cometido alguno. Todo el mundo los comete. ¿Nunca has dicho una mentira?

—Montones.

—Ése es un pecado terrible —dijo Una con gran solemnidad.

—¿Me estás diciendo —quiso saber Mary— que me van a mandar al infierno por decir una mentirijilla de vez en cuando? Pero si tenía que mentir. El señor Wiley me habría roto todos los huesos una vez si yo no le hubiera mentido. Las mentiras me han salvado de varios palos, os lo aseguro.

Una suspiró. Eran demasiadas dificultades para que las resolviera ella. Se estremeció al pensar en ser azotada cruelmente. Lo más probable era que ella también hubiera mentido. Apretó con fuerza la manita callosa de Mary.

—¿Ése es el único vestido que tienes? —preguntó Faith, cuya naturaleza alegre se negaba a entretenerse con temas desagradables.

—Me puse este vestido porque no servía para nada —exclamó Mary, ruborizándose—. La señora Wiley me había comprado la ropa y yo no quería que me reclamara nada. Y soy honrada. Si iba a escaparme no me iba a llevar nada que fuera suyo y que valiera algo. Cuando crezca me voy a comprar un vestido de satén azul. Vuestra ropa no es muy elegante que digamos. Yo pensaba que los hijos de los pastores siempre iban bien vestidos.

Estaba claro que Mary tenía carácter y era susceptible con respecto a algunos puntos. Pero había un curioso y rústico encanto en ella que los cautivaba a todos. Aquella tarde la llevaron al Valle del Arco Iris y se la presentaron a los Blythe como «una amiga nuestra del otro lado del puerto que está de visita». Los Blythe la aceptaron sin hacer preguntas, tal vez porque ahora se la veía respetable, al menos exteriormente. Después de la cena, durante la cual la tía Martha había murmurado y el señor Meredith había estado en un estado de semiconsciencia mientras reflexionaba sobre su sermón del domingo, Faith había convencido a Mary de que se pusiera uno de sus vestidos, así como otras prendas de ropa. Con el cabello cuidadosamente trenzado, Mary podía pasar bastante bien. Era una aceptable compañera de juegos, pues conocía varios nuevos y excitantes, y su conversación no carecía de gracia. Algunas de sus expresiones hicieron que Nan y Di se miraran con desconfianza. No estaban muy seguras de lo que su madre habría pensado de ella, pero sabían a la perfección lo que hubiera pensado Susan. De todos modos, era una visita de la rectoría, de modo que no podía haber problemas.

Cuando llegó la hora de irse a la cama surgió el problema de dónde dormiría Mary.

—No podemos ponerla en el cuarto de huéspedes —le dijo Faith, confusa, a Una.

—Yo no tengo bichos en la cabeza —exclamó Mary con tono dolido.

—Ah, no quise decir eso —protestó Faith—. El cuarto de huéspedes está inservible. Los ratones abrieron un inmenso agujero en el colchón de plumas e hicieron un nido en él. Lo descubrimos cuando la tía Martha puso a dormir allí al reverendo Fisher, de Charlottetown, la semana pasada. Él sí se enteró en seguida. Entonces papá tuvo que darle su cama y dormir en el diván del estudio. La tía Martha no ha tenido tiempo todavía de arreglar la cama del cuarto de huéspedes, dice, así que nadie puede dormir allí, por limpia que tenga la cabeza. Y nuestra cama es tan pequeña que no puedes dormir con nosotras.

—Puedo volver al viejo granero por la noche si me dejáis una manta —aceptó Mary filosóficamente—. Anoche hacía un poco de frío pero, si no hubiera sido por eso, habría dormido muy a gusto.

—¡Ay, no, no, no vas a hacer eso! —dijo Una—. Se me ocurre un plan, Faith. ¿Te acuerdas del catre que hay en la buhardilla con un colchón viejo, que dejó el último pastor? Llevemos la ropa de cama del cuarto de huéspedes y le preparamos la cama allí a Mary. No te molesta dormir en la buhardilla, ¿no, Mary? Está justo encima de nuestro dormitorio.

—Cualquier lugar me viene bien. Caramba, si no he tenido un lugar decente donde dormir en toda mi vida. En casa de la señora Wiley dormía en el altillo que había encima de la cocina. El techo goteaba lluvia en verano y nieve en invierno. Mi cama era un colchón de paja en el suelo. No voy a poner remilgos a la hora de dormir.

La buhardilla de la rectoría era un lugar largo y bajo con el techo inclinado. Allí prepararon una cama para Mary con las preciosas sábanas dobladilladas y la manta bordada que Cecilia Meredith había hecho una vez con tanto orgullo para su cuarto de huéspedes y que aún sobrevivía a los malos lavados de la tía Martha. Se dieron las buenas noches y el silencio cayó sobre la rectoría. Una estaba quedándose dormida cuando oyó un ruido justo en el cuarto de arriba que la hizo incorporarse de inmediato.

—Escucha, Faith… Mary está llorando —susurró. Faith no respondió, dado que ya estaba dormida. Una se bajó de la cama y, vestida con su camisoncito blanco, cruzó la sala y subió la escalera. El crujiente suelo de la buhardilla dio amplio aviso de su aparición y, cuando llegó al rincón, todo era un silencioso claro de luna y el catre sólo dejaba ver un bulto en medio.

—Mary —susurró Una.

No hubo respuesta.

Una se acercó a la cama y apartó la colcha.

—Mary, sé que estás llorando. Te he oído. ¿Te sientes sola?

Mary se dejó ver de pronto, pero no dijo nada.

—Déjame meterme contigo. Tengo frío —dijo Una, temblando por el aire frío; la pequeña ventana de la buhardilla estaba abierta y de noche soplaba el áspero aliento de la costa norte.

Mary se corrió y Una se acurrucó junto a ella.

—Ahora no te sentirás sola. No tendríamos que haberte dejado sola aquí la primera noche.

—No me sentía sola —dijo Mary, sorbiendo por la nariz.

—¿Por qué llorabas entonces?

—Ah, cuando me quedé sola me puse a pensar. Pensé en que tenía que volver a casa de la señora Wiley y en que me va a pegar por haberme escapado y… y en que me voy a ir al infierno por mentir. Todo eso me preocupó mucho.

—Ay, Mary —se entristeció la pobre Una—. Yo no creo que Dios vaya a mandarte al infierno por decir mentiras si tú no sabías que estaba mal. No lo haría. Él es bueno. Claro que no debes mentir más ahora que ya sabes que está mal.

—Si no puedo decir mentiras, ¿qué va a ser de mí? —sollozó Mary—. Tú no lo entiendes. No sabes nada de estas cosas. Tienes una casa y un padre bueno, aunque me pareció que le falta un tornillo. Pero al menos no te pega; y siempre tienes suficiente para comer, aunque esa vieja tía tuya no sabe nada de cocina. Es el primer día de mi vida en que he sentido que comí suficiente. Me han maltratado toda la vida, excepto los dos años que pasé en el asilo. Allí no me pegaban y no estaba del todo mal, aunque la supervisora tenía mal genio. Siempre parecía dispuesta a arrancarme la cabeza. Pero la señora Wiley es horrorosa y me muero de miedo cuando pienso en volver con ella.

—Tal vez no tengas que volver. Tal vez se nos ocurra alguna salida. Pidámosle las dos a Dios que te salve de tener que volver con la señora Wiley. Tú dices tus oraciones, ¿no, Mary?

—Ah, sí, siempre digo un viejo verso antes de meterme en la cama —respondió Mary con indiferencia—. Pero nunca se me ocurrió pedir nada especial. Nadie en el mundo se ha preocupado nunca por mí, así que no espero que se preocupe Dios. El bien podría molestarse por ti, ya que eres hija de un pastor.

—Se preocuparía exactamente igual por ti, Mary, estoy segura —dijo Una—.

No importa de quién seas hija. Tú pídele; yo también voy a pedirle.

—Está bien —accedió Mary—. No hará ningún daño aun cuando no haga mucho bien. Si conocieras a la señora Wiley tan bien como yo, no creerías que Dios tenga ganas de meterse con ella. De todas maneras, ya no voy a llorar por eso. Esto es mucho mejor que anoche, en aquel viejo granero, con los ratones corriendo de un lado para otro. Mira el faro de Cuatro Vientos. ¿No es bonito?

—Ésta es la única ventana desde donde puede verse —le informó Una—. A mí me encanta mirarlo.

—¿Sí? A mí también. Yo lo veía desde el altillo de Wiley y era mi único consuelo. Cuando estaba dolorida por los golpes lo miraba y me olvidaba de dónde me dolía. Pensaba en los barcos que se van lejos, muy lejos, y deseaba estar en uno de ellos navegando hacia lo lejos también, lejos de todo. En las noches de invierno, cuando no estaba encendido, sí que me sentía sola. Dime, Una, ¿por qué sois tan buenos conmigo si no soy más que una extraña?

—Porque es lo correcto. *La Biblia* nos dice que seamos bondadosos con todas las personas.

—¿Ah, sí? Bueno, me parece que hay muchos que no le hacen caso. Yo no recuerdo que nadie haya sido bueno conmigo antes, por mis ojos que no. Dime, Una, ¿no son bonitas esas sombras en la pared? Parecen una bandada de pájaros que bailan. Y dime, Una, me gusta toda tu familia y los chicos Blythe y Di, pero no me gusta Nan. Es orgullosa.

—Ay, no, Mary, no es nada orgullosa —la defendió Una vivamente—. En absoluto.

—No me lo digas a mí. Cualquiera que ande con la cabeza alta como ella es orgulloso.

—Nosotros la queremos mucho.

—Ah, supongo que la quieres más que a mí —dijo Mary, celosa—. ¿Eh?

—Pero, Mary, hace semanas que la conocemos y a ti hace apenas unas horas —tartamudeó Una.

—¿Entonces la quieres más? —insistió Mary, furiosa—. ¡Está bien! Quiérela todo lo que se te ocurra. No me importa. Puedo sobrevivir sin ti.

—Ay, Mary —dijo Una, pasando un tierno brazo sobre la espalda ofendida de Mary—, no hables así. Yo te quiero más. Y me haces sentir tan mal…

No hubo respuesta. De inmediato, Una se puso a sollozar, ante lo cual Mary se volvió otra vez y la envolvió en un abrazo de oso.

—Cállate —ordenó—. No llores por lo que te dije. Estuve mezquina como el

demonio hablándote así. Tendrían que despellejarme viva… con lo buenos que habéis sido conmigo. Cállate ahora. Si sigues llorando iré caminando directamente al puerto en camisón y me ahogaré.

Esa terrible amenaza hizo que Una se tragara los sollozos. Mary le enjugó las lágrimas con la puntilla de la funda de la almohada y volvieron a acurrucarse juntas, ya restablecida la armonía, para mirar las sombras de las hojas de enredadera sobre la pared, hasta que se quedaron dormidas.

Y en el estudio del piso de abajo el reverendo John Meredith caminaba con expresión absorta y ojos resplandecientes, pensando en su mensaje del día siguiente, sin saber que bajo su propio techo había una pequeña alma desamparada, que tropezaba en la oscuridad y la ignorancia, acosada por el terror y cercada por dificultades demasiado grandes para que pudiera con ellas.

6. Mary se queda en la rectoría

Los niños de la rectoría llevaron a Mary Vance a la iglesia al día siguiente. Al principio, Mary puso objeciones a la idea.

—¿No ibas a la iglesia del otro lado del puerto? —preguntó Una.

—Claro. La señora Wiley no se molestaba mucho en ir a la iglesia, pero yo iba todos los domingos que podía escaparme. Me sentía muy agradecida de poder ir a un lugar donde podía sentarme un ratito. Pero no puedo ir a la iglesia con este vestido tan roto.

Esa dificultad desapareció cuando Faith ofreció prestarle su segundo mejor vestido.

—Está algo descolorido y le faltan dos botones, pero creo que servirá.

—Le coseré los botones en un santiamén —prometió Mary.

—No un domingo —objetó Una, impresionada.

—Seguro. Mejor el día cuando mejor es la tarea. Dadme hilo y aguja y mirad para otro lado si tenéis escrúpulos.

Las botas de Faith de ir a la escuela y un viejo sombrero de terciopelo negro que había pertenecido a Cecilia Meredith completaron el atuendo de Mary; y a la iglesia se fue. Su comportamiento fue bastante convencional y, aunque algunos se preguntaron quién sería la niñita desaliñada que iba con los niños de la rectoría, no atrajo demasiada atención. Escuchó el sermón con decoro y cantó con entusiasmo. Se vio que tenía una voz clara y potente y buen oído.

«Su sangre puede dejar limpias las violetas», entonaba Mary con entusiasmo. La esposa de Jimmy Milgrave, cuyo banco estaba delante del de la rectoría, se volvió bruscamente y miró a la niña de pies a cabeza. Mary, con espíritu travieso, le sacó la lengua, para espanto de Una.

—No pude evitarlo —declaró después del servicio—. ¿Por qué me miró así? ¡Qué modales! Me alegro de haberle sacado la lengua. Lástima que no la saqué más afuera. Ah, he visto a Rob MacAllister, del otro lado del puerto. ¿No le dirá

a la señora Wiley que me ha visto?

Pero no apareció ninguna señora Wiley y a los pocos días los niños se olvidaron de ella. Al parecer Mary era ya un agregado permanente en la rectoría. Pero no quería ir a la escuela con los otros.

—No. Yo ya terminé mi educación —decía cuando Faith la urgía a ir—. Fui cuatro inviernos a la escuela desde que vine a casa de la señora Wiley y me alcanzó. Estaba harta de que me riñeran por no hacer los deberes. Yo no tenía tiempo de hacer deberes.

—Nuestro maestro no va a reñirte. Es muy bueno —insistía Faith.

—Bueno, pero no voy. Sé leer y escribir y hacer cuentas con fracciones. No necesito más. Id vosotros que yo me quedo en casa. No tengáis miedo de que os robe nada. Juro que soy decente.

Mientras los otros estaban en la escuela, Mary se ocupaba de limpiar la rectoría. En pocos días fue otro lugar. Se barrieron suelos, se sacudieron muebles y se ordenó todo. Mary arregló el colchón del cuarto de huéspedes, cosió botones que faltaban, hizo cuidadosos remiendos en la ropa y hasta invadió el estudio provista de una escoba y un paño para sacudir y le ordenó al señor Meredith que saliera mientras ella limpiaba. Pero había un área en la cual la tía Martha no le permitía interferir. La tía Martha podía estar sorda, medio ciega y ser muy infantil, pero estaba decidida a mantener la intendencia en sus propias manos, a pesar de los ardides y estratagemas de Mary.

—Te digo que si la vieja Martha me dejara cocinar comeríais como la gente normal —les dijo con indignación a los niños de la rectoría—. No habría más «otravez» ni cereal lleno de grumos ni leche azul. ¿Qué hace con toda la crema?

—Se la da al gato. Es su gato —informó Faith.

—Yo le iba a dar gatos —exclamó Mary, enfadada—. A mí los gatos no me gustan. Son animales del diablo. Se les ve en los ojos. Bueno, si la vieja Martha no me va a dejar, no me va a dejar. Pero me saca de mis casillas ver cómo se desperdicia buena comida.

Después de la escuela siempre iban a jugar al Valle del Arco Iris. Mary se negaba a jugar en el cementerio. Manifestó que tenía miedo a los fantasmas.

—Los fantasmas no existen —afirmó Jem Blythe.

—Ah, ¡no me digas!

—¿Has visto alguno?

—Cientos —aseguró Mary en seguida.

—¿Cómo son? —preguntó Carl.

—Espantosos. Vestidos de blanco, con manos y cabezas de esqueletos.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Una.

—Corrí como la mierda —dijo Mary. Pero se encontró con la mirada de Walter y se ruborizó. Mary tenía mucho respeto a Walter. Les dijo a las niñas de la rectoría que sus ojos la ponían nerviosa.

«Me acuerdo de todas las mentiras que he dicho en mi vida cuando lo miro a los ojos —dijo—, y deseo no haberlas dicho».

Jem era el preferido de Mary. Cuando él la llevó a la buhardilla de Ingleside y le mostró la colección de curiosidades que le había dejado el capitán Jim Boyd, se sintió inmensamente complacida y halagada. También se ganó por completo el corazón de Carl por su interés en escarabajos y hormigas. No podía negarse que Mary se llevaba bastante mejor con los varones que con las niñas. Al segundo día tuvo una seria pelea con Nan Blythe.

—Tu madre es una bruja —le dijo a Nan con desprecio—. Las mujeres pelirrojas siempre son brujas.

Después se peleó con Faith por el gallo. Mary dijo que tenía la cola demasiado corta. Faith replicó, airada, que, en su opinión, Dios sabía de qué largo hacerle la cola a un gallo. No se hablaron en un día entero a causa de la discusión. Mary trataba con consideración a la muñeca pelada y con un solo ojo de Una, pero cuando Una le mostró su otro preciado tesoro (una imagen de un ángel que llevaba un niño, supuestamente al cielo), Mary declaró que a ella le parecía un fantasma. Una se escabulló a su cuarto y se puso a llorar, pero Mary fue a buscarla, la abrazó y le rogó que la perdonara. Nadie podía estar demasiado tiempo peleado con Mary, ni siquiera Nan, que era más bien propensa a guardar rencores y que jamás perdonó del todo el insulto a su madre. Mary era divertida. Sabía contar las más emocionantes historias de fantasmas. Las reuniones en el Valle del Arco Iris eran sin la menor duda más divertidas desde su llegada. Aprendió a tocar la armónica y pronto eclipsó a Jerry.

—Todavía no he encontrado nada que no pueda hacer si se me mete en la cabeza —afirmó.

Mary rara vez perdía la oportunidad de alabarse a sí misma. Les enseñó a hacer «bolsas de aire» con las gruesas hojas de la siempreviva que crecía en el viejo jardín de los Bailey; los inició en las sabrosas cualidades de unas hierbas amargas que crecían en los rincones del muro del cementerio; sabía hacer sombras chinescas en las paredes con sus dedos largos y flexibles. Y cuando todos iban a recoger goma en el Valle del Arco Iris, Mary siempre conseguía «la

mascada más grande» y alardeaba de ello. Había momentos en que la odiaban y momentos en que la adoraban. Pero siempre les resultaba interesante. De modo que se sometieron con mansedumbre a su autoritarismo y, al cabo de dos semanas, les parecía que había estado con ellos desde siempre.

—Es rarísimo que la señora Wiley no me haya buscado —dijo Mary—. No lo entiendo.

—Tal vez no te busque nunca —aventuró Una—. Entonces podrías seguir viviendo aquí.

—En esta casa no hay lugar suficiente para mí y la vieja Martha —adujo Mary, sombría—. Es muy bonito tener comida suficiente; yo me había preguntado muchas veces cómo sería, pero soy muy especial con la cocina. Y, además, la señora Wiley aparecerá tarde o temprano. Seguro que tiene en conserva un buen látigo para mí. Durante el día no pienso mucho en eso, pero de noche, chicas, en la buhardilla, me pongo a pensar y pensar, hasta que al final deseo que venga para terminar de una vez por todas. No sé si una buena paliza no sería mejor que la docena de palizas que he vivido con la imaginación desde que me escapé. ¿A vosotros os han pegado alguna vez?

—¡No, claro que no! —protestó Faith, indignada—. Papá es incapaz de hacernos eso.

—No sabéis que estáis vivas —dijo Mary con un suspiro, en parte de envidia, en parte de superioridad—. No sabéis por lo que yo he pasado. Y supongo que a los Blythe tampoco les pegaron nunca.

—No, diría que no. Pero me parece que cuando eran pequeños alguna vez les dieron un azote.

—Los azotes no son nada —dijo Mary con desdén—. Si a mí me hubieran dado un azote habría creído que era una caricia. Bueno, no hay justicia en este mundo. A mí no me importaría soportar mi parte de azotes, pero, mierda, me parece que he recibido demasiados.

—No debes decir esa palabra, Mary —le reprochó Una—. Me prometiste que no la dirías.

—Cállate —respondió Mary—. Si supieras algunas de las palabras que podría decir si quisiera, no armarías tanto escándalo por mierda. Como bien sabes, no he mentido ni una sola vez desde que llegué.

—¿Y esos fantasmas que dijiste que habías visto? —preguntó Faith.

Mary se ruborizó.

—Eso es diferente —dijo con aire desafiante—. Yo sabía que no ibais a creer

esas historias y no era mi intención que las creyerais. Y además, una vez sí vi algo extraño cuando pasaba por el cementerio del otro lado del puerto, que me caiga muerta. No sé si era un fantasma o la vieja yegua blanca de Sandy Crawford, pero a mí me pareció muy extraño y os aseguro que salí corriendo a todo lo que me daban las piernas.

7. Un episodio cuestionable

Rilla Blythe iba orgullosa, y tal vez demasiado satisfecha de sí misma, por la calle principal de Glen, subiendo la colina de la rectoría y llevando con cuidado una canastita de fresas tempranas que Susan había obligado a crecer lujuriosamente en uno de los rincones soleados de Ingleside. Susan había encargado a Rilla que no le diera la canasta a nadie que no fuese la tía Martha o el señor Meredith, y Rilla, muy orgullosa de que le encomendaran semejante tarea, estaba decidida a cumplir sus instrucciones al pie de la letra.

Susan la había vestido primorosamente con un vestidito blanco, almidonado y bordado, una cinta azul en la cintura y zapatitos con flecos. Sus largos rizos rojizos eran brillantes y estaban peinados en bucles, y Susan le había permitido ponerse su mejor sombrero, por deferencia a la rectoría. Estaba excesivamente elaborado, en lo cual tenía más que ver el gusto de Susan que el de Ana, y el alma de Rilla se vanagloriaba del esplendor de sedas, encajes y flores. Estaba muy orgullosa de su sombrero y tal vez su paso fuera hasta podríamos decir pedante, colina arriba. Sus aires, o su sombrero, o ambas cosas, sacaron de sus casillas a Mary Vance, que se balanceaba en el portón del jardín. Para colmo de males, Mary estaba un poco alterada en aquel momento. La tía Martha no la había dejado pelar las patatas y la había echado de la cocina.

—¡Ja! ¡Llevará las patatas a la mesa con tiras de cascara colgándoles y medio crudas, como siempre! Ah, pero cómo voy a disfrutar cuando vaya a su entierro —aulló Mary. Salió de la cocina dando tal portazo que hasta la tía Martha lo oyó y, en su estudio, el señor Meredith sintió la vibración y pensó distraído que seguramente había habido un levísimo terremoto. Luego continuó con su sermón.

Mary se bajó del portón y encaró a la inmaculada damisela de Ingleside.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó, tratando de apoderarse de la canasta. Rilla se resistió.

—Ez pada el zeñod Mededith —dijo.

—Dámela a mí. Yo se la daré —insistió Mary.

—No. Zuzan me dijo que no ze la dieda a nadie máz que al zeñod Mededith o a la tía Martha —insistió Rilla. Mary la miró agriamente.

—¡Te crees quién sabe quién, ¿no?, por andar vestida como una muñeca! Mírame a mí. ¡Mi vestido está hecho harapos y no me importa! Prefiero estar vestida de harapos y no como una muñequita. Vete a tu casa para que te pongan en una cajita de cristal. ¡Mírame a mí… mírame… mírame!

Mary ejecutó un baile salvaje alrededor de la desolada y atónita Rilla, agitando la falda rota y vociferando: «¡Mírame… mírame!», hasta que la pobre Rilla se mareó. Pero cuando ésta intentó escabullirse hacia el portón, Mary volvió a cortarle el paso.

—Dame esa canasta —ordenó, haciéndole la burla. Mary era toda una maestra en el arte de hacer la burla. Podía hacer de su cara una cosa grotesca y sobrenatural en medio de la cual sus extraños y brillantes ojos blancos resplandecían con un efecto espectral.

—No —balbuceó Rilla, asustada pero firme—. Déjame pazar, Mary Vanz.

Mary le dio paso y miró alrededor. Al otro lado del portón había un pequeño bastidor sobre el que se secaban media docena de grandes bacalaos. Uno de los feligreses del señor Meredith se los había regalado un día, tal vez en lugar de la suscripción que se suponía que debía pagar para contribuir a su manutención y que nunca había pagado. El señor Meredith le dio las gracias y luego se olvidó por completo del pescado, que se habría echado a perder de no ser por la infatigable Mary, que lo preparó para secar, y ella misma armó el bastidor para ponerlo.

Mary tuvo una inspiración diabólica. Corrió hasta el bastidor y se apoderó del pescado más grande, un animal inmenso y casi tan grande como ella. Con un chillido se lanzó sobre la aterrorizada Rilla blandiendo su extraño misil. El coraje de Rilla se diluyó en la nada. Ser aporreado, con un bacalao muerto era algo tan impensable que no pudo soportarlo. Con un alarido, soltó la canasta y salió corriendo. Las hermosas frutas que Susan había elegido para el pastor con tanto esmero rodaron en un rosado torrente por el camino polvoriento y fueron pisoteadas por los pies voladores de perseguidora y perseguida. La canasta y su contenido habían desaparecido de la cabeza de Mary. Sólo pensaba en lo delicioso que era darle a Rilla Blythe el susto más grande de su vida. Le iba a enseñar a darse aires sólo porque tenía buena ropa.

Rilla corrió colina abajo y siguió por la calle. El terror le ponía alas en los pies, pero la niña se mantenía apenas delante de Mary, entorpecida en su carrera por su propia risa, pero a quien le quedaba todavía aire para, sin dejar de correr, lanzar aullidos que congelaban la sangre en las venas y seguir blandiendo su bacalao por los aires. Cruzaron la calle principal de Glen, mientras todo el mundo corría a ventanas y portones para verlas. Mary sentía que estaba causando sensación y lo disfrutaba. Rilla, cegada por el terror y sin aliento, sentía que no podría seguir corriendo. Dentro de un instante aquella horrible niña estaría encima de ella con el bacalao. En ese punto la pobre criatura tropezó y cayó en un charco con barro al final de la calle, justo en el momento en que la señorita Cornelia salía de la tienda de Cárter Flagg.

La señorita Cornelia se hizo cargo de la situación de una mirada. Mary también. La última detuvo en seco su loca carrera y, antes de que la señorita Cornelia pudiera decir nada, ya se había vuelto y corría colina arriba con la misma velocidad con la que había ido colina abajo. La señorita Cornelia apretó los labios en un gesto ominoso, pero sabía que no tenía sentido intentar perseguirla. Entonces recogió a la pobre Rilla, despeinada y llorosa, y la llevó a su casa. Rilla estaba transida de dolor. El vestido, los zapatitos y el sombrero estaban arruinados, y su orgullo de seis años había recibido terribles magulladuras.

Susan, pálida de indignación, oyó la narración que hizo la señorita Cornelia de la hazaña de Mary Vance.

—¡Ah, esa desgraciada, no es más que una desgraciada! —decía mientras se llevaba a Rilla para lavarla y consolarla.

—Este asunto ha ido demasiado lejos, querida Ana —dijo la señorita Cornelia—. Hay que hacer algo. ¿Quién es esa criatura que vive en la rectoría y de dónde ha venido?

—Tengo entendido que es una niña del otro lado del puerto que está de visita en la rectoría —respondió Ana, que le veía el lado cómico a la persecución con el bacalao y que pensaba en secreto que Rilla era un poquito vanidosa y que no le vendrían mal una o dos lecciones.

—Yo conozco a todas las familias del otro lado del puerto que vienen a nuestra iglesia y esa revoltosa no pertenece a ninguna de ellas —replicó la señorita Cornelia—. Viste harapos y cuando va a la iglesia lo hace con ropa vieja de Faith Meredith. Ahí hay algún misterio y voy a investigarlo, ya que al parecer nadie más va a ocuparse. Creo que ella fue la culpable de esos merodeos en el

bosque de abetos de Warren Mead el otro día. ¿Te enteraste de que, del susto que le dieron, a la madre le dio un ataque?

—No. Sabía que llamaron a Gilbert para que la viera, pero no me enteré de cuál era el problema.

—Bueno, sabes que tiene el corazón delicado. Y un día de la semana pasada, estando sola en la galería, oyó unos alaridos espantosos de «asesino» y «socorro» provenientes del bosque, ruidos realmente horribles, querida Ana. Le falló el corazón. Warren los oyó desde el granero y fue directo al bosque a investigar, y entonces encontró a todos los niños de la rectoría sentados sobre un árbol caído y gritando «asesino» a todo lo que les daban los pulmones. Le dijeron que estaban jugando y que no pensaron que pudiera oírlos nadie. Jugaban a las emboscadas indias. Warren volvió a la casa y encontró a su pobre madre inconsciente en la galería.

Susan, que había regresado, levantó la nariz con gesto despectivo.

—Creo que estaba lejos de estar inconsciente, señora de Marshall Elliott, y eso se lo aseguro. Hace cuarenta años que oigo hablar del corazón delicado de Amelia Warren. Ya a los veinte años lo tenía delicado. Le encanta hacer aspavientos y llamar al médico; cualquier excusa le viene bien.

—Me parece que a Gilbert el ataque no le pareció nada serio —dijo Ana.

—Ah, es muy probable —dijo la señorita Cornelia—. Pero el asunto ha dado mucho que hablar, y el hecho de que los Mead son metodistas ha empeorado mucho las cosas. ¿Qué va a ser de esos niños? A veces no puedo dormir de noche pensando en ellos, querida Ana. De verdad, hasta me pregunto si comen bien, porque el padre vive tan inmerso en sus cosas que no siempre se acuerda de que tiene estómago y esa vieja perezosa no se toma la molestia de cocinar como debería. Se están convirtiendo en unos salvajes, y ahora que terminan las clases estarán peor que nunca.

—Se divierten —rió Ana al recordar sucesos del Valle del Arco Iris que habían llegado a sus oídos—. Y todos son valientes, francos, leales y veraces.

—Eso es cierto, querida Ana, y cuando uno se pone a pensar en todos los problemas que provocaron en la iglesia esos dos jóvenes chismosos del último pastor, me siento inclinada a pasar por alto mucho de lo de los Meredith.

—A fin de cuentas, mi querida señora, son muy buenos niños —dijo Susan—. Hay mucho del pecado original en ellos, eso lo admito, pero tal vez sea mejor, porque de no ser así serían insoportables por demasiado dulces. Pero lo que no creo que sea correcto es que jueguen en un cementerio, y de ahí no me

sacan.

—Pero la verdad es que juegan muy tranquilos en el cementerio —los excusó Ana—. No corren ni gritan como en otros lados. ¡Los alaridos que dan en el Valle del Arco Iris a veces! Aunque tengo la sensación de que los míos tienen a su cargo buena parte de la función. Anoche tuvieron un simulacro de batalla y tenían que rugir porque no tenían artillería, según Jem, que está pasando por esa época en la que todos los varones anhelan ser soldados.

—Bien, gracias a Dios, jamás lo será —dijo la señorita Cornelia—. Nunca estuve de acuerdo con que nuestros muchachos fueran a esa gresca en Sudáfrica. Pero ha terminado y no es probable que jamás vuelva a suceder nada parecido. Creo que el mundo se está volviendo más sensato. En cuanto a los Meredith, he dicho muchas veces, y vuelvo a decirlo, que si el señor Meredith tuviera esposa, todo iría bien.

—La semana pasada fue dos veces de visita a casa de los Kirk —insinuó Susan.

—Bien —asintió la señorita Cornelia, pensativa—, yo por lo general no apruebo que un pastor se case con alguien de su congregación. Por lo general lo echa a perder. Pero en este caso no sería dañino, porque todo el mundo quiere a Elizabeth Kirk y nadie más desea la tarea de hacer de madrastra de esos jovencitos. Hasta las chicas Hill se resisten. Nadie las ha sorprendido tendiéndole una trampa al señor Meredith. Elizabeth sería una buena esposa para él si la eligiera. Pero el problema es que ella es realmente fea y el señor Meredith, Ana querida, distraído y todo, tiene buen ojo para las mujeres guapas, lo cual es típico de los hombres. No es tan espiritual cuando de eso se trata, puedes creerme.

—Elizabeth Kirk es muy buena persona, pero dicen que hay quienes han estado a punto de morirse congelados en el cuarto de huéspedes de su madre, mi querida señora —objetó Susan sombríamente—. Si yo considerara que tengo algún derecho a expresar una opinión con relación a un asunto tan solemne como el casamiento de un pastor, diría que la prima de Elizabeth, Sarah, del otro lado del puerto, sería mejor esposa para el señor Meredith.

—Pero si Sarah Kirk es metodista —dijo la señorita Cornelia, como si Susan hubiera sugerido una mujer de la tribu de los hotentotes para nueva dueña de la rectoría.

—Probablemente se hiciera presbiteriana si se casara con el pastor —replicó Susan.

La señorita Cornelia negó con la cabeza. Evidentemente, con ella la cuestión era: metodista una vez, metodista para siempre.

—Sarah Kirk está definitivamente fuera de consideración —declaró, muy convencida—. Al igual que Emmeline Drew, aunque los Drew están tratando de relacionarlos. Literalmente le están poniendo a la pobre Emmeline delante de los ojos, y él ni cuenta se da.

—Emmeline Drew no tiene bríos, eso lo reconozco —dijo Susan—. Es el tipo de mujer, mi querida señora, capaz de ponerte la bolsa de agua caliente en la cama en una noche de perros y después ofenderse porque no se lo agradeces. Y la madre era muy mala ama de casa. ¿Nunca ha oído la anécdota del trapo de secar los platos? Un día lo perdió. Pero al día siguiente lo encontró. Ah, sí, mi querida señora, lo encontró… en el ganso a la hora de la comida, mezclado con el relleno. ¿A usted le parece que una mujer así serviría de suegra de un pastor? Yo creo que no. Pero no hay duda de que tendría que estar remendándole los pantalones al pequeño Jem en lugar de chismorrear sobre mis vecinos. Se los rasgó de arriba abajo anoche en el Valle del Arco Iris.

—¿Dónde está Walter? —preguntó Ana.

—Me temo que no está haciendo nada bueno, mi querida señora. Está en la buhardilla escribiendo algo en un cuaderno. Este período no le fue tan bien en aritmética como debería, me dijo el maestro. Y bien sé yo la razón. Ha estado escribiendo tontos versos en lugar de hacer cuentas. Mucho me temo que ese chico va a ser poeta, mi querida señora.

—Ya es un poeta, Susan.

—Bueno, usted se lo toma con mucha calma, mi querida señora. Supongo que es lo mejor cuando una persona tiene fuerzas para resignarse. Yo tuve un tío que empezó siendo poeta y terminó siendo mendigo. La familia estaba muy avergonzada de él.

—Al parecer no tiene una opinión muy elevada de los poetas, Susan —dijo Ana, riendo.

—¿Quién la tiene, mi querida señora? —preguntó Susan, genuinamente asombrada.

—¿Y qué hay de Milton y Shakespeare? ¿Y los poetas de *la Biblia*?

—Tengo entendido que Milton no se llevaba bien con su esposa y Shakespeare no fue demasiado respetable en ocasiones. En cuanto a *la Biblia*, claro que las cosas eran muy diferentes en esos días sagrados, aunque yo nunca tuve una opinión muy elevada del rey David, digan lo qué dijeren. Nunca vi que

saliera nada bueno de escribir poesías, y espero y ruego que a ese bendito niño se le pase la inclinación. De lo contrario, veremos qué puede hacer el aceite de hígado de bacalao.

8. La señorita Cornelia interviene

Al día siguiente, la señorita Cornelia se personó en la rectoría e interrogó a Mary, quien, al ser una personita de considerable discernimiento y astucia, contó su historia sencilla y verazmente, con una falta absoluta de quejas o alardes. La señorita Cornelia se encontró más favorablemente impresionada de lo que esperaba, pero consideró que tenía el deber de ser severa.

—¿A ti te parece —dijo duramente— que demostraste gratitud a esta familia, que ha sido hasta el momento tan buena contigo, insultando y persiguiendo a una amiga de ella como hiciste ayer?

—Sí, fue algo muy mezquino lo que hice —admitió Mary sin dificultad—. No sé qué me pasó. Ese bacalao de porquería estaba tan a mano… Pero después me arrepentí mucho; anoche, cuando estaba acostada, lloré, se lo juro. Pregúntele a Una si no. No quise decirle por qué lloraba porque me daba mucha vergüenza, y entonces ella también se puso a llorar, porque creía que alguien había herido mis sentimientos. Caramba, si yo no tengo ni sentimientos para que me los hieran. Lo que me preocupa es que la señora Wiley no haya salido a buscarme. No es típico de ella.

A la misma señorita Cornelia le parecía algo raro, pero se limitó a prevenir a Mary, muy duramente, que no se tomara más libertades con el bacalao del pastor y se fue a Ingleside a informar del resultado de la entrevista.

—Si la historia de esa niña es verdadera, hay que investigar este asunto —dijo—. Yo algo sé de esa mujer Wiley, créanme. Marshall la conocía bien cuando vivía al otro lado del puerto. El verano pasado le oí decir algo de ella y de una niña de un asilo, probablemente esta misma Mary. Me dijo que alguien le había contado que esa mujer estaba matando a trabajar a la criatura y casi no le daba de comer ni la vestía. Sabes, Ana querida, que siempre ha sido mi costumbre no interferir ni mezclarme con la gente del otro lado del puerto. Pero mañana voy a mandar a Marshall a averiguar la verdad. Y entonces hablaré con el pastor.

Fíjate, querida Ana, que los Meredith encontraron a esta niña literalmente muriéndose de hambre en el viejo granero de James Taylor. Había pasado allí la noche, con frío, con hambre y sola. Y nosotros durmiendo en nuestras cómodas camas después de una buena cena.

—Pobrecita —suspiró Ana, imaginándose a uno de sus propios hijos con frío, hambre y solo en parecidas circunstancias—. Si la trataban mal, señorita Cornelia, no debe volver a esa casa. Yo soy huérfana y estuve en una situación muy similar.

—Tenemos que consultar a la gente del asilo de Hopetown —señaló la señorita Cornelia—. Pero la cuestión es que no se la puede dejar en la rectoría. El cielo sabe lo que esos pobres niños podrían aprender de ella. Tengo entendido que la han oído usar el nombre de Dios en vano. ¡Pero imagínate que lleva allí dos semanas enteras y el señor Meredith ni se ha enterado! ¿Cómo puede un hombre así tener una familia? Sí, querida Ana, tendría que ser monje.

Dos noches después la señorita Cornelia estaba otra vez en Ingleside.

—¡Es algo increíble! —dijo—. Encontraron a la señora Wiley muerta en su cama la mañana siguiente a la fuga de Mary. Hace años que tenía problemas de corazón y el doctor le había advertido que podría sucederle en cualquier momento. Le había dado el día libre a su empleado y no había nadie en la casa. Algunos vecinos la encontraron al otro día. Les extrañó que no estuviera la niña, parece, pero supusieron que la señora Wiley se la había mandado a su prima de Charlottetown, como había dicho que iba a hacer. La prima no fue al funeral y nadie se enteró de que Mary no estaba con ella. Las personas con las que Marshall habló le dijeron algunas cosas sobre cómo trataba la señora Wiley a Mary que, según me dijo él, le hicieron hervir la sangre. ¿Sabes? Marshall pierde los estribos cuando se entera de que alguien maltrata a una criatura. Dicen que la azotaba sin lástima por la menor falta o error. Algunos pensaron en escribir a las autoridades del asilo, pero los asuntos de muchos no son asuntos de nadie y nunca nadie hizo nada.

—Lamento que la Wiley ésa se haya muerto —gruñó Susan con ferocidad—. Me habría gustado ir al otro lado del puerto y cantarle las cuarenta. ¡Matar de hambre a una criatura, y pegarle, mi querida señora! Como usted sabe, yo estoy de acuerdo con unos buenos azotes, pero no voy más allá. ¿Y ahora qué va a ser de esa pobre niña, señora de Marshall Elliott?

—Supongo que la enviarán de vuelta a Hopetown —dijo la señorita Cornelia —. Creo que por aquí todos los que podrían querer una criada ya la tienen.

Mañana veré al señor Meredith y le diré mi opinión de todo este asunto.

—No me cabe la menor duda de que lo hará, mi querida señora —señaló Susan al irse la señorita Cornelia—. No se detiene ante nada, ni siquiera se abstendría de achatar la aguja de la iglesia si se le mete en la cabeza hacerlo. Pero no entiendo cómo Cornelia Bryant puede hablar a un pastor como le habla ella. Le trata como si fuera una persona como cualquier otra.

Cuando la señorita Cornelia se hubo ido, Nan Blythe se incorporó de la hamaca donde había estado estudiando sus lecciones y se escabulló hacia el Valle del Arco Iris. Los otros ya estaban allí. Jem y Jerry jugaban al tejo con herraduras viejas prestadas por el herrero de Glen. Carl acechaba a las hormigas en una colina soleada. Walter, acostado boca abajo entre los helechos, leía en voz alta para Mary, Di, Faith y Una de un maravilloso libro de mitología donde había historias fascinantes sobre el preste Juan y el Judío Errante, varitas mágicas y hombres con rabo, sobre Schamir, el gusano que partía rocas y abría el camino hacia un tesoro de oro; sobre las Islas de la Fortuna y sobre las doncellas-cisne. Para Walter fue una gran conmoción enterarse de que Guillermo Tell y Gelert también eran mitos, y la historia del obispo Hatto lo mantendría despierto toda esa noche, pero las que más le gustaban eran las historias del Flautista de Hammelin y del Santo Grial. Las leyó extasiado mientras los cascabeles de los árboles enamorados tintineaban agitados por el viento de verano y la frescura de las sombras del atardecer se apoderaba del valle.

—Decidme, ¿no son mentiras interesantes? —comentó Mary, llena de admiración cuando Walter cerró el libro.

—No son mentiras —protestó Di, indignada.

—No me vas a decir que son verdad —dijo Mary, incrédula.

—No… no exactamente. Son como tus historias de fantasmas. No eran verdad, pero tú no esperabas que las creyéramos; por eso no eran mentiras.

—Esa historia de la varita mágica no es ninguna mentira —afirmó Mary—. El viejo Jake Crawford, del otro lado del puerto, sabe hacerlo. Lo llaman de todas partes cuando quieren cavar un pozo. Y creo que conozco al Judío Errante.

—Oh, Mary —dijo Una, impresionada.

—De verdad, como que estoy viva. Un día fue un viejo a casa de la señora Wiley, el otoño pasado. Era tan viejo que podía tener cualquier edad. Ella le estaba preguntando sobre postes de cedro, le preguntaba si a él le parecía que duraban. Y él le contestó: «¿Que si duran? Duran mil años. Lo sé porque los he usado dos veces». Entonces, si tenía dos mil años, ¿quién iba a ser sino este

Judío Errante? No podía ser otro.

—No creo que el Judío Errante fuera a hablar con una persona como la señora Wiley —rebatió Faith con decisión.

—A mí me encanta la historia del Flautista de Hammelin —dijo Di— y a mamá también. Siempre me da lástima el pobre niñito cojo que no pudo seguir a los otros y se quedó fuera de la montaña. Se sentiría tan desilusionado. Pienso que todo el resto de su vida se habrá preguntado qué cosa maravillosa se había perdido y deseando haber podido entrar con los otros.

—Pero qué contenta que estaría su madre —agregó Una con suavidad—. Yo pienso que ella había estado toda la vida triste porque el niñito era cojo. Tal vez lloraba por eso. Pero nunca más se pondría triste. Se alegraría de que fuera cojo porque por eso no lo había perdido.

—Algún día —manifestó Walter, soñador, mirando el cielo a lo lejos—, el Flautista de Hammelin vendrá por esa colina y bajará al Valle del Arco Iris tocando una alegre y dulce melodía. Y yo lo seguiré, lo seguiré hasta la costa, hasta el mar, lejos de todos vosotros. No creo que yo quiera ir, Jem sí querrá porque será una aventura increíble, pero yo no querré ir. Pero no podré evitarlo, la música me llamará y me llamará hasta que no tenga más remedio que seguirlo.

—Iremos todos —exclamó Di, encendiéndose en el apasionamiento de la imaginación de Walter y creyendo en parte que alcanzaba a ver la figura burlona del mítico Flautista que se alejaba por el oscuro y lejano extremo del valle.

—No. Vosotras os quedaréis sentadas aquí, esperando —indicó Walter, con sus grandes y espléndidos ojos llenos de un extraño brillo—. Esperaréis nuestro regreso. Y tal vez no volvamos, porque no podremos volver mientras el Flautista siga tocando. Puede que nos lleve por todo el mundo. Y vosotras seguiréis sentadas aquí, esperando.

—¡Ah, basta! —prorrumpió Mary, estremeciéndose—. No hables así, Walter Blythe. Me das miedo. ¿Quieres que me ponga a llorar? Acabo de ver a ese horrible Flautista alejándose cada vez más, y a vosotros siguiéndolo, y nosotras las niñas sentadas aquí, solas. No sé por qué es, porque yo nunca he sido una llorona, pero apenas empiezas con tus historias, me dan ganas de llorar.

Walter sonrió, paladeando el triunfo. Le gustaba ejercer ese poder sobre sus compañeros, jugar con sus sentimientos, despertar sus temores, conmocionar sus almas. Satisfacía algún instinto dramático en él. Pero, por debajo de ese triunfo, experimentaba la extraña y fría sensación de un temor misterioso. El Flautista de Hammelin le había parecido muy real, como si el delgado velo que ocultaba el

futuro se hubiera descorrido por un momento en la noche iluminada por las estrellas del Valle del Arco Iris y se le hubiera permitido atisbar los años por venir.

Al acercarse al grupo con un informe sobre los acontecimientos en la tierra de las hormigas, Carl los devolvió a todos al reino de la realidad.

—Las hormigas son muy interesantes —exclamó Mary, contenta de escapar de la esclavitud del sombrío Flautista—. Carl y yo estuvimos toda la tarde del sábado observando un hormiguero en el cementerio. Yo nunca pensé que esos bichos fueran tan interesantes. Son muy luchadoras; a algunas les encanta armar pelea sin ningún motivo. Y otras son cobardes. Se asustaban tanto que se doblaban contra sí mismas, haciéndose una pelota, y dejaban que las otras les pegaran. No presentaban pelea. Algunas son perezosas y no quieren trabajar. Vimos cómo eludían el trabajo. Y hubo una que se murió de pena porque otra se dejó morir: no quiso trabajar ni comer, así que se murió, lo juro por di… as.

Se hizo un silencio. Todos sabían que Mary no iba a decir «días». Faith y Di intercambiaron miradas que hubieran podido ser de la mismísima señorita Cornelia. Walter y Carl estaban incómodos, y a Una le temblaba el labio.

Mary se movió, también incómoda.

—Se me escapó, en serio; tan cierto como que estoy viva; y me tragué la mitad. Sois muy quisquillosos, me parece a mí. Me gustaría que hubierais escuchado a los Wiley cuando se peleaban.

—Las damas no dicen esas cosas —dijo Faith con un recato nada usual en ella.

—No es correcto —susurró Una.

—Yo no soy una dama —dijo Mary—. ¿Qué oportunidad he tenido de ser una dama? Pero no volveré a decirlo si puedo evitarlo. Lo prometo.

—Además —agregó Una—, no puedes esperar que Dios conteste tus plegarias si tomas Su nombre en vano, Mary.

—Yo no espero que me las conteste de ninguna manera —dijo Mary, la de poca fe—. Hace una semana que le pido que arregle el asunto ése de la señora Wiley y no ha hecho nada. Voy a rendirme.

En ese momento apareció Nan, sin aliento.

—Ay, Mary, tengo noticias para ti. La señora Elliott fue al otro lado del puerto y ¿a que no sabes lo que averiguó? La señora Wiley ha muerto, la encontraron muerta en la cama la mañana siguiente a tu fuga. Así que nunca tendrás que volver con ella.

—¡Muerta! —exclamó Mary con asombro. Luego se estremeció—. ¿Te parece que mis plegarias tuvieron algo que ver? —exclamó, suplicante, dirigiéndose a Una—. Si es así, no volveré a rezar mientras viva. Puede volver de entre los muertos a asustarme.

—No, no, Mary —la consoló Una—, no tuvo nada que ver. La señora Wiley murió mucho antes de que tú comenzaras a rezar.

—Es cierto —dijo Mary, recuperándose del pánico—. Pero te aseguro que me di un buen susto. No pensaba en su muerte cuando rezaba. Ella no parecía de las que se mueren. ¿La señora Elliott no dijo nada sobre mí?

—Piensa que probablemente tengas que regresar al asilo.

—Eso me imaginé —dijo Mary con tristeza—. Y entonces volverán a entregarme, probablemente a alguien idéntico a la señora Wiley. Bueno, supongo que podré soportarlo. Soy dura.

—Rezaré para que no tengas que regresar —susurró Una mientras Mary y ella volvían caminando a la rectoría.

—Haz lo que quieras —contestó Mary, decidida—, pero juro que yo no voy a rezar. Me da pánico eso de rezar. Mira lo que ha pasado por rezar. Si la señora Wiley se hubiera muerto después de mi primera oración, habría sido por culpa mía.

—Ay, no, no habría sido por culpa tuya. Ojalá pudiera explicarte mejor las cosas; papá podría si se lo contaras, Mary.

—¡Ni lo pienses! Yo no sé qué pensar de tu padre, ésa es la verdad. Pasa a mi lado a plena luz del día y ni me ve. Yo no soy orgullosa, ¡pero tampoco soy un felpudo!

—Ay, Mary, es la manera de ser de papá. A nosotros casi no nos ve tampoco. Piensa profundamente, eso es todo. Y sí, voy a rezar a Dios para que te deje en Cuatro Vientos, porque yo te quiero, Mary.

—Está bien. Pero que no me entere yo de que se muere más gente por los rezos. Me gustaría quedarme en Cuatro Vientos. Me gusta el lugar y el puerto y el faro… y vosotros y los Blythe. Sois los únicos amigos que he tenido y no quiero dejaros.

9. Una interviene

La señorita Cornelia mantuvo una entrevista con el señor Meredith que resultó una especie de conmoción para el abstraído caballero. Le señaló, sin demasiado respeto, su negligencia al permitir que una huérfana como Mary Vance entrara en su familia y se relacionara con sus hijos sin saber nada ni preguntar nada sobre ella.

—No digo que se haya causado algún daño, por supuesto —dijo ella—. Esa criatura no es mala, a fin de cuentas. He estado interrogando a sus hijos y a los Blythe y, por lo que he podido deducir, no se puede decir nada en contra de la niña, excepto que no usa un vocabulario muy refinado. Pero piense en lo que podría haber sucedido si hubiera sido como alguno de esos niños de los asilos que conocemos. Usted bien sabe lo que les enseñó a los hijos de Jim Flagg aquella criatura que tenían.

El señor Meredith lo sabía y se sintió sinceramente impresionado por su propio descuido en el asunto.

—Pero ¿qué hay que hacer, señora Elliott? —preguntó, impotente—. No podemos echar a esa pobre niña. Debemos ocuparnos de ella.

—Por supuesto. Debemos escribir a las autoridades de Hopetown de inmediato. Mientras tanto supongo que podría quedarse aquí unos días más. Pero mantenga los ojos abiertos, señor Meredith.

Susan se habría muerto de horror si hubiera oído a la señorita Cornelia reprendiendo de esa manera a un pastor. Pero la señorita Cornelia se fue envuelta en la cálida satisfacción del deber cumplido y aquella noche el señor Meredith le pidió a Mary que fuera a su estudio. Mary obedeció, literalmente muerta de miedo. Pero tuvo la mayor sorpresa de su pobre y desdichada vida. Aquel hombre, a quien había tenido tanto pavor, era el espíritu más bondadoso y gentil que había conocido. Antes de que pudiera tomar conciencia de lo que estaba sucediendo, Mary se encontró contándole todos sus problemas y recibiendo a

cambio tales muestras de simpatía y tierna comprensión como jamás se le hubiera ocurrido imaginar.

Cuando Mary salió del estudio, tenía el rostro y los ojos tan suavizados que Una casi no la reconoció.

—Tu padre es buena gente cuando se despierta —comentó con un gesto que a duras penas se salvó de convertirse en un sollozo—. Es una pena que no se despierte más a menudo. Me dijo que yo no tenía la culpa de la muerte de la señora Wiley, pero que debo pensar en sus cualidades y no en sus defectos. Yo no sé qué cualidades tenía, a menos que fuera mantener la casa limpia y hacer una manteca de primera. Sólo sé que casi me dejé los brazos fregándole el piso de la cocina, con los nudos de la madera y todo. Pero cualquier cosa que diga tu padre a partir de hoy, para mí estará bien.

Mary resultó una compañera bastante aburrida los días siguientes. Le confió a Una que cuanto más pensaba en volver al asilo peor le parecía la idea. Una se devanaba los sesos pensando alguna manera de evitarlo, pero fue Nan Blythe la que vino al rescate con una sorprendente solución.

—La señora Elliott podría quedarse con Mary. Tiene una casa muy grande y el señor Elliott siempre le dice que necesita ayuda. Sería un lugar espléndido para Mary. Sólo que tendría que portarse bien.

—Ay, Nan, ¿crees que la señora Elliott aceptaría quedarse con ella?

—No habría nada malo en que se lo preguntaras —dijo Nan.

Al principio, Una pensó que no podría. Era tan tímida que pedirle un favor a alguien era para ella una agonía. Y le tenía mucho miedo a la resuelta y enérgica señora Elliott. La quería mucho y siempre le gustaba ir de visita a su casa, pero ir y pedirle que adoptara a Mary Vance le parecía tal colmo de presunción que su tímido espíritu se encogía.

Las autoridades de Hopetown escribieron al señor Meredith diciéndole que les enviara a Mary inmediatamente; aquella noche Mary lloró hasta quedarse dormida en la buhardilla de la rectoría y Una se armó de un desesperado coraje. A la noche siguiente salió de la rectoría y tomó el camino del puerto. En el Valle del Arco Iris se oían risas felices, pero no era allí adonde la llevaban sus pasos. Estaba terriblemente pálida y seria, tan seria que no reparaba en la gente que encontraba, y la anciana señora de Stanley Flagg se enfadó mucho y dijo que Una Meredith sería tan distraída como el padre cuando creciera.

La señorita Cornelia vivía a medio camino entre Glen y la Punta de Cuatro Vientos, en una casa cuyo color original de un verde chillón se había diluido

hasta llegar a un agradable gris verdoso. Marshall Elliott había plantado árboles alrededor, un jardín de rosas y un cerco de abetos. Era un lugar muy distinto del que había sido hacía unos años. Los niños de la rectoría y los niños de Ingleside adoraban ir. Era una hermosa caminata por el viejo camino del puerto y siempre había una lata llena de bizcochos al final del camino.

El mar neblinoso lamía con suavidad la arena. Tres grandes botes se movían sobre el agua como grandes gaviotas blancas. Una goleta entraba por el canal. El mundo de Cuatro Vientos estaba sumido en un color resplandeciente, en una música sutil, en un extraño encanto, y todos debían de ser felices en ese entorno. Pero cuando Una llegó al portón de la señorita Cornelia sus piernas casi se negaban a sostenerla.

La señorita Cornelia estaba sola en la galería. Una había abrigado la esperanza de que estuviera el señor Elliott en la casa. Era tan grande, cordial y vivaz que ella se sentiría alentada por su sola presencia. Se sentó en el banquito que trajo la señorita Cornelia y trató de comer el bizcocho que le dio. Se le atascó en la garganta, pero tragó con desesperación, temiendo que la señorita Cornelia se ofendiera. No podía hablar; seguía muy pálida y sus grandes ojos azules miraban con tanta tristeza que la señorita Cornelia llegó a la conclusión de que la niña tenía algún problema.

—¿En qué piensas, pequeña? —preguntó—. Algo te pasa, eso es evidente.

Una tragó el último pedacito de bizcocho con desesperación.

—Señora Elliott, ¿no le gustaría quedarse con Mary Vance? —preguntó, implorante.

La señorita Cornelia se quedó mirándola.

—¡Yo! ¡Quedarme con Mary Vance! ¿Quieres decir que viva conmigo?

—Sí, quedarse con ella, adoptarla —dijo Una, ansiosa, ganando coraje ahora que ya había roto el hielo—. ¡Ay, señora Elliott, por favor! Ella no quiere volver al asilo, llora todas las noches. Tiene miedo de que la manden a otro lugar como el anterior. Y es muy habilidosa, no hay nada que no sepa hacer. Yo sé que usted no se arrepentirá si se queda con ella.

—Jamás se me ocurrió semejante cosa —enfatizó la señorita Cornelia, sorprendida.

—¿No lo pensaría? —imploró Una.

—Pero, querida, yo no necesito ayuda. Puedo hacerme cargo de todo el trabajo que hay que hacer aquí. Y nunca pensé en adoptar a una niña, aunque necesitara ayuda.

La luz se apagó en los ojos de Una. Le temblaron los labios. Volvió a sentarse en el taburete, componiendo una patética figura de la desilusión, y se echó a llorar.

—No llores, pequeña, no llores —exclamó la señorita Cornelia, apenada. No soportaba lastimar a una criatura—. No digo que no vaya a quedarme con ella, pero la idea es tan nueva que me ha dejado perpleja. Tengo que pensarlo.

—Mary es muy habilidosa —volvió a decir Una.

—¡Ja! Eso he oído decir. También he oído que dice palabras feas. ¿Es cierto?

—Yo nunca la he oído decir palabras feas… exactamente —balbuceó Una, incómoda—. Pero me temo que puede.

—¡Te creo! ¿Dice siempre la verdad?

—Creo que sí, menos cuando tiene miedo de que la azoten.

—¡Y a pesar de eso tú quieres que yo me quede con ella!

—Alguien tiene que quedarse con ella —dijo Una, sollozando—. Alguien tiene que cuidarla, señora Elliott.

—Eso es cierto. Tal vez sea mi deber hacerlo —dijo la señorita Cornelia con un suspiro—. Bien, tendré que hablarlo con el señor Elliott. Así que todavía no digas nada. Cómete otro bizcocho, criatura.

Una lo cogió y se lo comió con mejor apetito.

—A mí me gustan mucho los bizcochos —confesó—. La tía Martha nunca nos hace. Pero la señorita Susan, de Ingleside, sí, y a veces nos da un plato lleno para que lo llevemos al Valle del Arco Iris. ¿Sabe lo que hago cuando tengo ganas de comer bizcochos y no hay, señora Elliott?

—No, querida. ¿Qué haces?

—Saco el viejo libro de cocina de mamá y leo la receta de los bizcochos y las otras recetas. Son tan apetitosas… Siempre hago lo mismo cuando tengo hambre, en especial cuando comemos «otravez» en la cena. Entonces leo las recetas de pollo frito y de ganso asado. Mamá sabía preparar todas esas cosas ricas.

—Esos niños de la rectoría van a terminar muriéndose de hambre si el señor Meredith no se casa —dijo indignada la señorita Cornelia a su esposo después que Una se hubo ido—. Pero no se casa, ¿qué vamos a hacer? Marshall, ¿nos quedamos con la niña?

—Sí, quédatela —asintió Marshall, lacónico.

—Típico de un hombre —comentó su esposa, impotente—. «Quédatela», como si eso fuera todo. Hay mil cosas que considerar.

—Quédatela y las consideraremos después, Cornelia —dijo su esposo.

Al final, la señorita Cornelia se la quedó y fue a anunciar su decisión a los de Ingleside.

—¡Espléndido! —dijo Ana, encantada—. Yo estaba deseando que hiciera exactamente eso, señorita Cornelia. Quería que esa pobre niña tuviera una buena casa. Yo fui una huerfanita sin casa, como ella.

—No me parece que esta niña sea ni vaya a ser parecida a ti —replicó sombría la señorita Cornelia—. Es un gato de otro color. Pero es también un ser humano con un alma inmortal a la que hay que salvar. Yo tengo un catecismo más breve y mano dura, y voy a cumplir con mi deber, ahora que la decisión está tomada, eso puedes creerlo.

Mary recibió la noticia con inmensa satisfacción.

—Es mejor suerte de la que esperaba —dijo.

—Tendrás que portarte bien con la señora Elliott —dijo Nan.

—Bueno, puedo hacerlo —replicó Mary—. Cuando quiero sé comportarme tan bien como tú, Nan Blythe, tenlo en cuenta.

—No debes decir palabras feas, recuérdalo, Mary —dijo Una con preocupación.

—Supongo que se moriría de espanto si digo alguna —dijo Mary, sonriendo y con un brillo nada santo en los ojos blancos—. Pero no te preocupes, Una. No se me va a escapar ni una. Seré modosita y discreta.

—Ni mentir —agregó Faith.

—¿Ni siquiera para salvarme de los azotes? —rogó Mary.

—La señora Elliott no te azotará nunca —exclamó Di.

—¿No? —preguntó Mary con escepticismo—. Si alguna vez me encuentro en un lugar donde no me azoten, voy a creer que estoy en el cielo. No tengáis miedo de que mienta, en ese caso. No me gusta mentir, prefiero no hacerlo si puedo.

El día anterior a la partida de Mary de la rectoría tuvieron una merienda en su honor en el Valle del Arco Iris, y aquella noche todos los niños de la rectoría le regalaron algo de su escaso depósito de preciados tesoros para que lo guardara de recuerdo. Carl le regaló su arca de Noé y Jerry su segunda mejor armónica. Faith le regaló un cepillito de pelo con espejo en la parte de atrás que a Mary siempre le había parecido muy hermoso. Una vaciló entre una vieja carterita bordada con cuentas y una alegre imagen de Daniel en la jaula de los leones, y finalmente le dio a Mary para elegir. Mary anhelaba la carterita, pero sabía que

Una la adoraba, así que dijo:

—Dame a Daniel. Lo prefiero porque me encantan los leones. Sólo que me gustaría que se hubieran comido a Daniel. Habría sido más emocionante.

A la hora de dormir, Mary convenció a Una de que durmiera con ella.

—Es la última vez —le señaló—, y esta noche está lloviendo; detesto dormir ahí arriba sola cuando llueve, por el cementerio. No me importa en las noches de buen tiempo, pero en una noche como ésta no se ve más que la lluvia que cae sobre esas viejas losas blancas y el viento en la ventana hace un ruido que parece como si los muertos quisieran entrar y gritan porque no pueden.

—A mí me gustan las noches lluviosas —dijo Una cuando estuvieron acurrucadas en el cuartito de la buhardilla—, y a las Blythe también.

—A mí no me molestan cuando no ando cerca de los cementerios. Si estuviera sola aquí no pararía de llorar de lo sola que me sentiría. Me da mucha pena dejaros.

—La señora Elliott te dejará venir a jugar en el Valle del Arco Iris a menudo, estoy segura. Y tú te vas a portar bien, ¿verdad, Mary?

—Ah, lo intentaré —prometió Mary con un suspiro—. Pero para mí no va a ser tan fácil ser buena, por dentro, digo, además de por fuera, como para vosotros. Vosotros no habéis tenido unos parientes tan sinvergüenzas como los míos.

—Pero seguro que tu familia tuvo alguna virtud además de defectos —argumentó Una—. Tienes que vivir según las virtudes y no tomar en cuenta los defectos.

—No creo que tuvieran ninguna virtud —dijo Mary, sombría—. Al menos, yo nunca supe de ninguna. Mi abuelo tenía dinero, pero dicen que era un sinvergüenza. No, voy a tener que empezar desde cero y hacer lo que pueda.

—Y Dios te ayudará, recuérdalo, Mary, si se lo pides.

—De eso no estoy tan segura.

—Ay, Mary. Sabes que le pedimos a Dios que te consiguiera una casa y Él te la consiguió.

—No entiendo qué tuvo que ver con la casa —replicó Mary—. Fuiste tú la que le metiste la idea en la cabeza a la señora Elliott.

—Pero Dios puso esa idea en su corazón. Por más que yo se la hubiera puesto en la cabeza, no habría servido de nada sin Su intervención.

—Bueno, puede ser —admitió Mary—. Mira que yo no tengo nada en contra de Dios, Una. Estoy dispuesta a darle una oportunidad. Pero, en serio, yo lo

encuentro muy parecido a tu padre: distraído y sin fijarse en nadie la mayoría del tiempo. A veces se despierta de repente y entonces es muy bueno, amable y sensato.

—¡Ay, Mary, no! —exclamó Una, horrorizada—. Dios no es en absoluto como papá. Quiero decir, es mil veces mejor y más bondadoso.

—Si *Él* es tan bueno como tu padre, a mí me sobra —dijo Mary—. Cuando tu padre me habló sentí que ya no podría volver a ser mala.

—Cómo me gustaría que hubieras hablado de El con papá —suspiró Una—. Papá podría explicarte todo mucho mejor que yo.

—Bueno, lo haré la próxima vez que se despierte —prometió Mary—. Aquella noche, cuando me habló en el estudio, me demostró claramente que mis plegarias no habían matado a la señora Wiley. He tenido la conciencia tranquila desde entonces, pero tengo mucho cuidado al rezar. Creo que una oración ya hecha es más segura. Escucha, Una, a mí me parece que si uno tiene que rezarle a alguien, sería mejor rezarle al diablo y no a Dios. Dios ya es bueno, según dices tú, de manera que *Él* no nos va a hacer ningún daño, pero, por lo que yo sé, al diablo hay que pacificarlo. A mí me parece que lo sensato sería decirle: «Buen diablo, por favor no me tientes. Déjame tranquila, por favor». ¿No te parece?

—No, no, Mary, estoy segura de que no puede estar bien rezarle al diablo. Y no serviría de nada porque es malo. Podría irritarlo y sería peor que antes.

—Bueno, respecto a este asunto de Dios —insistió Mary, empecinada—, como ni tú ni yo podemos resolverlo, no tiene sentido seguir hablando del tema hasta que tengamos oportunidad de averiguar cuál es la verdad. Hasta entonces haré lo mejor que pueda sola.

—Si mamá viviera, ella podría decirnos todo —aseguró Una, y suspiró.

—Ojalá viviera —dijo Mary—. No sé qué va a ser de vosotros, chicos, cuando yo me vaya. Por lo menos, trata de mantener la casa un poco ordenada. Es un escándalo cómo habla la gente. Y cuando menos te lo esperes, tu padre volverá a casarse, y entonces sí que estaréis mal.

Una se sobresaltó. Nunca se le había ocurrido que su padre pudiera volver a casarse. No le gustaba y guardó silencio ante lo desagradable de la idea.

—Las madrastras son personas espantosas —prosiguió Mary—. Podría helarte la sangre en las venas si te cuento todo lo que sé sobre ellas. Los chicos Wilson, que vivían enfrente de la señora Wiley, tenían madrastra. Era tan mala con ellos como la señora Wiley conmigo. Para vosotros sería horrible tener madrastra.

—Estoy segura de que no va a pasar —dijo Una, trémula—. Papá no se va a casar con nadie.

—Me imagino que lo obligarán —advirtió Mary tenebrosamente—. Todas las solteronas de este lugar le andan detrás. No se puede hacer nada contra ellas. Y lo peor de las madrastras es que siempre ponen a tu padre en tu contra. Él no os volverá a querer. Siempre tomará partido por ella y por los hijos de ella. ¿Sabes qué? Ella le hará creer que vosotros sois malos.

—Me gustaría que no me hubieras dicho esto, Mary —gimió Una—. Me hace sentir muy desgraciada.

—Sólo quería advertirte —contestó Mary, algo arrepentida—. Claro que tu padre es tan distraído que podría no ocurrírsele volver a casarse. Pero es mejor estar preparado.

Mucho después de que Mary se hubiera quedado serenamente dormida, Una yacía despierta, con los ojos ardiéndole por las lágrimas. ¡Qué horrible sería que su padre se casara con alguien que lo hiciera odiarlos a ella, a Jerry, a Faith y a Carl! ¡No podría soportarlo… no podría!

Mary no había instilado ningún veneno del tipo que temía la señorita Cornelia en las mentes de los niños de la rectoría. Sin embargo, sí había contribuido, con la mejor de las intenciones, a causar un daño. Pero dormía tranquila y Una yacía insomne mientras la lluvia caía y el viento gemía alrededor de la vieja rectoría de paredes grises. Y el reverendo John Meredith se olvidó de ir a acostarse porque estaba absorto leyendo la vida de san Agustín. El gris amanecer había llegado cuando terminó el libro y subió la escalera, luchando con los problemas de hace dos mil años. La puerta del cuarto de las niñas estaba abierta y vio a Faith, dormida, rosada y hermosa. Se preguntó dónde estaría Una. Tal vez hubiera ido a pasar la noche con las Blythe. Iba de vez en cuando y para ella era algo especial. John Meredith suspiró. Sintió que el paradero de Una no debía ser un misterio para él. Cecilia la habría cuidado mejor.

¡Si Cecilia siguiera a su lado! ¡Qué guapa y alegre era! ¡Cómo había repetido el eco de sus canciones la vieja rectoría de Maywater! Y se había ido tan súbitamente, llevándose con ella la risa y la música y dejando el silencio… tan súbitamente que él nunca había superado la sensación de asombro. ¿Cómo había podido ella, tan hermosa y tan vital, haberse muerto?

La idea de un segundo matrimonio nunca se le había presentado a John Meredith seriamente. Había amado a su esposa tan profundamente que jamás podría volver a querer a otra mujer. Tenía la sensación de que no faltaba mucho

para que Faith tuviera la edad necesaria para ocupar el lugar de la madre. Hasta entonces, él debería hacer solo lo máximo posible. Suspiró y entró en su dormitorio, donde la cama estaba sin hacer. La tía Martha lo había olvidado y Mary no se había atrevido a hacerla porque la tía Martha le había prohibido entrar en el dormitorio del pastor. Pero el señor Meredith no se dio cuenta de que no estaba hecha. Sus últimos pensamientos fueron sobre san Agustín.

10. Las niñas de la rectoría hacen limpieza

—¡Puf! —exclamó Faith, sentándose en la cama con un estremecimiento—. Está lloviendo. Odio los domingos de lluvia. Ya son días bastante aburridos como para que además llueva.

—No debemos pensar que el domingo es aburrido —dijo Una, medio dormida, tratando de despertarse del todo, con la confusa convicción de que habían dormido demasiado.

—Pero lo pensamos —dijo Faith con inocencia—. Mary Vance dice que casi todos los domingos son tan aburridos que podría colgarse de una soga.

—A nosotros el domingo tendría que gustarnos más que a Mary Vance —reflexionó Una con remordimiento—. Somos hijas de un pastor.

—Me gustaría que fuéramos las hijas de un herrero —protestó Faith, airada, buscando las medias—. Entonces la gente no querría que fuéramos mejor que otros niños. Mira los agujeros que tienen estas medias en los talones. Mary me los zurció muy bien antes de irse, pero ya están como antes. Una, levántate. No puedo preparar sola el desayuno. Ay, cómo quisiera que Jerry y papá estuvieran en casa. Yo no creía que pudiéramos extrañar tanto a papá, porque no lo vemos mucho cuando está. Y, sin embargo, parece que faltara todo. Voy corriendo a ver cómo está la tía Martha.

—¿Está mejor? —preguntó Una cuando Faith regresó.

—No. Sigue quejándose. Tal vez debiéramos llamar al doctor Blythe. Pero ella dice que no, que no ha visto a un médico en su vida y que no va a empezar ahora. Dice que los médicos viven envenenando a la gente. ¿Será verdad?

—No, claro que no —protestó Una con indignación—. Estoy segura de que el doctor Blythe no envenena a nadie.

—Bueno, tendremos que volver a darle friegas en la espalda después del desayuno. Y mejor que no calentemos las franelas tanto como ayer.

Faith rió al acordarse. Estuvieron a punto de escaldar la espalda de la pobre

tía Martha. Una suspiró. Mary Vance habría sabido la temperatura exacta de las franelas para una espalda dolorida. Mary lo sabía todo. Ellas no sabían nada. ¿Y cómo podían aprender, si no era mediante la amarga experiencia por la cual, en aquella oportunidad, la que había pagado el pato había sido la desafortunada tía Martha?

El lunes anterior, el señor Meredith se había ido a Nueva Escocia a pasar unas breves vacaciones y se había llevado a Jerry consigo. El miércoles, a la tía Martha le había dado de pronto una recurrente y misteriosa dolencia que ella siempre llamaba «el dolor» y que casi con certeza absoluta la atacaba siempre en los momentos más inconvenientes. No podía levantarse de la cama, pues el menor movimiento le provocaba un dolor espantoso. Se negaba terminantemente a que la viera un médico. Faith y Una preparaban la comida y la atendían. Cuanto menos se hable de la comida mejor, aunque no era mucho peor que la de la tía Martha. Había muchas mujeres en el pueblo que con gusto habrían ido a ayudar, pero la tía Martha se negó a que se supiera su situación.

—Tendréis que hacer un esfuerzo hasta que pueda levantarme —gimió—. Gracias al cielo que John no está en casa. Hay suficiente carne cocida fría y pan, y podéis tratar de preparar el cereal.

Las niñas lo habían intentado, hasta el momento sin demasiado éxito. El primer día estaba demasiado líquido. Al día siguiente, tan espeso que se lo podía cortar en tajadas. Y las dos veces se les había quemado.

—Odio el cereal —declaró Faith con furia—. Cuando tenga una casa mía, no voy a tener nunca ni un poquito.

—¿Qué van a comer tus hijos, entonces? —preguntó Una—. Los niños tienen que comer cereal, porque si no no crecen. Lo dice todo el mundo.

—Tendrán que arreglárselas sin eso o quedarse enanos —replicó Faith con firmeza—. Escucha, Una, tú revuélvelo mientras yo pongo la mesa. Si lo dejo un minuto, esto se quema. Son las nueve y media. Llegaremos tarde a la escuela dominical.

—Todavía no he visto a nadie pasar por la calle —dijo Una—. No vamos a ser muchos. Mira cómo llueve. Y cuando no hay sermón la gente no viene de lejos a traer a sus hijos.

—Ve a llamar a Carl —dijo Faith.

Carl, al parecer, tenía dolor de garganta, provocado por mojarse en el pantano del Valle del Arco Iris el día anterior mientras perseguía libélulas. Había llegado a casa con las botas y los calcetines empapados y se quedó toda la tarde

sin cambiarse. No pudo ni desayunar y Faith lo mandó de vuelta a la cama. Una y ella dejaron la mesa como estaba y se fueron a la escuela dominical. No había nadie en el aula cuando llegaron y no fue nadie. Esperaron hasta las once y regresaron a su casa.

—En la escuela dominical metodista parece que tampoco hay nadie —comentó Una.

—Me alegro —dijo Faith—. Me molestaría pensar que los metodistas aventajan a los presbiterianos en eso de ir a la escuela dominical un domingo lluvioso. Pero hoy tampoco tienen sermón en su iglesia, así que probablemente tengan la escuela dominical de tarde.

Una lavó los platos, y muy bien, pues eso sí lo había aprendido de Mary Vance. Faith barrió más o menos el suelo y peló las patatas para la cena, cortándose en dedo en la tarea.

—Cómo me gustaría comer otra cosa que no fui «otravez» para la cena —suspiró Una—. ¡Estoy tan harta de esa comida! Los chicos Blythe no saben lo que es «otravez». Y nosotros nunca tenemos budín de navidad. Nan dice que Susan se desmayaría si no tuvieran los domingos. ¿Por qué no somos como las demás personas, Faith?

—Yo no quiero ser como las demás personas —dijo Faith, atándose el dedo que le sangraba—. A mí me gusta ser yo. Es más interesante. Jessie Drew es tan buena ama de casa como su madre, pero ¿tú querrías ser tan estúpida como ella?

—Pero nuestra casa no es como debería ser. Lo dice Mary Vance. Dice que la gente habla porque es una casa desaseada.

Faith tuvo una inspiración.

—La limpiaremos —exclamó—. Nos pondremos a trabajar mañana. Es una buena oportunidad, porque, estando en cama, la tía Martha no puede impedírnoslo. Tendremos todo limpito y precioso para cuando llegue papá, como estaba cuando se fue Mary. Cualquiera puede barrer, sacudir y limpiar ventanas. La gente no podrá hablar más de nosotros. Jem Blythe dice que los que hablan son sólo gatos viejos, pero duele tanto como si hablara todo el mundo.

—Espero que mañana haga un buen día —dijo Una, llena de entusiasmo—. Ah, Faith, será espléndido tener todo limpio y ser iguales a las demás personas.

—Espero que el dolor de la tía Martha le dure hasta mañana —deseó Faith—. De lo contrario no podremos hacer nada.

El gentil deseo de Faith fue concedido. El día siguiente halló a la tía Martha aún incapaz de levantarse. Carl también seguía enfermo y fue fácil convencerlo

de que se quedara en la cama. Ni Faith ni Una sospecharon de la gravedad de la enfermedad del pobre muchachito; una madre vigilante habría mandado de inmediato a buscar un médico, pero allí no había ninguna madre y el pobrecito Carl, con la garganta dolorida, su dolor de cabeza y sus mejillas arreboladas, se enrolló en las sábanas retorcidas y sufrió solo, consolado en parte por la compañía de una lagartija verde que llevaba en el bolsillo de su camisón harapiento.

El mundo exhumaba el resplandor de un sol de verano después de la lluvia. Era un día inigualable para limpiar la casa y Faith y Una pusieron alegremente manos a la obra.

—Limpiaremos el comedor y la sala —dijo Faith—. Será mejor no meterse con el estudio y arriba no importa tanto. Lo primero que hay que hacer es sacar todo fuera.

En consecuencia, sacaron todo. Apilaron los muebles sobre la galería y el jardín, y el muro del cementerio metodista estuvo alegremente cubierto de alfombras. Siguió una orgía de escobas, con un intento de parte de Una de sacudirlas mientras Faith limpiaba las ventanas del comedor, rompiendo un vidrio y astillando otros dos en el proceso. Una contempló dubitativa el resultado.

—No me parecen muy limpias —dijo—. Las ventanas de la señora Elliott y de Susan brillan y titilan.

—No importa. Éstas dejan pasar la luz del sol igual —contestó Faith, contenta—. Tienen que estar limpias después de todo el jabón y el agua que he usado, y eso es lo importante. Ahora ya son más de las once, así que voy a secar este charco del suelo e iremos afuera. Tú quitarás la tierra de los muebles y yo sacudiré las alfombras. Voy a hacerlo en el cementerio. No quiero llenar el jardín de polvo.

Faith disfrutó sacudiendo las alfombras. Estar sobre la tumba de Hezekiah Pollock sacudiendo alfombras era realmente divertido. Si bien es cierto que el vicario Abraham Clow y su esposa, que pasaron en su espacioso coche de asiento doble, parecieron mirarla con áspera desaprobación.

—¿No es un espectáculo terrible? —dijo el vicario Abraham muy solemne.

—No lo habría creído de no haberlo visto con mis propios ojos —dijo la esposa del vicario Abraham, aún más solemne.

Faith agitó alegremente un felpudo en dirección a los Clow. No le preocupó que ni el vicario ni su esposa le devolvieran el saludo. Todo el mundo sabía que

el vicario Abraham no había sonreído desde que fue nombrado superintendente de la escuela dominical, hacía catorce años. Pero le dolió que Minnie y Adella Clow no la saludaran. A Faith le caían bien Minnie y Adella. Después de las Blythe, eran sus mejores amigas en la escuela y siempre ayudaba a Adella con las cuentas. ¡Qué muestra de gratitud! Sus amigas la despreciaban porque estaba sacudiendo alfombras en un viejo cementerio donde, como decía Mary Vance, hacía años que no se había enterrado ni a un alma. Faith fue hasta la galería, donde halló a Una muy desanimada porque las niñas Clow tampoco la habían saludado.

—Supongo que estarán enfadadas por algo —dijo Faith—. Tal vez estén celosas porque jugamos tanto en el Valle del Arco Iris con los Blythe. Bien, ¡espera a que comiencen las clases y Adella quiera que le enseñe a hacer las cuentas! Entonces se enterarán. Vamos, metamos todo. Estoy exhausta y no creo que las habitaciones estén mucho mejor que cuando empezamos, aunque saqué muchísimo polvo en el cementerio. Detesto limpiar.

Eran las dos antes de que las cansadas niñas terminaran las dos habitaciones. Comieron cualquier cosa en la cocina y trataron de lavar los platos en seguida. Pero Faith acababa de hundirse en un nuevo libro de cuentos que le había prestado Di Blythe y estuvo ausente del mundo hasta la caída del sol. Una le llevó a Carl una taza de té maloliente, pero lo encontró dormido, de modo que se acurrucó sobre la cama de Jerry y ella también se quedó dormida. Entretanto, una extraña historia recorría Glen St. Mary y los lugareños se preguntaban seriamente los unos a los otros qué había que hacer con las criaturas de la rectoría.

—Ya pasó el límite de lo gracioso, créeme —le dijo la señorita Cornelia a su esposo con un profundo suspiro—. Yo al principio no podía creerlo. Miranda Drew trajo la historia de la escuela dominical metodista esta tarde y yo la ignoré. Pero la esposa del vicario Abraham dice que ella y el vicario lo vieron con sus propios ojos.

—¿Vieron qué? —preguntó Marshall.

—Faith y Una Meredith no fueron a la escuela dominical esta mañana y se pusieron a limpiar la casa —dijo la señorita Cornelia con acento desolado—. Cuando el vicario Abraham volvía a su casa desde la iglesia (se había retrasado para arreglar los libros de la biblioteca), las vio sacudiendo alfombras en el cementerio metodista. No podré volver a mirar a un metodista a la cara. ¡Piensa en el escándalo!

Y sí que fue un escándalo, que crecía más y más a medida que se extendía, hasta que los del otro lado del puerto se enteraron de que las niñas de la rectoría no sólo habían limpiado la casa y lavado ropa un domingo sino que además habían coronado la jornada con una merienda en el cementerio mientras se desarrollaba la escuela dominical de los metodistas. La única casa en la que se ignoraba inocentemente la terrible nueva era en la rectoría. El día que Faith y Una firmemente creían que era martes volvió a llover, y llovió los tres días siguientes; nadie se acercó a la rectoría; los de la rectoría no fueron a ningún lado; podrían haber cruzado el Valle del Arco Iris a Ingleside, pero toda la familia Blythe, salvo Susan y el doctor, había ido de visita a Avonlea.

—Esto es lo último que nos queda de pan —dijo Faith—, y no tenemos más «otravez». Si la tía Martha no mejora pronto, ¿qué haremos?

—Podemos comprar pan en el pueblo y tenemos el bacalao que secó Mary —dijo Una—. Pero no sabemos cómo se cocina.

—Ah, eso es fácil —rió Faith—. Se hierve y ya está.

Lo hirvieron pero, como no se les ocurrió remojarlo de antemano, estaba tan salado que no pudieron comerlo. Aquella noche tenían mucha hambre, pero para el día siguiente sus problemas se terminaron. La luz del sol volvió a brillar sobre el mundo; Carl estaba bien y el dolor de la tía Martha la abandonó tan súbitamente como había llegado; el carnicero pasó por la rectoría y alejó la hambruna. Para poner el broche de oro, los Blythe volvieron a casa y aquella noche ellos y los niños de la rectoría, con Mary Vance, volvieron a honrar su cita vespertina en el Valle del Arco Iris, donde las margaritas flotaban sobre el césped como espíritus del rocío y los cascabeles de los árboles enamorados tintineaban como campanillas de hadas en el crepúsculo perfumado.

11. Un descubrimiento espantoso

—Bien, ahora sí que la habéis hecho buena —fue el recibimiento de Mary cuando se reunió con ellos en el valle. La señorita Cornelia estaba en Ingleside, manteniendo un terrible cónclave con Ana y Susan, y Mary esperaba que la sesión fuera larga, porque hacía más de dos semanas desde la última vez que le habían permitido ir a divertirse con sus amigos en el querido Valle del Arco Iris.

—¿Qué hicimos qué? —preguntaron todos menos Walter, que estaba soñando despierto como de costumbre.

—Me refiero sólo a los de la rectoría —aclaró Mary—. Ha estado muy mal lo que habéis hecho. Yo no habría hecho algo semejante por nada del mundo, y eso que no fui educada en una rectoría… en realidad, no fui educada en ninguna parte, crecí, nada más.

—¿Qué hicimos? —preguntó Faith, intrigada.

—¡Qué hicisteis! ¡Y todavía lo preguntas! Es espantoso cómo habla la gente. Seguro que vuestro padre está terminado en esta parroquia. Jamás podrá recuperarse, ¡pobre hombre! Todos le echan la culpa a él y no es justo. Pero no hay nada justo en este mundo. Tendríais que estar avergonzadas.

—Pero ¿qué hicimos? —preguntó Una, desolada. Faith no dijo nada, pero su mirada era un relámpago de desprecio hacia Mary.

—Ah, no os hagáis las inocentes —dijo Mary con hastío—. Todo el mundo sabe lo que habéis hecho.

—Yo no —interpuso Jem Blythe, indignado—. Que no te pesque haciendo llorar a Una, Mary Vance. ¿De qué estás hablando?

—Supongo que tú no lo sabrás, ya que acabas de llegar del oeste —contestó Mary, algo más tranquila. Jem siempre podía con ella—. Pero todos los demás lo saben, mejor créeme.

—¿Saben qué?

—Que Faith y Una no fueron a la clase de la escuela dominical el domingo

pasado y se pusieron a limpiar la casa.

—No es cierto —dijeron Faith y Una, negando apasionadamente.

Mary las miró con altivez.

—No creí que lo negarais, después de haberme reprendido por mentir —sentenció—. ¿De qué vale negarlo? Todo el mundo sabe que lo habéis hecho. El vicario Clow y su esposa os vieron. Algunos dicen que destruirá a la Iglesia, pero yo no voy tan lejos. Vosotros sois buena gente.

Nan Blythe se puso de pie y abrazó a las azoradas Faith y Una.

—Fueron tan buena gente como para recibirte, darte de comer y vestirte cuando estabas muerta de hambre en el granero del señor Taylor, Mary Vance —dijo—. Eres muy agradecida, se ve.

—Soy agradecida —replicó Mary—. Lo sabrías si me hubieras oído defendiendo al señor Meredith contra viento y marea. Me he llagado la lengua hablando por él esta semana. He dicho una y otra vez que él no tiene la culpa de que sus hijas hayan limpiado la casa un domingo. Él no estaba.

—Pero no es cierto —protestó Una—. Fue el lunes cuando limpiamos. ¿No, Faith?

—Claro que sí —asintió Faith con ojos relucientes—. Fuimos a la escuela dominical a pesar de la lluvia, y no fue nadie, ni siquiera el vicario Abraham, a pesar de todo lo que habla sobre los cristianos del buen tiempo.

—Fue el sábado cuando llovió —dijo Mary—. El domingo hizo un día precioso. Yo no fui a la escuela dominical porque tenía dolor de muelas, pero todo el mundo fue y vio vuestros muebles en el jardín. Y el vicario Abraham y su esposa os vieron sacudiendo alfombras en el cementerio.

Una se sentó entre las margaritas y se puso a llorar.

—Escuchad —intervino Jem con decisión—, hay que aclarar esto. Alguien ha cometido un error. El domingo hizo buen tiempo, Faith. ¿Cómo pudisteis confundir el sábado con el domingo?

—La reunión de oración fue el jueves por la noche —exclamó Faith— y Adam se cayó en la olla de la sopa el viernes, cuando el gato de la tía Martha estaba persiguiéndolo, y nos estropeó la cena; y el sábado había una víbora en el sótano y Carl la atrapó con un palo y la sacó, y el domingo llovió. ¡Así de sencillo!

—La reunión de oración fue el miércoles por la noche —aseguró Mary—. El vicario Baxter iba a dirigirla y no podía ir el jueves, así que la cambiaron al miércoles. Te saltaste un día, Faith, y trabajaste el domingo.

De pronto Faith estalló en una carcajada.

—Entonces sí. ¡Vaya broma!

—Para tu padre no es ninguna broma —rebatió Mary con seriedad.

—Todo se arreglará cuando la gente se entere de que fue una equivocación —adujo Faith sin preocuparse—. Lo explicaremos.

—Podéis explicarlo hasta caer rendidas —dijo Mary—, pero una mentira viaja más rápido y más lejos que tú. Yo he visto más mundo que tú y lo sé. Además, hay mucha gente que no creerá que se trató de una equivocación.

—Lo creerán si se lo digo —insistió Faith.

—No puedes decírselo a todo el mundo —opinó Mary—. No, te digo que has hundido a tu padre.

Esa reflexión extrema le echó a perder la noche a Una, pero Faith se negó a permitir que la hicieran sentir incómoda. Además, tenía un plan que corregiría todo ese lío. De modo que dejó atrás el pasado con su error y se entregó al placer del presente. Jem se fue a pescar y Walter, saliendo de su ensoñación, se dedicó a describir los bosques del cielo. Mary aguzó los oídos y escuchó con atención. A pesar de su temor por Walter, también le encantaba su «charla como de libro». Siempre le producía una sensación deliciosa. Walter había estado leyendo Coleridge aquel día y se imaginaba un cielo donde:

Había jardines relucientes de riachuelos sinuosos
donde florecían árboles cargados de incienso
y había bosques tan viejos como las colinas
que rodeaban soleados parajes de verdor.

—Yo no sabía que había bosques en el cielo —declaró Mary con un largo suspiro—. Pensaba que sólo había calles, calles y más calles.

—Claro que hay bosques —terció Nan—. Mamá no puede vivir sin árboles, y yo tampoco; ¿de qué serviría ir al cielo si no hubiera árboles?

—También hay ciudades —dijo el joven soñador—, ciudades espléndidas, del mismo color que el ocaso, con torres de zafiro y cúpulas irisadas. Están hechas de oro y diamantes, calles enteras de diamantes, que refulgen como el sol. En las plazas hay fuentes de cristal a las que besa la luz y en todas partes hay capullos de asfódelo, la flor del cielo.

—¡Fantástico! —saltó Mary—. Yo vi la calle principal de Charlottetown una

vez y me pareció impresionante, pero supongo que no es nada comparada con el cielo. Bueno, todo parece maravilloso contado por ti, pero ¿no será un poco aburrido, también?

—Ah… supongo que podremos divertirnos un poco cuando los ángeles estén de espaldas —acotó Faith.

—El cielo es todo diversión —declaró Di.

—*La Biblia* no lo dice —exclamó Mary, que había leído tanto *la Biblia* los domingos por la tarde bajo la mirada atenta de la señorita Cornelia que ahora se consideraba una autoridad en la materia.

—Mamá dice que el idioma de *la Biblia* es figurativo —intervino Nan.

—¿Eso quiere decir que no es cierto? —preguntó Mary, esperanzada.

—No, no exactamente, pero creo que significa que el cielo será justo lo que uno quiera que sea.

—A mí me gustaría que fuera justo como el Valle del Arco Iris —dijo Mary —, con todos vosotros para charlar y jugar. Eso a mí me basta. De todos modos, no podemos ir al cielo hasta que estemos muertos, y entonces igual tampoco, así que ¿para qué vamos a preocuparnos? Ahí viene Jem con una ristra de truchas y me toca a mí freirías.

—Tendríamos que saber más que Walter del cielo, siendo la familia del pastor —declaró Una esa noche, mientras caminaban hacia casa.

—Y sabemos, pero Walter puede imaginar cosas —dijo Faith—. La señora Elliott dice que le viene de la madre.

—Cómo desearía que no hubiéramos cometido ese error sobre el domingo —suspiró Una.

—No te preocupes por eso. Se me ha ocurrido un plan espléndido para explicarlo y que se entere todo el mundo —la tranquilizó Faith—. Espera hasta mañana por la noche.

12. Una explicación y un reto

El reverendo doctor Cooper predicaba en Glen St. Mary a la noche siguiente y la iglesia presbiteriana estaba repleta de gente de cerca y de lejos. El reverendo doctor era considerado un orador muy elocuente y, tomando en cuenta el viejo dicho de que un pastor debe llevar sus mejores ropas a la ciudad y sus mejores sermones al campo, dio un discurso muy erudito e impresionante. Pero cuando la gente se fue a su casa aquella noche no fue del sermón del doctor Cooper de lo que hablaron. Se habían olvidado completamente de él.

El doctor Cooper había finalizado con una ferviente llamada, se había enjugado la transpiración de la amplia frente y había dicho «Oremos». Hubo una breve pausa. En la iglesia de Glen St. Mary todavía se conservaba la antigua costumbre de hacer la colecta después del sermón y no antes, principalmente porque los metodistas habían adoptado la nueva moda primero y la señorita Cornelia y el vicario Clow no aceptarían jamás seguir una costumbre iniciada por los metodistas. Charles Baxter y Thomas Douglas, que tenían a su cargo pasar el platillo, estaban a punto de ponerse en pie. El organista había sacado la partitura del himno y los miembros del coro se habían aclarado la garganta. De pronto Faith Meredith se levantó del banco de la rectoría, avanzó hasta el púlpito y se volvió hacia la azorada audiencia.

La señorita Cornelia empezó a ponerse en pie y volvió a sentarse. Su banco estaba muy atrás y se dio cuenta de que cualquier cosa que Faith tuviera intenciones de hacer o decir habría sido medio hecha o dicha antes de que ella pudiera llegar hasta ella. No tenía sentido hacer una exhibición peor de lo que tenía que ser. Con una mirada angustiada en dirección a la esposa del doctor Blythe y otra al vicario Warren, de la Iglesia metodista, la señorita Cornelia se resignó a otro escándalo.

«Si al menos esa niña estuviera vestida decentemente», gimió su espíritu.

Faith, que se había derramado tinta sobre su vestido bueno, se puso, sin

inmutarse, uno viejo de un desteñido rosa. Había un desgarrón remendado con hilo de hilvanar color escarlata y en algún momento le habían sacado el dobladillo, con lo cual una franja de tela no desteñida bordeaba la falda. Pero Faith no pensaba en su ropa. De pronto se había puesto nerviosa. Lo que parecía fácil en la imaginación era bastante difícil en la realidad. Enfrentada a todos aquellos ojos fijos e inquisitivos, estuvo a punto de perder el valor. Las luces eran tan fuertes y el silencio tan sobrecogedor que pensó que después de todo no podría hablar. Pero debía hablar, tenía que librar a su padre de toda sospecha. Sólo que… las palabras se negaban a obedecerla.

La carita pura como una perla de Una la contemplaba llena de adoración desde el banco de la rectoría. Los niños Blythe estaban atónitos. Atrás, bajo la galería, Faith vio la dulce bondad de la sonrisa de la señorita Rosemary West y el aire divertido de la sonrisa de la señorita Ellen. Pero nada de eso la ayudó. Fue Bertie Shakespeare Drew el que salvó la situación. Bertie Shakespeare se sentaba en el primer asiento de la galería y le hizo una mueca despectiva. Faith, de inmediato, le devolvió una aún peor y, furiosa por el hecho de que Bertie Shakespeare le hiciera la burla, olvidó el susto. Encontró la voz perdida y habló clara y valientemente.

—Quiero explicar algo —dijo—, y quiero hacerlo ahora porque todos los que oyeron lo demás me oirán ahora. La gente dice que Una y yo nos quedamos en casa el domingo pasado y nos pusimos a limpiar la casa en lugar de ir a la escuela dominical. Sí, lo hicimos, pero fue sin querer. Confundimos los días de la semana. Todo fue por culpa del vicario Baxter —sensación en el banco de los Baxter—, porque cambió la reunión de oración al miércoles por la noche, y entonces nosotras pensamos que el jueves era viernes y seguimos así hasta que creímos que el sábado era domingo. Carl estaba enfermo en cama y la tía Martha también, así que no pudieron corregir nuestro error. Fuimos a la escuela dominical el sábado, bajo la lluvia, y no fue nadie. Entonces se nos ocurrió limpiar la casa el lunes para que los chismosos dejaran de hablar sobre lo sucia que estaba la rectoría —sensación general en toda la iglesia—. Sacudí las alfombras en el cementerio metodista porque era un lugar conveniente y no porque quiera faltar al respeto a los muertos. No son los muertos los que han hecho un lío de todo esto, sino los vivos. Y no está bien que ninguno de ustedes le eche la culpa de esto a mi padre, porque él no estaba y no sabía nada, y además nosotras creíamos que era lunes. Él es el mejor padre del mundo y lo queremos con toda el alma.

El arrojo de Faith se diluyó en un sollozo. Bajó los escalones corriendo y salió como una exhalación por la puerta lateral de la iglesia. Allí la noche de verano, llena de estrellas, la consoló, y el dolor se le fue de los ojos y de la garganta. Estaba muy contenta. La horrible explicación había pasado y todos sabían que no era culpa de su padre y que Una y ella no eran tan perversas como para haber limpiado la casa sabiendo que era domingo.

Dentro de la iglesia la gente se miraba entre sí azorada, pero Thomas Douglas se levantó y comenzó a caminar por el pasillo central con expresión reconcentrada. Su deber era claro: debía recoger las contribuciones así se viniera abajo el cielo. Y las recogió; el coro cantó el himno con la desoladora convicción de que salía desentonado y el doctor Cooper dijo el himno final y dio la bendición con mucha menos unción que de costumbre. El reverendo doctor tenía sentido del humor y la actuación de Faith lo había divertido. Además, John Meredith era bien conocido en los círculos presbiterianos.

A la tarde siguiente, el señor Meredith volvió a casa, pero, antes de que llegara, Faith ya se las había arreglado para volver a escandalizar a Glen St. Mary. Como reacción a la intensidad y la tensión del domingo, el lunes estaba especialmente dotada de lo que la señorita Cornelia habría llamado «espíritu demoníaco». Eso la llevó a retar a Walter Blythe a cabalgar por la calle principal montado en un cerdo mientras ella montaba otro.

Los cerdos en cuestión eran dos animales grandes y flacos, supuestamente propiedad del padre de Bertie Shakespeare Drew, que hacía un par de semanas que rondaban por la calle de la rectoría. Walter no quería montar un cerdo por Glen St. Mary, pero fuera lo que fuese lo que Faith Meredith lo desafiara a hacer, él debía hacerlo. Tomaron colina abajo y atravesaron el pueblo. Faith estaba doblada de risa sobre su aterrorizada montura y Walter iba rojo de vergüenza. Pasaron junto al pastor, que volvía de la estación a su casa, el que, algo menos soñador y abstraído que de costumbre (debido a una charla que había mantenido en el tren con la señorita Cornelia, que siempre lo despertaba por un tiempo), los vio y pensó que debería hablar con Faith y decirle que ese comportamiento no era apropiado. Pero para cuando llegó a su casa ya se había olvidado del trivial incidente. Pasaron junto a la esposa de Alee Davis, que dio un alarido de terror, y junto a la señorita Rosemary West, que rió y suspiró. Por último, antes de que los cerdos se metieran en el patio trasero de Bertie Shakespeare Drew para no volver a salir de allí nunca más, tan grande había sido el susto, Faith y Walter se bajaron de un salto; justo en aquel momento pasaban junto a ellos el doctor Blythe y su

esposa.

—Conque así es como educas a tus hijos —dijo Gilbert con burlona severidad.

—Tal vez los malcríe un poco —dijo Ana con pesar— pero, Gilbert, cuando pienso en mi propia niñez antes de que me llevaran a Tejas Verdes, no tengo corazón para ser muy estricta. ¡Cuánta necesidad de amor y diversión tenía! ¡Era una pequeña esclava sin cariño que no podía jugar nunca! Los niños se divierten mucho con los niños de la rectoría.

—¿Y qué me dices de los pobres cerdos? —preguntó Gilbert.

Ana intentó no reír, pero no lo logró.

—¿De verdad piensas que les han hecho daño? No creo que nada pueda lastimar a esos animales. Este verano han molestado a toda la vecindad y los Drew no quieren encerrarlos. Pero hablaré con Walter… si puedo no estallar en carcajadas.

Aquella noche la señorita Cornelia fue a Ingleside a compartir su opinión sobre lo acaecido la noche del domingo. Para su sorpresa, se enteró de que Ana no veía la actitud de Faith de la misma manera que ella.

—A mí me pareció que había algo muy valiente y patético en el hecho de que se pusiera en pie, en la iglesia llena de gente, para confesar —dijo Ana—. Se notaba que estaba muerta de miedo y sin embargo estaba decidida a limpiar a su padre de toda culpa. Yo la admiré por hacerlo.

—Ah, claro que las intenciones de esa pobre niña eran buenas —asintió la señorita Cornelia, suspirando—, pero de todas maneras es algo que no se debe hacer, y se está hablando más de eso que de la limpieza del domingo. Aquello ya estaba perdiendo actualidad y esto lo ha reavivado otra vez. Rosemary West es como tú; anoche, al salir de la iglesia, dijo que era un acto de valentía de parte de Faith, pero que a ella la niña le daba pena. A la señorita Ellen le pareció algo así como una buena broma y dijo que hacía años que no se divertía tanto en la iglesia. Claro que a ellas qué les va a importar: son episcopales. Pero nosotros los presbiterianos sí lo sentimos. Además, había mucha gente del hotel presente aquella noche y gran cantidad de metodistas. La esposa de Leander Crawford lloró por lo mal que se sentía. Y la esposa de Alee Davis dijo que habría que darle unos azotes a esa pequeña desvergonzada.

—La esposa de Leander Crawford siempre llora en la iglesia —dijo Susan con desdén—. Llora por cada cosa emocionante que diga el pastor. Pero rara vez se ve su nombre en una lista de suscripciones, mi querida señora. Las lágrimas

son más baratas. Una vez trató de comentarme que la tía Martha era un ama de casa muy sucia y yo tuve ganas de decirle: «¡Todo el mundo sabe que usted ha preparado masas para sus tortas en la palangana de la cocina, señora Crawford!». Pero no se lo dije, mi querida señora, porque tengo demasiado respeto por mí misma para condescender a discutir con gente como ella. Pero podría contar cosas peores que ésa de la señora Crawford si yo fuera una de esas personas a las que les gustan los chismes. Y en cuanto a la señora Davis, si me hubiera dicho eso a mí, mi querida señora, ¿sabe lo que le habría dicho? Le habría dicho: «No me cabe duda de que a usted le gustaría darle unos cuantos azotes a Faith, señora Davis, pero nunca tendrá la oportunidad de pegar a la hija de un pastor, ni en este mundo ni en el por venir».

—Si al menos la pobre Faith hubiera estado vestida decentemente —volvió a lamentarse la señorita Cornelia—, no habría sido tan malo. Pero llevaba un vestido horrible y lo exhibió a conciencia en la plataforma.

—Pero estaba limpio, mi querida señora —dijo Susan—. Esos niños andan limpios. Puede que sean descuidados y atolondrados, mi querida señora, pero nunca se olvidan de lavarse detrás de las orejas.

—Qué cosa que Faith se olvidara de que era domingo —insistió la señorita Cornelia—. Cuando crezca será tan descuidada y poco práctica como el padre, créanme. Supongo que Carl se habría dado cuenta de no haber estado enfermo. No sé qué tenía, pero no me llamaría la atención que se debiera a comer esas moras que crecen en el cementerio. No es de extrañar que le hubieran hecho daño. Si yo fuera metodista, trataría al menos de mantener mi cementerio limpio.

—Yo soy de la opinión de que Carl comió esos hierbajos amargos que crecen sobre el muro —dijo Susan, esperanzada—. No creo que el hijo de ningún pastor pudiera comer moras que crecen sobre las tumbas de los muertos. Usted sabe que no estaría tan mal, mi querida señora, comer algo que crece en el muro del cementerio.

—Lo peor de la actuación de anoche fue la mueca que hizo Faith a alguien de la congregación antes de empezar —continuó la señorita Cornelia—. El vicario Crow afirma que fue a él. ¿Te enteraste además de que hoy la han visto montada en un cerdo?

—La vi. Walter estaba con ella. Él se ganó una pequeña… muy pequeña, regañina. No me dijo mucho, pero me dio la impresión de que fue idea de él y que Faith no tenía la culpa.

—Yo no lo creo, mi querida señora —exclamó Susan, levantada en armas—.

Es típico de Walter echarse la culpa de todo. Pero usted sabe tan bien como yo, mi querida señora, que a ese bendito niño jamás se le ocurriría montar en un cerdo, aunque escriba poesía.

—Ah, no hay duda de que la idea surgió de la cabecita de Faith Meredith —señaló la señorita Cornelia—. Y no digo que lamento que esos viejos cerdos de Amos Drew hayan tenido su merecido por una vez. Pero ¡la hija del pastor!

—¡Y el hijo del doctor! —acotó Ana, imitando el tono de la señorita Cornelia. Luego rió—. Querida señorita Cornelia, son niños. Y usted sabe que nunca han hecho nada malo, sólo que son descuidados e impulsivos, como lo fui yo también. Serán adultos serios y discretos, como yo llegué a serlo.

La señorita Cornelia también rió.

—Hay momentos, Ana querida, en que sé por tu mirada que tu seriedad es algo que te pones como un traje y que en realidad te mueres por hacer algo inconsciente e infantil otra vez. Bueno, me siento alentada. Por alguna razón las conversaciones contigo siempre me producen ese efecto. Cuando voy a ver a Bárbara Samson es exactamente lo contrario. Me hace sentir que todo está mal y que seguirá mal. Claro que vivir toda la vida con un hombre como Joe Samson no ha de ser precisamente alegre.

—Es muy extraño que se haya casado con Joe Samson después de todas las oportunidades que tuvo —comentó Susan—. Tenía muchos pretendientes cuando era joven. Solía alardear conmigo diciéndome que tenía veintiún enamorados y un señor Pethick.

—¿Qué es eso de señor Pethick?

—Bueno, era una especie de compañía permanente, mi querida señora, pero no se lo podía considerar exactamente un enamorado. En realidad no tenía intenciones de ningún tipo. Veintiún enamorados, ¡y yo que nunca tuve ni uno! Pero Bárbara, después de recorrer el bosque, se quedó al fin con la peor rama. Por otro lado, dicen que el marido sabe hacer bizcochos de levadura mejor que ella, y ella siempre le pide que los prepare cuando tiene invitados a tomar el té.

—Lo cual me recuerda que tengo invitados a tomar el té mañana y tengo que irme a casa a preparar el pan —dijo la señorita Cornelia—. Mary dice que ella puede amasar, y no dudo de que sea así. Pero mientras esté viva y pueda hacerlo, yo amasaré mi propio pan, pueden creerme.

—¿Cómo va Mary? —preguntó Ana.

—No tengo nada que criticarle —declaró la señorita Cornelia con aire algo adusto—. Está engordando un poquito y es limpia y respetuosa, aunque hay más

en ella de lo que yo puedo descubrir. Es una muchachita astuta. Ni hurgando durante mil años podría uno llegar al fondo de la mente de esa niña, ¡créanme! En cuanto al trabajo, nunca he visto a nadie igual. Se come el trabajo. La señora Wiley habrá sido cruel con ella, pero nadie puede decir que la hacía trabajar. Mary nació trabajadora. A veces me pregunto qué se le gastará primero, si las piernas o la lengua. Ahora no tengo suficientes faenas para no estar ociosa. Estoy deseando que empiecen las clases, porque entonces tendré otra vez algo en qué ocuparme. Mary no quiere ir a la escuela, pero yo me he impuesto y le he dicho que tiene que ir. No voy a permitir que los metodistas digan que le impedí ir a la escuela para regodearme en el ocio.

13. La cascada de la colina

Había un arroyo frío y cristalino que nunca dejaba de correr en un claro resguardado por abedules del Valle del Arco Iris, en el extremo más bajo, cerca del pantano. Pocos conocían su existencia. Los niños de la rectoría y de Ingleside lo conocían, por supuesto, como conocían todo lo relativo al valle mágico. En ocasiones iban allí a beber agua y figuraba en muchos de sus juegos como la fuente de alguna antigua historia. Ana lo conocía y lo adoraba porque, en cierto modo, le recordaba la Burbuja de la Dríada de Tejas Verdes. Rosemary West lo conocía; también para ella era la fuente de una antigua historia. Hacía dieciocho años había estado sentada junto a él un atardecer de primavera oyendo a Martin Crawford tartamudear una confesión de ferviente amor adolescente. Ella había susurrado su propio secreto, se habían besado y, junto al arroyo, habían prometido quererse siempre. Nunca más habían vuelto a estar allí: poco después, Martin había zarpado en su viaje fatal. Pero para Rosemary West siempre fue un lugar sagrado, santificado por aquella hora inmortal de juventud y amor. Cada vez que pasaba cerca de él se acercaba para mantener una cita secreta con un viejo sueño, un sueño del cual hacía tiempo que se había ido el dolor para dejar sólo su inolvidable dulzura. El arroyo estaba oculto. Se podía pasar a veinte metros de él sin sospechar su existencia. Dos generaciones atrás, un pino inmenso había caído casi atravesándolo. Del árbol no quedaba más que el tronco descascarado, donde crecían frondosos helechos, formando así un techo verde y una manta de encaje para el agua. Junto a él se erguía un arce con un tronco curiosamente retorcido y nudoso, que reptaba por el suelo un trecho antes de elevarse por los aires, formando un bonito asiento. Y septiembre había arrojado un chal de pálidos asteres azul humo alrededor del claro.

Una noche, al regresar de unas visitas pastorales por el camino que cruzaba los campos del Valle del Arco Iris, John Meredith se apartó del camino para beber del arroyito. Walter Blythe se lo había enseñado una tarde hacía pocos días

y los dos habían mantenido una larga charla sentados sobre el asiento del arce. Debajo de su timidez y su aparente indiferencia, John Meredith tenía el corazón de un niño. De pequeño le llamaban Jack, aunque nadie de Glen St. Mary lo habría creído. Walter y él habían simpatizado y hablaron sin reservas. El señor Meredith se abrió camino hasta los escondites sellados y sagrados del alma del muchachito donde ni siquiera Di había estado. Desde aquella hora de amistad serían amigos, y Walter supo que jamás volvería a tenerle miedo al pastor.

—Nunca creí que se pudiera ser amigo de un pastor —le dijo a su madre aquella noche.

John Meredith bebió agua tomándola con su blanca y delicada mano, cuyo apretón de acero siempre sorprendía a la gente que no lo conocía, y se sentó en el asiento del arce. No tenía prisa por regresar a casa; aquél era un lugar hermoso y él estaba mentalmente cansado después de una ronda de conversaciones bastante poco interesantes con muchas buenas y tontas personas. Estaba saliendo la luna. En el Valle del Arco Iris rondaba el viento y vigilaban las estrellas solamente donde estaba él, pero lejos, desde el extremo más alto, venían las alegres notas de risas y voces infantiles.

La belleza etérea de los asteres a la luz de la luna, el resplandor del arroyito, el suave murmullo del agua, la oscilante gracia de los helechos, todo tejía una blanca magia alrededor de John Meredith. Olvidó las preocupaciones de su parroquia y los problemas espirituales; los años se fueron de él; fue otra vez un joven estudiante de teología y las rosas de junio florecían rojas y fragantes en la oscura y majestuosa cabeza de su Cecilia. Sentado allí, soñó como cualquier muchacho. Y en aquel preciso momento Rosemary West dejó el sendero lateral y estuvo a su lado en aquel peligroso lugar tejedor de encantos. John Meredith se puso en pie cuando ella se acercó y la vio —la vio realmente— por primera vez.

La había visto una o dos veces en su iglesia y le había estrechado la mano, distraído, como hacía con cualquier persona a quien encontrara en la iglesia. Nunca la encontró en ningún otro lugar, pues las West eran episcopalistas, con lazos religiosos en Lowbridge, y nunca había habido oportunidad de visitarlas. Antes de esa noche, si alguien le hubiera preguntado a John Meredith cómo era Rosemary West, él no habría tenido la menor idea. Pero jamás la olvidaría como la veía en ese momento, como se le apareció en medio de la magia de la luz de la luna junto al arroyo.

No se parecía en absoluto a Cecilia, que había sido siempre su ideal de belleza femenina. Cecilia era pequeña, morena y vivaz; Rosemary West era alta,

rubia y plácida. Sin embargo, John Meredith pensó que nunca había visto una mujer tan hermosa como ella.

La muchacha iba sin sombrero y sus cabellos dorados, cabellos de un oro cálido, color «caramelo de melaza», como había dicho Di Blythe, estaban sujetos en rizos por encima de la cabeza. Tenía grandes y tranquilos ojos azules que siempre parecían afables, una frente blanca y alta y un rostro de facciones delicadas. Siempre se había definido a Rosemary West como «una mujer dulce». Era tan dulce que ni siquiera su aire majestuoso y aristocrático le había dado jamás fama de presumida, lo cual habría sido inevitable en el caso de cualquier otra persona de Glen St. Mary. La vida le había enseñado a ser valiente, a ser paciente, a amar y a perdonar. Había visto cómo el barco que se llevaba a su amado zarpaba del Puerto de Cuatro Vientos hacia el ocaso. Pero, aunque miró durante mucho tiempo, nunca lo había visto regresar. Aquella vigilia le robó la infancia de la mirada y, sin embargo, mantuvo la juventud de una manera maravillosa. Tal vez fuera porque parecía preservar siempre esa actitud de fascinado asombro hacia la vida que la mayoría de nosotros deja olvidada en la infancia, una actitud que no solamente hacía que uno viera joven a Rosemary misma sino que derramaba una agradable ilusión de juventud sobre la conciencia de todos los que hablaran con ella.

John Meredith se sobresaltó por su belleza y Rosemary por su presencia. Nunca pensó encontrar a nadie en aquel lejano arroyo y menos aún al ermitaño de la rectoría de Glen St. Mary. Casi dejó caer todos los libros que se llevaba a su casa de la biblioteca de Glen y entonces, para disimular su confusión, dijo una de esas mentirijillas que hasta las mujeres más buenas dicen a veces.

—Vine… vine a beber un trago de agua —tartamudeó, en respuesta al serio «Buenas noches, señorita West» del señor Meredith. Se sintió una idiota imperdonable y habría querido irse. Pero John Meredith no era un hombre vano y sabía que probablemente ella se habría sobresaltado del mismo modo de haberse encontrado con el vicario Clow en las mismas circunstancias. Su confusión lo tranquilizó y olvidó la timidez. Además, hasta los hombres más tímidos pueden a veces ser audaces a la luz de la luna.

—Permítame que le consiga una taza —dijo, sonriendo. Había una taza cerca, si bien él lo ignoraba, una taza azul cascada y sin asa escondida bajo el arce por los niños del Valle del Arco Iris; pero él no lo sabía, de modo que fue hasta uno de los abedules y arrancó un pedacito de corteza. Con habilidad la dobló, haciendo una taza triangular, la llenó con agua del arroyo y se la tendió a

Rosemary.

Rosemary la cogió y bebió hasta la última gota para castigarse por la mentira, pues no tenía nada de sed, y beber una taza bastante grande de agua cuando uno no tiene sed es una experiencia penosa. Sin embargo, el recuerdo iba a ser muy agradable para Rosemary. En años posteriores le parecería que había habido algo sacramental en aquella agua. Tal vez fuera por lo que hizo el pastor cuando ella le devolvió la taza. Él volvió a agacharse, la llenó otra vez y bebió también. Fue puramente accidental el hecho de que posara los labios en el mismo lugar donde Rosemary había posado los suyos, y Rosemary lo sabía. No obstante, tuvo para ella un curioso significado. Los dos habían bebido de la misma taza. Ella recordó confusamente que una vieja tía suya solía decir que cuando dos personas bebían del mismo recipiente sus vidas futuras estarían ligadas de alguna forma, para bien o para mal.

John Meredith sostuvo la taza indeciso. No sabía qué hacer con ella. Lo lógico habría sido tirarla, pero por alguna razón no quería tirarla. Rosemary extendió la mano para cogerla.

—¿No me la regala? —dijo—. La hizo con tanta habilidad… Nunca vi a nadie hacer tan bien una taza de arce como las que hacía mi hermanito hace mucho… antes de morir.

—Yo aprendí a hacerlas cuando era niño, un verano, acampando. Me enseñó un viejo cazador —explicó el señor Meredith—. Permítame que le lleve los libros, señorita West.

Rosemary se sobresaltó y otra vez dijo una mentira, afirmando que no pesaban. Pero el pastor los cogió con gesto perentorio y comenzaron a caminar juntos. Era la primera vez que Rosemary estaba junto al arroyito del valle sin pensar en Martin Crawford. La cita mística se había roto.

El senderito rodeaba el pantano y luego subía hasta la larga colina boscosa en cuya cima vivía Rosemary. Más lejos, a través de los árboles, se veía la luz de la luna brillando sobre los llanos campos de verano. Pero el senderito era estrecho y estaba lleno de sombras. Los árboles lo acotaban y los árboles jamás son tan amigos de los seres humanos después que cae la noche como a la luz del día. Se envuelven en sí mismos alejándose de nosotros. Murmuran y se confabulan furtivamente. Si nos tienden una mano, es con un gesto hostil, tentador. Las personas que caminan entre árboles después que cae la noche siempre se acercan más, instintiva e involuntariamente, haciendo una alianza, física y mental, contra ciertos poderes extraños que los rodean. El vestido de Rosemary rozaba a John

Meredith mientras ambos caminaban. Ni siquiera un pastor distraído, que era después de todo un hombre joven, aunque creía firmemente que había pasado la edad del amor, podía ser insensible al encanto de la noche, del sendero y de la compañía.

Nunca es seguro pensar que hemos terminado con la vida. Cuando imaginamos haber terminado nuestra historia, el destino tiene la habilidad de volver la página y mostrarnos otro capítulo más. Esas dos personas creían que sus corazones pertenecían irrevocablemente al pasado; pero los dos encontraron muy agradable la caminata colina arriba. A Rosemary, el pastor de Glen no le pareció en absoluto tan tímido y callado como le habían dicho. Al parecer a él no le era difícil hablar cómoda y libremente. Las señoras de Glen se habrían asombrado de haberlo oído. Pero, claro, eran muchas las señoras de Glen que no hablaban más que de chismes y del precio de los huevos, y a John Meredith no le interesaba ninguna de las dos cosas. Con Rosemary habló de libros, música, acontecimientos del mundo y algo de su propia historia, y descubrió que ella era capaz de entender y responder. Al parecer, Rosemary poseía un libro que el señor Meredith no había leído y deseaba leer. Ella quería prestárselo y, cuando llegaron a la vieja casa de la cima de la colina, él entró.

La casa era una antigua construcción de piedra gris, cubierta de hiedra, a través de la cual asomaba la luz que entraba en la sala de estar, con guiños afables. Miraba sobre Glen, sobre el puerto, plateado bajo la luz de la luna, y desde allí se veían hasta las dunas de arena y el océano gimiente. Atravesaron un jardín que siempre parecía oler a rosas aun cuando no las hubiera florecidas. Había un conjunto de lirios junto al portón, una franja de asteres a ambos lados del amplio sendero de entrada y un encaje de abetos al borde de la colina, detrás de la casa.

—Tiene todo el mundo a la puerta de su casa —comentó John Meredith con un profundo suspiro—. ¡Qué vista! ¡Qué panorama! A veces yo me siento sofocado en Glen. Aquí se respira.

—Hoy está tranquilo —dijo Rosemary, riendo—. Si hubiera viento lo dejaría sin respiración. Aquí arriba tenemos todo el aire que al viento se le ocurra traer. Este lugar, y no el puerto, tendría que llamarse Cuatro Vientos.

—A mí me gusta el viento —declaró él—. Un día sin viento me parece muerto. Un día ventoso me despierta. —Rió, avergonzado—. En los días tranquilos me entrego a ensoñaciones. Usted ha de conocer mi fama, señorita West. Si la próxima vez que nos veamos no la saludo, no lo adjudique a mala

educación. Por favor, comprenda que es sólo distracción y perdóneme… hábleme.

Ellen West estaba en la sala cuando entraron. Ella dejó los anteojos sobre el libro que estaba leyendo y los miró con un asombro teñido de algo más. Pero estrechó la mano amablemente al señor Meredith, que se sentó y se puso a conversar con ella mientras Rosemary iba a buscar el libro.

Ellen West era diez años mayor que Rosemary y tan diferente de ella que era difícil creer que fueran hermanas. Era morena y robusta, con cabellos negros, espesas cejas negras y ojos del claro azul pizarra del agua del golfo cuando sopla el viento del norte. Tenía un aspecto más bien severo e intimidatorio, pero era en realidad muy jovial, con una risa franca y gorgojeante y una voz profunda, suave y agradable, con un dejo de masculinidad. Una vez le había comentado a Rosemary que le gustaría charlar con ese pastor presbiteriano de Glen, para ver si lograba articular alguna palabra cuando lo arrinconaban. Ahora tenía la oportunidad y sacó el tema de política mundial. La señorita Ellen, gran lectora, acababa de devorar un libro sobre el *kaiser* de Alemania y le preguntó al señor Meredith su opinión sobre éste.

—Un hombre peligroso —fue su respuesta.

—¡Ya lo creo! —exclamó la señorita Ellen—. Recuerde mis palabras, señor Meredith, ese hombre le declarará la guerra a alguien. Arde en deseos de pelear. Va a trastornar el mundo.

—Si se refiere a que vaya a precipitar caprichosamente una guerra mundial, lo dudo —opinó el señor Meredith—. Ya ha pasado el tiempo en que sucedían esas cosas.

—Dios lo bendiga por creerlo, pero me temo que no —mascculló Ellen—. Nunca pasa el tiempo para que los hombres y las naciones se vuelvan animales y empiecen a guerrear. El milenio no está tan cerca, señor Meredith, y usted piensa igual que yo. En cuanto al *kaiser*, recuerde mis palabras, va a causar muchos problemas. —Y la señorita Ellen hundía enfáticamente su largo dedo en el libro —. Sí, si no lo detienen mientras se esté a tiempo, va a causar muchos problemas. Nosotros viviremos para verlo, usted y yo viviremos para verlo, señor Meredith. ¿Y quién va a detenerlo? Inglaterra debería hacerlo, pero no lo hará. ¿Quién va a detenerlo? Dígamelo, señor Meredith.

El señor Meredith no podía decírselo, pero se sumieron en una conversación sobre el militarismo alemán que duró hasta mucho después de que Rosemary hubiera hallado el libro. Rosemary no decía nada; se quedó sentada en una

pequeña mecedora detrás de Ellen acariciando meditativa un enorme gato negro. John Meredith solucionaba problemas cruciales de Europa con Ellen pero miraba con mayor frecuencia a Rosemary; Ellen se dio cuenta. Cuando Rosemary volvió de acompañarlo hasta la puerta Ellen se puso de pie y la miró acusadoramente.

—Rosemary West, ese hombre tiene intenciones de cortejarte.

Rosemary se estremeció. Las palabras de Ellen fueron como un golpe. Despojaron la hermosa velada de todo su encanto. Pero no quiso que Ellen viera cuánto la había lastimado.

—Qué tontería —dijo, riendo, casi con demasiada indiferencia—. Me ves un pretendiente detrás de cada arbusto, Ellen. Me ha contado toda la historia de su esposa esta noche, todo lo que ella significaba para él y lo vacío que había quedado el mundo para él después de su muerte.

—Bien, ésa puede ser su manera de cortejarte —replicó Ellen—. Tengo entendido que cada hombre tiene un estilo diferente. Pero no olvides tu promesa, Rosemary.

—No es necesario que olvide ni recuerde nada —señaló Rosemary, algo cansada—. Te olvidas de que soy una vieja solterona, Ellen. Es sólo tu imaginación fraternal que aún me ve joven, lozana y peligrosa. El señor Meredith quiere ser un simple amigo, si es que quiere tanto. Nos olvidará a las dos apenas regrese a la rectoría.

—No tengo objeción a que seas su amiga —concedió Ellen—, pero no debe ir más allá de la amistad, recuérdalo. Yo siempre sospecho de los viudos. Ellos no son propensos a tener ideas románticas sobre la amistad. Lo más probable es que quieran ir al grano. En cuanto al presbiteriano éste, ¿por qué dicen que es tímido? No tiene nada de tímido, aunque puede que sea distraído, tan distraído que se olvidó de darme las buenas noches cuando tú comenzaste a acompañarlo a la puerta. Tiene cabeza, además. ¡Hay tan pocos hombres en los alrededores que puedan hablar con un poco de sentido! He disfrutado de la velada. No me molestaría verlo con cierta frecuencia. Pero nada de romances, Rosemary, atención, nada de romances.

Rosemary estaba acostumbrada a que Ellen le advirtiera lo mismo no bien hablaba cinco minutos con cualquier hombre disponible menor de ochenta años o mayor de dieciocho. Ella siempre se había burlado de la advertencia sin disimular la gracia que le hacía. Esta vez no le hizo ninguna gracia: la irritó. ¿A quién le interesaban los romances?

—No seas tan tonta, Ellen —dijo con desusada brusquedad, cogiendo su

lámpara. Subió la escalera sin dar las buenas noches.

Ellen sacudió la cabeza, dubitativa, y miró al gato negro.

—¿Por qué está tan enfadada, Saint George? —preguntó—. Cuando maúllas es porque algo te ha chocado, eso es lo que he oído siempre, George. Pero ella lo prometió, George, ella lo prometió, y nosotras las West siempre cumplimos con nuestra palabra. Por eso no importa que él quiera flirtear, George. Ella lo prometió. No me preocuparé.

Arriba, en su habitación, Rosemary se quedó largo rato sentada mirando por la ventana, a través del jardín iluminado por la luna, hacia el puerto distante y resplandeciente. Se sentía vagamente irritada e inquieta. De pronto estaba cansada de sueños gastados. Y, en el jardín, los pétalos de la última rosa fueron desparramados por un súbito viento. Terminaba el verano; había llegado el otoño.

14. La señora Davis viene de visita

John Meredith regresó muy despacio a su casa. Al principio pensó un poco en Rosemary pero, para cuando llegó al Valle del Arco Iris, se había olvidado completamente de ella y meditaba sobre un punto de la teología alemana mencionado por Ellen. Pasó por el Valle del Arco Iris sin enterarse. El encanto del Valle del Arco Iris no tenía nada que hacer contra la teología alemana. Al llegar a la rectoría fue a su estudio y sacó de la biblioteca un grueso volumen para ver quién había tenido razón, si él o Ellen. Permaneció inmerso en sus laberintos hasta el alba, halló una nueva línea de especulación y la siguió como un sabueso rastreador durante toda la semana, completamente perdido para el mundo, su parroquia y su familia. Leía día y noche; olvidaba ir a comer cuando Una no estaba allí para arrastrarlo; no volvió a pensar en Rosemary ni en Ellen. La anciana señora Marshall, del otro lado del puerto, estaba muy enferma y lo mandó buscar, pero el mensaje quedó ignorado sobre su escritorio juntando polvo. La señora Marshall se recuperó pero no lo perdonó nunca. Una joven pareja fue a la rectoría a casarse y el señor Meredith, despeinado, en pantuflas y bata, los casó. Claro que comenzó leyéndoles el servicio fúnebre y siguió hasta «las cenizas a las cenizas y el polvo al polvo» antes de sospechar que algo andaba mal.

—Caramba —comentó, abstraído—, es extraño, muy extraño.

La novia, que estaba muy nerviosa, se puso a llorar. El novio, que no estaba nada nervioso, se echó a reír.

—Por favor, señor, creo que nos está enterrando en lugar de casarnos —sugirió.

—Perdóneme —dijo el señor Meredith, como si no importara mucho. Encontró el servicio de matrimonio y lo terminó, pero la novia nunca llegó a sentirse realmente casada.

Volvió a olvidarse de la reunión de oración, pero eso no importaba, porque

era una noche de lluvia y no fue nadie. Habría olvidado el servicio del domingo de no ser por la señora Davis. El sábado por la tarde, la tía Martha fue a decirle que la señora Davis estaba en la sala y quería verlo. El señor Meredith suspiró. La señora Davis era la única mujer de la iglesia de Glen St. Mary a la que francamente detestaba. Por desgracia, también era la más rica, y la junta de administradores le había advertido que no la ofendiera. El señor Meredith rara vez pensaba en asuntos tan mundanos como su estipendio, pero los administradores eran más prácticos. Eran, además, astutos. Sin mencionar el dinero, lograron imbuir en la mente del señor Meredith la convicción de que no debía ofender a la señora Davis. De lo contrario, probablemente él la habría olvidado apenas se fuera la tía Martha. Pero, siendo como eran las cosas, dejó su libro con un sentimiento de irritación y cruzó el vestíbulo hasta la sala.

La señora Davis estaba sentada en el sofá, mirando alrededor con aire despectivo.

¡Qué habitación tan vergonzosa! No había cortinas en las ventanas. La señora Davis no sabía que Faith y Una las habían quitado el día anterior para usarlas como colas de trajes cortesanos en uno de sus juegos y habían olvidado volver a colocarlas, pero no habría acusado con mayor furor a las cortinas de haberlo sabido. Las persianas estaban rotas y desvencijadas.

Los cuadros de las paredes estaban torcidos; las alfombras, arrugadas; los floreros, llenos de flores marchitas; el polvo abundaba, literalmente abundaba.

—¿Adónde estamos llegando? —se preguntó a sí misma la señora Davis, y luego apretó los labios de su fea boca.

Jerry y Carl estaban gritando y tirándose por la barandilla de la escalera cuando ella llegó a la sala. No la vieron y continuaron gritando y deslizándose, y la señora Davis estaba convencida de que lo hacían a propósito. El gallo mascota de Faith deambulaba por el vestíbulo, se paró en la puerta de la sala y la miró. Como no le gustó lo que veía, no se animó a entrar. La señora Davis exhaló una interjección despectiva. Bonita rectoría, en efecto, donde los gallos se paseaban por las habitaciones y miraban desvergonzadamente a la gente.

—¡Fuera! —ordenó la señora Davis, amenazándolo con su sombrilla de seda llena de volantes.

Adam retrocedió. Era un gallo prudente y la señora Davis había retorcido el cuello a tantos gallos con sus propias manos en el curso de sus cincuenta años, que el aura del verdugo parecía circundarla. Adam atravesó el vestíbulo cuando entraba el pastor.

El señor Meredith seguía en bata y pantuflas y los oscuros cabellos le caían en rizos despeinados sobre la ancha frente. Pero se lo veía como el caballero que era y la señora Davis, con su vestido de seda y gorro de plumas, sus guantes de cabritilla y cadena de oro, parecía lo que era: una mujer vulgar y de espíritu tosco. Cada uno sintió el antagonismo de la personalidad del otro. El señor Meredith se encogió, pero la señora Davis se aprestó para la acción. Había ido a la rectoría a proponerle un asunto concreto al pastor y no tenía intención de perder ni un segundo. Iba a hacerle un favor, un gran favor, y cuanto antes lo supiera, mejor. Ella lo había estado pensando todo el verano y al fin había llegado a una decisión. Eso era todo lo que importaba, pensó. Cuando ella decidía algo, era cosa hecha. Nadie más tenía opinión al respecto. Ésa había sido siempre su actitud. Cuando decidió casarse con Alee Davis se casó con él, y eso fue todo. Alee nunca supo cómo había ocurrido, pero ¿qué importaba? Sería igual en ese caso; la señora Davis había arreglado todo a su propia satisfacción. Ahora sólo restaba informar al señor Meredith.

—¿Podría cerrar esa puerta, por favor? —dijo la señora Davis, abriendo apenas la boca para decirlo pero hablando con aspereza—. Tengo algo importante que decir y no puedo hacerlo con ese escándalo en el vestíbulo.

El señor Meredith cerró la puerta, obediente. Luego se sentó frente a la señora Davis. Todavía no estaba muy atento a ella. Su mente seguía luchando con los argumentos de Ewald. La señora Davis percibió su alejamiento y eso la irritó.

—He venido a decirle, señor Meredith —dijo agresivamente—, que he decidido adoptar a Una.

—¡Adoptar… a… Una! —El señor Meredith se quedó mirándola sin expresión en el rostro, sin entender nada.

—Sí. Lo he estado pensando. Desde la muerte de mi esposo, he pensado muchas veces en adoptar a un niño. Pero resultaba muy difícil encontrar a la criatura adecuada. Son muy pocos los niños que yo podría llevar a mi casa. No se me ocurriría adoptar un niño de un asilo, un vagabundo de los suburbios, con toda probabilidad. Y casi no se consiguen otros niños. El otoño pasado murió uno de los pescadores del puerto y dejó seis hijos. Trataron de que yo me quedara con uno, pero en seguida les hice entender que yo no tenía la menor intención de adoptar escoria como ésa. Su abuelo había robado un caballo. Además, eran todos varones y yo quería una niña, una niña tranquila y obediente a quien yo pueda educar para que se convierta en una señorita. Una me vendría

de perlas. Sería encantadora si estuviera bien cuidada, ¡es tan diferente de Faith! Yo ni soñaría con adoptar a Faith. Pero me llevaré a Una y le daré un buen hogar y una buena educación, señor Meredith, y, si se porta bien, cuando me muera le dejaré todo mi dinero. Ni uno solo de mis parientes tendrá un centavo; de cualquier manera, eso lo tengo decidido. Fue la idea de fastidiarlos lo que me hizo pensar en adoptar un niño al principio. Una estará bien vestida y educada, señor Meredith; la enviaré a aprender música y pintura y la trataré como si fuera mi propia hija.

En ese punto de la conversación el señor Meredith estaba completamente despierto. Había un ligero color en sus mejillas pálidas y una luz peligrosa en sus hermosos ojos oscuros. Aquella mujer, cuya vulgaridad y sentido de la importancia del dinero le salían por los poros, realmente estaba pidiéndole que le regalara a Una, a su querida y melancólica, a su pequeña Una, con sus ojos azul oscuro, iguales a los de Cecilia, la niña a quien la madre moribunda apretó contra su corazón cuando sacaron a los otros niños llorando de la habitación. Cecilia se había aferrado a su bebé hasta que los portones de la muerte se cerraron y las separaron para siempre. Había mirado a su esposo por encima de la cabecita oscura de la niña.

«Cuídala mucho, John —había rogado—. Es tan pequeña y tan sensible. Los otros podrán abrirse camino, pero a ella el mundo la lastimará. Ay, John, no sé qué vais a hacer. Vosotros dos me necesitáis tanto. Pero mantenla cerca de ti, mantenla cerca de ti».

Ésas habían sido casi sus últimas palabras, excepto otras, inolvidables, sólo para él. Y era esa niña a la que la señora Davis, con toda frialdad, anunciaba que se llevaría. Se sentó muy erguido en la silla y miró a la señora Davis. A pesar de la bata gastada y las pantuflas muy usadas, había algo en él que hizo que la señora Davis sintiera un poco de la antigua reverencia por «los hábitos» según la cual la habían educado. Después de todo, había algo de divinidad en un pastor, aunque se tratara de un pastor pobre, nada mundano y distraído.

—Le agradezco su amable intención, señora Davis —dijo el señor Meredith con una cortesía gentil y definitiva—, pero no puedo regalarle a mi hija.

La señora Davis lo miró azorada. En ningún momento se le había ocurrido que él se negaría.

—Pero, señor Meredith —dijo con asombro—. Usted tiene que estar lo… no puede decirlo en serio. Tiene que pensarlo… piense en las ventajas que yo puedo darle a la niña.

—No hay ninguna necesidad de pensar nada, señora Davis. Está absolutamente fuera de la cuestión. Todas las ventajas mundanas que está en su poder otorgarle no podrían compensar la pérdida del amor y el cuidado de un padre. Le doy otra vez las gracias, pero no hay nada que pensar.

La desilusión enfadó a la señora Davis hasta el punto de no poder controlarse. Su cara ancha y coloradota se puso púrpura y le tembló la voz.

—Pensaba que le alegraría tener la posibilidad de que me la llevara —manifestó con desdén.

—¿Y por qué ha pensado eso? —preguntó el señor Meredith con calma.

—Porque a nadie se le ocurre que a usted le importen sus hijos —replicó la señora Davis despectivamente—. Es un escándalo cómo los descuida. No se habla de otra cosa en este pueblo. Andan mal comidos y mal vestidos y no tienen ninguna educación. Tienen los modales de un montón de indios salvajes. Usted no piensa en su deber como padre. Deja que una niña huérfana venga aquí y se instale durante dos semanas sin ni siquiera reparar en ella, una niña que hablaba como un carretero, según me contaron. A usted no le habría importado si les hubiera contagiado el sarampión. ¡Y Faith, poniéndose en evidencia al levantarse en medio del sermón para decir su discurso! O montando un cerdo por la calle; y ante sus propios ojos, si no me equivoco. Es increíble cómo actúan y usted no mueve un dedo para impedirles nada ni para tratar de enseñarles nada. Y ahora, cuando le ofrezco a uno de sus hijos un buen hogar y buenas posibilidades de futuro, se niega y me insulta. ¡Bonito padre, usted, hablando de querer y cuidar a sus hijos!

—¡Ya basta, mujer! —exclamó el señor Meredith. Se puso en pie y miró a la señora Davis con ojos que la hicieron estremecerse—. Ya basta —repitió—. No quiero oírla más, señora Davis. Ya ha hablado demasiado. Puede ser que haya sido negligente en algunos de mis deberes como padre, pero no le corresponde a usted recordármelo con términos como los que ha usado. Le deseo muy buenas tardes.

La señora Davis no dijo nada ni la mitad de amable que buenas tardes sino que se fue. En el momento en que pasaba junto al pastor, un sapo grande y gordo que Carl había escondido debajo del diván saltó casi a sus pies. La señora dio un alarido y, al tratar de no pisar aquella cosa asquerosa, perdió el equilibrio y la sombrilla. No se cayó, exactamente, pero trastabilló y patinó por la habitación de una manera muy poco digna y acabó tropezando con la puerta, dándole un golpe que la hizo estremecerse de arriba abajo. El señor Meredith, que no había visto al

sapo, se preguntó si le había dado alguna especie de ataque de apoplejía o de parálisis, y corrió alarmado a ayudarla. Pero la señora Davis, recuperándose, lo apartó furiosa.

—¡No ose tocarme! —casi gritó—. Éstas son más hazañas de sus hijos, supongo. Éste no es un lugar apropiado para una mujer decente. Deme mi sombrilla, que me voy. Jamás volveré a cruzar el umbral de su rectoría ni de su iglesia.

El señor Meredith recogió con mansedumbre la espléndida sombrilla y se la entregó. La señora Davis la cogió y salió. Jerry y Carl habían dejado de tirarse por la barandilla de la escalera y estaban sentados en la galería con Faith. Por desgracia, los tres cantaban, a todo lo que les daban sus jóvenes voces *Habrá mucha agitación en el pueblo esta noche*. La señora Davis creyó que la canción estaba dirigida a ella y solamente a ella. Se detuvo y agitó la sombrilla en dirección a ellos.

—Su padre es un tonto —manifestó—, y ustedes son tres bribones a los que habría que azotar hasta dejarlos medio muertos.

—¡No es ningún tonto! —gritó Faith.

—¡No somos bribones! —gritaron los varones. Pero la señora Davis se había ido.

—¡Cielos, qué loca! —exclamó Jerry—. ¿Y qué quiere decir bribones?

John Meredith paseó de un lado a otro de la sala durante varios minutos; luego volvió a su estudio y se sentó. Pero no volvió a su teología alemana. Estaba demasiado turbado para eso. La señora Davis lo había traído a la realidad violentamente. ¿Era él un padre tan negligente, tan descuidado como ella había dicho? ¿Había desatendido de manera tan escandalosa el bienestar físico y espiritual de cuatro criaturitas sin madre que dependían de él? ¿Estaba su gente hablando con tanta severidad como afirmaba la señora Davis? Sería así, ya que había ido a pedirle a Una con el pleno convencimiento de que él le entregaría a la niña con tan pocos reparos y tanta alegría como uno puede regalar un gatito sin madre. ¿Y entonces?

John Meredith gimió y volvió a pasearse de un lado a otro de la habitación desordenada y cubierta de polvo. ¿Qué podía hacer? Amaba a sus hijos tan profundamente como cualquier padre y sabía, más allá del poder de la señora Davis o de cualquiera de su calaña de debilitar su convicción, que ellos lo querían con devoción. Pero ¿estaba él capacitado para tenerlos a su cuidado? Conocía, mejor que nadie, sus debilidades y sus limitaciones. Lo que se

necesitaba era la presencia, la influencia y el buen sentido de una buena mujer. Pero ¿cómo se arreglaba eso? Aun cuando pudiera conseguir un ama de llaves así, la tía Martha se sentiría profundamente herida.

Ella creía que podía seguir haciendo todo lo necesario. Él no podía herir e insultar así a la pobre vieja que había sido tan bondadosa con él y los suyos. ¡Cómo había cuidado a Cecilia! Y Cecilia le había pedido que fuera muy considerado con la tía Martha. Claro que, lo recordó de pronto, la tía Martha había sugerido una vez que él debía volver a casarse. Una esposa no le molestaría como podría hacerlo un ama de llaves. Pero eso estaba fuera de la cuestión. Él no deseaba casarse, no quería a nadie y no podía querer a nadie. Entonces ¿qué podía hacer? De pronto se le ocurrió ir a Ingleside a hablar de sus dificultades con la señora Blythe. La señora Blythe era una de las pocas mujeres con las que nunca se sentía tímido ni se quedaba mudo. ¡Era siempre tan comprensiva! Pudiera ser que ella le sugiriera alguna solución a sus problemas. E incluso, aunque no le sugiriera nada, el señor Meredith necesitaba la compañía de un ser humano normal después de aquella dosis de señora Davis, algo que le quitara el mal gusto que le había dejado.

Se vistió de prisa y comió con menos distracción que de costumbre. Pensó que no era una buena comida. Miró a sus hijos; se los veía bastante rozagantes y saludables, excepto a Una, y ella no había sido muy fuerte ni en vida de su madre. Todos reían y parloteaban; se los veía felices. Carl estaba especialmente contento porque tenía dos hermosas arañas caminando por su plato. Sus voces eran agradables, sus modales no parecían malos, eran considerados y amables los unos con los otros. Sin embargo, la señora Davis había dicho que su comportamiento era motivo de murmuraciones entre la congregación.

Cuando el señor Meredith salía por el portón, el doctor Blythe y su esposa pasaban por la calle rumbo a Lowbridge. El pastor se entristeció. La señora Blythe se iba; era inútil ir a Ingleside. Y ansiaba tanto un poco de compañía… Al mirar desesperanzado el paisaje, la luz del atardecer iluminó una ventana en la vieja casa de las West, sobre la colina. Relumbró en tonos rosados como un faro de la buena suerte. De pronto recordó a Rosemary y Ellen West. Pensó que le gustaría un rato de mordaz conversación de Ellen. Pensó que sería agradable volver a ver la lenta y dulce sonrisa de Rosemary y sus tranquilos ojos celestes. ¿Cómo era aquel viejo poema de *sir* Philip Sidney?: «consuelo permanente en un rostro», eso le iba bien a ella. Y él necesitaba consuelo. ¿Por qué no ir de visita? Recordó que Ellen le había dicho que fuera de vez en cuando y tenía que

devolverle el libro a Rosemary; tendría que devolvérselo antes de olvidarse.

Tenía la espantosa sospecha de que en su propia biblioteca tenía muchísimos libros que había pedido prestados en ocasiones diversas y distintos lugares y que había olvidado devolver. Era su deber evitar hacer lo mismo esta vez. Volvió al estudio, cogió el libro y encaminó sus pasos hacia el Valle del Arco Iris.

15. Más habladurías

La noche siguiente al entierro de la señora Myra Murray, que había vivido al otro lado del puerto, la señorita Cornelia y Mary Vance fueron a Ingleside. Había varias cosas sobre las cuales la señorita Cornelia deseaba aliviar su alma. Era necesario hablar del funeral, por supuesto. Susan y la señorita Cornelia se ocuparon exhaustivamente del tema entre las dos; Ana no tomaba parte ni se regodeaba en tan tétricas conversaciones. Se quedó algo apartada mirando la llama otoñal de las dalias en el jardín y el puerto, soñador y resplandeciente en el crepúsculo de septiembre. Mary Vance estaba sentada a su lado, tejiendo dócilmente. El corazón de Mary estaba en el Valle del Arco Iris, de donde llegaban los tenues sonidos, suavizados por la distancia, de risas de niños, pero sus dedos estaban bajo el ojo vigilante de la señorita Cornelia. Tenía que tejer una cantidad determinada de vueltas de la media antes de ir al valle. Mary tejía y guardaba silencio, pero utilizaba las orejas.

—Nunca he visto un cadáver más hermoso —comentó la señorita Cornelia —. Myra Murray siempre fue muy guapa; era una Corey, de Lowbridge, y los Corey son famosos por su belleza física.

—Yo, cuando pasé junto al cuerpo, dije: «pobre mujer, espero que seas tan feliz como pareces» —murmuró Susan con un suspiro—. Estaba casi igual. El vestido que le pusieron era aquél de satén negro que se compró para la boda de la hija hace catorce años. En aquel entonces su tía le dijo que lo guardara para su funeral, pero Myra rió y dijo: «Puede ser que me lo ponga para mi funeral, tiíta, pero antes voy a disfrutarlo bien». Y puedo decir que así fue. Myra Murray no era mujer de ir a su propio funeral antes de morirse. Muchas veces después de aquella conversación, cuando la veía divirtiéndose con amigos, pensaba para mis adentros: «Eres una hermosa mujer, Myra Murray, y ese vestido te sienta bien, pero es probable que al final sea tu mortaja». Y ya ve que mis palabras se hicieron realidad, señora de Marshall Elliott.

Susan volvió a exhalar un profundo suspiro. Lo estaba pasando muy bien. Un funeral era un delicioso tema de conversación.

—A mí siempre me gustaba encontrarme con Myra —dijo la señorita Cornelia—. Siempre estaba tan contenta y de tan buen humor que sólo con estrecharle la mano te sentías mejor. Myra siempre veía el lado bueno de las cosas.

—Eso es cierto —dijo Susan—. Su cuñada me contó que cuando el médico le dijo que no podría hacer nada por ella y que no volvería a levantarse de la cama, Myra dijo alegremente: «Bien, en ese caso, doy gracias porque todas las conservas están hechas y no tendré que vérmelas con la limpieza general de la casa en otoño. Siempre me gustó la limpieza de primavera, pero siempre he detestado la de otoño. Este año me libraré, gracias al cielo». Hay quienes consideran eso una ligereza, señora de Marshall Elliott, y yo creo que la cuñada estaba un poco avergonzada. Dijo que tal vez la enfermedad había hecho a Myra algo irresponsable. Pero yo le contesté: «No, señora Murray, no se preocupe. Era típico de Myra ver el lado bueno de las cosas».

—Su hermana Luella era exactamente al revés —acotó la señorita Cornelia —. Para Luella las cosas no tenían lado bueno, todo era negro o en distintos tonos de gris. Estuvo años diciendo que se moriría en una semana. «No seré un estorbo durante mucho tiempo», decía a su familia con un gemido. Y si alguno de sus parientes osaba hablar de algún pequeño plan para el futuro, gemía y decía: «Ah, yo no estaré aquí para entonces». Cuando iba a verla siempre le daba la razón, cosa que le gustaba tanto que se encontraba mucho mejor por unos cuantos días. Ahora tiene mejor salud pero no mejor humor. ¡Myra era tan diferente! Siempre hacía o decía algo para que te sintieras bien. Tal vez tenga algo que ver con los hombres con quienes se casaron. El de Luella era un salvaje, pueden creerme, mientras que Jim Murray era una persona decente, para ser hombre. Hoy estaba destrozado. No es frecuente que yo sienta pena por un hombre en el entierro de su esposa, pero Jim Murray sí me ha dado pena.

—No es de extrañar que estuviera tan triste. No le será fácil conseguir otra esposa como Myra —opinó Susan—. Tal vez ni lo intente, ya que sus hijos están todos crecidos y Mirabel es muy capaz de hacerse cargo de la casa. Pero nunca se puede predecir lo que puede hacer un viudo y yo no arriesgaré pronósticos.

—Extrañaremos mucho a Myra en la iglesia —se lamentó la señorita Cornelia—. ¡Trabajaba tanto! No había nada que la acobardara. Y si no podía superar una dificultad, daba un rodeo, y si no podía dar un rodeo, hacía cuenta

que la dificultad no existía, y por lo general funcionaba. «No bajaré los brazos hasta el final de mi camino», me dijo una vez. Bien, el final de su camino ha llegado.

—¿Le parece? —preguntó Ana, de retorno del país de los sueños—. Yo no me imagino que haya llegado al final de su camino. ¿Se la imaginan sentada y entrelazando las manos, con ese ávido e inquisitivo espíritu suyo, con su afán de aventuras? No, yo creo que la muerte abrió un portón y se encaminó hacia… hacia nuevas y resplandecientes aventuras en lugares celestiales.

—Tal vez… tal vez —asintió la señorita Cornelia—. ¿Sabes, Ana querida?, a mí nunca me gustó demasiado esa doctrina del descanso eterno, aunque espero que no sea una herejía decirlo. Yo en el cielo quiero trabajar igual que aquí. Y espero que haya un sustituto celestial para los pasteles y los bizcochos, algo que se pueda hacer. Claro que a veces uno se cansa mucho y cuanto más vieja eres más te cansas. Pero hasta el más cansado tendrá tiempo de descansar en la eternidad, digo yo. Con excepción, tal vez, de un hombre perezoso.

—Cuando vuelva a ver a Myra Murray —expresó Ana—, quiero verla venir hacia mí, activa y riendo, como siempre la vi aquí abajo.

—Ay, mi querida señora —dijo Susan, impresionada—, ¿usted no pensará que Myra estará riéndose en el mundo por venir?

—¿Por qué no, Susan? ¿Usted piensa que estará llorando?

—No, no, mi querida señora, no me malinterprete. Yo no creo que vayamos a reír ni a llorar.

—¿Entonces?

—Bueno —dijo Susan, acorralada—, es mi opinión, mi querida señora, que estaremos solemnes y sagrados.

—¿Y usted realmente piensa —dijo Ana, lo suficientemente solemne— que Myra Murray o yo podríamos estar solemnes y sagradas siempre… todo el tiempo, Susan?

—Bueno —admitió Susan con desgana—, podría aventurarme a decir que tendrían que sonreír de vez en cuando, pero no admitiré que habrá risas en el cielo. La idea me parece irreverente, mi querida señora.

—Bien, volvamos a la Tierra —dijo la señorita Cornelia—, ¿a quién podemos llamar para que dé la clase de Myra en la escuela dominical? Julia Clow ha estado ocupándose de ella desde que Myra cayó enferma, pero se va a la ciudad a pasar el invierno y tendremos que conseguir a otra persona.

—Oí decir que la señora de Laurie Jamieson la quería —señaló Ana—. Los

Jamieson han ido a la iglesia con regularidad desde que se mudaron de Lowbridge a Glen.

—¡Escoba nueva! —exclamó la señorita Cornelia con desconfianza—. Espera a que hayan ido regularmente durante un año.

—No se puede confiar en la señora Jamieson, mi querida señora —acotó Susan, muy seria—. Una vez se murió y cuando le estaban tomando las medidas para el ataúd, después de acostarla cuan larga era, ¿no vuelve a la vida? Ahora dígame, mi querida señora, si se puede confiar en una mujer así.

—Puede hacerse metodista en cualquier momento —dijo la señorita Cornelia —. Tengo entendido que en Lowbridge iban a la iglesia metodista con la misma frecuencia que a la presbiteriana. Yo aquí todavía no los he pescado haciendo lo mismo, pero no aprobaría que tomáramos a la señora Jamieson para la escuela dominical. Claro que tampoco debemos ofenderlos. Estamos perdiendo demasiada gente, por muerte o mal genio. La señora Davis dejó la iglesia, nadie sabe por qué. Les dijo a los administradores que no volvería a pagar ni un solo centavo más del salario del señor Meredith. Claro que casi todos dicen que los niños la ofendieron, pero a mí, no sé por qué, no me parece que haya sido eso. Traté de sonsacar a Faith, pero lo único que pude obtener de ella fue que la señora Davis había ido, al parecer de muy buen humor, a ver a su padre, y se había retirado furiosa, llamándolos «bribones» a todos ellos.

—¡Con que bribones! —exclamó Susan, indignada—. ¿Olvida la señora Davis que su tío por parte de madre fue sospechoso de envenenar a la esposa? Nunca se probó, mi querida señora, y no conviene creer en todo lo que se oye. Pero si yo tuviera un tío cuya esposa murió sin una razón satisfactoria, no iría por ahí llamando bribones a unos niños inocentes.

—La cuestión —dijo la señorita Cornelia— es que la señora Davis pagaba una abultada suscripción y es un problema cómo compensar la pérdida. Y si pone a los otros Douglas en contra del señor Meredith, lo cual intentará hacer, el señor Meredith tendrá que irse.

—Yo creo que al resto del clan no le gusta mucho la señora Davis —indicó Susan—. No es probable que consiga convencerlos.

—¡Pero esos Douglas están tan unidos! Si se toca a uno, se toca a todos. No podemos prescindir de ellos. Pagan la mitad del salario. Se pueden decir otras cosas sobre ellos, pero no que son mezquinos. Norman Douglas daba cien por año hace mucho, antes de dejarnos.

—¿Por qué dejó la iglesia? —preguntó Ana.

—Dijo que un miembro de la junta le robó en un negocio con una vaca. Hace veinte años que no viene a la iglesia. Su esposa solía ir regularmente cuando vivía, pobrecita, pero él nunca le permitió pagar nada, excepto un centavo de cobre cada domingo. Ella se sentía horriblemente humillada. No sé si fue muy buen esposo, aunque nunca se la oyó quejarse. Pero siempre parecía asustada. Norman Douglas no se casó con la mujer que quería hace treinta años, y a los Douglas nunca les gustó conformarse con algo que no fuera lo mejor.

—¿Quién era la mujer que quería?

—Ellen West. No estaban lo que se dice comprometidos, creo, pero salieron juntos durante dos años. Y un día se pelearon, nadie supo nunca por qué. Una pelea tonta, creo. Y Norman fue y se casó con Hester Reese antes de que se le pasara el enfado; se casó con ella para vengarse de Ellen, sin duda. ¡Típico de un hombre! Hester era muy bonita, pero nunca tuvo mucho carácter y él le aplastó el poco que tenía. Era demasiado dócil para Norman. Él necesitaba una mujer que pudiera enfrentársele. Ellen lo habría tenido a raya y él la habría querido más. Despreciaba a Hester, ésa es la verdad, simplemente porque siempre cedía ante él. Yo muchas veces lo oí decir, hace mucho tiempo, cuando era un hombre joven: «Dadme una mujer valiente, así me gustan». Y luego va y se casa con una muchacha que no se atrevía a decirle buu a un ganso: típico de un hombre. Esa familia de los Reese eran meros vegetales. Hacían como que vivían, pero no vivían de verdad.

—Russell Reese usó el anillo de esponsales de su primera esposa para casarse con la segunda —agregó Susan, recordando—. Eso fue ser demasiado ahorrativo, en mi opinión, mi querida señora. Y su hermano John tiene su propia tumba preparada en el cementerio del otro lado del puerto, con todo menos la fecha, y va a mirarla todos los domingos. No hay muchas personas a las que eso les pueda resultar divertido, pero es evidente que a él sí. Las personas tienen ideas muy diferentes sobre lo divertido.

»En cuanto a Norman Douglas, es un pagano perfecto. Cuando el último pastor le preguntó por qué no iba nunca a la iglesia, dijo: «¡Demasiadas mujeres feas, pastor, demasiadas mujeres feas!». A mí me gustaría ir a ver a ese hombre, mi querida señora, y decirle, solemnemente: «¡Existe algo llamado infierno!».

—Ah, Norman no cree que exista —dijo la señorita Cornelia—. Espero que averigüe su error cuando se muera. Eh, Mary, ya has tejido siete centímetros; puedes ir a jugar con los niños media hora.

Mary no esperó a que se lo repitieran. Voló al Valle del Arco Iris con el

corazón tan liviano como los pies, y en el curso de la conversación le contó a Faith Meredith todo lo referente a la señora Davis.

—Y la señora Elliott dice que va a poner a todos los Douglas en contra de tu padre y entonces él tendrá que irse de Glen porque no le pagarán el sueldo —dijo para finalizar—. Yo no sé qué puede hacerse, por el cielo. Si el viejo Norman Douglas volviera a la iglesia y pagara, no sería tan serio. Pero no lo hará… y los Douglas se irán… y todos vosotros también os tendréis que ir.

Aquella noche, Faith se acostó con un peso en el corazón. La idea de dejar Glen era insoportable. En ningún otro lugar del mundo había amigos como los Blythe. Se le había estrujado el corazoncito cuando se fueron de Maywater; había llorado lágrimas muy amargas al separarse de los amigos de Maywater y de la vieja rectoría donde había vivido y muerto su madre. No podía pensar con calma en otra separación; y ésta era más difícil. No podía abandonar Glen St. Mary y su querido Valle del Arco Iris, ni el precioso cementerio.

—Es horrible ser la familia de un pastor —gimió contra la almohada—. Apenas uno se encariña con un lugar, lo arrancan de raíz. Yo nunca, nunca me casaré con un pastor, por bueno que sea.

Faith se incorporó en la cama y miró por la ventanita cubierta de hiedra. La noche estaba serena y el silencio era interrumpido sólo por la suave respiración de Una. Faith se sintió espantosamente sola en el mundo. Veía Glen St. Mary bajo los azules campos llenos de estrellas de la noche de otoño. Sobre el valle brillaba una luz en el dormitorio de las chicas de Ingleside y otra en la habitación de Walter. Se preguntó si el pobre Walter tendría otra vez dolor de muelas. Entonces suspiró, con un efímero suspiro de envidia de Nan y Di. Ellas tenían una madre y una casa estable, ellas no estaban a merced de la gente que se enfadaba sin razón alguna y los llamaba bribones. Lejos, más allá de Glen, entre campos que estaban muy tranquilos en medio del sueño, ardía otra luz. Faith sabía que era la casa donde vivía Norman Douglas. Se decía que se quedaba horas y horas leyendo de noche. Mary había dicho que si se lo pudiera convencer para que volviera a la iglesia todo se arreglaría. ¿Y por qué no? Faith miró una gran estrella baja que pendía sobre el alto y esbelto abeto del portón de la iglesia metodista y tuvo una inspiración. Sabía que había que hacer algo y ella, Faith Meredith, lo haría. Ella lo arreglaría todo. Con un suspiro de satisfacción, apartó el mundo oscuro y solitario y se acurrucó junto a Una.

16. Ojo por ojo

Para Faith, tomar una decisión era actuar. No perdió tiempo en poner en práctica su idea. Al día siguiente, apenas regresó a casa de la escuela, salió de la rectoría y cogió el camino que cruzaba Glen. Walter Blythe se le unió cuando pasaba por Correos.

—Voy a casa de la señora Elliott con un recado de mi madre —dijo él—. ¿Dónde vas tú, Faith?

—A la iglesia —dijo Faith, altiva. No proporcionó más información y Walter se sintió dejado de lado. Caminaron en silencio durante un rato. Era un cálido y ventoso atardecer con un aire dulce y resinoso. Más allá de las dunas había mares grises, suaves y hermosos. El arroyo de Glen arrastraba una carga de hojas doradas y rojas, como canoas de hadas. En los trigales hechos rastrojos del señor James Reese, con sus hermosos tonos de rojos y marrones, tenía lugar una reunión de cuervos en la que se llevaban a cabo solemnes deliberaciones referidas al bienestar en el país de los cuervos. Faith interrumpió cruelmente la augusta asamblea trepando al cerco y arrojándoles un trozo de verja rota. Al instante, el aire se llenó de batientes alas negras y graznidos indignados.

—¿Por qué has hecho eso? —le recriminó Walter—. Lo estaban pasando muy bien.

—Ah, porque odio a los cuervos —respondió Faith con ligereza—. Son tan negros y taimados que estoy segura de que son unos hipócritas. Roban huevos de los nidos de los pájaros pequeños, ¿sabes? La primavera pasada vi cómo uno lo hacía en nuestro jardín. Walter, ¿por qué estás tan pálido hoy? ¿Anoche te volvió a doler la muela?

Walter se estremeció.

—Sí, un dolor horrible. No pude pegar ojo, así que me puse a caminar de un lado a otro imaginándome que era un mártir cristiano de la antigüedad a quien estaban torturando por órdenes de Nerón. Eso me alivió durante un rato, pero

después me dolía tanto que no pude imaginarme nada.

—¿Lloraste? —preguntó Faith ansiosamente.

—No, pero me tiré al suelo y gemí —admitió Walter—. Entonces vinieron las chicas y Nan me puso pimienta de cayena; fue peor, y Di me hizo hacer gárgaras con agua fría, pero no pude aguantar, así que llamaron a Susan. Susan dijo que me lo tenía bien merecido por haberme quedado en la buhardilla fría ayer escribiendo esa porquería de poesía. Pero prendió el fuego de la cocina y me trajo agua caliente, y eso me calmó el dolor. Apenas me sentí mejor, le dije a Susan que mi poesía no era ninguna porquería y que ella no era quién para juzgarla. Y ella dijo que no, que gracias al cielo no lo era ni sabía nada de poesía, salvo que era un montón de mentiras. Pero tú sabes, Faith, que no es cierto. Ésa es una de las razones por las que me gusta escribir poesía: se pueden decir muchas cosas que son ciertas en poesía pero no lo serían en prosa. Se lo dije a Susan, pero ella me dijo que me dejara de charlar y me durmiera antes de que se enfriara el agua, que si no, me iba a dejar, a ver si los versos me curaban el dolor de muelas, y que ojalá me sirviera de lección.

—¿Por qué no vas al dentista de Lowbridge para que te saque la muela?

Walter volvió a estremecerse.

—Quieren que vaya, pero no puedo. Me dolerá mucho.

—¿Le tienes miedo a un poquito de dolor? —preguntó Faith, despectiva. Walter se ruborizó.

—Es mucho dolor. Odio el dolor. Papá dijo que no va a insistir para que vaya, que esperará a que me decida solo.

—No te dolerá tanto como te duele ahora —argumentó Faith—. Te han dado cinco ataques de dolor. Si fueras y te la hicieras sacar, no pasarías ni una sola noche más con ese sufrimiento. A mí me sacaron una muela una vez. Grité un poco, pero en seguida se me había pasado; me sangró, nada más.

—Que sangre es lo peor; es espantoso —exclamó Walter—. A mí se me revolvió el estómago cuando Jem se cortó el pie el verano pasado. Susan dijo que parecía que me iba a desmayar yo en lugar de Jem. Pero tampoco podía soportar ver a Jem sufriendo. Siempre hay alguien que sufre por algo, Faith, y es horrible. Yo no puedo soportar ver el sufrimiento. Me dan ganas de salir corriendo y seguir corriendo y corriendo hasta no oír ni ver nada.

—No tiene sentido angustiarse por cualquiera que sufra un poquito —señaló Faith, agitando sus rizos—. Claro que si te lastimas mucho, tienes que gritar; y la sangre es fea. A mí tampoco me gusta ver sufrir a los demás. Pero no me dan

ganas de salir corriendo, me dan ganas de hacer algo para ayudar. Tu padre ha hecho sufrir a sus pacientes muchas veces para curarlos. ¿Qué harían ellos si él saliera corriendo?

—Yo no dije que saldría corriendo. Dije que me daban ganas de salir corriendo. Son dos cosas distintas. Yo también quiero ayudar a la gente. Pero cómo desearía que no hubiera cosas feas en el mundo. Cómo desearía que todo fuera alegría y belleza.

—Bueno, no pensemos en lo que no hay —sentenció Faith—. Después de todo, es muy divertido estar vivo. No tendrías dolor de muelas si estuvieras muerto, pero ¿no preferirías mucho más estar vivo que muerto? Yo sí, cien veces. Ah, ahí está Dan Reese. Fue al puerto a buscar pescado.

—Odio a Dan Reese —declaró Walter.

—Yo también. Todas las chicas lo odiamos. Voy a pasar al lado de él como si no existiera. ¡Mírame!

En consecuencia, Faith pasó junto a Dan con la barbilla levantada y una expresión de desprecio que al muchacho le retorció el hígado. Se volvió y le gritó:

—¡Cerdita! ¡Cerdita! ¡Cerdita! —en un *crescendo* de insulto.

Faith siguió caminando, en apariencia indiferente. Pero le temblaron los labios por la humillación. Ella sabía que no podía vérselas con Dan Reese si se ponían a intercambiar epítetos. Deseó que fuera Jem Blythe el que estaba con ella y no Walter. Si Dan Reese se hubiera atrevido a llamarla cerda delante de Jem, Jem le habría hecho morder el polvo. Pero a Faith en ningún momento se le ocurrió esperar que Walter lo hiciera ni reprocharle que no lo hiciera. Ella sabía que Walter nunca se peleaba con los otros chicos. Como tampoco Charlie Clow, de la carretera norte. Lo extraño era que, aunque ella despreciaba a Charlie por cobarde, nunca se le habría ocurrido desdeñar a Walter. Era sencillamente que él le parecía habitante de un mundo propio, donde imperaban tradiciones diferentes. A Faith le habría sorprendido menos que un joven ángel de ojos de estrellas la defendiera, peleándose a puñetazos con Dan Reese, a que lo hiciera Walter Blythe. No le hubiera hecho reproches al ángel por no hacerlo, como tampoco se los hacía a Walter Blythe. Pero deseó que los robustos Jem o Jerry hubieran estado allí y el insulto de Dan siguió enconándosele en el alma.

Walter ya no estaba pálido. Se había puesto colorado y sus hermosos ojos estaban ensombrecidos de vergüenza y rabia. Sabía que tendría que haber vengado a Faith. Jem habría reaccionado de inmediato y le habría hecho tragar

sus palabras. Ritchie Warren habría vencido a Dan con apelativos peores que el que Dan usó contra Faith. Pero Walter no podía, sencillamente no podía decir insultos. Sabía que saldría perdiendo. Jamás podría concebir ni pronunciar los insultos vulgares y procaces de los que Dan Reese tenía un dominio ilimitado. Y en cuanto a la prueba de los puños, Walter no peleaba. Detestaba pelear. Era algo tosco y doloroso y, lo peor de todo, era feo. Nunca había podido entender el entusiasmo de Jem en algún conflicto ocasional. Pero le habría gustado poder pelear con Dan Reese. Se sintió muy avergonzado porque Faith Meredith había sido insultada en su presencia y él no había intentado castigar a su ofensor. Estaba seguro de que ella lo despreciaba. Ni siquiera le dirigió la palabra desde que Dan le gritó cerdita. Walter se alegró cuando llegaron al lugar en que sus caminos se separaban.

Faith también sintió alivio, pero por una razón diferente. Quería estar sola porque de pronto se puso nerviosa por lo que iba a hacer. El impulso se había enfriado, en especial desde que Dan lastimó su autoestima. Tenía que hacer lo que había que hacer, pero ya no le quedaba entusiasmo para sostenerla. Iría a ver a Norman Douglas para pedirle que volviera a la iglesia, y comenzó a tenerle miedo. Lo que había parecido tan fácil y sencillo en Glen parecía muy diferente ahora. Había oído decir muchas cosas de Norman Douglas y sabía que hasta los muchachos más grandes de la escuela le tenían miedo. ¿Y si la insultaba? Había oído que solía hacerlo. Faith no soportaba que la insultaran; los insultos la vencían mucho más rápidamente que los golpes. Pero seguiría adelante… Faith Meredith siempre seguía adelante. De lo contrario, su padre podría tener que irse de Glen.

Al final del largo camino llegó a la casa, que era grande y anticuada, con una hilera de marciales pinos de Lombardía a un lado. En la galería de la parte de atrás estaba sentado el mismísimo Norman Douglas leyendo el periódico. Su perrazo estaba a su lado. Atrás, en la cocina, donde el ama de llaves, la señora Wilson, preparaba la comida, había mucho ruido de platos y ollas, ruido airado, pues Norman Douglas acababa de discutir con la señora Wilson y los dos estaban muy malhumorados. De ahí que, cuando Faith llegó a la galería y Norman Douglas bajó el periódico, ella se encontró con la mirada colérica de un hombre irritado.

Norman Douglas era un personaje bastante agradable, en su estilo. Tenía una larga barba roja sobre el amplio pecho y abundantes cabellos rojos, no desteñidos por los años, en la gran cabeza. No había arrugas en su frente amplia

y blanca y los ojos azules aún relampagueaban con todo el fuego de su tempestuosa juventud. Podía ser muy afable cuando quería y podía ser terrible. La pobre Faith, tan desesperada por revertir la situación referida a la iglesia, lo había encontrado en uno de sus momentos malos.

Él no sabía quién era ella y la miró con desagrado. A Norman Douglas le gustaban las niñas con espíritu, con pasión, con alegría. En aquel momento, Faith estaba muy pálida. Era del tipo de personas para quienes el color lo significa todo. Sin sus mejillas sonrosadas parecía dócil y muy insignificante. Se la veía avergonzada y temerosa, y el tirano que había en el corazón de Norman Douglas se despertó.

—¿Quién diablos eres tú? ¿Y qué buscas? —preguntó con el entrecejo fruncido.

Por primera vez en su vida, Faith no supo qué decir. Nunca se había imaginado que Norman Douglas fuera así. Estaba paralizada de terror. Él se dio cuenta y eso empeoró las cosas.

—¿Qué te pasa? —rugió—. ¿Qué? ¿Quieres decir algo y tienes miedo de decirlo? ¿Qué te pasa? Caramba, ¡habla!, ¿no puedes hablar?

No. Faith no podía hablar. No le salían las palabras. Pero le empezaron a temblar los labios.

—Por lo que más quieras, no llores —gritó Norman—. No soporto los lloriqueos. Si tienes algo que decir, dilo y terminemos de una vez. Por lo que más quieras, ¿es tonta esta chica? No me mires así, soy humano, ¡no tengo rabo! ¿Pero quién eres tú, quién eres?

La voz de Norman podría haberse oído desde el puerto. La actividad en la cocina se detuvo. La señora Wilson escuchaba con las orejas y los ojos muy abiertos. Norman apoyó las manazas oscuras en las rodillas y se inclinó hacia adelante, observando el rostro pálido y compungido de Faith. Parecía pender encima de ella como un gigante maligno salido de un cuento de hadas. Ella sintió que su próximo paso sería comérsela cruda, con huesos y todo.

—Yo… yo soy… Faith Meredith —dijo, casi en un susurro.

—¿Meredith, eh? ¿Una de los críos del pastor, eh? He oído hablar de vosotros. ¡Sí, he oído hablar! ¡Montando cerdos y trabajando el Día del Señor! ¡Buena gente! ¿Qué vienes a hacer aquí, eh? ¿Qué quieres del viejo pagano, eh? Yo no le pido ningún favor a ningún pastor, y no hago ninguno. ¿Qué quieres? Vamos.

Faith deseó estar a kilómetros de distancia. Balbuceó su idea en su desnuda

sencillez.

—Vine… a pedirle que… que fuera a la iglesia… y ayudara… a pagar el sueldo.

Norman la atravesó con la mirada. Entonces volvió a inclinarse hacia adelante.

—¡Niña atrevida! ¿Quién te manda, eh? ¿Quién te manda?

—Nadie —dijo la pobre Faith.

—Eso es mentira. ¡No me mientas! ¿Quién te ha mandado venir? No fue tu padre, no tiene ni el coraje de una pulga, pero no te mandaría a hacer lo que él no se atreve. Supongo que fue una de esas malditas solteronas viejas de Glen. Fueron ellas, ¿verdad?

—No… vine… sola.

—¿Me tomas por tonto? —gritó Norman.

—No, yo creía que usted era un caballero —dijo Faith débilmente, pero sin la menor intención de ser sarcástica.

—Ocúpate de tus asuntos. No quiero oír ni una palabra más. Si no fueras una criatura, te enseñaría a no meterte en lo que no te importa. Cuando necesite pastores o médicos ya los mandaré buscar. Hasta entonces no tengo tratos con ellos. ¿Me entiendes? Ahora vete, cara de queso.

Faith se fue. Bajó a ciegas los escalones, pasó por el portón y comenzó a andar por el sendero. A medio camino su momento de miedo pasó y una reacción de intensa ira se apoderó de ella. Para cuando llegaba al final del sendero estaba tan furiosa como no lo había estado en toda su vida. Los insultos de Norman Douglas le ardían en el alma, alimentando un fuego que la abrasaba. Apretó los dientes y los puños. ¡Irse a su casa! ¡Jamás! ¡Volvería en ese mismo instante y le diría a aquel viejo ogro lo que pensaba de él, ya le enseñaría, ah, cómo no! ¡Cara de queso, caramba!

Sin dudar se volvió y regresó. La galería estaba vacía y la puerta de la cocina, cerrada. Faith abrió la puerta sin golpear y entró. Norman Douglas acababa de sentarse a la mesa, pero todavía tenía el periódico. Faith atravesó la habitación, inflexible, le arrancó el periódico de entre las manos, lo arrojó al suelo y lo pisoteó. Luego lo miró a la cara con los ojos relampagueantes y las mejillas encendidas. La suya era una furia juvenil tan hermosa que Norman Douglas casi no la reconoció.

—¿A qué has vuelto? —gruñó él, más con asombro que con enojo.

Muy resuelta, ella devolvió una mirada llena de ira a esos ojos airados cuya

mirada tan pocos podían sostener.

—He vuelto para decirle exactamente lo que pienso de usted —dijo con tono claro y alto—. No le tengo miedo. Usted es un viejo grosero, injusto, tiránico y desagradable. Susan dice que usted va a ir al infierno con toda seguridad, y yo le tenía lástima, pero ya no. Su esposa no tuvo un sombrero nuevo en quince años, con razón se murió. Después de esto, le voy a hacer muecas cada vez que lo vea. Cada vez que esté detrás de usted ya sabe lo que pasará. Papá tiene un cuadro del diablo en un libro, en su estudio, y ahora yo me voy a ir a mi casa y voy a escribir su nombre debajo del retrato. ¡Usted es un vampiro y espero que tenga el violín escocés!

Faith no sabía lo que quería decir vampiro, como tampoco sabía qué era un violín escocés. Había oído a Susan utilizar la expresión y por el tono de Susan había deducido que eran dos cosas horribles. Pero Norman Douglas sabía lo que quería decir lo último, al menos. Había escuchado el discurso de Faith en un silencio absoluto. Cuando ella se detuvo para respirar, dando una patadita en el suelo, él estalló de pronto en una sonora carcajada. Pegándose en la rodilla con la mano, exclamó:

—Caramba, después de todo tienes valor; a mí me gusta la gente valiente. ¡Ven, siéntate, siéntate!

—Ni pensarlo. —Los ojos de Faith relampagueaban con más apasionamiento. Pensó que se burlaba de ella, que la trataba con desdén. Habría preferido otra explosión de ira, pero esa actitud la hería más profundamente—. No voy a sentarme en su casa. Me voy a la mía. Pero me alegro de haber regresado para decirle exactamente cuál es mi opinión de usted.

—Yo también, yo también —dijo riendo Norman—. Me gustas, me caes muy bien, eres una maravilla. ¡Esos colores! ¡Esos bríos! ¿Te llamé cara de queso? Caramba, esta niña ni siquiera ha olido el queso. Siéntate. ¡Si te hubiera visto así al principio, criatura! Así que vas a escribir mi nombre debajo del retrato del diablo, ¿eh? Pero él es negro, niña, y yo soy rojo. ¡No va a poder ser, no va a poder ser! Y quieres que tenga el violín escocés, ¿eh? Dios te proteja, niña, lo tuve cuando era niño. No me lo desees otra vez. Siéntate, siéntate. Vamos a hacer las paces.

—No, gracias —dijo Faith, altiva.

—Ah, sí. Vamos, vamos, te pido perdón, niña, te pido perdón. Me porté como un tonto y lo lamento. No puedo hacer más. Olvida y perdona. Démonos la mano, niña, démonos la mano. No quiere… ¡no quiere! ¡Pero lo hará!

Escúchame, criatura, si me estrechas la mano y haces las paces conmigo pagaré lo que pagaba antes para contribuir al sueldo e iré a la iglesia el primer domingo de cada mes y haré que Kitty Alee cierre la boca. Soy el único del clan que puede con ella. ¿Hacemos un trato, niña?

Parecía un trato. Faith se encontró estrechándole la mano al ogro y luego sentada a su mesa. Se le había pasado el enfado —los enfados de Faith nunca duraban mucho— pero el fervor aún le brillaba en los ojos y le encendía las mejillas. Norman Douglas la miraba lleno de admiración.

—Bueno, traiga algunas de sus mejores mermeladas, Wilson —ordenó—, y deje de poner esa cara agria, mujer, por favor. ¿Qué hay si discutimos, mujer? Una buena ventolera limpia el aire y revitaliza las cosas. Pero que no haya chubascos ni nieblas después, mujer, nada de chubascos ni nieblas. Eso no lo soporto. Las mujeres con carácter pero sin lágrimas. Toma, niña, aquí tienes un poco de carne con patatas. Comienza con eso. Wilson le inventó un nombre raro, pero yo le llamo macanacana. Cualquier cosa que no pueda analizar la llamo macanacana y cualquier cosa líquida que me intrigue la llamo yalamaguslem. El té de Wilson es yalamaguslem. Te juro que lo hace de bardana. No tomes ese líquido execrable. Aquí tienes leche. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Faith.

—¡Ése no es un nombre, no es un nombre! No soporto un nombre así. ¿No tienes otro?

—No, señor.

—No me gusta ese nombre, no me gusta. No tiene fuerza. Además, me hace pensar en mi tía Jinny. Llamó a sus tres hijas Faith, Hope y Charity[2]. Faith no creía en nada; Hope era una pesimista nata y Charity era una avara. Tú tendrías que llamarte Rosa Roja, pareces una rosa roja cuando te enfureces. Te llamaré Rosa Roja. Así que me has engatusado, haciéndome prometer que iré a la iglesia, ¿no? Pero sólo una vez al mes, recuérdalo, sólo una vez al mes. Vamos, niña, no me harás retractarme de mi promesa. Yo antes pagaba cien al año como contribución al sueldo, e iba a la iglesia. Si prometo pagar doscientos al año, ¿puedo no ir a la iglesia? ¡Vamos!

—No, no, señor —dijo Faith, divertida—. Yo también quiero que vaya a la iglesia.

—Bien, un trato es un trato. Supongo que podré soportarlo doce veces al año. ¡Qué sensación voy a causar el primer domingo que vaya! Así que la vieja Susan

Baker dice que me iré al infierno, ¿eh? ¿Tú crees que será así, eh? ¡Dime!

—Espero que no, señor —tartamudeó Faith, algo confundida.

—¿Por qué esperas que no? Vamos, ¿por qué esperas que no? Danos una razón, niña, danos una razón.

—… seria… incomodo, señor.

—¿Incómodo? Todo depende de lo que le guste a uno en cuestión de compañía, niña. Yo me aburriría en seguida de los ángeles. ¡Imagínate a la vieja Susan con un halo, por ejemplo!

Faith se la imaginó y le hizo tanta gracia que tuvo que reírse. Norman la miró con aprobación.

—Le ves el lado divertido, ¿eh? Ah, me gustas mucho, eres grande. Ahora bien, el asunto éste de la iglesia, ¿tu padre dice buenos sermones?

—Es un predicador espléndido —aseguró la leal Faith.

—¿Ah, sí? Veremos, estaré atento a sus defectos. Será mejor que tenga cuidado con lo que dice frente a mí. Lo pescaré, le pondré una zancadilla, seguiré el hilo de sus argumentos. Seguro que me voy a divertir con esto de ir a la iglesia. ¿Alguna vez habla del infierno?

—No… creo que no.

—Qué lástima. Me gustan los sermones sobre ese tema. Dile que si quiere tenerme de buen humor que diga un bullicioso sermón sobre el infierno una vez cada seis meses; cuanto más terrorífico mejor. Me gustan furibundos. Y piensa en el placer que les dará a las viejas solteronas, además. Todas mirarán al viejo Norman Douglas, y pensarán: «Eso va por ti, viejo réprobo. Eso es lo que te espera». Daré diez dólares extra cada vez que consigas que tu padre hable del infierno. Ahí viene Wilson con la mermelada. ¿Te gusta, eh? Esto no es macanacana. ¡Pruébala!

Obedientemente, Faith tragó la cucharada llena que Norman le ofrecía. Por suerte estaba riquísima.

—La mejor mermelada de ciruelas del mundo —dijo Norman, llenando un gran plato y poniéndoselo enfrente a Faith—. Me alegra que te guste. Te daré un par de frascos para que los lleves a tu casa. Yo no tengo nada de mezquino, nunca lo fui. El diablo no me atrapará por ese lado. No fue culpa mía que Hester no tuviera un sombrero nuevo en tantos años. Fue culpa suya. Ahorraba en sombreros para juntar dinero y dárselo a los amarillos de la China. Yo nunca di un centavo para las misiones en mi vida, y nunca lo daré. ¡Nunca intentes convencerme! Cien por año para el sueldo y a la iglesia una vez por mes, ¡pero

nada de estropear a buenos paganos para hacer malos cristianos! Caramba, niña, no van a servir ni para el cielo ni para el infierno, inutilizados para cualquiera de los dos lugares, inutilizados. Eh, Wilson, ¿todavía no encontraste una sonrisa para ponerte? ¡Me maravilla cómo las mujeres pueden vivir enfurruñadas! Yo nunca me enfurruño, lo mío es una explosión con relámpagos y truenos, y después… ¡puff!, pasa la borrasca y sale el sol y se puede comer de mi mano.

Norman insistió en llevar a Faith a su casa después de comer y llenó el coche con manzanas, coles, patatas y tarros de mermelada.

—Hay un gatito precioso en el granero. Te lo daré también si te gusta. Di que sí y es tuyo —prometió.

—No, gracias —dijo Faith, decidida—. No me gustan los gatos. Además, tengo un gallo.

—Escuchadla. No se puede mimar a un gallo como se mima a un gatito. ¿A quién se le ocurre tener un gallo de mascota? Mejor llévate el gatito… Quiero encontrar una buena casa para él.

—No. La tía Martha tiene un gato que mataría a un gatito extraño.

Norman se rindió bastante a desgana ante el último argumento. Le regaló a Faith un emocionante viaje de regreso, detrás de su bravo caballito de dos años, y cuando la dejó a la puerta de la cocina de la rectoría y descargó la carga en la galería de atrás, se fue gritando:

—¡Una vez al mes… sólo una vez al mes, atención!

Faith se fue a la cama sintiéndose un poco mareada y sin aliento, como si acabara de escapar del abrazo de un jovial remolino de viento. Estaba contenta y agradecida. Ya no había que temer que tuvieran que dejar Glen, el cementerio y el Valle del Arco Iris. Pero se quedó dormida preocupada por el desagradable recuerdo de que Dan Reese la había llamado cerdita y que, ahora que había encontrado un epíteto tan insoportable, seguiría llamándola así cada vez que se le presentara la oportunidad.

17. Una victoria doble

Norman Douglas fue a la iglesia el primer domingo de noviembre y causó toda la sensación que deseaba. El señor Meredith le estrechó la mano con distracción en la entrada de la iglesia y dijo que deseaba que la señora Douglas se encontrara bien.

—No estaba muy bien cuando la enterré hace diez años, pero espero que ahora esté mejor de salud —tronó Norman, para horror y diversión de todos salvo del señor Meredith, que estaba ausente preguntándose si había logrado en el último párrafo del sermón toda la claridad que quería, y no tenía la menor idea de qué le decía Norman ni de qué le había dicho él.

Éste interceptó a Faith junto al portón.

—Como ves, cumplí con mi palabra, Rosa Roja. Ahora estoy libre hasta el primer domingo de diciembre. Bonito sermón, niña, muy bueno. Tu padre tiene más en la cabeza de lo que parece mirándolo. Pero se contradijo una vez, dile que se contradijo. Y dile que quiero el sermón furibundo en diciembre. Terminar el año viejo a lo grande, con un saborcito a infierno, ¿te das cuenta? ¿Y qué tal un buen sermón sobre el cielo para Año Nuevo? Aunque no sería ni la mitad de interesante que el del infierno, niña, ni la mitad. Pero me gustaría saber qué piensa tu padre sobre el cielo; es capaz de pensar, lo cual es escasísimo en el mundo, un pastor capaz de pensar. Pero se contradijo. ¡Ja, ja! Escucha una pregunta que podrías hacerle alguna vez, cuando esté despierto, niña. «¿Puede Dios hacer una roca tan grande que ni siquiera Él podría levantarla?». No la olvides. Quiero oír la opinión de tu padre. He cerrado la boca a muchos pastores con esa pregunta, niña.

Faith se alegró de poder escapar de él y correr a su casa. Dan Reese, que estaba parado entre todos los muchachos junto al portón, la miró y formó con los labios la palabra «cerdita», pero no se atrevió a decirla en voz alta allí. Al día siguiente, en la escuela, fue diferente. En el recreo del mediodía, Faith se

encontró con Dan en el bosque de abetos de detrás de la escuela y Dan volvió a gritarle:

—¡Cerdita! ¡Cerdita! ¡La cerdita que tiene un gallo!

De pronto, Walter Blythe se levantó del césped mullido donde había estado leyendo, detrás de un grupito de abetos. Estaba muy pálido, pero sus ojos relampagueaban.

—¡Cállate, Dan Reese! —dijo.

—Ah, hola, señorita Walter —replicó Dan, para nada amilanado. Subió de un salto a la verja y canturreó:

¡El cobarde cobardito que robó un corderito, el cobarde cobardito!

—¡Tú eres una coincidencia! —declaró Walter, desdeñoso, poniéndose todavía más pálido. Tenía una idea muy somera de lo que era una coincidencia, pero Dan no tenía ninguna, y pensó que era algo especialmente insultante.

—¡Ja! ¡Cobardito! —volvió a gritar—. ¡Tu madre escribe mentiras, mentiras y mentiras! ¡Y Faith Meredith es una cerdita, es una cerdita! ¡Y tiene un gallo tonto, muy tonto, retonto! ¡Ja, jaaa! ¡Cobarde cobardito, co…!

Dan no pudo ir más lejos. Walter se lanzó hacia él acortando la distancia que los separaba y tiró a Dan de la verja con un golpe bien dado. La súbita y nada gloriosa caída y el siguiente desparramo de Dan fue festejado con una carcajada y batir de palmas de parte de Faith. Dan se levantó de un salto, rojo de furia, y comenzó a trepar la verja. Pero justo en ese momento sonó la campana de la escuela, y Dan sabía qué les sucedía a los chicos que llegaban tarde a la clase del señor Hazard.

—Ya nos encontraremos —bramó—. ¡Cobardito!

—Cuando quieras —contestó Walter.

—Ay, no, no, Walter —rogó Faith—. No pelees con él. A mí no me importa lo que dice, no voy a rebajarme a sentirme molesta por lo que digan personas como él.

—Te insultó a ti y a mi madre —dijo Walter con la misma calma mortal—. Esta noche después de la escuela, Dan.

—Tengo que irme en seguida a mi casa a recoger patatas —respondió Dan, enfurruñado—. Pero mañana sí.

—Muy bien, mañana por la noche aquí —asintió Walter.

—Y te voy a romper esa cara de mariquita que tienes —prometió Dan.

Walter se estremeció, no tanto de miedo por la amenaza sino por la repulsión ante la fealdad y la vulgaridad. Pero mantuvo la cabeza en alto y entró a clase.

Faith lo siguió con emociones encontradas. Odiaba pensar en que Walter iba a pelearse con aquel cerdo pero ¡ah, qué espléndido había estado! ¡Además, iba a pelear por ella, por Faith Meredith, para castigar a quién la había insultado! Claro que ganaría, ojos como los de él anunciaban victoria.

Sin embargo, la confianza de Faith en su paladín había disminuido un poco para la tarde. Walter estuvo muy callado y distante el resto del día en la escuela.

—Si fuera Jem —suspiró, contándole a Una, sentadas las dos en la tumba de Hezekiah Pollock en el cementerio—. El pelea tan bien que liquidaría a Dan en un abrir y cerrar de ojos. Pero Walter no sabe mucho de pelear.

—Yo tengo miedo de que lo lastime —dijo Una, que odiaba las peleas y no podía comprender el sutil y secreto júbilo que adivinaba en Faith.

—No tiene por qué —adujo Faith, incómoda—. Es del mismo tamaño que Dan.

—Pero Dan es mucho mayor —insistió Una—. Si tiene casi un año más.

—Dan no se ha peleado tanto, si uno se pone a pensar —reflexionó Faith—. Yo creo que en realidad es un cobarde. No pensó que Walter fuera a pelearse, si no no se hubiera puesto a insultarme delante de él. ¡Ay, si hubieras visto la cara de Walter cuando lo miró, Una! Me dio un escalofrío, pero un hermoso escalofrío. Parecía igualito a *sir* Galahad en ese poema que nos leyó papá el sábado.

—A mí no me gusta nada pensar en que se van a pelear y me gustaría que pudiéramos evitarlo —señaló Una.

—Ah, ahora tienen que pelear —exclamó Faith—. Es un asunto de honor. No vayas a decirle nada a nadie, Una. ¡Si dices una palabra, nunca más te cuento un secreto!

—No voy a decir nada —accedió Una—. Pero mañana no me voy a quedar a ver la pelea. Me volveré a casa.

—Ah, está bien. Yo tengo que estar; sería una mezquindad no quedarme cuando Walter va a pelearse por mí. Le voy a atar mis colores en el brazo, es lo que hay que hacer, porque él es mi caballero. ¡Qué suerte que la señora Blythe me regalara esa preciosa cinta azul para el pelo en mi cumpleaños! Me la he puesto dos veces nada más, así que es casi como si fuera nueva. Pero me gustaría estar segura de que Walter va a ganar. Sería tan… tan humillante que no ganara…

Faith habría tenido mucha más aprensión de haber podido ver a su paladín en esos precisos momentos.

Walter se había ido a su casa después de la escuela con su virtuosa ira de capa caída y suplantada por una sensación bastante desagradable. A la noche siguiente tendría que pelearse con Dan Reese, y no quería hacerlo, odiaba hasta pensarlo. Y no podía dejar de pensarlo. ¿Le dolería mucho? Tenía un miedo terrible de que le doliera. ¿Y sería vencido y humillado?

No pudo casi comer. Susan había preparado gran cantidad de «caritas de mono», que a él le encantaban, pero a duras penas pudo tragar una. Jem se comió cuatro. Walter se maravilló de que fuera posible. ¿Cómo podía alguien comer? ¿Y cómo podían todos parlotear tan alegremente como ahora? Ahí estaba mamá, con sus ojos brillantes y sus mejillas rosadas. Ella no sabía que al día siguiente su hijo tendría que pelearse. ¿Estaría tan contenta si lo supiera?, se preguntó sombríamente. Jem le había sacado una fotografía a Susan con su cámara nueva y el resultado recorría la mesa, ante lo cual Susan estaba terriblemente indignada.

—Yo no soy ninguna belleza, mi querida señora, lo sé bien, y siempre lo he sabido —dijo, ofendida—, pero nunca, no, nunca creeré que soy tan fea como he salido en esa fotografía.

Jem se rió y Ana volvió a reírse con él. Walter no pudo soportarlo. Se levantó y se fue a su cuarto.

—A ese chico le está pasando algo por la cabeza, mi querida señora —dijo Susan—. No ha comido casi nada. ¿No estará tramando otro poema?

El pobre Walter estaba muy alejado en espíritu del estelar reino de la poesía. Apoyó los codos en el alféizar de la ventana y posó la cabeza con desconsuelo en las manos.

—Ven, vamos a la costa, Walter —exclamó Jem, irrumpiendo en la habitación—. Los muchachos van a quemar los pastos de la colina esta noche. Papá dice que podemos ir. Vamos.

En otro momento, Walter habría estado encantado. Le parecía gloriosa la quema de los pastos de la colina. Pero ahora se negó directamente a ir y no hubo argumento ni súplica que lo hiciera cambiar de idea. El decepcionado Jem, a quien no le hacía mucha gracia hacer solo el largo y oscuro camino hasta la Punta de Cuatro Vientos, se retiró a su museo en la buhardilla y se sumió en un libro. Pronto olvidó su decepción, regodeándose con los héroes de antaño y deteniéndose de tanto en tanto para imaginarse a sí mismo como un famoso general que llevaba a sus tropas a la victoria en algún gran campo de batalla.

Walter se quedó sentado junto a la ventana hasta que llegó la hora de irse a

dormir. Di entró de puntillas, esperando que le contara qué sucedía, pero Walter no podía hablar del tema, ni siquiera con Di. Hablar de ello parecía conferirle una realidad ante la cual se encogía. Ya era suficiente tormento pensarlo. Las secas y arrugadas hojas susurraban en los arces frente a su ventana. El resplandor de llamaradas rosas se había apagado ya en el cielo hueco y plateado y la luna llena se elevaba gloriosamente sobre el Valle del Arco Iris. A lo lejos, un fuego oscuro pintaba una composición de gloria en el horizonte más allá de las colinas. Era un anochecer claro y despejado y los sonidos lejanos se oían con nitidez. Un zorro ladraba del otro lado del estanque, una locomotora resoplaba en la estación de Glen, un arrendajo gritaba como loco en el bosque de arces y había risas en el jardín de la rectoría. ¿Cómo podía la gente reírse? ¿Cómo podían los zorros, los arrendajos y las locomotoras comportarse como si al día siguiente no fuera a suceder nada?

—¡Ay, ojalá todo hubiera pasado ya! —gimió.

Durmió muy poco esa noche y le fue muy difícil tragar el desayuno a la mañana siguiente. Susan, es cierto, era demasiado generosa con sus porciones. El señor Hazard halló en él a un alumno poco satisfactorio esa mañana. Parecía que la inteligencia de Faith Meredith también se había ido de vacaciones. Dan Reese no dejó de dibujar furtivamente sobre su pizarra, a escondidas, dibujos de niñas con cabezas de cerdo o de gallo y los enseñaba a toda la clase. La noticia de la inminente batalla se había difundido y casi todos los varones y muchas de las niñas estuvieron en el bosque de abetos cuando llegaron Dan y Walter después de clase. Una se había ido a casa, pero Faith estaba allí, tras haber atado su cinta azul al brazo de Walter. Walter dio gracias de que ni Jem ni Di ni Nan estuvieran entre los espectadores. Por una u otra razón no se habían enterado de lo que sabían todos los demás y ellos también se habían ido a casa. Ahora Walter se enfrentaba a Dan intrépidamente. En el último momento todo el miedo había desaparecido, pero todavía le asqueaba la idea de pelear. Dan, se veía, estaba en realidad más pálido debajo de sus pecas que Walter. Uno de los muchachos mayores dio la señal y Dan le pegó a Walter en la cara.

Walter trastabilló. El dolor del golpe recorrió por un momento su sensible cuerpo. Pero luego ya no sintió dolor. Alguna cosa, algo que no había experimentado nunca antes, pareció envolverlo como un río. Se puso colorado y los ojos se le encendieron como dos ascuas. Los alumnos de la escuela de Glen St. Mary jamás supusieron que «la señorita Walter» pudiera tener ese aspecto. Se lanzó hacia adelante y sobre Dan como un tigre salvaje.

No había reglas específicas en las luchas entre los alumnos de la escuela de Glen. Era pegar como y donde se pudiera y recibir lo que viniese. Walter peleó con furia salvaje y con alegría en una lucha en la que Dan no podía mantenerse. Todo terminó muy rápido. Walter no tuvo una idea muy consciente de lo que estaba haciendo hasta que de pronto la niebla roja desapareció de sus ojos y se encontró a sí mismo arrodillado sobre el cuerpo de Dan, de cuya nariz, ¡qué horrible!, manaba sangre.

—¿Ya has tenido suficiente? —preguntó Walter entre sus dientes apretados.

Dan admitió a regañadientes que sí.

—¿Mi madre no escribe mentiras?

—No.

—¿Faith Meredith no es una cerdita?

—No.

—¿Ni una niña-gallo?

—No.

—¿Y yo no soy un cobarde?

—No.

Walter estuvo por preguntar: «¿Y tú, eres un mentiroso?», pero la compasión se lo impidió y no humilló más a Dan. Además, la sangre era horrible.

—Entonces puedes irte —dijo con desprecio.

Hubo un gran aplauso de parte de los varones que estaban subidos a la verja, pero algunas niñas lloraban. Estaban asustadas. Habían visto otras riñas entre los varones, pero nada como Walter cuando le pegaba a Dan. Había habido algo terrorífico en él. Pensaron que iba a matarlo. Ahora que todo había pasado, sollozaban histéricamente, todas menos Faith, que seguía tensa y con las mejillas encendidas.

Walter no se quedó a disfrutar de la gloria del vencedor. Saltó la verja y corrió por la colina de los abetos hasta el Valle del Arco Iris. No sentía la alegría de la victoria, pero sí la tranquila satisfacción del deber cumplido y el honor lavado, mezclado con el asco al recordar la sanguinolenta nariz de Dan. Era un espectáculo feo y Walter odiaba la fealdad.

Empezó a darse cuenta asimismo de que él también estaba algo dolorido y apaleado. Tenía un labio cortado e hinchado y una sensación muy rara en un ojo. En el Valle del Arco Iris se encontró con el señor Meredith, que volvía a su casa de una visita vespertina a las señoritas West. El reverendo caballero lo miró muy serio.

—Me da la impresión de que has estado peleándote, Walter.

—Sí, señor —dijo Walter, esperando una reprimenda.

—¿Por qué ha sido?

—Dan Reese dijo que mi madre escribía mentiras y que Faith era una cerdita —respondió Walter a bocajarro.

—¿Ajá? Entonces estuviste más que justificado, Walter.

—¿Usted piensa que está bien pelear, señor? —preguntó Walter con curiosidad.

—No siempre, y no con frecuencia, pero, a veces sí, a veces —dijo John Meredith—. Cuando se insulta a cualquier mujer, por ejemplo, como en tu caso. Mi lema, Walter, es no pelear hasta no estar seguro de que uno debe pelear, y entonces poner el alma. A pesar de esa batería de colores deduzco que ganaste.

—Sí. Lo hice retractarse de todo.

—Muy bien, muy bien. No sabía que fueras tan buen luchador, Walter.

—No me había peleado nunca, y ahora no quería, hasta el último momento, pero después… —dijo Walter, que quería contar la verdad—. Mientras duró me gustó.

Al reverendo John le refulgieron los ojos.

—¿Al principio… tuviste un poco de miedo?

—Tuve muchísimo miedo —dijo el honesto Walter—. Pero ya no voy a tener miedo nunca más, señor. Tener miedo a las cosas es peor que las cosas en sí mismas. Voy a pedirle a mi padre que me lleve a Lowbridge mañana a sacarme la muela.

—Muy bien otra vez. «El temor es más dolor que el dolor que teme». ¿Sabes quién escribió eso, Walter? Shakespeare. ¿Hay algún sentimiento o emoción o experiencia del corazón humano que ese hombre maravilloso no conociera? Cuando llegues a tu casa dile a tu madre que estoy orgulloso de ti.

Pero Walter no le dijo eso a su madre, sino todo el resto, y ella lo comprendió y le dijo que se alegraba de que las hubiera defendido a ella y a Faith, puso pomada en sus moretones y agua de Colonia en la cabeza dolorida.

—¿Todas las madres son tan buenas como tú? —preguntó Walter con admiración. La señorita Cornelia y Susan estaban en la sala cuando Ana bajó y escucharon el relato de lo ocurrido con placer. Susan, especialmente, estaba muy complacida.

—Me alegro muchísimo de que haya tenido una buena pelea, mi querida señora. Tal vez eso le saque de la cabeza esas tonterías de poesía. Yo nunca, no,

nunca, pude soportar a esa víbora de Dan Reese. ¿No quiere sentarse más cerca del fuego, señora Marshall Elliott? Las tardes de noviembre son muy frescas.

—Gracias, Susan, no tengo frío. Pasé por la rectoría antes de venir para aquí y entré en calor, aunque tuve que ir a la cocina porque no había un fuego encendido en ningún otro lugar de la casa. La cocina era un desastre, créanme. El señor Meredith no estaba en casa. No pude averiguar dónde se encontraba, pero creí entender que en casa de las West. Sabes, Ana querida, dicen que ha estado yendo frecuentemente durante todo el otoño y la gente ha comenzado a pensar que va a ver a Rosemary.

—Obtendría una esposa encantadora si se casara con Rosemary —opinó Ana, poniendo leña sobre el fuego—. Es una de las muchachas más encantadoras que he conocido, verdaderamente una de las de la raza de José.

—Sí… sólo que es episcopal —dijo la señorita Cornelia, vacilante—. Claro que es mejor eso que metodista, pero en verdad creo que el señor Meredith podría encontrar una buena esposa dentro de su propia congregación. Aunque lo más probable es que no haya nada en los rumores. Hace apenas un mes le dije: «Tendría que volver a casarse, señor Meredith». Me miró tan espantado como si le hubiera sugerido algo indecente. «Mi esposa está en su tumba, señora Elliott», observó, con ese estilo gentil y virtuoso que tiene. «Eso tengo entendido —le dije—, de lo contrario no estaría aconsejándole que volviera a casarse». Entonces pareció espantarse más todavía. Por lo que dudo que haya mucho de cierto en esa historia sobre Rosemary. Si un pastor soltero visita dos veces una casa donde hay una mujer soltera, todos dicen que está cortejándola.

—A mí me parece, si se me permite decirlo, que el señor Meredith es demasiado tímido para cortejar a una segunda esposa —opinó Susan, muy solemne.

—No es tímido, créanme —replicó la señorita Cornelia—. Distraído sí, pero no tímido. Y a pesar de ser tan distraído y soñador tiene muy buena opinión de sí mismo, lo cual es típico en los hombres; y cuando esté verdaderamente despierto no creo que le cueste demasiado pedirle a una mujer que lo acepte por esposo. No, el problema es que quiere engañarse a sí mismo pensando que su corazón está enterrado, cuando en realidad late dentro de su pecho como el de cualquiera. Puede que le guste o no a Rosemary West. Si es sí, debemos alegrarnos. Es una muchacha muy dulce y una buena ama de casa, y sería una buena madre para esos pobres niños desamparados. Y —agregó la señorita Cornelia, resignada— mi propia abuela era episcopal.

18. Mary trae malas noticias

Mary Vance, a quien la señora Elliott había enviado a la rectoría a un recado, brincaba por el Valle del Arco Iris camino de Ingleside, donde pasaría la tarde con Nan y Di para celebrar el sábado. Nan y Di habían estado recogiendo goma de abetos con Faith y Una en los bosques cercanos a la rectoría y las cuatro estaban ahora sentadas sobre un pino caído, junto al arroyo, todas, debemos admitirlo, mascando con entusiasmo. A las mellizas de Ingleside no se les permitía mascar goma en ningún lado que no fuera el aislamiento del Valle del Arco Iris, pero a Faith y a Una no las restringían semejantes reglas de etiqueta y mascaban alegremente en todas partes, para gran espanto de todo Glen. Un día se vio a Faith mascando goma en la iglesia, pero Jerry se había dado cuenta de que eso era malo y le echó tal reprimenda de hermano mayor que no volvió a hacerlo.

—Tenía tanta hambre que tenía que masticar algo —se defendió ella—. Tú sabes bien lo que desayunamos, Jerry Meredith. No pude comer ese desayuno quemado y sentía el estómago vacío, raro. La goma ayuda mucho, y no masqué con demasiada fuerza. No hice ruido y no la hice estallar ni una vez.

—De todas maneras, no debes mascar goma en la iglesia —insistió Jerry—. Que no te vuelva a pescar.

—Tú mascaste la semana pasada en la reunión de oración —exclamó Faith.

—Allí es diferente —dijo Jerry con altivez—. Las reuniones de oración no son los domingos. Además, estaba sentado atrás, en un asiento oscuro, y nadie me vio. Tú te sentaste delante, donde te veía todo el mundo. Y para el último himno yo me saqué la goma de la boca y la pegué en el respaldo del banco de delante. Después me fui. A la mañana siguiente fui a buscarla y no estaba. Supongo que me la quitó Rod Warren. Y era una goma muy buena.

Mary Vance caminaba por el valle con la cabeza alta. Lucía un nuevo sombrero de terciopelo con un moño escarlata, una chaqueta de paño azul

marino y un manguito de piel de ardilla. Estaba muy pendiente de su ropa nueva y muy satisfecha de sí misma. Tenía los cabellos elaboradamente rizados, la cara rellena, las mejillas sonrosadas y los blancos ojos resplandecientes. No se parecía mucho a la desamparada y harapienta huérfana que los Meredith habían encontrado en el viejo granero de los Taylor. Una intentó no sentir envidia. Ahí estaba Mary con un sombrero nuevo de terciopelo, pero ese invierno Faith y ella tendrían que ponerse otra vez sus viejas y gastadas boinas grises. Nadie pensaba nunca en comprarles boinas nuevas y ellas temían pedirle al padre por temor a que no tuviera el dinero y se sintiera mal. Una vez, Mary les había dicho que los pastores siempre andaban escasos de dinero y que les resultaba muy difícil llegar a fin de mes. Desde entonces Faith y Una habrían vestido harapos antes que pedirle a su padre cualquier cosa si podían evitarlo. No se preocupaban mucho por su propio estado zarrapastroso, pero era bastante irritante ver a Mary Vance vestida con tanto lujo y dándose aires. El nuevo manguito de piel de ardilla era la gota que colmaba el vaso. Ni Faith ni Una habían tenido un manguito jamás y se consideraban afortunadas si podían tener mitones sin agujeros. La tía Martha no veía lo suficiente para remendar, y aunque Una lo había intentado, era mala costurera. La cuestión es que el recibimiento que le otorgaron a Mary no fue muy cordial. Pero a Mary no le importó o no se dio cuenta; no era demasiado sensible. De un salto se instaló en el pino y dejó el insultante manguito sobre una rama. Una vio que estaba forrado en satén rojo y tenía borlas rojas. Se miró las manitas enrojecidas y agrietadas y se preguntó si alguna vez podría ponerlas dentro de un manguito como aquél.

—Dadme un trozo —pidió Mary afablemente. Nan, Di y Faith sacaron del bolsillo un par de nuditos y se los alcanzaron a Mary.

Una se quedó muy quieta. Tenía cuatro nudos preciosos e inmensos en el bolsillo de su ajustada y gastada chaqueta, pero no iba a darle ni uno a Mary Vance. ¡Qué fuera a buscarse su propia goma! La gente con manguitos de piel de ardilla no debe esperar conseguirlo todo.

—Hace un día buenísimo, ¿no? —dijo Mary, balanceando las piernas, tal vez para exhibir mejor sus nuevas botas forradas de tela. Una escondió los pies. Tenía un agujero en el dedo de una de las botas y los dos cordones estaban rotos. Pero eran las mejores que tenía. ¡Ah, esta Mary Vance! ¿Por qué no la habrían dejado en el viejo granero?

Una nunca se sentía mal porque las mellizas de Ingleside estaban mejor vestidas que ella y Faith. Ellas usaban su ropa con gracia e indiferencia y parecía

que nunca pensaban en eso. De alguna manera no hacían sentir mal vestidos a los demás. Pero cuando Mary Vance estaba bien vestida parecía rezumar ropa, caminar en una atmósfera de ropa, hacer que todo el mundo sintiera y pensara en términos de ropa. Una, sentada a la luz color miel del sol de una preciosa tarde de diciembre, se sentía aguda y desdichadamente consciente de todo lo que tenía puesto: la boina descolorida, que era sin embargo su mejor boina; la ajustada chaqueta que usaba desde hacía tres inviernos; los agujeros de la falda y de las botas; la estremecedora escasez de su pobre ropa interior. Claro que Mary iba de visita y ella no. Pero aunque fuera de visita tampoco tendría nada mejor que ponerse, y eso era lo que la aguijoneaba.

—¡Eh, esta goma es buenísima! Mirad cómo la hago sonar. En Cuatro Vientos no hay abetos de goma —añadió Mary—. A veces me muero por masticar un poco. La señora Elliott no me dejaría mascar goma si me viera. Dice que no es propio de una señorita. Ese asunto de lo que es propio de una señorita y lo que no lo es me tiene intrigada. Nunca termino de entenderlo. Eh, Una, ¿qué te pasa? ¿Te han comido la lengua los ratones?

—No —dijo Una, que, fascinada, no podía apartar los ojos del manguito de piel. Mary se inclinó por encima de ella, lo recogió y se lo puso a Una en las manos.

—Mete las manos un rato —ordenó—. Las tienes como lastimadas. ¿No es precioso mi manguito? Me lo regaló la señora Elliott la semana pasada, para mi cumpleaños. Para Navidad me va a regalar el cuello haciendo juego. La oí cuando se lo decía al señor Elliott.

—La señora Elliott es muy buena contigo —comentó Faith.

—Sí. Y yo también soy buena con ella —respondió Mary—. Trabajo como una negra para facilitarle las cosas y tener todo como le gusta. Fuimos hechas la una para la otra. No todo el mundo podría llevarse con ella tan bien como yo. Es maniática de la limpieza, pero yo también, así que vamos bien.

—Ya te dije que nunca te golpearía.

—Es cierto. Nunca intentó ponerme una mano encima y yo nunca le he mentido, ni una vez, por la luz que me alumbra. A veces me echa algún sermón, pero a mí eso me resbala como el agua por el lomo de un pato. Eh, Una, ¿por qué te has quitado el manguito?

Una había vuelto a colgarlo de la rama.

—No tengo frío en las manos, gracias —dijo secamente.

—Bien, si ya no lo quieres, está bien. ¿Sabéis?, la vieja Kitty Alee ha

regresado a la iglesia dócil como un corderito y nadie sabe por qué. Pero todos dicen que ha sido porque Faith hizo venir a Norman Douglas. Su ama de llaves dice que fuiste y le llamaste de todo. ¿Es cierto?

—Fui a pedirle que volviera a la iglesia —reconoció Faith, incómoda.

—¡Mira qué valiente! —dijo Mary, llena de admiración—. Yo no me habría atrevido a hacerlo y no soy ninguna cobarde. La señora Wilson dice que se llamaron de todo, pero que tú ganaste y que entonces él cambió de opinión. Escucha, ¿tu padre va a oficiar aquí mañana?

—No. Va a cambiar con el señor Perry, de Charlottetown. Papá ha ido a la ciudad esta mañana y el señor Perry vendrá esta noche.

—Pensaba que estaba pasando algo, aunque la vieja Martha no quiso soltar prenda. Pero estaba segura de que no iba a estar matando ese gallo porque sí.

—¿Qué gallo? ¿Qué estás diciendo? —gritó Faith, palideciendo.

—No sé qué gallo. No lo vi. Cuando le di la manteca que le mandó la señora Elliott me dijo que había estado en el granero matando un gallo para la comida de mañana.

Faith bajó del pino de un salto.

—Es Adam, no tenemos otro gallo; ha matado a Adam.

—Bueno, ahora no pierdas los estribos. Martha dijo que el carnicero de Glen no tenía carne esta semana y que tenía que preparar algo, y como las gallinas estaban todas poniendo…

—Si ha matado a Adam… —Faith salió corriendo colina arriba.

Mary se encogió de hombros.

—Ahora se volverá loca. Quería mucho a ese Adam. Hace mucho que tendría que haber ido a parar a la olla. Pero yo no quisiera estar en los zapatos de Martha. Faith está pálida de furia. Una, mejor ve tras ella y trata de tranquilizarla.

Mary había caminado unos pasos con las niñas Blythe cuando Una, de pronto, se volvió y corrió hacia ella.

—Aquí tienes un poco de goma, Mary —dijo con un dejo de arrepentimiento en la voz, poniendo sus cuatro nudos en las manos de Mary—, y me alegro de que tengas un manguito tan bonito.

—Bueno, gracias —contestó Mary, sorprendida. Después que Una se hubo ido, les comentó a las niñas Blythe—: ¿No es una criatura extraña? Pero siempre he dicho que tiene buen corazón.

19. ¡Pobre Adam!

Cuando Una llegó a su casa, Faith estaba tendida boca abajo sobre la cama, negándose terminantemente a ser consolada. La tía Martha había matado a Adam. En esos precisos momentos, él reposaba en una bandeja en la despensa, atado, condimentado y rodeado por su hígado, su corazón y otras menudencias. A la tía Martha le había importado un bledo el dolor y la furia de Faith.

—Había que darle algo de comer al pastor forastero —explicó—. Ya eres una niña grande para hacer semejantes aspavientos por un gallo viejo. Sabías bien que algún día habría que matarlo.

—Cuando venga papá le voy a decir lo que hiciste —amenazó Faith, sollozando.

—Ni se te ocurra molestar a tu pobre padre. Ya tiene bastantes problemas. Y yo soy el ama de llaves aquí.

—Adam era mío, me lo regaló la señora Johnson. No tenías por qué tocarlo —gritó Faith.

—No te pongas impertinente. El gallo está muerto y ahí se termina la historia. No voy a sentar un pastor desconocido a la mesa para darle carnero hervido frío. A mí me educaron bien, aunque haya descendido en la escala social.

Aquella noche Faith no bajó a comer y no quiso ir a la iglesia a la mañana siguiente. Pero a la hora del almuerzo fue a la mesa, con los ojos hinchados de tanto llorar y expresión hosca.

El reverendo James Perry era un hombre acicalado y rubicundo, con un rebelde bigote blanco, tupidas cejas blancas y una resplandeciente calva. No era bien parecido y además era aburrido y pomposo. Pero aun cuando se hubiera parecido al arcángel Gabriel y hubiera hablado con lenguas de ángeles y hombres, Faith lo habría detestado con todas sus fuerzas. Trinchó hábilmente a Adam, exhibiendo sus rollizas y blancas manos y un hermosísimo anillo de

diamantes. Hizo también comentarios joviales durante toda la ceremonia. Jerry y Carl reían, y hasta Una sonrió débilmente porque pensaba que la cortesía así lo requería. Pero Faith se limitó a fruncir el entrecejo sombríamente. Al reverendo James, sus modales le parecieron pésimos. En un momento en que dirigía un comentario hipócrita a Jerry, Faith interrumpió con grosería contradiciéndolo abiertamente. El reverendo James la miró juntando sus tupidas cejas.

—Las niñas pequeñas no deben interrumpir a los mayores —sentenció—, y no deben contradecir a aquellos que saben mucho más que ellas.

Eso puso a Faith de peor humor que antes. ¡Ser llamada «niña pequeña», como si fuera igual que Rilla Blythe de Ingleside! Era insufrible. ¡Y cómo comía aquel abominable señor Perry! Hasta peló los huesos del pobre Adam. Ni Faith ni Una probaron bocado y miraban a los varones poco menos que como si fueran caníbales. Faith tenía la sensación de que si aquella espantosa comida no terminaba pronto, acabaría por arrojar algo a la brillante calva del señor Perry. Por suerte, el correoso pastel de manzana de la tía Martha fue demasiado hasta para los poderes masticatorios del señor Perry y la comida llegó a su fin tras un largo acción de gracias en el cual el señor Perry ofreció su devoto agradecimiento por la comida que una bondadosa y benéfica Providencia había provisto para sustento y moderado placer.

—Dios no tuvo absolutamente nada que ver con proveerte a Adam —masculló Faith en un gesto de rebeldía.

Los varones se alegraron de poder escapar y salieron. Una fue a ayudar a la tía Martha con los platos —aunque la gruñona vieja señora nunca recibía de buen grado su tímida asistencia— y Faith se dirigió al estudio, en cuyo hogar ardía un alegre fuego. Pensó escapar así del odiado señor Perry, que había anunciado su intención de dormir una siesta en su habitación durante la tarde. Pero apenas se había instalado en un rincón, con un libro, él entró y, de pie ante el fuego, procedió a examinar el desordenado estudio con aire de reprobación.

—Los libros de tu padre parecen estar en un deplorable estado de confusión, mi querida niñita —dijo con severidad.

Faith se quedó acurrucada en la oscuridad sin decir una palabra. No pensaba hablarle a aquel… individuo.

—Tendrías que tratar de ordenarlos —prosiguió el señor Perry, jugando con la hermosa cadena de su reloj y sonriendo a Faith con expresión condescendiente —. Ya estás lo suficientemente crecidita como para ocuparte de esos deberes. Mi hijita no tiene más que diez años y ya es una excelente amita de casa y una

inmensa ayuda y consuelo para su madre. Es una niña muy dulce. Me gustaría que tuvieras el privilegio de conocerla. Podría ayudarte de varias maneras. Claro que tú no has tenido el inestimable privilegio de los cuidados y la educación que da una buena madre. Una triste carencia, una muy triste carencia. Le he hablado en más de una oportunidad a tu padre al respecto, señalándole su deber con toda franqueza, pero sin ningún resultado hasta el momento. Confío en que tome conciencia de su responsabilidad antes de que sea demasiado tarde. Entretanto, es tu deber y tu privilegio esforzarte por ocupar el lugar de tu santa madre. Podrías ejercer una gran influencia sobre tus hermanos y tu hermanita, podrías ser una verdadera madre para ellos. Mucho me temo que no piensas en estas cosas como deberías. Mi querida niña, permíteme que te abra los ojos.

La untuosa y complacida voz del señor Perry siguió su perorata. Estaba en su elemento. Nada le gustaba más que exponer la ley, ejercer su autoridad moral e instar a la gente a hacer cosas. No tenía la menor intención de dejar de hablar, y no lo hizo. Estaba en pie delante del fuego, con los pies plantados sobre la alfombra, soltando su catarata de pomposos lugares comunes. Faith no oyó ni una palabra. En realidad, no estaba escuchándolo. Miraba los largos faldones de su frac con un creciente y travieso deleite en los ojos castaños. El señor Perry estaba demasiado cerca del fuego. Los faldones comenzaron a chamuscarse… a echar humo. Él continuaba su perorata, envuelto en su propia elocuencia. De los faldones salía más humo. Una chispa saltó del fuego y aterrizó en la mitad de uno. Se pegó y se convirtió en un fuego sin llama. Faith ya no pudo contenerse y estalló en una carcajada ahogada.

El señor Perry se detuvo en seco, enojado por la impertinencia. De pronto tuvo conciencia del olor a tela quemada que llenaba la habitación. Giró en redondo y no vio nada. Entonces se llevó las manos a los faldones y los llevó hacia adelante. Ya había un agujero en uno de ellos; y era su traje nuevo. Faith se estremecía con una risa imparable al ver la pose y la expresión del reverendo.

—¿Te habías dado cuenta de que se me estaban quemando los faldones? —preguntó con irritación.

—Sí, señor —contestó Faith, modosita.

—¿Por qué no dijiste nada? —preguntó, mirándola con ira.

—Usted me dijo que era de mala educación interrumpir, señor —dijo ella, todavía más modosita.

—Si yo… si yo fuera su padre, le daría una paliza que no olvidaría mientras viviera, señorita —dijo un caballero reverendo muy irritado al tiempo que salía

del estudio. La chaqueta del segundo mejor traje del señor Meredith no le quedaba bien, de modo que tuvo que ir al servicio vespertino con los faldones quemados. Pero no caminó por el pasillo central con su usual convicción del honor que confería al edificio. Jamás volvería a acceder a intercambiar púlpitos con el señor Meredith, y estuvo apenas civilizado con este último cuando, a la mañana siguiente, se vieron durante unos minutos en la estación. Pero Faith sintió una especie de tenebrosa satisfacción. Adam había sido parcialmente vengado.

20. Faith encuentra una amiga

El día siguiente en la escuela fue difícil para Faith. Mary Vance había contado la historia de Adam y todos los alumnos, excepto los Blythe, lo tomaron como una broma. Las chicas le dijeron, entre risitas, que qué lástima, y los varones le escribieron sardónicas notas de pésame. La pobre Faith llegó a casa con el alma dolorida y afligida.

—Voy a Ingleside a hablar con la señora Blythe —anunció, sollozando—. Ella no se va a reír de mí como todos los demás. Tengo que hablar con alguien que me entienda.

Atravesó corriendo el Valle del Arco Iris. La magia había estado muy activa la noche anterior. Había caído una ligera nevada y los abetos empolvados soñaban con la primavera por venir y la alegría que traería consigo. La larga colina se veía de un intenso color púrpura por las hojas de haya diseminadas en el suelo. La luz rosácea del crepúsculo se extendía sobre el mundo como un beso rosado. De todos los lugares encantados y llenos de magia, el valle del Arco Iris era, aquel atardecer de invierno, el más hermoso. Pero todo su delicioso encanto se perdía para la pobre y dolorida Faith.

Junto al arroyo se encontró de pronto con Rosemary West, sentada sobre el viejo pino. Iba camino a su casa desde Ingleside, donde había estado dando clase de música a las niñas. Se quedó un buen rato en el Valle del Arco Iris, mirando su blanca belleza y recorriendo algunos senderos medio en sueños. A juzgar por la expresión de su rostro, sus pensamientos eran agradables. Tal vez el débil y ocasional tintineo de los cascabeles de los árboles enamorados trajeran esa furtiva sonrisa a sus labios. O tal vez ésta fuera provocada por la certeza de que John Meredith rara vez dejaba de pasar el atardecer de los lunes en la casa gris, sobre la blanca colina barrida por el viento.

Dentro de los sueños de Rosemary irrumpió Faith llena de su rebelde amargura. Faith se detuvo abruptamente cuando vio a la señorita West. No la

conocía muy bien, sólo lo suficiente como para dirigirle la palabra cuando se encontraban. Y en aquel momento no quería ver a nadie, sólo a la señora Blythe. Sabía que tenía los ojos y la nariz rojos e hinchados y odiaba que una extraña se enterara de que había estado llorando.

—Buenas noches, señorita West —dijo, incómoda.

—¿Qué te pasa, Faith? —preguntó Rosemary con suavidad.

—Nada —contestó Faith secamente.

—¡Ah! —Rosemary sonrió—. Quieres decir nada que puedas contarle a una extraña, ¿no?

Faith miró a la señorita West con súbito interés. Ahí había una persona que entendía las cosas. ¡Y qué guapa era! ¡Qué dorados eran sus cabellos debajo del sombrero con plumas! ¡Qué rosadas las mejillas sobre la chaqueta de terciopelo! ¡Qué azules y comprensivos sus ojos! Faith sintió que la señorita West podría ser una amiga encantadora… ¡si fuera una amiga en lugar de una desconocida!

—Yo iba… a hablar con la señora Blythe —confesó—. Ella siempre comprende, nunca se ríe de nosotros. Yo siempre hablo con ella. Ayuda mucho.

—Querida mía, lamento decirte que la señora Blythe no está en casa —dijo la señorita West con pena—. Ha ido a Avonlea y no volverá hasta el fin de semana.

A Faith le tembló el labio.

—Entonces será mejor que me vuelva a casa —dijo, sintiéndose muy desgraciada.

—Supongo que sí, a menos que pienses que puedes hablarlo conmigo —insinuó la señorita Rosemary suavemente—. ¡Sirve tanto hablar de las cosas! Lo sé bien. No pretendo ser tan comprensiva como la señora Blythe, pero te prometo que no voy a reírme.

—No va a reírse por fuera —aventuró Faith—. Pero podría reírse por dentro.

—No, tampoco me reiría por dentro. ¿Por qué voy a hacerlo? Algo te ha lastimado y a mí nunca me divierte ver a alguien que sufre, sea lo que sea lo que lo hace sufrir. Si crees que te gustaría contarme qué te lastimó, te escucharé con gusto. Pero si prefieres no contarme nada, también estará bien, querida.

Faith dirigió otra larga e intensa mirada a los ojos de la señorita West. Estaban muy serios, no había risa en ellos, ni siquiera muy en el fondo. Con un pequeño suspiro, se sentó sobre el viejo pino junto a su nueva amiga y le contó todo sobre Adam y su cruel destino.

Rosemary no se rió ni tuvo ganas de reírse. Comprendió y se solidarizó de

verdad; era casi tan buena como la señora Blythe, sí, casi igual de buena.

—El señor Perry es pastor, pero tendría que haber sido carnicero —comentó Faith con amargura—. Le encanta trinchar cosas. Disfrutó cortando a Adam en pedazos. Lo trinchó como si fuera un gallo común y corriente.

—Entre tú y yo, Faith, a mí no me cae muy bien el señor Perry —confesó Rosemary, riéndose, pero del señor Perry, no de Adam, como Faith entendió claramente—. Nunca me ha gustado. Yo fui a la escuela con él (él era un chico de Glen, ¿sabes?), era un pedante odioso ya entonces. Todas las niñas detestábamos tener que coger sus manos gordas y pegajosas cuando jugábamos al corro. Pero debemos recordar, querida, que él no sabía que Adam era tu mascota. Pensó que era un gallo común y corriente. Debemos ser justos, aunque suframos mucho.

—Supongo que sí —admitió Faith—. Pero ¿por qué a todo el mundo le parece gracioso que yo quisiera tanto a Adam, señorita West? Si hubiera sido un gato viejo y horrible, a nadie le habría parecido raro. Cuando la agavilladora cortó las patas del gatito de Lottie Warren todo el mundo estaba apenado por ella; lloró durante dos días en la escuela y nadie se rió, ni siquiera Dan Reese. Y todas sus amigas fueron al entierro del gatito y la ayudaron a enterrarlo, sólo que no pudieron enterrar las patitas junto con el resto del cuerpo porque no pudieron encontrarlas. Fue espantoso, por supuesto, pero no me parece que fuera tan horrible como ver que se comen a tu mascota. Y sin embargo, todos se ríen de mí.

—Creo que es porque la palabra «gallo» suena graciosa —dijo Rosemary, pensativa—. Hay algo en la palabra que suena a risa. La palabra «pollito» es diferente. No suena tan gracioso hablar de querer a un pollito.

—Adam era un pollito precioso, señorita West. Era una pelotita de oro. Venía corriendo a mí y comía de mi mano. Y cuando creció seguía siendo bonito, blanco como la nieve, con una hermosa cola blanca y curvada, aunque Mary Vance decía que era demasiado corta. Reconocía su nombre y siempre venía cuando yo lo llamaba. Y la tía Martha no tenía ningún derecho a matarlo. Era mío. No fue justo, ¿no, señorita West?

—No, no lo fue —asintió Rosemary con énfasis—. En absoluto. Recuerdo que cuando yo era pequeña tenía una gallina de mascota. Era preciosa, de un marrón dorado y moteada. Yo la quise tanto como a cualquier otra mascota que tuve. Nunca la mataron, murió de vieja. Mamá no quiso matarla nunca porque era mi mascota.

—Si mi madre viviera, tampoco habría permitido que mataran a Adam —afirmó Faith—. Claro que papá tampoco lo hubiera permitido si hubiera estado en casa y se hubiera enterado. Estoy segura.

—Yo también estoy segura —dijo Rosemary. El rubor de sus mejillas se acentuó ligeramente. Le dio un poco de vergüenza, pero Faith no se dio cuenta de nada.

—¿Fui muy mala al no decirle al señor Perry que se le estaban quemando los faldones? —preguntó, ansiosa.

—Malísima —respondió Rosemary con ojos saltarines—. Pero yo me habría comportado exactamente igual, Faith, tampoco le habría dicho nada… y creo que no me hubiera arrepentido para nada de mi maldad.

—Una dice que tendría que haberle avisado porque es un pastor.

—Querida, si un pastor no se comporta como un caballero, no estamos obligados a respetar sus faldones. Yo sé que me habría encantado ver cómo se quemaban los faldones de Jimmy Perry. Tiene que haber sido divertido.

Las dos rieron, pero la risa de Faith terminó en un amargo suspiro.

—Bueno, la cuestión es que Adam está muerto y nunca volveré a querer a nadie.

—No digas eso, querida. Nos perdemos lo mejor de la vida si no amamos. Cuanto más amamos más fructífera es la vida, aunque no se trate más que de una mascota peluda o con plumas. ¿Te gustaría tener un canario, Faith, un canario dorado? Si quieres, te regalo uno. Tenemos dos en casa.

—Ah, me encantaría —exclamó Faith—. Me encantan los pájaros. Aunque ¿no se lo comería el gato de la tía Martha? ¡Es tan trágico que se coman tus mascotas! No creo que pueda soportarlo otra vez.

—Si cuelgas la jaula lejos de la ventana, no creo que el gato pueda hacerle nada. Yo te enseñaré cómo cuidarlo y te lo traeré a Ingleside la próxima vez que venga.

Para sus adentros, Rosemary pensaba: «Todas las chismosas de Glen tendrán tema de conversación, pero no me importa. Quiero consolar a este pobre corazoncito».

Faith se sintió consolada. La comprensión y la solidaridad eran algo muy dulce. Rosemary y ella se quedaron sentadas en el viejo pino hasta que el crepúsculo cubrió suavemente el blanco valle y la estrella vespertina brilló sobre el gris bosque de arces. Faith le contó a Rosemary toda su pequeña historia de esperanzas, las cosas que le gustaban y las que no, las idas y venidas de la vida

en la rectoría, los altibajos de la vida en la escuela. Por fin se separaron ya amigas.

El señor Meredith estaba, como siempre, perdido en sus ensoñaciones cuando comenzaron a cenar, pero en un momento un nombre penetró su abstracción y lo trajo a la realidad. Faith le contaba a Una su encuentro con Rosemary.

—Es encantadora, para mí —decía Faith—. Igual de buena que la señora Blythe, pero diferente. Siento ganas de abrazarla. Ella me abrazó a mí; me dio un abrazo como de terciopelo. Y me decía «querida». Me gustó mucho. Podría contarle cualquier cosa.

—¿Así que te gustó la señorita West, Faith? —preguntó el señor Meredith con una entonación algo extraña.

—Mucho —exclamó Faith.

—¡Ah! —dijo el señor Meredith—. ¡Ah!

21. La palabra imposible

John Meredith caminaba pensativo bajo el frío invernal de la noche por el Valle del Arco Iris. Las colinas lejanas relucían con el helado y esplendoroso brillo de la luz de la luna sobre la nieve. Cada pequeño abeto del largo valle cantaba su propia canción sobre el arpa del viento y de la helada. Sus hijos y los niños de los Blythe se deslizaban por la ladera oriental o sobre el estanque congelado. Se estaban divirtiendo muchísimo y sus alegres voces y risas aún más alegres resonaban en todo el valle, muriendo en cadencias mágicas entre los árboles. Hacia la derecha, las luces de Ingleside resplandecían a través del bosque de arces con la atracción que siempre parece arder en las luces de una casa donde sabemos que hay amor y alegría y una buena acogida a todos los hermanos, ya sean de sangre o de espíritu. En ocasiones, al señor Meredith le gustaba mucho pasar una velada charlando con el doctor junto al fuego del hogar, donde los famosos perros de porcelana de Ingleside montaban guardia permanente, como correspondía a deidades del hogar; pero aquella noche no miró en esa dirección. Lejos, sobre la colina occidental, brillaba una estrella más pálida pero más atrayente. El señor Meredith se dirigía a ver a Rosemary West, y tenía intenciones de decirle algo que había florecido lentamente en su pecho desde que la vio por primera vez y que había madurado la noche en que Faith expresó su entusiasta admiración por Rosemary.

Se había dado cuenta de que quería a Rosemary. No como había querido a Cecilia, por supuesto. Aquello había sido totalmente diferente. Aquel amor, aquel romanticismo, aquellos sueños y aquel entusiasmo no podrían volver jamás, pensó. Pero Rosemary era hermosa, dulce, y la quería. La quería. Era una excelente compañía. Era más feliz en su compañía de lo que había esperado volver a ser nunca. Ella sería una mujer ideal para la casa y una buena madre para sus hijos.

Durante sus años de viudez, el señor Meredith había recibido innumerables

indirectas de colegas suyos y de muchos de su grey en el sentido de que debería volver a casarse. Pero aquellas indirectas nunca le habían hecho la menor mella. Era creencia pública que no les prestaba atención. Pero les prestaba mucha atención. Y en sus escasos momentos de sentido común sabía que lo único sensato que podía hacer era casarse. Pero el sentido común no era el punto fuerte de John Meredith, y elegir, deliberada y fríamente, una mujer adecuada, como si se tratara de un ama de llaves o un socio para un negocio, era algo que era incapaz de hacer. ¡Detestaba la palabra adecuada! Le recordaba a James Perry. «Una mujer adecuada de la edad adecuada», había dicho aquel untuoso hermano en el hábito, en una indirecta que había estado lejos de ser sutil. En aquel momento, John Meredith había sentido un deseo absolutamente increíble de salir corriendo como un loco para proponerle matrimonio a la mujer más joven y menos adecuada que fuera posible encontrar.

La señora Elliott era buena amiga suya y le caía bien. Pero cuando ella le dijo sin más ni más que él tendría que volver a casarse, sintió como si hubiera arrancado el velo que pendía ante un sagrado altar de su más recóndita intimidad y, desde aquel momento, le tenía una especie de miedo. Sabía que en su parroquia había mujeres «de edad adecuada» que estarían más que dispuestas a casarse con él. Ese hecho había traspasado toda su abstracción en los primeros tiempos de su ministerio en Glen St. Mary. Eran mujeres buenas, de confianza, poco interesantes, una o dos bastante bonitas, las otras no tanto, y John Meredith pensaba en casarse con cualquiera de ellas tanto como en ahorcarse. Poseía algunos ideales que ninguna aparente necesidad le haría falsear. No podía pedirle a ninguna mujer que ocupara el lugar de Cecilia en su casa si no podía ofrecerle al menos parte del afecto y del tributo que le había dado a su esposa adolescente. ¿Y dónde, en el limitado número de sus amistades femeninas, encontraría esa mujer?

Rosemary West había llegado a su vida aquel atardecer de otoño trayendo con ella una atmósfera en la cual se reconocía su espíritu. A través del golfo de lo desconocido, ellos se estrecharon las manos de la amistad. Llegó a conocerla mejor en los diez minutos pasados junto al arroyo que lo que había conocido a Emmeline Drew, a Elizabeth Kirk o a Amy Annetta Douglas en un año. Acudió a ella en busca de consuelo cuando la señora Davis ultrajó su mente y su alma y fue consolado. Desde entonces iba con frecuencia a la casa de la colina, deslizándose por los oscuros senderos de la noche en el Valle del Arco Iris con tanto sigilo que las chismosas de Glen nunca podían estar realmente seguras de

si iba a ver a Rosemary West o no. Una o dos veces, otras visitas lo habían sorprendido en la sala de las West: eso era todo lo que sabía la Asociación de Damas de Beneficencia. Pero cuando Elizabeth Kirk se enteró, sofocó una secreta esperanza que se había permitido acariciar, sin la menor alteración en su rostro poco agraciado, y Emmeline Drew decidió que la próxima vez que viera a cierto solterón de Lowbridge no lo despreciaría como había hecho la última vez. Era obvio que si Rosemary West se proponía atrapar al pastor, lo atraparía; parecía más joven de lo que era y los hombres la encontraban guapa. ¡Además, las West tenían dinero!

—Esperemos que no sea tan distraído como para equivocarse y declarársele a Ellen —fue lo único malicioso que se permitió decirle a una comprensiva hermana suya. Emmeline no sintió rencor hacia Rosemary. En última instancia, un solterón sin complicaciones era mucho mejor que un viudo con cuatro hijos. Había sido sólo la atracción de la rectoría lo que había deslumbrado a Emmeline impidiéndole ver con claridad.

Un trineo con tres chillones ocupantes pasó a toda velocidad junto al señor Meredith hacia el estanque. Los largos rizos de Faith volaban al viento y sus risas resonaban por encima de las de los otros. John Meredith los siguió con una mirada llena de cariño. Se alegraba de que sus hijos tuvieran amigos como los Blythe, se alegraba de que tuvieran una amiga tan sabia, alegre y tierna como la señora Blythe. Pero parecían necesitar algo más, algo que les proporcionaría cuando trajera a Rosemary West a la rectoría como su esposa. En ella había una clara inclinación maternal.

Era el sábado por la noche y no era frecuente que fuera de visita los sábados, momento supuestamente dedicado a una exhaustiva revisión del sermón del domingo. Pero había elegido esa noche porque se enteró de que Ellen West saldría y Rosemary estaría sola. A pesar de haber pasado veladas tan agradables en la casa de la colina, nunca, desde aquella primera vez, había vuelto a hablar a solas con Rosemary. Ellen estaba siempre presente.

No es que a él le molestara exactamente su presencia. Le gustaba mucho Ellen West y los dos eran muy buenos amigos. Ellen tenía una capacidad de comprensión casi masculina y un sentido del humor que a él, con su tímido y oculto gusto por lo divertido, le resultaba muy agradable. Le gustaba su interés por la política y los problemas mundiales. No había hombre en Glen, ni siquiera el doctor Blythe, que comprendiera con tanta claridad esos asuntos.

«A mí me parece que es bueno interesarse en las cosas mientras uno está

vivo —había dicho Ellen—. Si no te interesas por nada, no veo demasiada diferencia entre los vivos y los muertos».

A él le gustaba su voz agradable, profunda y sonora; le gustaba la franca carcajada con la cual siempre terminaba alguna historia divertida y bien contada. Nunca le hacía observaciones sobre sus hijos como otras mujeres de Glen; nunca lo aburría con chismes locales; carecía de malicia y de mezquindad. Siempre era sincera. El señor Meredith, que había adoptado el sistema de la señorita Cornelia para clasificar a la gente, consideraba que Ellen pertenecía a la raza de José. En suma, una mujer admirable para tener de cuñada. No obstante, un hombre no quiere cerca ni a la más admirable de las mujeres cuando tiene intenciones de declarársele a otra. Y Ellen estaba siempre cerca. No insistía en acaparar la atención del señor Meredith todo el tiempo. Le dejaba a Rosemary una justa proporción de él. Muchas veladas, incluso, Ellen se hacía casi totalmente a un lado, sentándose en un rincón con Saint George en la falda, y permitiendo que el señor Meredith y Rosemary hablaran, cantaran y leyeran juntos. A veces ellos casi se olvidaban de su presencia. Pero si la conversación o la elección de algún dueto llegaba a traicionar la menor tendencia hacia lo que Ellen consideraba romántico, en seguida cortaba por lo sano y anulaba a Rosemary durante el resto de la velada. Pero ni siquiera el dragón más terrible puede impedir cierto sutil lenguaje de miradas, de sonrisas, de elocuentes silencios, y así fue como el galanteo del pastor fue avanzando.

Pero si algún día iba a llegar a algo concreto, tendría que ser cuando Ellen no estuviera presente. Y Ellen salía muy poco, en especial en invierno. Juraba que el fuego de su hogar era el más agradable del mundo. No le atraía mucho pasear. Le gustaba estar con gente pero en su propia casa. El señor Meredith llegó casi a la conclusión de que tendría que escribir a Rosemary lo que quería decirle, cuando un día, de pasada, Ellen anunció que la noche del sábado siguiente estaba invitada a unas bodas de plata. Había sido dama de honor de la novia en la boda. Irían sólo los invitados originales, de modo que Rosemary no estaba incluida. El señor Meredith aguzó los oídos y un brillo iluminó sus soñadores ojos oscuros. Tanto Ellen como Rosemary lo vieron; y tanto Ellen como Rosemary supieron, sorprendidas, que el señor Meredith iría colina arriba el sábado siguiente por la noche.

—Mejor que suceda de una vez por todas, Saint George —dijo Ellen con severidad, dirigiéndose al negro gato, después que el señor Meredith se fue a su casa y Rosemary subió en silencio al piso de arriba—. Va a declarársele, Saint

George, de eso estoy absolutamente segura. De modo que será mejor que tenga la ocasión de hacerlo y de averiguar que no tendrá éxito. A ella le gustaría aceptarlo, Saint. Eso lo sé, pero ha hecho una promesa y tiene que mantenerla. Por un lado me da un poco de pena, Saint George. No conozco ningún otro hombre a quien pudiera querer para cuñado, en el caso de que fuera conveniente tener cuñado. No tengo nada en absoluto en su contra, Saint, nada, excepto que no quiere ver y no se le puede hacer ver que el *kaiser* es una amenaza para la paz de Europa. Ése es su punto débil. Pero es buena compañía y me gusta. Una mujer puede decirle cualquier cosa a un hombre con una boca como la de John Meredith y estar segura de que no será malentendida. Un hombre así es más valioso que los rubíes, Saint, y mucho más escaso, George. Pero no puede casarse con Rosemary; y supongo que cuando se entere, nos dejará a las dos. Y lo extrañaremos, Saint, lo extrañaremos muchísimo, George. Pero… ella hizo una promesa, ¡y yo me encargaré de que la cumpla!

La cara de Ellen se había vuelto casi desagradable con su amenazadora resolución. Arriba, Rosemary lloraba con la cara apoyada en la almohada.

Por eso el señor Meredith encontró a su dama sola y muy hermosa. Rosemary no se había arreglado especialmente para la ocasión. Había querido hacerlo, pero pensó que sería absurdo emperifollarse para un hombre a quien se va a rechazar. De manera que se puso su sencillo vestido de la tarde y parecía una reina con él. La emoción contenida le coloreaba el rostro, dejándoselo reluciente. Sus grandes ojos azules eran lagos de luz menos plácidos que de costumbre.

Deseaba que la entrevista ya hubiera terminado. La había esperado todo el día con temor. Estaba casi segura de que John Meredith, a su modo, la quería mucho; también estaba segura de que no la quería como había querido a su primer amor. Sentía que su negativa lo desilusionaría mucho, pero no creía que llegara a desesperarse. Sin embargo, odiaba tener que rechazarlo, por él y, Rosemary era honesta consigo misma, por ella misma. Sabía que podría haber amado a John Meredith si… si hubiera sido posible. Sabía que su vida se volvería muy vacía si, rechazado como enamorado, él se negara a seguir siendo su amigo. Ella sabía que podía ser muy feliz con él y que podía hacerlo muy feliz. Pero entre ella y la felicidad estaba el portón de la cárcel de la promesa hecha a Ellen hacía años. Rosemary no recordaba a su padre. Había muerto cuando ella tenía tres años. Ellen, que tenía trece, lo recordaba, pero sin una ternura especial. Él había sido un hombre severo, reservado, muchos años mayor

que su jovial y bonita esposa. Cinco años después había fallecido el hermanito de doce años; desde su muerte las dos niñas habían vivido solas con la madre. Nunca se habían mezclado demasiado en la vida social de Glen o de Lowbridge, aunque, adonde iban, el ingenio y el carácter de Ellen y la dulzura y la belleza de Rosemary las habían hecho huéspedes bienvenidos. Las dos habían tenido un desengaño en la adolescencia. El mar no había devuelto al novio de Rosemary; y Norman Douglas, por aquel entonces un buen mozo gigante y pelirrojo, famoso por montar como un salvaje y por sus estruendosas aunque inofensivas escapadas, discutió con Ellen y la dejó plantada en un arrebato de ira.

No faltaron candidatos para ocupar los lugares tanto de Martin como de Norman, pero ninguno pareció merecer los favores de las muchachas West, que lentamente fueron dejando la adolescencia y la juventud sin ningún arrepentimiento aparente. Adoraban a la madre, que era una inválida crónica. Las tres tenían un pequeño círculo de intereses caseros, libros, mascotas y flores, que las alegraba y satisfacía.

La muerte de la señora West, ocurrida el día en que Rosemary cumplía veinticinco años, fue muy dolorosa para las dos. Al principio se sintieron intolerablemente solas. Ellen, en especial, siguió doliéndose y pensando, y sus largas y amargas meditaciones eran interrumpidas sólo por ataques de tormentoso y apasionado llanto. El viejo doctor de Lowbridge dijo a Rosemary que temía una melancolía permanente o algo peor.

Un día que Ellen había estado todo el día sentada, negándose a hablar y a comer, Rosemary se arrojó de rodillas junto a su hermana.

—Ay, Ellen, todavía me tienes a mí —imploró—. ¿No soy nada para ti? Siempre nos hemos querido mucho.

—No te tendré siempre —contestó Ellen, rompiendo su silencio con áspera intensidad—. Te casarás y me dejarás. Me quedaré sola. No soporto ni pensarlo… no puedo. Prefiero morirme.

—Jamás me casaré —dijo Rosemary—. Jamás, Ellen.

Ellen se inclinó y miró con expresión inquisitiva los ojos de Rosemary.

—¿Me lo prometes solemnemente? —preguntó—. Prométemelo sobre *la Biblia* de mamá.

Rosemary accedió de inmediato, dispuesta a complacer a Ellen. ¿Qué importaba? Sabía bien que nunca querría casarse con nadie. Su amor se había ido con Martin Crawford a las profundidades del mar, y sin amor no podría casarse con ningún hombre. Por eso estuvo más que dispuesta a prometer, aunque Ellen

convirtió la promesa en un rito impresionante. Se estrecharon las manos encima de *la Biblia*, en la habitación vacía de la madre, y las dos se juraron que nunca se casarían y que siempre vivirían juntas.

A partir de ese momento el estado de Ellen mejoró. Pronto recuperó su actitud alegre de antes. Durante diez años, ella y Rosemary habían vivido felices en la casa, sin ser perturbadas por ninguna idea de casamiento. La promesa no les pesaba. Ellen no dejaba de recordársela a su hermana cada vez que cualquier criatura del sexo masculino y casadera cruzaba su camino, pero nunca se había alarmado seriamente hasta que John Meredith fue a casa aquella noche con Rosemary. En cuanto a Rosemary, la obsesión de Ellen con respecto a aquella promesa había sido para ella objeto de risa; hasta hacía poco. Ahora era una cadena cruel, autoimpuesta pero eterna. Por ella, esa noche debería darle la espalda a la felicidad.

Era cierto que aquel amor tímido y dulce que había sentido por su enamorado adolescente no volvería a sentirlo por otro. Pero ahora sabía que a John Meredith podía darle un amor más rico y maduro. Sabía que él tocaba profundidades en su naturaleza que Martin no había rozado jamás, que tal vez ni siquiera existían en la muchacha de diecisiete años. Y esa noche debería despedirlo, enviarlo a su casa solitaria y su vida vacía y a sus dolorosos problemas porque, diez años atrás, había prometido a Ellen sobre *la Biblia* de su madre que no se casaría nunca.

John Meredith no aprovechó la oportunidad de inmediato. Por el contrario, habló durante dos horas enteras de los temas menos afines al amor. Hasta intentó hablar de política, aunque a Rosemary la política la aburría. Ella comenzó a creer que se había equivocado de medio a medio, y de pronto sus miedos y expectativas le parecieron grotescos. Se sintió absurda y tonta. El resplandor desapareció de su rostro y el brillo se apagó en sus ojos. John Meredith no tenía la menor intención de proponerle matrimonio.

Y entonces, inesperadamente, él se puso en pie, atravesó la habitación, se situó a su lado y se le declaró. La habitación quedó de pronto terriblemente inmóvil. Hasta Saint George dejó de ronronear. Rosemary oía los latidos de su propio corazón y estaba segura de que John Meredith también los oía.

Ése era el momento en que ella debía decir que no, suave pero firmemente. Hacía días que estaba preparada, con una formal respuesta de rechazo. Y ahora había olvidado las palabras preparadas. Tenía que decir que no y de pronto se dio cuenta de que no podía decirlo. Era la palabra imposible. Ahora sabía que el

problema no era que podría llegar a amar a John, sino que ya lo amaba. La sola idea de apartarlo de su vida era angustiosa.

Debía decir algo. Levantó la inclinada cabeza dorada y, balbuceando, le pidió que le diera algunos días para… pensarlo.

John Meredith se sorprendió. No era vanidoso, pero había esperado que Rosemary West le dijera que sí. Estaba casi seguro de que ella lo quería. Entonces, ¿por qué la duda, la vacilación? No era una escolar que pudiera no saber bien lo que quería. Sintió una desagradable impresión de decepción, de desolación. Pero accedió a su petición con su usual cortesía y se fue de inmediato.

—Te daré una respuesta en unos pocos días —dijo Rosemary con los ojos bajos y las mejillas encendidas.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, ella volvió a entrar en la habitación y se retorció las manos.

22. Saint George lo sabe todo

A medianoche, Ellen West volvía caminando a su casa después de celebrar las bodas de plata de los Pollock. Se había quedado un poco más que los demás invitados para ayudar con los platos a la novia de cabellos grises. La distancia entre las dos casas no era mucha y el camino bueno, de modo que Ellen disfrutaba de la caminata de regreso a casa a la luz de la luna.

La velada había sido agradable. Ellen, que hacía años que no iba a una fiesta, la había encontrado muy entretenida. Todos los invitados habían formado parte de su antiguo grupo de amigos y no hubo ningún jovencito entrometido para estropear el sabor de la noche, pues el único hijo de la pareja estaba lejos estudiando y no pudo estar presente. Estuvo Norman Douglas; era la primera vez que se veían en una reunión social, si bien ella lo había visto una o dos veces en la iglesia aquel invierno. Ni el menor sentimiento revivió en el corazón de Ellen ante el encuentro. Solía preguntarse, cuando pensaba en el tema, cómo había podido estar alguna vez enamorada de él o haberse sentido tan mal con su repentino matrimonio. Pero le gustó volver a verlo. Había olvidado lo vital y estimulante que era. No había reunión aburrida si Norman Douglas estaba presente. Todos se sorprendieron al verlo llegar. Era de público conocimiento que nunca iba a ningún lado. Los Pollock lo habían invitado porque él había sido uno de los invitados originales, pero nunca pensaron que fuera a aparecer. Había llevado a su prima segunda, Amy Annetta Douglas, a la mesa, y estuvo muy atento con ella. Pero Ellen estaba sentada enfrente y mantuvo con él una animada discusión; todos sus gritos y burlas no pudieron confundirla, discusión que ella ganó, venciendo a Norman tan tranquila y completamente que él permaneció en silencio varios minutos. Al final de ese tiempo, murmuró, con palabras que se tragó su barba colorada «vivaz como siempre, vivaz como siempre», y comenzó a atormentar a Amy Annetta, que reía como una tonta ante sus salidas, en lugar de responderlas con mordacidad, como habría hecho Ellen.

Ellen pensaba en esas cosas camino de su casa mientras saboreaba con deleite el aire iluminado por la luna y salpicado de escarcha y la nieve que crujía bajo sus pies. Ante ella se extendía Glen, con el blanco puerto más allá. Había luz en el estudio de la rectoría. De modo que John Meredith se había ido a su casa. ¿Se habría declarado a Rosemary? ¿Y cómo lo habría rechazado ella? Ellen pensó que jamás se enteraría, aunque sentía mucha curiosidad. Estaba segura de que Rosemary no le contaría nada y ella no se atrevería a preguntar. Debía contentarse con el rechazo. Después de todo, eso era lo único que importaba.

—Espero que tenga el buen sentido de venir de vez en cuando como amigo —dijo para sus adentros. Le disgustaba tanto estar sola que pensar en voz alta era una de sus estratagemas para evitar la no deseada soledad—. Es horrible no tener un hombre con algo de seso con quien poder hablar de vez en cuando. Y lo más probable es que no vuelva a pisar la casa. También está Norman Douglas, me gusta ese hombre, y me gustaría tener una buena discusión con él de vez en cuando. Pero nunca se atrevería a venir por temor a que la gente piense que me está cortejando otra vez, y por temor a que yo también lo piense, probablemente, aunque ahora para mí él es más un extraño que John Meredith. Me parece un sueño que en un tiempo hayamos podido ser novios. Pero así es, hay sólo dos hombres en Glen con los que me gustaría conversar, y por causa de los chismes y de esa idiotez del amor lo más probable es que no vuelva a verlos. Yo —agregó Ellen, dirigiéndose a las estrellas inmóviles con un énfasis despectivo—, yo podría haber hecho mejor el mundo.

Se detuvo ante su portón con una repentina y vaga sensación de alarma. Todavía había luz en la sala y, a través de las cortinas, se veía la sombra de una mujer que caminaba sin parar por la habitación. ¿Qué hacía Rosemary a esa hora de la noche? ¿Y por qué paseaba como una loca?

Ellen entró suavemente. Al abrir la puerta de la sala, Rosemary salía de la habitación. Estaba ruborizada y sin aliento. Un aire de tensión y apasionamiento la envolvía como un velo.

—¿Por qué no estás acostada, Rosemary? —preguntó.

Ellen.

—Ven aquí —dijo Rosemary con intensidad—. Quiero decirte algo.

Con calma, Ellen se quitó el abrigo y los chanclos y siguió a su hermana a la habitación cálida e iluminada por el fuego del hogar. Apoyó una mano sobre la mesa y esperó. Estaba hermosa en su estilo adusto y ceñudo. El vestido nuevo de terciopelo negro, con cola y escote en forma de uve, sentaba bien a su cuerpo

majestuoso. Llevaba al cuello un pesado collar de cuentas de ámbar que era legado familiar. La caminata al aire frío le había coloreado las mejillas de un rojo subido. Pero los acerados ojos azules eran tan helados e inflexibles como el cielo de la noche de invierno. Esperó en un silencio que Rosemary pudo romper sólo con un esfuerzo convulsivo.

—Ellen, el señor Meredith ha estado aquí.

—¿Sí?

—Y… y me ha propuesto matrimonio.

—Eso esperaba. Lo rechazaste, por supuesto.

—No.

—Rosemary —Ellen apretó los puños y dio involuntariamente un paso adelante—. ¿Me estás diciendo que has aceptado?

—No… no.

Ellen recuperó el control de sí misma.

—¿Qué hiciste entonces?

—Le… le pedí unos días para pensarlo.

—No veo la necesidad —dijo Ellen con frío desdén en la voz—, habiendo una sola respuesta que puedes darle.

Rosemary extendió las manos en gesto de súplica.

—Ellen —dijo con desesperación—, amo a John Meredith, quiero ser su esposa. ¿Me liberas de aquella promesa?

—No —dijo Ellen, despiadada, porque estaba muerta de miedo.

—Ellen… Ellen…

—Escucha —interrumpió Ellen—. Yo no te pedí que me hicieras aquella promesa. Tú te ofreciste.

—Lo sé, lo sé. Pero entonces no pensaba que algún día volvería a querer a alguien.

—Tú te ofreciste —continuó Ellen sin inmutarse—. Lo prometiste sobre *la Biblia* de nuestra madre. Fue más que una promesa, fue un juramento. Ahora quieres romperlo.

—Sólo te pido que me liberes de ella, Ellen.

—No lo haré. Una promesa, para mí, es una promesa. No lo haré. Rompe tu promesa, sé perjura si quieres, pero no será con mi consentimiento.

—Eres muy dura conmigo, Ellen.

—¡Dura contigo! ¿Y qué hay de mí? ¿Alguna vez pensaste en lo que sería mi soledad aquí si tú me dejaras? No podría soportarlo. Me volvería loca. NO puedo

vivir sola. ¿No he sido una buena hermana para ti? ¿Me he opuesto alguna vez a algún deseo tuyo? ¿No te lo he dado todo?

—Sí… sí.

—Entonces ¿por qué quieres dejarme por ese hombre al que hace un año ni siquiera habías visto?

—Le amo, Ellen.

—¡Amor! Hablas como una colegiala en lugar de hablar como una mujer adulta. Él no te ama. Quiere un ama de llaves y una gobernanta. Tú no lo amas. Quieres ser una «señora», eres otra de esas mujeres débiles que piensan que es vergonzoso ser tenida por una vieja solterona. Eso es todo lo que pasa.

Rosemary se estremeció. Ellen no podía, o no quería, comprender. No tenía sentido discutir con ella.

—¿Entonces no me dejas en libertad, Ellen?

—No, no lo hago. Y no volveré a hablar de esto. Tú hiciste una promesa y tienes que cumplir tu palabra. Eso es todo. Vete a la cama. ¡Mira la hora que es! Estás agotada y llena de fantasías. Mañana serás más sensata. Al menos, no me hables más de esto. Vete.

Rosemary salió sin decir otra palabra, pálida y desanimada. Ellen caminó impetuosamente por la habitación unos minutos más; se detuvo frente a la silla donde Saint George había dormido tranquilamente toda la velada. Una sonrisa reacia se extendió sobre su rostro sombrío. La muerte de su madre había sido la única circunstancia de su vida en que no había sido capaz de mitigar la tragedia con la comedia. Incluso cuando Norman Douglas la dejó, por decirlo de alguna manera, ella se rió de sí misma tantas veces como lloró.

—Espero caras malhumoradas, Saint George. Sí, Saint, creo que nos esperan días tormentosos. Bien, los soportaremos, George. Hemos tratado antes con niños tontos, Saint. Rosemary andará enfurruñada un tiempo pero luego se repondrá y todo será como antes, George. Ella lo prometió y tiene que mantener su promesa. Y ésta es la última palabra sobre el tema, contigo, con ella o con quien sea, Saint.

Pero Ellen permaneció despierta hasta la mañana. Sin embargo, no hubo caras malhumoradas. Rosemary estaba pálida y callada al día siguiente pero, más allá de eso, Ellen no pudo detectar ninguna diferencia en ella. No parecía guardarle rencor alguno. Había tormenta, de modo que no habló de ir a la iglesia. Por la tarde se encerró en su habitación y le escribió una nota a John Meredith. No podía confiar en sí misma para decirle no personalmente. Estaba segura de

que si él sospechaba que le decía que no en contra de su voluntad, no se conformaría y ella no podría enfrentarse a ruegos. Debía convencerlo de que no sentía nada por él y eso sólo podía hacerlo por carta. Le escribió el rechazo más rígido y frío posible. Era apenas cortés; no dejaba el menor resquicio de esperanza ni al más osado de los enamorados, y John Meredith estaba lejos de serlo. Se encerró en sí mismo, herido y mortificado, cuando al día siguiente leyó la carta de Rosemary en su polvoriento estudio. Pero por debajo de su mortificación tuvo una espantosa revelación. Él había creído que no amaba a Rosemary tan profundamente como había amado a Cecilia. Ahora que la perdía, se daba cuenta de que sí. Y sin embargo tenía que apartarla de su vida drásticamente. La vida se extendía frente a él con una espantosa monotonía. Debía seguir adelante; tenía su trabajo y sus hijos, pero el espíritu se le había ido del cuerpo. Se quedó toda la noche sentado y solo en el estudio frío, oscuro, incómodo, con la cabeza entre las manos. Encima de la colina, Rosemary tenía dolor de cabeza y se fue temprano a la cama, mientras Ellen hablaba con Saint George, que ronroneaba desdeñoso, de la tontería humana.

—¿Qué harían las mujeres si no se hubieran inventado los dolores de cabeza, Saint George? Pero no te preocupes, Saint. Miraremos para otro lado unas semanas. Admito que yo misma me siento incómoda, George. Me siento como si hubiera ahogado a un gatito. Pero ella lo prometió, Saint, y fue ella la que ofreció la promesa, George.

23. El «Club de la Buena Conducta»

Durante todo el día había estado cayendo una ligera lluvia, una delicada, hermosa lluvia de primavera que, de alguna manera, parecía susurrar sobre anémonas y violetas que revivían. El puerto, el golfo y los campos bajos de la costa habían estado envueltos en nieblas color gris perla. Pero ahora, al atardecer, la lluvia había cesado y las nieblas se movían hacia el mar. Unas nubes salpicaban el cielo sobre el puerto como entusiastas rosas. Más allá, las colinas se veían oscuras contra el pródigo esplendor de narcisos y el color rubí del cielo. Una inmensa y plateada estrella de la tarde vigilaba. Un viento enérgico, danzarín, recién nacido, soplaba desde el Valle del Arco Iris, con el olor a resina de los abetos y el musgo húmedo. Canturreaba entre los viejos abetos alrededor del cementerio y enredaba los espléndidos rizos de Faith, que estaba sentada sobre la tumba de Hezekiah Pollock, abrazando a Mary Vance y a Una. Carl y Jerry estaban sentados frente a ellas sobre otra tumba y todos rebosaban de ganas de hacer travesuras, después de haber estado todo el día encerrados.

—El aire brilla esta noche, ¿no? —comentó Faith alegremente.

Mary Vance la miró sombríamente. Sabiendo lo que ella sabía, o creía saber, Mary consideraba que Faith era demasiado frívola. Mary tenía algo en mente que debía decir y lo diría antes de irse a su casa. La señora Elliott la había enviado a la rectoría con unos huevos recién puestos diciéndole que no se quedara más de media hora. La media hora casi había pasado, de modo que Mary estiró las piernas, que tenía recogidas, y dijo, abruptamente:

—No te preocupes por el aire. Escúchame. Vosotros, críos de la rectoría, tenéis que portaros mejor que esta primavera, eso es todo lo que tengo que decir. He venido esta noche a propósito para decíroslo. Es espantoso cómo habla la gente.

—¿Y ahora qué hemos hecho? —exclamó Faith, atónita, soltando a Mary. A Una le temblaron los labios y su almita sensible se encogió dentro de ella. Mary

siempre era brutalmente franca. Jerry comenzó a silbar, haciéndose el valiente. Quería que Mary viese que a él no le importaban sus sermones. Su comportamiento no era asunto suyo. ¿Qué derecho tenía a sermonearlos por su forma de comportarse?

—¡Qué habéis hecho ahora! Lo que hacéis todo el tiempo —replicó Mary—. Apenas se termina de hablar de una de vuestras hazañas hacéis otra, y todo empieza de nuevo. A mí me parece que no tenéis idea de cómo tienen que comportarse los niños de una rectoría.

—A lo mejor tú puedes decírnoslo —sugirió Jerry, con un sarcasmo asesino.

El sarcasmo era una pérdida de tiempo con Mary.

—Yo puedo decir lo que sucederá si no aprendéis a portaros bien. La asamblea pedirá a vuestro padre que renuncie. Eso sucederá, mi querido señor Jerry Sabelotodo. Se lo dijo la señora Davis a la señora Elliott. Yo la oí. Yo siempre tengo las orejas bien abiertas cuando la señora Davis viene a tomar el té. Dice que vais de mal en peor y que, si bien es de esperar ya que no tenéis a nadie que os eduque, no se puede pedir a la congregación que lo soporte mucho tiempo más, y hay que hacer algo. Los metodistas no paran de reírse y eso lastima los sentimientos de los presbiterianos. Ella dice que necesitáis una buena dosis de tónico de abedul. Señor, si eso hiciera buena a la gente, yo tendría que ser una santa. No digo esto porque quiera herir los sentimientos. Me dais pena. —Mary era toda una maestra en el arte de la condescendencia—. Tengo entendido que no habéis tenido muchas oportunidades, siendo como son las cosas. Pero otra gente no es tan comprensiva como yo. La señorita Drew dice que Carl tenía una rana en el bolsillo el domingo pasado en la escuela dominical y que el animal se salió de un salto mientras ella escuchaba la lección. Dice que va a renunciar a la escuela. ¿Por qué no dejas tus insectos en tu casa?

—Lo guardé en seguida —exclamó Carl—. No le hizo daño a nadie, ¡una pobre ranita! Y me encantaría que esa vieja Jane Drew sí renunciara a la escuela. La odio. Su sobrino tenía una porción de tabaco sucio en el bolsillo y nos ofreció para masticar mientras el vicario Crow oraba. Eso me parece peor que una rana.

—No, porque las ranas son más inesperadas. Son más sorprendentes. Además, no lo pescaron. Y el concurso de oraciones que hicisteis la semana pasada ha sido un escándalo horrible. Todo el mundo habla de lo mismo.

—Por qué, si los Blythe también entraron —exclamó Faith, indignada—. Fue Nan Blythe la que lo sugirió, para empezar. Y Walter se llevó el premio.

—Bueno, pero el crédito es vuestro. No habría estado tan mal si no lo

hubierais hecho en el cementerio.

—Yo diría que un cementerio es un buen sitio para rezar —respondió Jerry.

—El diácono Hazard pasaba cuando tú estabas rezando —dijo Mary—, y te vio y te oyó, con las manos cruzadas sobre el estómago y gruñendo después de cada frase. Pensó que te estabas burlando de él.

—Y así era —admitió Jerry sin avergonzarse—. Pero no sabía que él iba a pasar. Fue un desagradable accidente. Yo no estaba orando en serio, sabía que no tenía la menor posibilidad de ganar el premio, así que me estaba divirtiendo como podía. Es increíble como reza Walter Blythe. Creo que puede orar tan bien como papá.

—Una es la única a la que de verdad le gusta rezar —acotó Faith, pensativa.

—Bueno, si orar escandaliza tanto a la gente, entonces no debemos hacerlo más —dijo Una.

—Caramba, podéis orar todo lo que queráis, pero no en el cementerio y no como si fuera un juego. Eso es lo que lo hizo tan perverso, eso y tomar el té sobre las tumbas.

—No hicimos eso.

—Bueno, hicisteis pompas de jabón entonces. Algo habéis hecho. La gente del otro lado del puerto dice que tomar el té, pero yo estoy dispuesta a creer en vuestra palabra. Y utilizasteis esta losa como mesa.

—Bueno, Martha no nos deja hacer pompas de jabón dentro de la casa. Aquel día estaba muy enfadada —explicó Jerry—. ¡Y esta vieja piedra es una mesa tan bonita!

—¿No eran preciosas? —exclamó Faith, con los ojos brillando ante el recuerdo—. Reflejaban los árboles, las colinas y el puerto como si fueran pequeños mundos de hadas y, cuando las sacudíamos y se soltaban, se iban volando por el Valle del Arco Iris.

—Todas menos una, que fue a estallar sobre la aguja de la iglesia metodista —señaló Carl.

—Me alegro de que lo hayamos hecho una vez, al menos, antes de averiguar que es malo —se consoló Faith.

—No habría sido nada malo soltarlas en el jardín —dijo Mary, impaciente—. Me parece que no puedo meter el menor sentido común dentro de vuestras cabezas. Se os ha dicho más de una vez que no tenéis que jugar en el cementerio. Los metodistas son susceptibles al respecto. Debéis tenerlo en cuenta.

—Nos olvidamos —confesó Faith, triste—. Y el jardín es tan pequeño y está

tan lleno de gusanos y de bichos… No podemos estar todo el tiempo en el Valle del Arco Iris… ¿adónde vamos a ir?

—Son las cosas que hacéis en el cementerio. No importaría si os quedarais sentados aquí, charlando, como estamos haciendo ahora. Bueno, yo no sé qué va a resultar de todo esto, pero sé que el vicario Warren hablará con vuestro padre. El diácono Hazard es primo suyo.

—Me gustaría que no molestaran a papá por culpa nuestra —suspiró Una.

—Bueno, la gente dice que él tendría que preocuparse más por vosotros. Yo no, yo lo entiendo. En algunas cosas es como un niño, eso es lo que es, y necesita a alguien que lo cuide tanto como vosotros. Bueno, tal vez consiga a alguien pronto, si es cierto lo que se dice.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Faith.

—¿No sabéis nada, en serio? —inquirió Mary.

—No, no. ¿De qué hablas?

—Bueno, sois muy inocentes, de verdad. Caramba, si todo el mundo está hablando de lo mismo. Vuestro padre va a visitar a Rosemary West. Ella será vuestra madrastra.

—No lo creo —sostuvo Una, poniéndose colorada.

—Ah, yo no sé. Yo repito lo que dice la gente. Yo no lo doy por hecho. Pero estaría bien. Rosemary West os haría marcar el paso si viniera aquí, estoy segura, a pesar de que parece todo dulzura y pureza. Son siempre así hasta que atrapan a los hombres. Pero, de todas formas, necesitáis a alguien que os eduque. Estáis llenando de vergüenza a vuestro padre y a mí él me da pena. Me cae muy bien desde aquella noche en que me habló. No he vuelto a decir ni una mala palabra desde entonces y no he mentido ni una sola vez. Me gustaría verlo feliz y cómodo, con los botones cosidos y comiendo como la gente, y a vosotros metidos en vereda, y a esa vieja Martha puesta en su lugar. ¡Cómo ha mirado los huevos que le he traído! «Espero que sean frescos», me dice. Yo deseé que estuvieran podridos. Pero fijaos en que os dé a cada uno un huevo en el desayuno, incluyendo a vuestro padre. Armad un buen alboroto si no os los da. Para eso los han mandado. Pero no confiéis en la vieja Martha. Es muy capaz de dárselos al gato.

Como a Mary se le cansó la lengua, un breve silencio cayó sobre el cementerio. Los niños de la rectoría no tenían ganas de hablar. Estaban digiriendo las nuevas pero no muy digeribles ideas sugeridas por Mary. Jerry y Carl estaban bastante sorprendidos. Pero, después de todo, ¿qué importaba? Y no

era probable que hubiera el menor atisbo de verdad en ellas. Faith estaba, en términos generales, contenta. Sólo Una estaba seriamente afectada. Tenía ganas de irse a llorar.

—¿Habrá alguna estrella en mi corona? —cantaba el coro metodista, que comenzaba a ensayar en la iglesia metodista.

—Yo no quiero más que tres —dijo Mary, cuyo conocimiento teológico había aumentado considerablemente desde que comenzó a vivir con la señora Elliott—. No quiero más que tres, dispuestas sobre mi cabeza, como una diadema, una grande en medio y una pequeña a cada lado.

—¿Hay distintos tamaños de almas? —preguntó Carl.

—Por supuesto. Los niños tienen que tener almas más pequeñas que los hombres. Ay, está oscureciendo y tengo que irme a casa. A la señora Elliott no le gusta que esté fuera después de oscurecer. Caramba, cuando vivía con la señora Wiley para mí la noche y el día eran la misma cosa. No me importaba más de lo que le importa a un gato. Me parece que han pasado cien años desde aquella época. Pensad en lo que os he dicho y tratad de portaros bien, por vuestro padre. Yo siempre os apoyaré y os defenderé, podéis estar seguros. La señora Elliott dice que nunca ha visto a nadie como yo, tan leal con los amigos. Incluso estuve impertinente con la señora Davis por vosotros y la señora Elliott me reprendió después. La dulce Cornelia tiene una lengua afiladísima, en serio. Pero en el fondo estaba contenta, porque ella odia a la vieja Kitty Alee y os quiere mucho. Yo sé leer los sentimientos de la gente.

Mary se fue, muy satisfecha de sí misma, dejando a sus espaldas un grupo de personitas más bien deprimido.

—Mary Vance siempre dice algo que nos hace sentir mal cuando viene —dijo Una con resentimiento.

—Ojalá la hubiéramos dejado que se muriera de hambre en el granero —añadió Jerry con resentimiento.

—Ah, eso está mal, Jerry —dijo Una.

—Ya que tenemos la fama, cardemos la lana —respondió el impenitente Jerry—. Si la gente dice que somos malos, seamos malos.

—Pero así le hacemos daño a papá —rogó Faith.

Jerry se movió con incomodidad. Adoraba a su padre. A través de la ventana sin cortinas del estudio podían ver al señor Meredith sentado a su escritorio. No parecía estar leyendo ni escribiendo. Tenía la cabeza entre las manos y había algo en su actitud que hablaba de hastío y desolación. De pronto, los niños lo

percibieron.

—Yo diría que alguien ha estado hablándole de nosotros hoy —dedujo Faith —. Cómo desearía que pudiéramos vivir sin hacer hablar a la gente. ¡Ah, Jem Blythe! ¡Me has asustado!

Jem Blythe se había deslizado dentro del cementerio y se sentó junto a las niñas. Había andado recorriendo el Valle del Arco Iris y encontrado el primer ramo, blanco como una estrella, de madroños para su madre. Los niños de la rectoría se callaron tras su llegada. Jem comenzaba a alejarse de ellos aquella primavera. Estaba estudiando para el ingreso en la Academia de la Reina y se quedaba después de clase en la escuela, con otros alumnos, para tomar lecciones extra. Tenía las tardes tan ocupadas que rara vez se reunía con los otros en el Valle del Arco Iris. Parecía ir desvaneciéndose hacia el reino de los adultos.

—¿Qué os pasa esta noche? —preguntó—. No parecéis muy divertidos.

—No mucho —admitió Faith, triste—. Tú tampoco tendrías muchas ganas de divertirte si supieras que estás llenando de vergüenza a tu padre y haciendo que la gente hable de ti.

—¿Quién está hablando de vosotros ahora?

—Todo el mundo, según Mary Vance. —Y Faith le contó sus problemas al comprensivo Jem—. Sabes que no tenemos nadie que nos eduque —dijo para concluir—. Y por eso nos metemos en líos y la gente cree que somos malos.

—¿Y por qué no os educáis vosotros mismos? —sugirió Jem—. Os voy a decir lo que podéis hacer. Formad el Club de la Buena Conducta y castigaos cada vez que hagáis algo incorrecto.

—Ésa es una buena idea —aprobó Faith, impresionada—. Pero —agregó, dudosa— hay cosas que a nosotros no nos parecen malas y son espantosas para otras personas. ¿Cómo podemos darnos cuenta? No podemos estar molestando a papá todo el tiempo, y él tiene que salir mucho, además.

—Os daréis cuenta casi siempre si, antes de hacer cualquier cosa, os preguntáis qué diría la congregación al respecto —indicó Jem—. El problema es que hacéis las cosas sin pensar. Mamá dice que sois muy impulsivos, como era ella. El Club de la Buena Conducta os ayudará a pensar si sois justos y honestos para castigaros cuando rompáis las reglas. Tendréis que castigaros de alguna manera que os duela, de lo contrario no serviría de nada.

—¿Azotarnos?

—No exactamente. Tendréis que pensar en diferentes castigos, adecuados a cada uno. No debéis castigaros unos a otros, sino a vosotros mismos. Leí algo de

un club así en un libro de cuentos. Intentadlo a ver qué resulta.

—Hagámoslo —instó Faith, y cuando Jem se hubo ido acordaron que lo harían—. Si las cosas no están bien, nosotros tenemos que corregirlas —reconoció Faith con decisión.

—Debemos ser justos y honestos, como dice Jem —apoyó Jerry—. Éste es un club para educarnos, ya que no hay nadie más para hacerlo. No tiene sentido tener demasiadas reglas. Tengamos una sola y cada uno de nosotros que la quiebre deberá ser castigado con severidad.

—Pero ¿cómo?

—Eso lo pensaremos a medida que avancemos. Tendremos una sesión del club en el cementerio todas las noches y hablaremos de lo que hayamos hecho durante el día; si pensamos que hemos hecho algo incorrecto o que avergonzará a papá, el que lo haya hecho, o que sea responsable por lo hecho, debe ser castigado. Ésa es la regla. Todos decidiremos el tipo de castigo, que debe ser apropiado al delito, como dice el señor Flagg. Y el culpable lo llevará a cabo sin protestar. Será divertido —dijo Jerry para terminar.

—Tú sugeriste que hiciéramos pompas de jabón —acusó Faith.

—Pero eso fue antes de que formáramos el club —se apresuró a decir Jerry—. Empezamos a partir de esta noche.

—Pero ¿y si no podemos estar de acuerdo sobre qué es lo correcto, o sobre cuál debe ser el castigo? Supongamos que dos de nosotros pensamos una cosa y los otros dos otra distinta. Tendría que haber cinco en un club como éste.

—Podemos pedirle a Jem Blythe que sea arbitro. Es el muchacho más recto de Glen St. Mary. Pero creo que vamos a poder arreglarnos solos en la mayoría de los casos. Tenemos que mantener esto en secreto. No digáis ni media palabra a Mary Vance. Querría entrar al club para educarnos.

—Yo creo —opinó Faith— que no tiene sentido estropear todos los días con los castigos. Tengamos un día dedicado a los castigos.

—Mejor elijamos el sábado, que no hay escuela —sugirió Una.

—¡Y estropear el único día libre de toda la semana! —exclamó Faith—. ¡De ninguna manera! No, elijamos el viernes. Es el día en que comemos pescado, y todos odiamos el pescado. Así tendremos todas las cosas desagradables en un solo día. Los otros días podemos divertirnos.

—Tonterías —se opuso Jerry con autoridad—. Un plan así no funcionaría nunca. Nos castigaremos a medida que vayan sucediendo las cosas para mantenernos siempre al día. Ahora bien, todos lo hemos entendido bien, ¿no es

así? Éste es un Club de Buena Conducta cuyo propósito es educarnos. Estamos de acuerdo en castigarnos por mala conducta y detenernos siempre, antes de hacer algo, no importa qué, y preguntarnos si puede llegar a perjudicar a papá en algo, y el que quiera eludir su responsabilidad será expulsado del club y no podrá jugar más con el resto en el Valle del Arco Iris. Jem Blythe será el arbitro en caso de diferencias. Basta de llevar bichos a la escuela dominical, Carl, y basta de mascar goma en público, por favor, señorita Faith.

—Basta de burlarse de los vicarios orando o yendo a la reunión de oración de los metodistas —replicó Faith.

—No es nada malo ir a la reunión de oración de los metodistas —rezongó Jerry, azorado.

—La señorita Cornelia dice que sí. Dice que los niños de la rectoría no tienen por qué ir a ningún lado que no sea presbiteriano.

—Diablos, no voy a dejar de ir a las reuniones de oración de los metodistas —exclamó Jerry—. Son diez veces más divertidas que las nuestras.

—Has dicho una palabra que no debes —exclamó Faith—. Bien, tienes que castigarte.

—No hasta que esté todo por escrito. Sólo estamos hablando del club. No estará fundado hasta que lo tengamos todo por escrito y hayamos firmado. Tiene que haber una constitución y estatuto. Y tú sabes que no tiene nada malo ir a reuniones de oración.

—Pero no es sólo por las cosas malas por lo que debemos castigarnos, sino por cualquier cosa que pueda dañar a papá.

—No hace daño a nadie. Tú sabes que la señora Elliott es una fanática con el tema de los metodistas. Nadie más se molesta porque yo vaya. Siempre me porto bien. Preguntadle a Jem o a la señora Blythe, a ver qué dicen. Me atendré a su opinión. Ahora voy a buscar papel, sacaré la lámpara y firmaremos todos.

Quince minutos después firmaban solemnemente el documento sobre la tumba de Hezekiah Pollock, en el centro de la cual se apoyaba la humeante lámpara de la rectoría, con los niños arrodillados a su alrededor. La esposa del vicario Clow pasó por allí en aquel momento y al día siguiente todo Glen se enteró de que los niños de la rectoría habían celebrado otro concurso de oraciones y lo habían coronado corriéndose unos a otros con una lámpara. Ese adorno a la historia fue tal vez sugerido por el hecho de que, después de terminar con las firmas y los sellos, Carl cogió la lámpara y se dirigió muy circunspecto hasta la pequeña depresión para observar su hormiguero. Los otros se habían ido

muy calladitos a la cama.

—¿Crees que es cierto que papá se va a casar con la señorita West? —preguntó Una a Faith tras decir sus oraciones.

—No lo sé, pero a mí me gustaría —contestó Faith.

—Ay, a mí no —dijo Una—. Ella es buena ahora. Pero Mary Vance dice que cuando las personas se hacen madrastra, cambian completamente. Se vuelven malas, mezquinas y odiosas, y ponen a los padres en contra de los hijos. Dice que hacen eso siempre. Dice que nunca vio que fallara, en ningún caso.

—No creo que la señorita West tratara de hacerlo —exclamó Faith.

—Mary dice que cualquiera lo haría. Ella sabe muchísimo de madrastras, Faith, dice que ha visto cientos de madrastras y tú nunca has visto ni una. Ay, Mary me ha contado cosas espeluznantes sobre ellas. Dice que conoció a una que azotaba a las hijas de su marido en la espalda desnuda hasta hacerles sangre y después las encerraba en un sótano de carbón oscuro y frío toda la noche. Dice que les encanta hacer cosas así.

—Yo no creo que la señorita West quisiera hacer eso. Tú no la conoces tan bien como yo, Una. Piensa en ese precioso pajarito que me mandó. Lo quiero mucho más que a Adam.

—Es que cuando son madrastras cambian; Mary dice que no lo pueden evitar. A mí no me importaría tanto que me azotara, pero no podría soportar que papá nos odiara.

—Sabes que nada podría hacer que papá nos odiara. No seas tonta, Una. Yo te diría que no hay nada de qué preocuparse. Lo más probable es que si llevamos bien nuestro club y nos educamos como corresponde, papá ni siquiera piense en casarse con nadie. Y si se casa, la señorita West será buena con nosotros.

Pero Una no estaba tan convencida y se quedó dormida llorando.

24. Un impulso caritativo

Durante dos semanas todo transcurrió bien en el Club de la Buena Conducta. Parecía funcionar a las mil maravillas. Ni una vez hubo que acudir a Jem Blythe para que hiciera de árbitro. Ni una sola vez los niños de la rectoría pusieron en movimiento los chismes de Glen. En cuanto a sus pequeñas travesuras en casa, se vigilaban de cerca entre ellos y honestamente se sometían a los castigos autoimpuestos, generalmente una ausencia voluntaria a una divertida velada en el Valle del Arco Iris o una forzada estancia en la cama un atardecer de primavera, cuando anhelaban estar al aire libre. Faith se condenó a sí misma, por susurrar en la escuela dominical, a pasar todo el día sin hablar ni una palabra a menos que fuera absolutamente necesario, y lo logró. Fue una pena que el señor Baker, del otro lado del puerto, hubiera elegido aquel día para ir de visita a la rectoría y que Faith fuera la que le abrió la puerta. Ni una palabra respondió a su jovial saludo; se fue en silencio a llamar a su padre con el mínimo de palabras posible. El señor Baker se sintió algo ofendido y le dijo a su esposa cuando llegó a su casa que la mayor de las Meredith parecía muy tímida y ni siquiera tenía modales para contestar cuando se le dirigía la palabra. Pero las cosas no fueron más lejos y, en términos generales, sus castigos no causaron perjuicio alguno, ni a ellos ni a nadie más. Todos comenzaron a convencerse de que, después de todo, era muy fácil educarse a uno mismo.

—Espero que la gente se dé cuenta pronto de que podemos portarnos tan bien como cualquiera —dijo Faith, llena de júbilo—. No es difícil cuando uno se lo propone.

Una y ella estaban sobre la tumba de Pollock. Había sido un día muy frío y lluvioso con una tormenta de primavera y el Valle del Arco Iris estaba fuera de consideración para las chicas, aunque los varones de la rectoría y de Ingleside habían ido allí a pescar. La lluvia había cesado, pero el viento del este soplaba sin misericordia desde el mar. La primavera llegaba tarde a pesar de su temprana

promesa y todavía quedaba una capa de nieve dura y hielo en el extremo norte del cementerio. Lida Marsh, que había ido a llevarles unos arenques, abrió el portón y entró temblando. Pertenecía a la aldea de pescadores de la boca del puerto y, desde hacía treinta años, su padre tenía la costumbre de enviar a la rectoría unos cuantos arenques de la primera redada de la primavera. Jamás pisaba una iglesia y era un hombre bebedor y temerario, pero mientras enviara esos arenques a la rectoría todas las primaveras, como había hecho su padre antes que él, estaba tranquilamente seguro de que su cuenta con *El Más Allá* estaba al día. No habría esperado una buena jornada de pesca si no hubiera enviado los primeros frutos de la temporada.

Lida era una chiquilla de diez años y parecía menor porque era muy pequeñita y delgada. Aquella noche, al aproximarse sin timidez a las niñas de la rectoría, parecía que nunca hubiera sentido otra cosa que frío en toda su vida. Tenía la cara morada y los valientes ojitos celestes estaban rojos y acuosos. Tenía puesto un harapiento vestido estampado y un andrajoso chal de lana cruzado por los hombros y atado por debajo de los brazos. Había caminado descalza los cinco kilómetros desde la boca del puerto por un camino donde aún había nieve, agua y barro. Tenía los pies y las piernas tan morados como la cara. Pero no le importaba mucho. Estaba acostumbrada a tener frío y ya hacía un mes que andaba descalza, como todos los chiquillos de la aldea de pescadores. No había autocompasión en su corazón cuando se sentó sobre la tumba y dirigió una afable sonrisa a Faith y a Una. Faith y Una le devolvieron una sonrisa igualmente afable. Conocían a Lida de vista, de haberla visto una o dos veces el verano anterior cuando fueron al puerto con los Blythe.

—¡Hola! —dijo Lida—. ¿No es una mala noche? Ni los perros han salido hoy.

—¿Entonces por qué has salido tú? —preguntó Faith.

—Mi padre me dijo que os trajera unos arenques —respondió Lida. Se estremeció, tosió y estiró los pies descalzos. Lida no pensaba en sí misma ni en sus pies, y no estaba pidiendo compasión. Levantó los pies instintivamente para alejarlos de la hierba mojada que rodeaba la tumba. Pero Faith y Una se vieron sacudidas por una oleada de compasión por ella. Se la veía con tanto frío, tan pobre…

—¡Ah! ¿Por qué andas descalza en una noche tan fría? —exclamó Faith—. Tendrás los pies congelados.

—Casi —admitió Lida con orgullo—. Os digo que ha sido espantoso

caminar por ese camino del puerto.

—¿Por qué no te pusiste medias y zapatos? —preguntó Una.

—Porque no tengo. Los que tenía los gasté en el invierno —contestó Lida con indiferencia.

Por un momento, Faith quedó paralizada de horror. Eso era espantoso. Ahí estaba esa niña, casi una vecina, medio congelada porque no tenía ni medias ni zapatos en esta cruel primavera. La impulsiva Faith no pensó más que en el horror de la situación. Al instante se quitaba las medias y los zapatos.

—Toma, póntelo en seguida —dijo, poniéndoselos a la fuerza entre las manos a la asombrada Lida—. Rápido. Te vas a morir de frío. Yo tengo otros. Póntelos.

Recobrándose de la sorpresa, Lida se apoderó del regalo que le ofrecían con un brillo en los ojos opacos. Claro que se los pondría, y a toda velocidad, antes de que apareciera alguien con autoridad suficiente como para reclamarlos. En un minuto se había puesto las medias en las piernas flacas y había deslizado los zapatos de Faith sobre sus gruesos tobillitos.

—Te quedo muy agradecida —manifestó—, pero ¿no se enfadará tu familia?

—No, y no me importa que se enfaden —declaró Faith—. ¿Piensas que soy capaz de ver a alguien muriéndose de frío y no ayudarlo si puedo? No sería correcto, en especial siendo pastor mi padre.

—¿Querrás que te los devuelva? Hace muchísimo frío en el puerto, después de que aquí arriba hace calor —dijo Lida astutamente.

—No, quédatelos, por supuesto. Ésa fue mi intención al regalártelos. Tengo otro par de zapatos y muchas medias.

Lida había pensado quedarse un rato charlando con las chicas de muchas cosas. Pero ahora pensó que sería mejor irse antes de que viniera alguien y la obligara a devolver el botín. De manera que se retiró en medio del helado crepúsculo tan silenciosa y oscuramente como había llegado. Apenas estuvo fuera del alcance de la rectoría se sentó, se quitó medias y zapatos y los puso en la canasta de los arenques. No tenía intenciones de dejárselos puestos por el sucio camino del puerto. Los cuidaría para ocasiones especiales. Ninguna otra niña del puerto tenía unas medias negras de lana tan bonitas ni zapatos tan elegantes, casi nuevos. Lida estaba equipada para el verano. No tenía remordimiento alguno. A sus ojos, los de la rectoría eran fabulosamente ricos, y sin duda esas niñas tenían cantidades de medias y zapatos. Entonces corrió hasta el pueblo de Glen y jugó durante una hora con los varones frente a la tienda del

señor Flagg, chapoteando en un charco de barro con los más traviesos, hasta que la señora Flagg apareció y le dijo que se fuera a casa.

—Faith, creo que no tendrías que haber hecho eso —le reprochó Una cuando se quedaron solas—. Tendrás que ponerte las botas buenas todos los días y se te romperán en seguida.

—No me importa —exclamó Faith, aún envuelta en el delicioso calor de haber sido bondadosa con un semejante—. No es justo que yo tenga dos pares de zapatos y la pobre Lida Marsh no tenga ninguno. Ahora las dos tenemos un par. Sabes perfectamente bien, Una, que papá dijo en el sermón del domingo pasado que no hay verdadera felicidad en conseguir o tener, sólo en dar. Y es cierto, yo me siento mucho más feliz ahora que en toda mi vida. Piensa en la pobre Lida caminando hasta su casa en estos precisos instantes con los pies calentitos y abrigados.

—Sabes que no tienes otro par de medias de lana —insistió Una—. El otro que tenías estaba tan lleno de agujeros que la tía Martha dijo que no podía coserlas y les cortó las piernas para usarlas de trapo. No tienes más que esos dos pares de medias de rayas que detestas.

Todo el delicioso calor y la exaltación de Faith se desvanecieron en la nada. Su alegría se desmoronó como un globo pinchado. Permaneció unos terribles minutos en silencio, enfrentada a las consecuencias de su apresurado acto.

—Ay, Una, no lo pensé —dijo, triste—. No se me ocurrió.

Las medias de rayas eran unas gruesas y ordinarias medias azules y rojas que la tía Martha había tejido para Faith en invierno. Eran sin duda alguna espantosas. Faith las detestaba como nunca en su vida había detestado nada. No pensaba ponérselas. Estaban todavía sin estrenar en el cajón de su cómoda.

—Ahora tendrás que ponerte las medias de rayas —continuó Una—. Piensa en cómo se reirán de ti los chicos de la escuela. Recuerda cómo se reían de Mamie Warren por sus medias rayadas y le gritaban poste de barbería, y las tuyas son mucho peores.

—No me las pondré. Prefiero ir sin medias por mucho frío que haga.

—No puedes ir sin medias a la iglesia mañana. Piensa en lo que dirá la gente.

—Entonces me quedaré en casa.

—No puedes. Sabes muy bien que la tía Martha te obligará a ir.

Faith lo sabía. Lo único en lo que la tía Martha se molestaba en insistir era que todos debían ir a la iglesia, lloviera o tronara. Cómo iban vestidos, o si iban vestidos o no, poco le preocupaba. Pero debían ir. Así había sido criada la tía

Martha hacía setenta años y así iba a criarlos a ellos.

—¿No tienes un par para prestarme, Una? —preguntó la pobre Faith lastimosamente. Una negó con la cabeza.

—No, sabes que sólo tengo el par negro. Y me quedan tan apretadas que apenas puedo ponérmelas yo. A ti no te entrarían. Y las grises tampoco. Además, las grises tienen las piernas cosidas una y otra vez.

—No me voy a poner las medias rayadas —dijo Faith con obstinación—. Al tacto son peores que a la vista. Me hacen sentir como si tuviera las piernas gordas como barriles, y pican mucho.

—Bien, no sé qué vas a hacer.

—Si estuviera papá en casa le pediría que me comprara un par nuevo antes de que cierre la tienda. Pero no volverá hasta muy tarde. El lunes se las pediré y mañana no iré a la iglesia. Me voy a hacer la enferma y la tía Martha tendrá que dejar que me quede en casa.

—Eso sería mentir, Faith —exclamó Una—. No puedes hacerlo. Sabes que sería horrible. ¿Qué diría papá si se enterara? ¿Te acuerdas de cómo nos habló después de la muerte de mamá y nos dijo que teníamos que decir la verdad siempre, aunque hiciéramos mal otras cosas? Dijo que jamás debíamos mentir, ni con palabras ni con acciones, que él confiaba en nosotros. No puedes hacerlo, Faith. Ponte las medias de rayas. Sólo será una vez. Nadie se va a dar cuenta en la iglesia. No es como en la escuela. Y tu nuevo vestido marrón es tan largo que las medias apenas se verán. ¿No fue una suerte que la tía Martha lo hiciera tan grande, para que te durara más, aunque tú lo detestabas cuando lo terminó?

—No me voy a poner esas medias —repitió Faith. Estiró las blancas piernas desnudas, se levantó de la tumba y deliberadamente se puso a caminar sobre la hierba fría y mojada hasta donde estaba la nieve, donde se paró, apretando los dientes, y se quedó allí.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Una, espantada—. Te pondrás enferma, Faith Meredith.

—Es lo que quiero —respondió Faith—. Espero resfriarme y estar muy enferma mañana. Entonces lo mío no será mentira. Voy a quedarme aquí de pie hasta que no pueda soportarlo más.

—Pero, Faith, te puedes morir. Puedes coger una neumonía. Por favor, Faith. Entremos en la casa y te pones algo en los pies. Ah, ahí viene Jerry. Gracias al cielo. Jerry, haz que Faith salga de esa nieve. Mírale los pies…

—¡Cielo santo! Faith, ¿qué haces? —preguntó Jerry—. ¿Estás loca?

—Quiero ponerme enferma. No me estoy castigando. Vete.

—¿Dónde dejó los zapatos y las medias? —preguntó Jerry a Una.

—Se los regaló a Lida Marsh.

—¿A Lida Marsh? ¿Por qué?

—Porque Lida no tenía y se le congelaban los pies. Y ahora quiere ponerse enferma para no tener que ir a la iglesia mañana con las medias rayadas. Pero se va a morir, Jerry.

—Faith —advirtió Jerry—, sal inmediatamente de esa nieve o te saco yo.

—Atrévete —lo desafió Faith.

Jerry, de un salto, estuvo junto a ella y la cogió de los brazos. Él tiraba para un lado y Faith para el otro. Una corrió detrás de Faith y empezó a empujarla. Faith gritaba a Jerry para que la dejara tranquila. Jerry le gritaba que no fuera tan idiota y Una lloraba. El escándalo que armaron fue grande y estaban cerca del cerco del cementerio. Henry Warren y su esposa, que pasaban por allí, los oyeron y los vieron. Pronto todo Glen se enteró de que los niños de la rectoría habían tenido una pelea terrible en el cementerio y en el correr de la misma habían usado un vocabulario sumamente impropio. Entretanto, Faith se había dejado apartar del hielo porque le dolían tanto los pies que, de todas maneras, estaba dispuesta a salir sola. Los tres entraron en la casa reconciliados y se fueron a la cama. Faith durmió como un querubín y se despertó por la mañana sin la menor secuela del frío pasado. No podía simular estar enferma y mentir después de recordar aquella charla de hacía tanto con su padre. Pero seguía tan decidida como al principio a no ponerse aquellas horribles medias para ir a la iglesia.

25. Otro escándalo y otra explicación

Faith llegó temprano a la escuela dominical y se sentó en el banco de su clase antes de que viniera nadie. Por lo tanto, la terrible verdad no fue evidente para nadie hasta que, después de la clase, Faith se dirigió al banco de la rectoría. La iglesia estaba ya medio llena y todos los que estaban sentados cerca del pasillo vieron que la hija del pastor tenía puestas las botas pero ¡iba sin medias!

El nuevo vestido marrón de Faith, que la tía Martha había hecho con un patrón viejo, era absurdamente largo para ella, pero incluso así no le llegaba al borde de las botas. Se veían claramente cinco centímetros de blanca pierna.

Faith y Carl se sentaron solos en el banco de la rectoría. Jerry estaba en la galería con un compañero y las chicas Blythe se habían llevado a Una. A los niños Meredith les gustaba sentarse por toda la iglesia y a mucha gente eso le parecía impropio, sobre todo la galería, donde se juntaban los muchachos irresponsables que susurraban y, según se sospechaba, mascaban tabaco durante el servicio; no era lugar para un hijo de la rectoría. Pero Jerry odiaba el banco de la rectoría, en la primera fila de la iglesia, bajo los ojos del vicario Clow y su familia. Se escapaba siempre que podía. Carl, absorto en la observación de una araña que tejía su tela en la ventana, no se fijó en las piernas de su hermana. Después de la iglesia, Faith se fue caminando a casa con su padre, que en ningún momento se dio cuenta tampoco. Faith se puso las odiadas medias antes de que llegaran Jerry y Una, de modo que por el momento ninguno de los ocupantes de la rectoría supo lo que había hecho. Pero nadie más de Glen St. Mary lo ignoraba. No hubo otro tema de conversación en el camino de regreso a casa después de la iglesia. La señora Davis dijo que era de esperar y que pronto se vería a algunos de esos niños yendo a la iglesia sin nada de ropa. La presidenta de la Asociación de Damas de Beneficencia decidió que llevaría el tema a la siguiente reunión de la Asociación y sugeriría que fueran en conjunto a presentar su protesta al pastor. La señorita Cornelia dijo que ella, por su parte, se rendía.

Ya no tenía sentido preocuparse por los chicos de la rectoría. Hasta la esposa del doctor Blythe se impresionó, aunque atribuyó el suceso a un olvido de Faith. Susan no pudo ponerse de inmediato a tejerle un par de medias porque era domingo, pero tuvo un par listo a la mañana siguiente, antes de que se hubiera levantado nadie.

—No me diga que no ha sido culpa de la vieja Martha, mi querida señora —le dijo a Ana—. Supongo que esa pobre niñita no tenía ningún par decente de medias para ponerse. Supongo que todas las medias que tiene están llenas de agujeros, como usted bien sabe que están. Y pienso, mi querida señora, que la Asociación de Damas de Beneficencia haría mejor en tejerles algunos pares antes que pelear por la nueva alfombra para la plataforma del púlpito. No pertenezco a la Asociación, pero le voy a tejer a Faith dos pares de medias con esa preciosa lana negra con toda la rapidez que me den los dedos, y eso se lo aseguro. Jamás olvidaré lo que sentí, mi querida señora, al ver a la hija de un pastor caminando por el pasillo de nuestra iglesia sin medias. De verdad que no supe ni para dónde mirar.

—Y además ayer, que la iglesia estaba llena de metodistas —gimió la señorita Cornelia, que había ido a Glen a hacer algunas compras y corrió a Ingleside a hablar del asunto—. Yo no sé cómo funciona, pero basta que esos chicos de la rectoría hagan algo especialmente espantoso para que la iglesia esté llena de metodistas. Creí que a la esposa del diácono Hazard se le iban a salir los ojos de las órbitas. Cuando salió de la iglesia dijo: «Bueno, esa exhibición fue casi una indecencia. Realmente, los presbiterianos me dan pena». Y nosotros tuvimos que tragárnoslo. No podíamos decir nada.

—Hay algo que yo podría haberle dicho, mi querida señora, si la hubiera oído —dijo Susan sombríamente—. Le habría dicho, por ejemplo, que en mi opinión las piernas desnudas son tan decentes como los agujeros. Y le habría dicho, por ejemplo, que los presbiterianos no necesitan de tanta lástima ya que tienen un pastor que sabe predicar, mientras que los metodistas no. Habría hecho callar a la esposa del diácono Hazard, mi querida señora, de eso puede estar segura.

—Yo desearía que el señor Meredith no predicara tan bien pero cuidara un poco más a su familia —respondió la señorita Cornelia—. Al menos podría dirigir una mirada a sus hijos antes de salir para la iglesia y ver si están apropiadamente vestidos. Estoy cansada de pedir excusas por él, ¡pueden creerme!

Entretanto, el alma de Faith estaba siendo atormentada en el Valle del Arco Iris. Mary Vance estaba allí y, como siempre, con ánimo sermoneador. Le dio a entender que había llenado de vergüenza, a ella y a su padre, más allá de toda redención posible, y que ella, Mary Vance, había terminado sus relaciones con ella. «Todo el mundo» estaba hablando y «todo el mundo» decía lo mismo.

—Sencillamente siento que ya no puedo juntarme contigo —finalizó.

—Pues nos juntaremos nosotros —exclamó Nan Blythe. Secretamente, Nan pensaba que Faith había hecho algo muy malo, pero no iba a permitir que Mary Vance manejara las cosas con semejante altanería—. Y si no vas a juntarte con ella, no tienes por qué volver más al Valle del Arco Iris, señorita Vance.

Nan y Di pasaron el brazo a Faith por la cintura y miraron a Mary desafiantes. Ésta súbitamente se amilanó, se sentó sobre un tronco y se puso a llorar.

—No es que no quiera —gimió—. Pero si sigo juntándome con Faith la gente va a decir que yo la instigo a hacer esas cosas. Algunos ya lo están diciendo, por mi vida. No puedo permitir que se digan esas cosas de mí ahora que estoy en un lugar respetable y que trato de ser una señorita. Y yo no he ido nunca a la iglesia con las piernas desnudas, ni en mis peores épocas. Nunca se me hubiera ocurrido hacer semejante cosa. Pero esa odiosa Kitty Alee dice que Faith no ha vuelto a ser la misma de antes desde que yo estuve viviendo en la rectoría. Dice que Cornelia Elliott va a ver el día en que se arrepienta de haberme recibido. Hiere mis sentimientos. Pero es por el señor Meredith por quien yo me preocupo.

—Yo creo que no tienes por qué preocuparte por él —dijo Di con desdén—. No es necesario. Vamos, Faith querida, deja de llorar y cuéntanos por qué lo hiciste.

Faith lo explicó entre lágrimas. Las niñas Blythe la comprendieron y hasta Mary Vance dijo que era una posición muy difícil. Pero Jerry, para quien todo el asunto fue como un rayo, se negaba a dejarse tranquilizar. ¡De modo que era eso a lo que se referían algunas misteriosas indirectas que le habían hecho ese día en la escuela! Se llevó a Una y a Faith a casa sin ninguna ceremonia y el Club de la Buena Conducta celebró una reunión urgente en el cementerio para juzgar el caso de Faith.

—Yo no veo qué mal hubo —se defendió Faith, desafiante—. No se me veía casi nada de pierna. No fue nada malo y no le hizo daño a nadie.

—Le hará daño a papá. Lo sabes. Sabes que la gente le echará la culpa cada

vez que hagamos algo raro.

—No lo pensé —murmuró Faith.

—Ése es precisamente el problema. No lo pensaste y tendrías que haberlo pensado. Para eso es nuestro club, para educarnos y hacernos pensar. Prometimos que siempre nos detendríamos a pensar antes de hacer algo. Tú no lo hiciste y tienes que ser castigada, Faith, y severamente. Como castigo irás a la escuela una semana entera con las medias de rayas.

—Ay, Jerry, ¿no alcanza con uno o dos días? ¡Una semana entera no!

—Sí, una semana entera —dijo el inexorable Jerry—. Es justo, pregúntale a Jem Blythe si no le parece justo.

Faith sintió que prefería rendirse a preguntarle semejante cosa a Jem Blythe. Comenzaba a tomar conciencia de que su ofensa había sido vergonzosa.

—Entonces lo haré —balbuceó, algo enfurruñada.

—Te ha salido barato —comentó Jerry con severidad—. Y no importa cómo te castiguemos; eso no ayudará a papá. La gente siempre pensará que lo hiciste por hacer una travesura y responsabilizarán a papá por no habértelo impedido. Nunca podremos explicárselo a todo el mundo.

Ese aspecto del caso quedó rondando la cabeza de Faith. Podía soportar su propia condena, pero la atormentaba que culparan a su padre. Si la gente supiera los hechos reales del caso, no lo culparían a él. Pero ¿cómo podría hacérselo saber a todo el mundo? Ponerse de pie en la iglesia, como hizo una vez, y explicar el asunto estaba fuera de consideración. Se había enterado por Mary Vance de lo que había opinado la congregación de aquello y se dio cuenta de que no debía repetirlo. Se preocupó media semana por el problema. Entonces tuvo una inspiración, y de inmediato actuó en consecuencia. Se pasó un atardecer en la buhardilla, con una lámpara y un cuaderno de ejercicios, escribiendo sin parar, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes. ¡Era exactamente eso! ¡Qué inteligente de su parte que se le hubiera ocurrido! Arreglaría todo y lo explicaría sin provocar ningún escándalo. Eran las once de la noche cuando terminó y bajó a la cama, terriblemente cansada pero absolutamente feliz y satisfecha.

A los pocos días, el pequeño semanario publicado en Glen con el nombre *The Journal* salió como de costumbre, y Glen tuvo otra noticia sensacional. Una carta firmada «Faith Meredith» ocupaba un lugar prominente en la primera página y decía lo siguiente:

A QUIEN CORRESPONDA:

Quiero explicarles a todos por qué fui a la iglesia sin medias, para que todos sepan que papá no tuvo ninguna culpa y las chismosas no digan que la tuvo, porque no es cierto. Le di mi único par de medias negras a Lida Marsh porque ella no tenía y tenía los piececitos helados y a mí me dio mucha lástima. Ningún niño tendría que andar sin medias y zapatos en una comunidad cristiana antes de que se haya ido toda la nieve y yo creo que la Asociación de Beneficencia y la WFMS tendrían que haberle dado medias. Yo sé, claro, que están mandando cosas a los niñitos paganos y eso está muy bien y es bueno. Pero los niñitos paganos tienen muchos más meses de calor que nosotros y pienso que las señoras de nuestra iglesia tendrían que cuidar a Lida y no dejar todo en mis manos. Cuando le di mis medias me olvidé de que eran el único par negro que tenía sin agujeros, pero me alegro de habérselas dado, porque me habría remordido la conciencia si no lo hubiera hecho. Cuando ella ya se había ido, tan orgullosa y feliz, pobrecita, me acordé de que lo único que podía usar eran unas espantosas medias rojas y azules que la tía Martha me tejió el invierno pasado con una lana que nos envió la señora Burr de Upper Glen. Era una lana muy ordinaria, llena de nudos, y yo nunca vi a ninguno de los niños de la señora Burr con cosas hechas con esa lana. Pero Mary Vance dice que la señora Burr le da al pastor lo que ella no puede utilizar ni comer y piensa que eso tiene que considerarse como parte del salario que su esposo se ha comprometido a pagar pero nunca paga. Yo no podía ponerme esas medias tan horribles. Eran feas, ásperas y picaban. Todo el mundo se habría reído de mí. Al principio pensé hacerme la enferma para no ir a la iglesia al día siguiente, pero decidí que no podía hacer eso porque sería mentir y papá nos dijo después de la muerte de mamá que eso era algo que no debíamos hacer. Mentir es malo, aunque yo conozco a algunas personas de aquí, de Glen mismo, que las dicen y parece que nunca sienten remordimientos. No voy a dar ningún nombre, pero yo sé quiénes son y papá también. Después hice lo posible por resfriarme y caer enferma de verdad, y para eso me puse sobre la nieve en el cementerio metodista, descalza, hasta que Jerry me sacó. Pero no me hizo nada y no me salvé de ir a la iglesia. Entonces decidí ponerme las botas e irme así. No veo por qué fue algo

tan malo; tuve mucho cuidado de lavarme las piernas y dejarlas tan limpitas como la cara, pero el asunto es que papá no tuvo nada que ver. Él estaba en el estudio pensando en su sermón y otras cosas celestiales y yo lo evité hasta que fui a la escuela dominical. Papá no mira las piernas a las personas en la iglesia y por eso no se fijó en las mías, pero los chismosos sí, y hablaron. Por eso escribo esta carta al *Journal*, para dar una explicación. Supongo que hice algo muy malo, ya que todo el mundo lo dice, y lo lamento. Estoy poniéndome esas medias tan horribles para castigarme, aunque papá me compró dos preciosos pares negros nuevos apenas abrió la tienda del señor Flagg el lunes. Pero fue todo culpa mía y los que le echen la culpa a mi padre después de leer esto no son cristianos, así que no me importa lo que digan. Hay otra cosa que quiero explicar antes de terminar. Mary Vance me dijo que el señor Even Boyd echa la culpa a los hijos de Lew Baxter de haberle robado patatas de su campo el otoño pasado. Los Baxter son muy pobres, pero son honestos. Fuimos nosotros: Jerry, Carl y yo. Una no estuvo con nosotros ese día. No se nos ocurrió que fuera robar. Sólo queríamos unas patatas para cocinarlas con la trucha frita en una fogata en el Valle del Arco Iris. El campo del señor Boyd era el más cercano, justo entre el valle y el pueblo, así que saltamos el cerco y cogimos unas cuantas patatas. Eran muy pequeñas, porque el señor Boyd no les había puesto suficiente fertilizante, y tuvimos que arrancar muchas, que no eran más grandes que bolitas. Walter y Di Blythe comieron con nosotros, pero vinieron cuando ya las teníamos cocinadas y no sabían de dónde las habíamos sacado, así que no tienen ninguna culpa. No tuvimos intención de hacer ningún daño, pero si fue robo, lo lamentamos mucho y se las pagaremos al señor Boyd si puede esperar a que seamos grandes. Ahora no tenemos dinero porque no somos grandes como para ganarnos la vida y la tía Martha dice que mantener esta casa se lleva cada centavo del pobre salario de papá, incluso cuando es pagado con regularidad —lo cual no ocurre a menudo —. Pero el señor Boyd no debe echar la culpa a los hijos de Lew Baxter, que son inocentes, y hacerles un mal nombre. Sin otro particular.

26. La señorita Cornelia adopta otro punto de vista

—Susan, cuando esté muerta voy a regresar a la Tierra cada vez que renazcan los narcisos del jardín —manifestó Ana con embeleso—. Aunque nadie me vea, aquí estaré. Aunque no haya nadie en el jardín en ese momento, verá cómo los narcisos asienten, como si una brisa hubiera pasado entre ellos, pero seré yo.

—Realmente, mi querida señora, no va a pensar en cosas mundanas como los narcisos cuando esté muerta —dijo Susan—. Y no creo en fantasmas, visibles o invisibles.

—¡Ah, Susan, yo no seré un fantasma! Seré yo, nada más. Y correré a la hora del crepúsculo y veré todos los lugares que amo. ¿Recuerda lo mal que me sentí cuando dejamos nuestra pequeña Casa de los Sueños, Susan? Pensé que nunca llegaría a querer a Ingleside igual. Pero la quiero. Amo cada ladrillo y cada piedra.

—A mí también me gusta la casa —dijo Susan—, pero no debemos depositar tanto nuestros afectos en cosas terrenales, mi querida señora. Hay incendios y hay terremotos. Debemos estar siempre preparados. Los MacAllister, del otro lado del puerto, tuvieron un incendio en la casa hace tres noches. Hay quien dice que Tom MacAllister le prendió fuego para cobrar el seguro. Puede ser cierto o puede no serlo. Yo he aconsejado al doctor que haga revisar la chimenea de inmediato. Más vale prevenir que curar. Pero ahí veo a la señora de Marshall Elliott, en el portón, con cara de perplejidad.

—Querida Ana, ¿has visto el *Journal* hoy?

A la señorita Cornelia le temblaba la voz, en parte por la emoción y en parte porque había venido demasiado de prisa desde la tienda y estaba sin aliento.

Ana se inclinó sobre los narcisos para ocultar una sonrisa. Gilbert y ella se habían reído un buen rato a carcajadas leyendo la primera página del *Journal*, pero ella sabía que para la querida señorita Cornelia era casi una tragedia, y no debía herir sus sentimientos con ninguna muestra de ligereza.

—¿No es espantoso? ¿Qué vamos a hacer? —preguntó la señorita Cornelia, desconsolada.

Ana la llevó hasta la galería; Susan estaba tejiendo flanqueada por Shirley y Rilla, que estudiaban sus primeras lecciones. Susan nunca se preocupaba por la pobre humanidad. Ella hacía lo que estaba en sus manos para mejorarla y con toda serenidad dejaba el resto a los Poderes Elevados.

«Cornelia Elliott piensa que nació para dirigir el mundo, mi querida señora —le dijo una vez a Ana—, y por eso siempre anda ansiosa por algo. Yo nunca me creí responsable de esa tarea y por eso estoy tranquila. Pero no nos corresponde a nosotros, pobres gusanos, albergar tales pensamientos. Sólo nos hacen sentir incómodos y no nos llevan a ningún lado».

—No veo que podamos hacer nada… ahora —dijo Ana, acercando una cómoda silla mullida para la señorita Cornelia—. Pero ¿cómo pudo el señor Vickers permitir que se publicara esa carta? Tendría que haber tenido mejor juicio.

—Es que no está, querida Ana; hace una semana qué se fue a New Brunswick. Y ese joven bribón de Joe Vickers está sacando el *Journal* en su ausencia. Claro que el señor Vickers jamás la habría publicado, por más que sea metodista, pero seguramente a Joe le pareció una broma divertida. Como tú dices, no creo que podamos hacer nada ahora, más que soportarlo. Pero si llego a encontrar a Joe Vickers, le voy a decir tantas cosas que no se va a olvidar con facilidad. Yo quería que Marshall suspendiera nuestra suscripción, pero él se rió y dijo que la edición de hoy era la única con algo legible en un año. Se lo toma a broma y no para de reírse. ¡Y es otro metodista! En cuanto a la señora Burr, de Upper Glen, es obvio que se pondrá furiosa y dejarán la iglesia. Claro que no será una gran pérdida desde ningún punto de vista. Los metodistas se los pueden quedar con mucho gusto.

—La señora Burr se lo tiene merecido —terció Susan, que tenía una vieja enemistad con la dama en cuestión y se había divertido mucho con la referencia que hacía Faith en su carta—. Ya comprobará que al pastor metodista no podrá engañarlo en el salario con lana mala.

—Lo peor de todo es que no hay muchas esperanzas de que las cosas mejoren —continuó la señorita Cornelia—. Mientras el señor Meredith iba a ver a Rosemary West, yo tenía esperanzas de que la rectoría tuviera pronto un ama de casa apropiada. Pero eso se terminó. Supongo que ella lo habrá rechazado por los hijos; al menos, todo el mundo parece pensar eso.

—Yo no creo que él se le haya declarado —dijo Susan, que no podía concebir que nadie rechazara a un pastor.

—Bueno, nadie sabe nada con seguridad. Pero una cosa es cierta: él ya no va. Y Rosemary no parecía nada bien en toda la primavera. Espero que la visita a Kingsport le siente bien. No recuerdo que Rosemary haya faltado antes de la casa. Ellen y ella nunca han soportado estar separadas, pero tengo entendido que esta vez Ellen insistió en que fuera. Y mientras tanto Ellen y Norman Douglas están revolviendo la vieja sopa.

—¿Es verdad? —preguntó Ana, riendo—. He oído rumores, pero no quise creerlos.

—¡No quisiste creerlos! Puedes creerlo, cómo no, querida Ana. No es secreto para nadie. Norman Douglas nunca dejó a nadie en la duda sobre sus intenciones con respecto a nada. Siempre la ha cortejado delante de la gente. Le dijo a Marshall que no había pensado en Ellen en años, pero que la primera vez que fue a la iglesia el otoño pasado, la vio y volvió a enamorarse de ella. No la había visto en veinte años, ¿puedes creerlo? Claro que él no iba a la iglesia y Ellen no salía nunca. Ah, todos sabemos lo que quiere Norman, pero en cuanto a lo que quiere Ellen, ése es otro asunto. No voy a predecir si habrá boda o no.

—Ya la dejó una vez, mi querida señora —fue el ácido comentario de Susan.

—La dejó en un ataque de malhumor y se arrepintió toda la vida —rebatió la señorita Cornelia—. Diferente sería si la hubiera dejado a sangre fría. Por mi parte, yo nunca detesté a Norman, como otros. A mí nunca pudo amilanarme. Me pregunto qué lo hizo volver a la iglesia. Nunca he podido creer la historia de la señora Wilson de que fue Faith Meredith. Siempre he querido preguntárselo a Faith, pero nunca se me ocurre cuando la veo. ¿Qué influencia podría tener ella sobre Norman Douglas? Él estaba en la tienda riéndose a carcajadas con esa carta escandalosa. Se le oía desde la Punta de Cuatro Vientos, estoy segura. «La niña más grande del mundo —gritaba—. Está tan llena de vitalidad que revienta. Y todas las abuelitas quieren domarla. Pero nunca lo conseguirán. ¡Nunca! Sería igual que intentaran ahogar a un pez. Boyd, acuérdate de poner más fertilizante en las patatas el año que viene. ¡Ja, ja, ja!». Hacía temblar las paredes con las risotadas.

—Al menos el señor Douglas hace un aporte muy importante al salario del vicario —comentó Susan.

—Ah, en algunas cosas Norman no es en absoluto mezquino. Daría mil sin pestañear y se pondría a rugir como un león furioso si tuviera que pagar cinco

centavos de más por algo. Además, le gustan los sermones del señor Meredith y Norman Douglas siempre ha estado dispuesto a soltar el dinero si algo le entretiene el seso. No hay más cristianismo en él que en un pagano negro y desnudo del centro de África, y nunca lo habrá. Pero es inteligente e instruido y juzga los sermones como si fueran conferencias. De cualquier modo, es bueno que respalde al señor Meredith y a los niños, pues todos ellos necesitan amigos, sobre todo después de esto. Yo estoy cansada de dar excusas por ellos, pueden creerme.

—¿Sabe, querida señorita Cornelia? —dijo Ana, seria—, creo que todos hemos estado dando demasiadas excusas. Es una tontería y deberíamos dejar de hacerlo. Voy a decirle lo que me gustaría hacer. No lo haré, por supuesto —Ana había percibido un relámpago de alarma en los ojos de Susan—, sería demasiado poco convencional y nosotros debemos ser convencionales o morir en el intento, después de llegar a lo que se supone es una edad digna. Pero me gustaría mucho hacerlo. Me gustaría convocar una reunión de la Asociación de Damas de Beneficencia, de la WFMS y de la Sociedad de Costura de Jóvenes, e incluiría en la audiencia a todos los metodistas que pudieran haber criticado a los Meredith, aunque pienso que si los presbiterianos dejáramos de criticarlos y de dar excusas por ellos descubriríamos que las demás congregaciones se preocuparían muy poco por los moradores de nuestra rectoría. Les diría: «Queridos amigos cristianos —con un marcado énfasis en la palabra "cristianos"—, tengo algo que decir y quiero decirlo sin rodeos, para que lo puedan repetir a sus familias en sus casas. Ustedes los metodistas no tienen por qué sentir pena por nosotros, y nosotros los presbiterianos no tenemos por qué sentir pena por nosotros mismos. Ya no vamos a hacerlo. Y vamos a decirles, valiente y verazmente, a todos los críticos y a los simpatizantes: Estamos orgullosos de nuestro pastor y de su familia. El señor Meredith es el mejor predicador que ha tenido la iglesia de Glen St. Mary. Es más, es un hombre sincero, un serio maestro de la verdad y de la caridad cristianas. Es un amigo leal, un pastor sensato en todo lo básico y un hombre refinado, erudito y bien educado. Su familia es digna de él. Gerald Meredith es el alumno más inteligente de la escuela de Glen y el señor Hazard dice que está destinado a una brillante carrera. Es un muchachito varonil, honorable y veraz. Faith Meredith es una belleza, y tan inspiradora y original como bella. No hay nada común y corriente en ella. Todas las niñas de Glen juntas no tienen el espíritu, el ingenio, la alegría y el valor que tiene ella. No

tiene ni un enemigo en el mundo. Todos los que la conocen la quieren. ¿De cuántos, niños o adultos, puede decirse lo mismo? Una Meredith es la dulzura personificada. Será una mujer deliciosa. Carl Meredith, con su amor por las hormigas, las ranas y las arañas, será algún día un naturalista a quien todo Canadá… no, todo el mundo, se complacerá en honrar. ¿Conocen otra familia, en Glen o fuera de Glen, de la que puedan decirse todas estas cosas? Basta de excusas y disculpas avergonzadas. ¡Nos regocijamos por nuestro pastor y sus maravillosos hijos!».

Ana se detuvo, en parte porque se había quedado sin aliento después de soltar tan vehemente discurso y en parte porque no podía seguir hablando en vista de la cara de la señorita Cornelia. La buena señora la miraba con expresión desconsolada, al parecer apabullada por una cantidad de ideas nuevas.

—Ana Blythe, ¡cómo me gustaría que convocaras esa reunión y dijeras eso! Has hecho que me avergüence de mí misma y no es mi manera de ser negarme a admitirlo. Por supuesto que así es como tendríamos que haber hablado, en especial a los metodistas. Y es absolutamente cierto, absolutamente. Hemos cerrado los ojos ante las cosas grandes e importantes para fijarnos en cosas insignificantes. Ah, querida Ana, soy capaz de entender algo cuando me lo martillean en la cabeza. ¡Basta de excusas para Cornelia Marshall! Voy a llevar la cabeza bien alta después de esto, puedes creerme, aunque tal vez siga hablando las cosas contigo como siempre para aliviar mi corazón si los Meredith hacen alguna otra cosa sorprendente. Hasta esa carta por la que me sentí tan mal, después de todo, es sólo una buena broma, como dice Norman. No hay muchas niñas lo bastante despiertas para que se les ocurra escribirla; y con una puntuación correcta y ni una falta de ortografía. Espera a que oiga a cualquier metodista diciendo una palabra al respecto… aunque, de todas maneras, nunca voy a perdonar a Joe Vickers, ¡puedes creerme! ¿Dónde está el resto de tus niños esta noche?

—Walter y las mellizas en el Valle del Arco Iris. Jem está estudiando en la buhardilla.

—Están todos enloquecidos con el Valle del Arco Iris. Mary Vance piensa que es un lugar único. Vendría todos los días si la dejara. Pero no la aliento a que esté todos los días paseando. Además, extraño a esa criatura cuando no está cerca, querida Ana. Nunca creí que me encariñaría tanto con ella. No es que no vea sus defectos y no trate de corregirlos. Pero nunca me ha dicho una impertinencia desde que vino a casa y es una grandísima ayuda, pues, para decir

la verdad, querida Ana, ya no estoy tan joven; no tiene sentido negarlo. Ya he cumplido cincuenta y nueve años. Yo no lo siento, pero no se puede desmentir lo escrito en *la Biblia* de la familia.

27. Un concierto sagrado

A pesar de su nuevo punto de vista, la señorita Cornelia no pudo evitar sentirse algo turbada ante la siguiente hazaña de los niños de la rectoría. En público sobrellevó la situación de manera espléndida, diciéndoles a todos los chismosos la esencia de lo expuesto por Ana en la época de los narcisos y diciéndolo de manera tan intensa y tan convencida que aquellos que la escuchaban se sorprendían, sintiéndose un poco tontos y comenzando a pensar que, después de todo, estaban dándole demasiada importancia a una travesura infantil. Pero en privado, la señorita Cornelia se permitía el alivio de quejarse con Ana.

—Querida Ana, celebraron un concierto en el cementerio el jueves pasado, mientras se llevaba a cabo la reunión de oración de los metodistas. Sentados allí, sobre la tumba de Hezekiah Pollock, cantaron una hora entera. Claro que, según tengo entendido, en su mayoría eran himnos religiosos, y no habría sido tan malo de no haber hecho nada más. Pero me dijeron que finalizaron con *Polly Wolly Doodle* a toda voz, y fue justo cuando el diácono Baxter estaba orando.

—Yo estaba allí esa noche —dijo Susan—, y aunque no quise decirle nada, mi querida señora, no pude evitar pensar que era una pena que eligieran esa noche en particular. A mí se me congeló la sangre en las venas al saber que estaban allí, en la morada de los muertos, sentados y cantando esa canción tan frívola a voz en cuello.

—No entiendo qué hacía usted en una reunión de oración de los metodistas —manifestó con acidez la señorita Cornelia.

—Nunca oí decir que el metodismo fuera contagioso —replicó Susan con rigidez—. Y, como decía cuando me interrumpieron, por más que me sentí mal, no di el brazo a torcer con los metodistas. Cuando la esposa del diácono Baxter dijo, mientras salíamos: «¡Qué espectáculo tan vergonzoso! —yo le dije, mirándola de frente—: Todos cantan muy bien y al parecer nadie de los de su coro se molesta jamás en venir a sus reuniones de oración. ¡Esas voces parecen

estar afinadas sólo los domingos!». Se calló y supe que la había puesto en su lugar. Pero me habría sido mucho más fácil, mi querida señora, si hubieran omitido *Polly Wolly Doodle*. Realmente es terrible pensar en que alguien pueda cantar eso en un cementerio.

—Algunos de esos muertos cantaron *Polly Wolly Doodle* cuando estaban vivos, Susan. Tal vez les guste escucharla una vez más —sugirió Gilbert.

La señorita Cornelia lo miró con aire de reproche y decidió que, en alguna ocasión futura, sugeriría a Ana que advirtiera al doctor que no dijera esas cosas. Podrían ser perjudiciales para su profesión. A la gente podría metérsele en la cabeza que no era ortodoxo. Seguro que Marshall decía frecuentemente cosas peores, pero él no era un hombre público.

—Tengo entendido que el padre estuvo todo el tiempo en su estudio, con las ventanas abiertas, pero no se dio ni cuenta. Estaba absorto en un libro, como de costumbre. Pero ayer, cuando fue a casa, yo hablé con él.

—¡Cómo se atrevió, señora de Marshall Elliott! —exclamó Susan con tono de reprobación.

—¡Atreverme! Es hora de que alguien se atreva a algo. Caramba, dicen que no sabe nada de aquella carta de Faith al Journal porque nadie quiso mencionárselo. Y él nunca lee el Journal, por supuesto. Pero pensé que tenía que saberlo para impedir ese tipo de espectáculos en el futuro. Dijo que hablaría con los niños. Pero evidentemente se olvidó por completo del tema apenas traspuso nuestro portón. Ese hombre no tiene sentido del humor, Ana, créeme. El domingo pasado habló sobre «La educación de los niños». Fue un sermón hermoso, cierto, pero todo el mundo en la iglesia pensaba: «Qué lástima que no puedas practicar lo que predicas».

La señorita Cornelia cometía una injusticia con el señor Meredith al pensar que había olvidado en seguida lo que ella le dijo. Él se fue a su casa muy preocupado y, cuando los niños volvieron del Valle del Arco Iris, a una hora mucho más avanzada de lo permitido, los llamó al estudio.

Los niños entraron, algo atemorizados. ¡Era tan insólito que su padre los llamara al estudio! ¿Qué tendría que decirles? Se devanaron los sesos pensando en alguna reciente transgresión de importancia suficiente, pero no pudieron recordar ninguna. Carl había derramado un tarro lleno de mermelada sobre el vestido de seda de la señora Flagg hacía dos noches cuando, a invitación de la tía Martha, la señora se quedó a cenar. Pero el señor Meredith no se dio cuenta y la señora Flagg, que era un alma bondadosa, no causó problemas. Además, Carl

había sido castigado con la obligación de ponerse un vestido de Una el resto de la velada.

De pronto a Una se le ocurrió que tal vez el padre quisiera decirles que iba a casarse con la señorita West. Le empezó a latir el corazón con fuerza y le temblaron las piernas. Entonces se dio cuenta de que el señor Meredith parecía muy serio y apenado. No, no podía ser eso.

—Niños —dijo el señor Meredith—. He oído algo que me ha causado mucha pena. ¿Es cierto que toda la tarde del jueves pasado estuvisteis sentados en el cementerio cantando canciones impúdicas mientras en la iglesia metodista se llevaba a cabo una reunión de oración?

—¡Por los romanos, papá, nos olvidamos de que era el día de la reunión de oración! —exclamó Jerry, desolado.

—¿Entonces es cierto… que lo hicisteis?

—Pero, papá, no sé qué quieres decir con canciones impúdicas. Cantamos himnos porque era un concierto sagrado. ¿Qué tiene eso de malo? En ningún momento nos dimos cuenta de que era el día de la reunión de oración de los metodistas. Antes se reunían las noches de los martes, y desde que cambiaron a los jueves es difícil acordarse.

—¿Sólo cantasteis himnos?

—Bueno —dijo Jerry, poniéndose colorado—, cantamos *Polly Wolly Doodle* al final. Faith dijo: «Vamos a cantar algo alegre para terminar». Pero no queríamos hacer nada malo, papá, es verdad.

—El concierto fue idea mía, papá —declaró Faith, con miedo de que el señor Meredith culpara demasiado a Jerry—. Sabes que los metodistas hicieron un concierto sagrado en su iglesia hace tres domingos. A mí me pareció que sería divertido hacer uno, imitándolos. Claro que ellos rezaron también y nosotros omitimos esa parte porque oímos decir que a la gente le parecía horrible que rezáramos en un cementerio. Tú estuviste sentado aquí todo el tiempo —agregó —, y no nos dijiste ni una palabra.

—No reparé en lo que hacíais. Eso no es excusa para mí, por supuesto. Soy más culpable que vosotros, de eso me doy cuenta. Pero ¿por qué cantasteis esa tonta canción al final?

—No lo pensamos —murmuró Jerry, sintiendo que era una excusa muy frágil, considerando que él había sermoneado a Faith tan severamente en las sesiones del Club de la Buena Conducta por no pensar—. Lo sentimos, papá, lo sentimos mucho. Repréndenos con severidad, nos merecemos un buen castigo.

Pero el señor Meredith no los reprendió ni los castigó. Se sentó, reunió a sus pequeños culpables junto a él y les habló tierna y sabiamente. Los niños se sintieron llenos de culpa y vergüenza y supieron que nunca volverían a ser tan tontos e inconscientes.

—Tenemos que castigarnos a nosotros mismos muy severamente por esto —susurró Jerry mientras subían la escalera—. Mañana a primera hora celebraremos una reunión del club y decidiremos cómo. Nunca había visto a papá tan afligido. Pero cómo me gustaría que los metodistas se decidieran por una noche para la reunión de oración y no se pasearan por toda la semana.

—De todas maneras, me alegro de que no fuera lo que yo temía —murmuró Una para sus adentros.

Detrás de ellos, en el estudio, el señor Meredith se había sentado ante su escritorio y había ocultado la cara entre los brazos.

—¡Que Dios me ayude! —dijo—. Soy un padre muy torpe. ¡Ah, Rosemary! ¡Si me hubieras querido!

28. Un día de ayuno

A la mañana siguiente, antes de la escuela, el Club de la Buena Conducta mantuvo una reunión especial. Después de varias sugerencias, se decidió que un día de ayuno sería un castigo apropiado.

—No comeremos absolutamente nada durante un día entero —dijo Jerry—. Siento bastante curiosidad por saber cómo es ayunar, de todos modos. Ésta será una buena oportunidad para averiguarlo.

—¿Qué día elegiremos? —preguntó Una, a la que le parecía un castigo bastante fácil y se extrañaba de que Jerry y Faith no hubieran ideado algo más difícil.

—Elijamos el lunes —propuso Faith—. Los domingos nos llenamos bastante y las comidas de los lunes nunca son abundantes.

—Pero ése es justamente el punto —exclamó Jerry—. No debemos elegir el día más fácil para ayunar sino el más difícil, y ése es el domingo porque, como tú dices, casi siempre hay carne asada en lugar de «otravez». No sería un castigo muy duro ayunar cuando hay «otravez». Elijamos el domingo próximo. Será un buen día, porque papá va a intercambiar para el servicio matutino con el pastor de Upper Lowbridge. Papá no volverá a casa hasta el atardecer. Si la tía Martha pregunta qué nos pasa, le decimos directamente que estamos ayunando por el bien de nuestras almas, que está en *la Biblia* y que no interfiera. Supongo que no lo hará.

La tía Martha no interfirió. Se limitó a mascullar en su acostumbrado estilo irritado: «¿En qué tontería os habéis embarcado ahora, sinvergüenzas?», y no pensó más en el asunto. El señor Meredith había salido antes de que se levantara nadie. Se fue sin desayunar, pero eso era bastante común. La mitad de las veces se olvidaba de desayunar y no había nadie para recordárselo. El desayuno de la tía Martha no era algo que lamentaran mucho perderse. Ni los hambrientos «sinvergüenzas» sintieron que fuera una privación demasiado grande abstenerse

del «cereal grumoso y leche azul» que había motivado el desprecio de Mary Vance. Pero a la hora del almuerzo fue diferente. Entonces tenían un hambre canina y el olor a carne asada inundaba la rectoría, olor que era una delicia, a pesar de que el asado resultara luego medio crudo; fue casi más de lo que podían soportar. Desesperados, se fueron corriendo al cementerio, desde donde no podían olerlo. Pero Una no podía apartar los ojos de la ventana del comedor, a través de la cual se veía al pastor de Upper Lowbridge comiendo plácidamente.

—Si pudiera comer aunque sólo fuera un pedacito… —suspiró.

—¡Bueno, basta! —ordenó Jerry—. Ya sé que es difícil, pero ése es el castigo. En este momento yo me comería una imagen tallada, pero ¿me quejo? Pensemos en otra cosa. Tenemos que elevarnos por encima de nuestros estómagos.

A la hora de la cena no sintieron el aguijoneo del hambre como a la hora del almuerzo.

—Supongo que nos estamos acostumbrando —dijo Faith—. Yo tengo una sensación rarísima, pero no puedo decir que tenga hambre.

—Yo siento la cabeza rara —acotó Una—. Hay ratos que me da vueltas y vueltas. Pero fue a la iglesia con los otros, muy animosa. De no haber estado tan completamente inmerso en su tema, el señor Meredith habría reparado en la carita pálida y los ojos hundidos en el banco de la rectoría. Pero no se dio cuenta de nada y el sermón fue más largo que de costumbre. Pero entonces, justo antes de que indicara el himno final, Una Meredith se desplomó del banco de la rectoría y cayó desmayada al suelo, como muerta.

La esposa del vicario Clow fue la primera en llegar a ella. Tomó el delgado cuerpecito de los brazos de una palidísima y aterrorizada Faith y lo llevó a la sacristía. El señor Meredith se olvidó del himno y de todo lo demás y salió corriendo como loco detrás de ella. La congregación dio por terminada la ceremonia de la mejor manera posible.

—Ay, señora Clow —balbuceó Faith—, ¿está muerta? ¿La hemos matado?

—¿Qué le pasa a mi hija? —preguntó el padre, pálido.

—Creo que se ha desmayado —dijo la señora Clow—. Ah, aquí está el doctor, gracias a Dios.

A Gilbert no le resultó nada fácil hacer reaccionar a Una. Trabajó largo rato antes de que ella abriera los ojos. Entonces la llevó a la rectoría, seguido de Faith, que sollozaba histéricamente del alivio.

—Tiene hambre, nada más, no ha comido nada hoy, ninguno de nosotros ha

comido; estábamos ayunando.

—¡Ayunando! —exclamó el señor Meredith, y «¿Ayunando?», preguntó el doctor.

—Sí, para castigarnos por haber cantado *Polly Wolly* en el cementerio.

—Mi niña, yo no quiero que os castiguéis por eso —dijo el señor Meredith, apenado—. Ya os he reprendido, os arrepentisteis y os perdoné.

—Sí, pero teníamos que ser castigados —explicó Faith—. Son las reglas de nuestro Club de la Buena Conducta, ¿sabes?; si hacemos algo mal, o cualquier cosa que pueda perjudicar a nuestro padre con su congregación, tenemos que castigarnos. Nos estamos educando a nosotros mismos porque no tenemos a nadie que nos eduque.

El señor Meredith gimió, pero el doctor se levantó con expresión de alivio.

—Entonces esta niña se ha desmayado sencillamente por falta de alimento y lo único que necesita es una buena comida —declaró—. Señora Clow, ¿podría ocuparse de que le den de comer? Y, por la historia de Faith, creo que lo mejor sería que todos comieran, de lo contrario habrá más desmayos.

—Creo que no tendríamos que haber hecho ayunar a Una —dijo Faith, arrepentida—. Pensándolo bien, sólo Jerry y yo tendríamos que haber sido castigados. Fuimos nosotros los que organizamos el concierto y somos los mayores.

—Yo canté *Polly Wolly* como todos vosotros —intervino la vocecita débil de Una—, así que yo también tenía que ser castigada.

La señora Clow llegó con un vaso de leche; Faith, Jerry y Carl se escabulleron hacia la despensa, y John Meredith se fue a su estudio, donde estuvo un largo rato sentado en la oscuridad, solo con sus amargos pensamientos. De modo que sus hijos se estaban educando a sí mismos porque «no tenían a nadie que lo hiciera», luchaban solos entre sus pequeñas perplejidades sin una mano que los guiara o una voz que los aconsejara. La frase inocentemente pronunciada por Faith atormentaba su cabeza como una lanza puntiaguda. No había nadie que los cuidara, que consolara sus pequeñas almas y se ocupara de sus pequeños cuerpos. ¡Qué frágil le había parecido Una, tendida sobre el sofá de la sacristía en su largo desvanecimiento! ¡Qué delgadas eran sus manitas y qué pálido su pequeño rostro! Le había dado la impresión de que podía escapársele de entre las manos en un suspiro; la dulce Una, a quien Cecilia le había rogado que cuidara especialmente. Desde la muerte de su esposa no había sentido una angustia tan grande como cuando estuvo inclinado sobre su hijita

inconsciente. Tenía que hacer algo, pero ¿qué? ¿Debía proponerle matrimonio a Elizabeth Kirk? Era una buena mujer y sería bondadosa con sus hijos. Podría hacerlo de no ser por su amor por Rosemary West. Pero hasta que hubiera sofocado ese amor no podría buscar a otra mujer para casarse. Y no podía sofocarlo, lo había intentado y no podía. Rosemary había estado en la iglesia aquella tarde por primera vez desde su regreso de Kingsport. Él alcanzó a verla fugazmente, al fondo de la iglesia llena, justo cuando terminaba el sermón. El corazón le había dado un vuelco. Se sentó mientras el coro cantaba la canción para la colecta, con la cabeza gacha y el pulso acelerado. No la veía desde la noche en que le pidió que se casara con él. Cuando se levantó para comenzar el himno le temblaban las manos y tenía las mejillas encendidas. Luego el desmayo de Una borró todo de su mente. Ahora, en la oscuridad y la soledad de su estudio, todo volvió como un torrente. Rosemary era la única mujer en el mundo para él. Era inútil pensar en casarse con otra. No podía cometer semejante sacrilegio, ni siquiera por los niños. Debía soportar su carga solo, debía tratar de ser un padre mejor, más atento; debía decirles a sus hijos que no tenían que tener miedo de ir a él con todos sus problemas. Entonces encendió la lámpara y tomó un voluminoso libro nuevo que estaba poniendo patas arriba todo el mundo teológico. Leería apenas un capítulo para serenarse. Cinco minutos después estaba perdido para el mundo y para los problemas del mundo.

29. Una extraña historia

Una tarde de principios de junio, el Valle del Arco Iris era un lugar sencillamente maravilloso y los niños así lo creían; estaban sentados en el claro despejado donde los cascabeles sonaban con un aire mágico en los árboles enamorados y la Dama Blanca sacudía sus trenzas verdes. El viento reía y silbaba alrededor como un leal y jovial camarada. Los helechos jóvenes de la hondonada despedían un aroma espeso. Los cerezos silvestres diseminados por todo el valle se veían, entre los oscuros abetos, de un blanco nebuloso. Los petirrojos silbaban desde los arces detrás de Ingleside. Más allá, en las laderas de Glen, había jardines en flor, dulces, místicos y maravillosos, envueltos en el crepúsculo. Era la primavera y todo lo que es joven no puede menos que estar alegre. Todo el mundo estaba alegre en el Valle del Arco Iris esa tarde hasta que Mary Vance les heló la sangre en las venas con la historia del fantasma de Henry Warren.

Jem no estaba. Jem ahora pasaba las tardes estudiando en la buhardilla de Ingleside para su examen de ingreso. Jerry estaba cerca del estanque, pescando truchas. Walter les había estado leyendo los poemas marítimos de Longfellow y estaban todos sumidos en la belleza y el misterio de los barcos. Entonces hablaron de lo que harían cuando fueran grandes, adonde viajarían y las lejanas y hermosas tierras que verían. Nan y Di irían a Europa. Walter ansiaba ver el Nilo quejándose entre las arenas egipcias y la Esfinge. Faith opinó, algo desolada, que suponía que ella tendría que ser misionera; la anciana señora Taylor le había dicho que eso era lo que tenía que ser; al menos vería la India o la China, aquellas tierras misteriosas del Oriente. El corazón de Carl se inclinaba por las selvas africanas. Una no decía nada. Pensaba que le gustaría sencillamente quedarse en casa. Aquello era más bonito que cualquier otro lugar. Sería espantoso cuando todos crecieran y tuvieran que desparramarse por el mundo. Sólo pensarlo la hacía sentir sola y llena de nostalgia. Pero los otros siguieron soñando encantados hasta que llegó Mary Vance y echó por tierra toda la poesía

y todos los sueños cayeron de un solo golpe.

—Puff, estoy sin aliento —exclamó—. Vine corriendo como una loca por la colina. Me di un susto impresionante en la vieja casa de los Bailey.

—¿De qué te asustaste? —preguntó Di.

—No sé. Estaba buscando debajo de las lilas en el jardín, tratando de ver si ya había florecido algún lirio. Estaba oscuro como boca de lobo y de pronto vi algo que se movía y hacía ruido al otro lado del jardín, donde están los cerezos. Era blanco. Os digo que no me quedé a mirar una segunda vez. Salí volando por encima del terraplén a todo lo que me daban las piernas. Estoy segura de que era el fantasma de Henry Warren.

—¿Quién era Henry Warren? —preguntó Di.

—¿Y por qué tenía que tener un fantasma? —preguntó Nan.

—Caramba, ¿nunca habéis oído la historia? Y eso que os habéis criado en Glen. Bien, esperad un minuto a que recupere el aliento y os la contaré.

Walter se estremeció de placer. Adoraba las historias de fantasmas. El misterio, los dramas, el miedo, le provocaban un temible e intenso placer. Longfellow se volvió de inmediato insulso y ordinario. Apartó el libro y se estiró, apoyado sobre los codos, para escuchar con sus grandes y luminosos ojos clavados sobre la cara de Mary. Mary habría deseado que no la mirara de esa forma. Sentía que podría contar mejor la historia de fantasmas si Walter no la mirase. Podría agregar algunos adornos e inventar algunos detalles artísticos para ensalzar el horror. Tal como estaban las cosas debería limitarse a la verdad desnuda o a lo que le habían contado como la verdad.

—Bien —comenzó—, todos sabéis que Tom Bailey y su esposa vivían en esa casa hace treinta años. Él era un gran sinvergüenza, dicen, y la esposa no era mucho mejor. No tenían hijos propios, pero una hermana del viejo Tom había muerto dejando a un niño pequeño, Henry Warren, y ellos se quedaron con él. Tendría unos doce años cuando vino a vivir con ellos, y era más bien menudo y delicado. Dicen que Tom y la esposa lo trataron muy mal desde el principio, lo azotaban y no le daban de comer. La gente dice que querían matarlo para quedarse con el poco dinero que le había dejado la madre. Henry no murió en seguida, sino que empezó a tener ataques, de epilepsia se llamaban, y creció medio tonto hasta los dieciocho años, más o menos. El tío solía azotarlo en el jardín porque estaba detrás de la casa y allí no podía verlo nadie. Pero la gente tenía oídos y dicen que a veces era espantoso oír al pobre Henry rogándole al tío que no lo matara. Pero nadie se atrevía a intervenir porque el viejo Tom era un

réprobo tal que seguro que de una manera u otra se vengaría. A un hombre de Harbour Head que lo había ofendido le quemó los graneros. Al final, Henry se murió y el tío y la tía dijeron que se había muerto durante uno de sus ataques, y eso fue todo lo que se supo, pero todo el mundo decía que Tom por fin lo había matado por interés. Y no mucho después, Henry comenzó a caminar. El viejo jardín estaba embrujado. Se lo oía de noche, gimiendo y quejándose. El viejo Tom y la esposa se fueron hacia el oeste y no volvieron nunca. El lugar adquirió tan mala fama que nadie quiso comprarlo ni alquilarlo. Por eso se hizo ruinas. De eso hace treinta años, pero el fantasma de Henry Warren sigue visitándolo.

—¿Tú crees eso? —preguntó Nan, desdeñosa—. Yo no.

—Bueno, hay gente buena que lo ha visto… y oído —replicó Mary—. Dicen que se aparece, que se arrastra por el suelo y te coge las piernas y gime y se lamenta como cuando estaba vivo. Lo recordé en el momento en que vi esa cosa blanca entre los arbustos y pensé que si me agarraba y se ponía a quejarse me caería muerta. Por eso salí corriendo.

—Probablemente fuera la ternera blanca de la señora Stimson —dijo Di, riendo—. Se apacienta en ese jardín; yo la he visto.

—Puede ser. Pero yo nunca más volveré a atravesar el jardín de los Bailey para ir a casa. Ahí viene Jerry con una ristra de truchas y me toca cocinarlas. Jem y Jerry dicen, los dos, que soy la mejor cocinera de Glen. Y Cornelia me dijo que podía traer estas galletitas. Estuve a punto de dejarlas caer cuando vi el fantasma de Henry.

Jerry se burló cuando oyó la historia del fantasma, que Mary repitió mientras freía el pescado, retocándola un poquito, ya que Walter se había ido a ayudar a Faith a poner la mesa. A Jerry no le impresionó la historia, pero Faith, Una y Carl se asustaron mucho, en secreto, aunque nunca lo habrían admitido. Todo estaba bien mientras los otros estuvieran con ellos en el valle, pero cuando terminó la fiesta y cayeron las sombras, se estremecieron con el recuerdo. Jerry fue a Ingleside con los Blythe, para ver a Jem por alguna cosa, y Mary Vance dio un rodeo para irse a su casa. De modo que Faith, Una y Carl tuvieron que volver solos a la rectoría. Caminaron muy juntitos y pasaron bien lejos del jardín de los Bailey. No creían que estuviera embrujado, pero a pesar de no creerlo no pensaban acercarse al lugar.

30. El fantasma del terraplen

Por alguna razón, Faith, Carl y Una no pudieron sustraerse a la impresión que la historia del fantasma de Henry Warren había producido en sus mentes. Nunca habían creído en fantasmas. Conocían muchísimas historias de fantasmas; Mary Vance había relatado algunas mucho más espeluznantes que aquélla, pero trataban de lugares y personas lejanos y desconocidos. Después de la primera en parte horrible y en parte placentera emoción del miedo dejaban de pensar en ellas. Pero aquella historia los acompañó hasta su casa. El viejo jardín de los Bailey estaba casi a las puertas de la rectoría, casi en el querido Valle del Arco Iris. Habían pasado y vuelto a pasar por él, habían buscado flores en él, habían cruzado por allí para acortar camino cuando querían ir directamente al valle desde el pueblo. ¡Pero nunca más! Después de la noche en la que Mary Vance les contó esa historia horripilante, no se habrían acercado a aquel jardín ni bajo amenaza de muerte. ¡Muerte! ¿Qué era la muerte comparada con la ultraterrena posibilidad de caer en las garras del gimiente fantasma de Henry Warren?

Una cálida noche de julio, los tres estaban sentados bajo los árboles enamorados, sintiéndose un poco solitarios. Nadie más se había acercado al valle esa tarde. Jem Blythe estaba en Charlottetown haciendo su examen de ingreso. Jerry y Walter Blythe se habían ido a navegar con el viejo capitán Crawford. Nan, Di, Rilla y Shirley estaban visitando a Kenneth y Persis Ford, que habían llegado con sus padres para una fugaz visita a la Casa de los Sueños. Nan invitó a Faith a ir con ellos, pero Faith declinó la invitación. No lo habría admitido jamás, pero se sentía secretamente celosa de Persis Ford, sobre cuya espléndida belleza y refinamiento de habitante de la ciudad había oído hablar tanto. No, no pensaba ir allí para ser la segundona de nadie. Una y ella llevaron sus libros de cuentos al Valle del Arco Iris y se pusieron a leer, mientras Carl investigaba insectos en la orilla del arroyo, y los tres estuvieron muy contentos hasta que se dieron cuenta de que estaba oscureciendo y el viejo jardín de los Bailey se

hallaba incómodamente cerca. Carl fue a sentarse cerca de las chicas. Los tres desearon haberse ido a casa un poco más temprano, pero ninguno dijo nada.

Grandes y aterciopeladas nubes color púrpura se juntaron en el oeste y se extendieron sobre el valle. No había viento y todo quedó de pronto súbita, extraña y desagradablemente quieto. El pantano estaba lleno de miles de luciérnagas. Seguramente, las hadas habían sido convocadas para alguna conferencia. En términos generales, el Valle del Arco Iris no era en esos precisos momentos un lugar muy confortable.

Faith miró con temor, valle arriba, hacia el viejo jardín de los Bailey. Y se le heló la sangre en las venas. Los ojos de Carl y de Una siguieron la atónita mirada de Faith y un estremecimiento les recorrió la espalda a ellos también. Pues allí, bajo el gran alerce, en el derruido terraplén cubierto de hierba del jardín de los Bailey, había algo blanco, algo blanco y sin forma en el creciente crepúsculo. Los tres Meredith se quedaron sentados allí, mirando, como convertidos en piedra.

—Es… es la ternera —susurró al fin Una.

—Es… es demasiado grande para ser la ternera —susurró Faith. Tenía los labios y la boca tan resecos que apenas podía articular las palabras.

De pronto, Carl lanzó una exclamación.

—Viene hacia aquí.

Las chicas dirigieron una última mirada de angustia. Sí, reptaba, trepando por encima del terraplén, como ninguna ternera podría hacerlo. La razón huyó ante el pánico repentino y sobrecogedor. En ese momento, cada uno de los integrantes del trío estaba absolutamente convencido de estar viendo el fantasma de Henry Warren. Carl se puso en pie de un salto y salió corriendo. Con un alarido simultáneo, las chicas lo siguieron. Subieron la colina como locos, cruzaron el camino y entraron en la rectoría. Habían dejado a la tía Martha cosiendo en la cocina. No estaba. Corrieron al estudio. Estaba oscuro y vacío. Como siguiendo un único impulso, giraron en redondo y se dirigieron a Ingleside, pero no a través del Valle del Arco Iris. Bajaron la colina y, tomando la calle de Glen, volaron en las alas del terror más espantoso, con Carl a la vanguardia y Una a la retaguardia. Nadie intentó detenerlos, aunque todos los que los vieron se preguntaron en qué nueva diablura andarían los muchachitos de la rectoría. Pero en el portón de Ingleside se encontraron con Rosemary West, que venía de devolver unos libros.

Ella vio sus caras desencajadas y los ojos fijos. Se dio cuenta de que las

pobres criaturas estaban presas de un terror espantoso y real, fuera cual fuese la causa. Cogió a Carl con un brazo y a Faith con el otro. Una chocó contra ella y la abrazó, desesperada.

—Niños, niños, ¿qué pasa? —inquirió—. ¿Qué os ha asustado?

—El fantasma de Henry Warren —respondió Carl entre dientes rechinantes.

—¡El… fantasma… de Henry Warren! —repitió la asombrada Rosemary, que nunca había oído la historia y no entendía qué pasaba.

—Sí —sollozó Faith, histérica—. Está ahí, en el terraplén de los Bailey… lo vimos… e iba a… perseguirnos.

Rosemary llevó a las tres aturdidas criaturas a la galería de Ingleside. Gilbert y Ana no estaban, ya que también habían ido a la Casa de los Sueños, pero Susan apareció en el umbral, circunspecta, práctica y muy poco fantasmal.

—¿A qué viene todo este ruido? —preguntó.

Los niños volvieron a farfullar su cuento de terror, mientras Rosemary los mantenía abrazados, calmándolos con un consuelo que no necesitaba de palabras.

—Probablemente sería un búho —dijo Susan sin inmutarse.

¡Un buho! Después de ese comentario, los niños Meredith nunca pudieron tener una buena opinión de la inteligencia de Susan.

—Era más grande que un millón de búhos —contestó Carl, sollozando. ¡Ah, qué avergonzado estuvo Carl de esos sollozos en los días siguientes!—. Y se lamentaba, como dijo Mary… y reptaba, subiendo por el terraplén, para agarrarnos. ¿Reptan los búhos?

Rosemary miró a Susan.

—Tienen que haber visto algo para asustarse así —dijo.

—Voy a ir a ver —anunció Susan, sin alterarse—. Ahora bien, niños, calmaos. Sea lo que fuere lo que habéis visto, no era un fantasma. Y en cuanto al pobrecito Henry Warren, estoy segura de que se habrá alegrado de descansar en paz en su tumba, cuando llegó a ella. No tengáis miedo de que regrese, podéis estar seguros. Si puede hacerles entrar en razón, señorita West, voy a ir a averiguar la verdad de este asunto.

Susan partió hacia el Valle del Arco Iris, apoderándose valientemente de una horca que encontró apoyada contra el cerco del fondo, donde el doctor había estado trabajando en su pequeño campo de heno. Una horca no sería un arma demasiado efectiva contra un fantasma, pero daba confianza. No había nada en el Valle del Arco Iris cuando llegó Susan. No apareció ninguna visión blanca

acechando desde el enmarañado jardín en sombras de los Bailey. Susan avanzó valientemente, atravesó el jardín y fue a golpear con la horca en la puerta de la casita del otro lado del jardín, donde vivía la señora Stimson con sus dos hijas.

En Ingleside, Rosemary había conseguido calmar a los niños. Seguían lloriqueando un poco, por el susto pasado, pero comenzaban a experimentar una oculta y saludable sospecha de que se habían portado como unos soberanos tontos. La sospecha se hizo certeza cuando por fin regresó Susan.

—He averiguado lo que era el fantasma —dijo con una divertida sonrisa, sentándose en la mecedora y abanicándose—. La anciana señora Stimson tuvo un par de sábanas de algodón blanqueándose en el jardín de los Bailey durante una semana. Las extendió en el terraplén debajo del alerce porque allí la hierba está limpia y es corta. Esta tarde ha ido a recogerlas. Llevaba la labor en la mano, así que se echó las sábanas al hombro para llevarlas. Entonces se le cayó una de las agujas y no podía encontrarla… todavía no la ha encontrado. Pero se puso de rodillas y avanzó para buscarla, y en ésas estaba cuando oyó unos alaridos espantosos valle abajo y vio a tres niños que bajaban la colina corriendo. Pensó que algo los había picado y su viejo corazón se sobresaltó tanto que no pudo moverse ni articular palabra y se quedó arrodillada allí hasta que los niños desaparecieron. Luego volvió tambaleándose a casa y desde ese momento le han estado aplicando estimulantes. Tiene el corazón muy delicado y dice que ni en todo el verano podrá recuperarse del susto.

Los Meredith permanecieron sentados, rojos, con una vergüenza que ni siquiera la comprensión de Rosemary podía eliminar. Se fueron a su casa, se encontraron con Jerry en la puerta de la rectoría y se confesaron, arrepentidos. Decidieron mantener una reunión del Club de la Buena Conducta a la mañana siguiente.

—¿No ha sido muy dulce con nosotros la señorita West? —susurró Faith en la cama.

—Sí —admitió Una—. Es una lástima que las personas cambien tanto cuando se convierten en madrastras.

—Yo no creo que cambien —dijo Faith, leal.

31. Carl hace penitencia

—No veo por qué debemos ser castigados —protestó Faith, algo enfurruñada—. No hicimos nada malo. No pudimos evitar asustarnos. Y a papá no le perjudicará. Fue sólo un accidente.

—Fuisteis cobardes —dijo Jerry con sentencioso desprecio—, y os rendisteis ante la cobardía. Por eso tenéis que ser castigados. Todos se reirán de vosotros por lo sucedido y eso es una vergüenza para la familia.

—Si supieras lo espantoso que fue —se quejó Faith con un estremecimiento —, dirías que ya fuimos suficientemente castigados. No pasaría otra vez por lo mismo por nada del mundo.

—Yo creo que si tú hubieras estado allí, también habrías salido corriendo —murmuró Carl.

—De una vieja y una sábana de algodón —se burló Jerry—. ¡Ja, ja, ja!

—No parecía una vieja —exclamó Faith—. Era una cosa grande, inmensa y blanca, que reptaba por la hierba como dijo Mary Vance que hacía Henry Warren. Puedes reírte, Jerry Meredith, pero se te habría congelado la risa en la garganta si hubieras estado allí. ¿Y cómo vamos a ser castigados? A mí no me parece justo, pero veamos qué tenemos que hacer, juez Meredith.

—Según yo lo veo —dijo Jerry frunciendo el entrecejo—, Carl fue el más culpable. Fue el primero en salir corriendo, si no me equivoco. Además, es varón, y tendría que haberse quedado a protegeros fuera cual fuese el peligro. Estás de acuerdo, ¿no, Carl?

—Supongo que sí —gruñó Carl, avergonzado.

—Muy bien. Éste será tu castigo. Esta noche te sentarás en la tumba del señor Hezekiah Pollock, solo en el cementerio, y te quedarás ahí hasta las doce de la noche.

Carl se estremeció. El cementerio no quedaba muy lejos del viejo jardín de los Bailey. Sería una prueba dura. Pero Carl estaba ansioso por lavar su

vergüenza y probar que no era ningún cobarde, después de todo.

—Muy bien —dijo con valor—. Pero ¿cómo sabré que son las doce?

—Las ventanas del estudio están abiertas, oirás el reloj. Pero cuidado con moverte del cementerio antes de que dé la última campanada. En cuanto a vosotras, niñas, tendréis que olvidar la mermelada en el almuerzo durante una semana.

Faith y Una quedaron atónitas. Se sintieron inclinadas a pensar que hasta la agonía comparativamente corta pero intensa de Carl era un castigo ligero comparado con esa larguísima prueba. ¡Una semana entera de pan apelmazado sin la gracia salvadora de la mermelada! Pero el club no permitía quejas. Las chicas aceptaron su destino con toda la filosofía de que fueron capaces.

Aquella noche todos se fueron a la cama a las nueve menos Carl, que ya estaba velando en la tumba. Una se escabulló para ir a darle las buenas noches. Su tierno corazón estaba deshecho de pena.

—Ay, Carl, ¿estás muy asustado? —susurró.

—En absoluto —aseguró Carl, airoso.

—Yo no dormiré hasta las doce —dijo Una—. Si te sientes solitario, mira hacia nuestra ventana y recuerda que yo estoy allí, despierta, pensando en ti. Eso será un poco de compañía, ¿no?

—Estaré bien. No te preocupes por mí —dijo Carl. Pero, a pesar de sus valientes palabras, se sintió un niño muy solitario cuando se apagaron las luces de la rectoría. Había tenido esperanzas de que su padre estuviera en el estudio, como tantas veces. Entonces no se sentiría solo. Pero aquella noche el señor Meredith había sido llamado al pueblo de pescadores en el puerto para ver a un moribundo. No era probable que regresara hasta después de la medianoche. Carl debería sufrir su suerte solo.

Un hombre de Glen pasó llevando una lámpara. Las misteriosas sombras dibujadas por la luz se pusieron a saltar locamente sobre el cementerio como en una danza de demonios o de brujas. Luego pasaron y volvió a caer la oscuridad. Una a una se apagaron las luces de Glen. Era una noche muy oscura, el cielo estaba nublado y soplaba un viento del este muy frío, a pesar del calendario. Allá lejos, en el horizonte, se veía el brillo de las luces de Charlottetown. El viento gemía y suspiraba entre las ramas de los viejos abetos. El alto monumento del señor Alee Davis resplandecía en su blancura a través de la oscuridad. El sauce que había a su lado tendía sus largos y retorcidos brazos como un espectro. De vez en cuando, los movimientos de las ramas creaban la sensación de que el

monumento también se movía.

Carl se acurrucó sobre la tumba, con las piernas debajo del cuerpo. No era precisamente agradable dejarlas colgadas por el borde de piedra. ¿Y si… y si unas manos huesudas se levantaran desde la tumba del señor Pollock y lo agarraran de los tobillos? Aquélla había sido una de las festivas especulaciones de Mary Vance una vez que estaban todos sentados allí. Ahora volvía para atormentar a Carl. Él no creía en esas cosas; ni siquiera creía realmente en el fantasma de Henry Warren. En cuanto al señor Pollock, hacía sesenta años que se había muerto, de modo que no era probable que se le ocurriera levantarse ahora de la tumba. Pero hay algo muy extraño y terrible en estar despierto cuando el resto del mundo duerme. Estás solo, sin nada más que la propia frágil personalidad para oponer a los poderosos príncipes y a las poderosas fuerzas de la oscuridad. Carl tenía apenas diez años y los muertos lo rodeaban y él deseaba… ¡ay, cómo lo deseaba!… que el reloj diera las doce. ¿Nunca iba a dar las doce? Seguro que la tía Martha se había olvidado de darle cuerda.

Y entonces dieron las once: ¡apenas las once! Tenía que quedarse una hora más en aquel espantoso lugar. ¡Si al menos hubiera algunas estrellas amistosas para mirar! La oscuridad era tan espesa que parecía apretársele contra la cara. Había unos sonidos como de furtivas pisadas por todo el cementerio. Carl se estremeció, en parte por el agudo terror, en parte por un frío real.

Y entonces empezó a llover, una llovizna fría y penetrante. Las delgadas camiseta y camisa de Carl quedaron empapadas en seguida. Estaba congelado hasta los huesos. Olvidó los terrores mentales en medio de su incomodidad física. Pero debía quedarse allí hasta las doce; estaba castigándose a sí mismo y se trataba de su honor. No se había dicho nada sobre la lluvia, pero no hacía la menor diferencia. Cuando por fin el reloj del estudio dio las doce, una pequeña figura empapada se bajó, rígidamente, de la tumba del señor Pollock, se abrió camino hacia la rectoría y subió a meterse en la cama. A Carl le castañeteaban los dientes. Tenía la sensación de que jamás entraría en calor.

Pero sí que había entrado en calor al llegar la mañana. Jerry miró sorprendido el rostro encendido y corrió a llamar a su padre. El señor Meredith vino de prisa; estaba pálido debido a la larga vigilia nocturna junto a un lecho de muerte. Había llegado a la casa cuando amanecía. Se inclinó preocupado sobre su muchachito.

—Carl, ¿te sientes mal? —preguntó.

—La… la tumba… —dijo Carl—, se mueve… se… está… viene. Que… por

favor… que no… venga… El señor Meredith corrió hacia el teléfono. A los diez minutos, el doctor Blythe estaba en la rectoría. Media hora después mandaban un telegrama a la ciudad pidiendo una enfermera y todo Glen supo que Carl Meredith estaba enfermo de neumonía y que se había visto al doctor Blythe sacudir la cabeza.

Gilbert sacudió la cabeza más de una vez en los quince días siguientes. Carl tuvo neumonía doble. Hubo una noche en la que el señor Meredith se puso a pasear por su estudio; en la que Faith y Una se fueron al dormitorio a llorar y en la que Jerry, desesperado de remordimiento, se negó a apartarse de la puerta de Carl. El doctor Blythe y la enfermera no dejaron el lecho del enfermo ni por un momento. Lucharon contra la muerte con gallardía y ganaron la batalla. Carl se recuperó y pasó la crisis. La noticia fue transmitida por teléfono al expectante Glen y la gente se dio cuenta de cuánto amaba en realidad a su pastor y a sus hijos.

—No he dormido normalmente ni una sola noche desde que me enteré de que ese chico estaba enfermo —le dijo la señorita Cornelia a Ana—, y Mary Vance ha llorado hasta hacer que sus extraños ojos parecieran agujeros en una sábana. ¿Es cierto que Carl pescó una neumonía por quedarse toda la noche en el cementerio para ganar una apuesta?

—No. Se quedó en el cementerio para castigarse a sí mismo por su cobardía en aquel asunto del fantasma de Warren. Parece que tienen un club para educarse a sí mismos y se castigan cuando hacen algo malo. Jerry se lo contó todo al señor Meredith.

—Pobrecitos —se compadeció la señorita Cornelia.

Carl mejoró rápidamente, pues la congregación llevó a la rectoría alimentos suficientes para abastecer un hospital. Norman Douglas iba todas las noches con una docena de huevos frescos y una jarra de crema de Jersey. A veces se quedaba alrededor de una hora discutiendo en el estudio con el señor Meredith sobre la predestinación; pero con mayor frecuencia se iba por la colina que daba sobre Glen.

Cuando Carl pudo ir otra vez al Valle del Arco Iris, organizaron una fiesta en su honor y el doctor fue a ayudarlos con los fuegos artificiales. Mary Vance también fue, pero no contó ninguna historia de fantasmas. La señorita Cornelia le había echado una buena reprimenda sobre el tema, reprimenda que Mary no olvidaría con facilidad.

32. Dos personas testarudas

De camino a su casa después de la lección de música en Ingleside, Rosemary West se dirigió al arroyito oculto en el Valle del Arco Iris. No había ido en todo el verano; el hermoso lugar ya no la atraía. El espíritu de su joven amado ya nunca venía a la cita; y los recuerdos relacionados con John Meredith eran demasiado dolorosos y vividos. Pero resulta que miró hacia atrás por el valle y vio a Norman Douglas saltando ágil como un muchacho el viejo terraplén de piedra del jardín de los Bailey y pensó que iba de camino colina arriba. Si la alcanzara, tendría que caminar con él hasta su casa, y no pensaba hacerlo. De modo que de inmediato se ocultó detrás de los arces del arroyo, esperando que no la hubiera visto y siguiera de largo.

Pero Norman no sólo la había visto sino que la seguía. Hacía tiempo que quería charlar con Rosemary West, pero ella siempre, o eso parecía, lo evitaba. A Rosemary nunca le había gustado mucho Norman Douglas. Sus impulsos, su temperamento y su ruidosa hilaridad siempre le habían caído mal. Hacía mucho tiempo se había preguntado cómo Ellen podía sentirse atraída por él. Norman Douglas era perfectamente consciente de que no le gustaba y no le importaba. A Norman nunca le preocupaba que la gente no lo quisiera. Ni siquiera hacía que él sintiera lo mismo a su vez, pues lo consideraba una especie de cumplido forzoso. Rosemary West le parecía una excelente muchacha y tenía intención de ser un excelente y generoso cuñado para ella. Pero antes de ser su cuñado tenía que hablar con ella; por eso, cuando la vio salir de Ingleside, estando él en el umbral de un negocio de Glen, de inmediato se lanzó hacia el valle para alcanzarla.

Rosemary estaba sentada, pensando, en el asiento del arce donde había estado sentado John Meredith aquella tarde hacía casi un año. El arroyito resplandecía y borboteaba bajo su reborde de helechos. Resplandores rojo rubí del crepúsculo caían entre las ramas arqueadas. Un alto racimo de unos asteres perfectos se erguía a su lado. El lugar era tan mágico y sutil como cualquier

morada de hadas y dríadas en los bosques antiguos. Allí irrumpió Norman Douglas, dispersando y aniquilando en un momento todo el encanto. Su personalidad parecía tragarse todo el lugar. Allí, sencillamente, no quedó nada más que Norman Douglas: grande, complacido y barbirrojo.

—Buenas tardes —dijo Rosemary con frialdad, poniéndose en pie.

—Buenas, muchacha. Siéntate, siéntate. Quiero hablar contigo. Bendita seas, ¿por qué me miras así? No te voy a comer; ya he cenado. Siéntate y sé bien educada.

—Puedo oír perfectamente lo que quiera decirme estando de pie —contestó Rosemary.

—Puedes, muchacha, si usas las orejas. Sólo quería que estuvieras cómoda. Se te ve incómoda ahí de pie. Bueno, yo sí me voy a sentar.

En consecuencia, Norman se sentó en el mismo lugar en el que una vez se había sentado John Meredith. El contraste era tan ridículo que Rosemary temió estallar en una carcajada histérica. Norman puso el sombrero a su lado, apoyó las inmensas manos rojas sobre las rodillas y la miró con ojos brillantes.

—Vamos, muchacha, no estés tan rígida —dijo con intención de congraciarse con ella. Cuando quería podía ser muy simpático—. Vamos a mantener una razonable, sensata y amistosa conversación. Hay algo que quiero preguntarte. Ellen dice que ella no te lo preguntará, de modo que me corresponde a mí.

Rosemary miró el arroyo, que parecía haberse reducido al tamaño de una gota de rocío. Norman la miraba desesperado.

—Maldita sea, podrías ayudarme un poco —exclamó.

—¿Qué es lo que quiere que le ayude a decir? —preguntó Rosemary desdeñosamente.

—Lo sabes tan bien como yo, muchacha. No adoptes ese aire de tragedia. Con razón Ellen tiene miedo de preguntártelo. Mira, muchacha, Ellen y yo queremos casarnos. Es claro como el agua, ¿no? ¿Lo entiendes? Y Ellen dice que no puede a menos que tú la liberes de una tonta promesa que te hizo. Bueno, ¿lo harás? ¿Lo harás?

—Sí —dijo Rosemary.

Norman se levantó de un salto y le tomó la mano.

—¡Bien! Sabía que lo harías, se lo dije a Ellen. Sabía que no llevaría más de un minuto. Ahora bien, muchacha, ve a tu casa y díselo a Ellen; celebraremos la boda dentro de quince días y tú vendrás a vivir con nosotros. No te dejaremos clavada en la cima de esa colina como un cuervo solitario, no te preocupes. Sé

que me odias, pero, Señor, qué divertido va a ser vivir con alguien que me odia. La vida tendrá algo picante. Ellen me dará miel y tú me darás hiel. No voy a aburrirme.

Rosemary no condescendió a decirle que no había nada capaz de convencerla de ir a vivir a su casa. Lo dejó irse a Glen a grandes zancadas, desparramando deleite y complacencia, y ella caminó despacio colina arriba, hacia su casa. Sabía que iba a suceder algo parecido desde que volvió de Kingsport y se encontró con Norman Douglas instalado como una frecuente visita vespertina. Ni ella ni Ellen habían mencionado su nombre una sola vez, pero el evitarlo era significativo. No estaba en la naturaleza de Rosemary sentir rencor, de lo contrario habría sentido mucho. Era fríamente amable con Norman y no hacía diferencia alguna con Ellen. Pero Ellen no había hallado mucho aliento para su segundo noviazgo.

Estaba en el jardín, escoltada por Saint George, cuando Rosemary llegó a casa. Las dos hermanas se encontraron en el sendero de las dalias. Saint George se sentó en el camino de grava entre ellas y enrolló graciosamente su lustrosa cola negra alrededor de las patas blancas, con toda la indiferencia de un gato bien alimentado, bien criado y bien acicalado.

—¿Has visto alguna vez unas dalias como éstas? —preguntó Ellen, orgullosa—. Son las más bonitas que hemos tenido.

A Rosemary nunca le habían gustado las dalias. Su presencia en el jardín era su concesión al gusto de Ellen. Vio una grande, moteada en rojo y amarillo, que reinaba por sobre todas las demás.

—Esa dalia —dijo, señalándola—, es exactamente como Norman. Fácilmente podría ser su hermana gemela.

El rostro bronceado de Ellen se coloreó. Ella admiraba a la dalia en cuestión, pero sabía que Rosemary no y que el comentario no era ningún cumplido. Pero no osó resentirse por las palabras de Rosemary; la pobre Ellen no osaba resentirse por nada en esos momentos. Era la primera vez que Rosemary mencionaba el nombre de Norman. Sintió que esto anunciaba algo.

—He visto a Norman Douglas en el valle —dijo Rosemary, mirando a su hermana a los ojos—, y me dijo que os queréis casar si te doy permiso.

—¿Sí? ¿Y qué le has dicho? —preguntó Ellen, tratando de hablar con naturalidad y fracasando por completo. No podía sostenerle la mirada. Miró el lomo lustroso de Saint George y sintió un miedo horrible. ¿Rosemary había dicho que se lo daría o que no? Si se lo diera, ella se sentiría tan avergonzada y

arrepentida que sería una novia muy infeliz; y si no se lo diera… bueno, Ellen había aprendido una vez a vivir sin Norman Douglas, pero había olvidado la lección y sentía que no podría volver a aprenderla.

—Le dije que en lo que a mí concierne sois completamente libres de casaros en cuanto os apetezca —dijo Rosemary.

—Gracias —dijo Ellen, aún mirando a Saint George. A Rosemary se le suavizaron las facciones.

—Espero que seas feliz, Ellen —dijo suavemente.

—Ay, Rosemary. —Ellen levantó la mirada con desolación—. Estoy tan avergonzada; no me lo merezco después de todo lo que te dije.

—No vamos a hablar de eso —dijo Rosemary rápida y determinadamente.

—Pero… pero —insistió Ellen—, ahora eres libre tú también; y no es demasiado tarde. John Meredith…

—¡Ellen West! —Rosemary tenía sus arranques de carácter bajo toda su dulzura, y ahora relampagueaba en sus ojos azules—. ¿Has perdido el sentido común? ¿Piensas por un instante que yo voy a ir a ver a John Meredith y decirle, como si tal cosa: «Por favor, señor, he cambiado de idea. Por favor, señor, espero que usted no»? ¿Es eso lo que quieres que haga?

—No, no, pero… si lo alentaras un poco… él regresaría.

—Jamás. Me desprecia, y con toda la razón. Basta, Ellen. No te guardo ningún rencor, cásate con quien quieras. Pero no interfieras en mis asuntos.

—Entonces tienes que venir a vivir conmigo. No voy a dejarte aquí sola.

—¿Realmente piensas que voy a ir a vivir a la casa de Norman Douglas?

—¿Por qué no? —exclamó Ellen con enfado, a pesar de lo humillada que se sentía. Rosemary se echó a reír.

—Ellen, creía que tenías sentido del humor. ¿Me ves en esa situación?

—No veo por qué no. Su casa es lo suficientemente grande; tendrías una parte sólo para ti; él no se inmiscuiría en tu vida.

—Ellen, ni pensarlo. No saques el tema otra vez.

—Entonces —dijo Ellen, fría y decidida— no me casaré con él. No voy a dejarte sola aquí. No se hable más de esto.

—Tonterías, Ellen.

—No es ninguna tontería. Es mi firme decisión. Sería absurdo que pensaras en vivir aquí sola, a un kilómetro y medio de distancia de la casa más cercana. Si tú no vienes a vivir conmigo, yo me quedo contigo. Y no discutiremos el asunto, de modo que no lo intentes.

—Dejaré la discusión en manos de Norman —decidió Rosemary.

—Yo me ocuparé de Norman. Puedo manejarlo. Jamás te habría pedido que me liberaras de mi promesa, jamás, pero tuve que contarle a Norman por qué no podía casarme con él y dijo que él te lo pediría. No vayas a suponer que eres la única persona en el mundo con respeto por sí misma. Nunca he pensado en casarme y dejarte aquí sola. Y te darás cuenta de que puedo ser tan decidida como tú.

Rosemary se volvió y entró en la casa, encogiéndose de hombros. Ellen miró a Saint George, que no había parpadeado ni movido un pelo del bigote durante toda la conversación.

—Saint George, este mundo sería un lugar aburrido sin los hombres, lo admito, pero me siento bastante tentada de desear que no existieran. Mira los problemas y las molestias que han creado aquí mismo, George; han arrancado de raíz nuestra feliz vida de antes, Saint. Empezó John Meredith y lo termina Norman Douglas. Y ahora los dos han desaparecido en el limbo. Norman es el único hombre que he conocido que está de acuerdo conmigo en que el *kaiser* de Alemania es la criatura viviente más peligrosa sobre la Tierra y no puedo casarme con esta persona sensata porque mi hermana es una testaruda y yo soy más testaruda que ella. Escucha mis palabras, Saint George, el pastor volvería si ella levantara el meñique. Pero ella no lo hará, George, no lo hará jamás, ni siquiera enseñará la mano; y yo no me atrevo a inmiscuirme, Saint. No me enfadaré, George; Rosemary no se enfadó, de modo que yo tampoco lo haré, eso está decidido, Saint. Norman revolverá la Tierra, pero en resumidas cuentas, Saint George, la cuestión es que todos nosotros, pobres viejos tontos, debemos olvidarnos de la idea de casarnos. Bien, bien, «la desesperanza es un hombre libre; la esperanza es un esclavo», Saint. Así que entremos en la casa ahora, George, y te voy a obsequiar con un plato de crema. Por lo menos habrá una criatura contenta y satisfecha en esta colina.

33. Carl… no es… azotado

—Hay algo que os tengo que decir —anunció Mary Vance con aire de misterio.

Faith, Una y ella caminaban del brazo por el pueblo después de haberse encontrado en la tienda del señor Flagg. Una y Faith intercambiaron miradas que querían decir: «Algo desagradable nos espera». Cuando Mary Vance creía que debía decirles cosas rara vez escucharla resultaba placentero. A menudo se preguntaban por qué seguían queriéndola, pues la querían a pesar de todo. Normalmente era una compañera estimulante y agradable. ¡Si no tuviera la firme convicción de que era su deber contarles cosas!

—¿Sabéis que Rosemary West no quiere casarse con vuestro padre porque piensa que sois unos salvajes? Tiene miedo de no poder educaros bien y por eso lo rechazó.

El corazón de Una se hinchó de secreta felicidad. Se alegró mucho de enterarse de que la señorita West no se casaría con su padre. Pero Faith se sintió bastante desilusionada.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Ah, lo dice todo el mundo. Yo oí a la señora Elliott hablando del asunto con la esposa del doctor. Pensaban que estaba demasiado lejos para oír, pero yo tengo oído de gato. La señora Elliott dijo que no le cabía la menor duda de que Rosemary temía convertirse en vuestra madrastra por la mala fama que tenéis. Vuestro padre ya no va a la colina. Norman Douglas tampoco. La gente dice que Ellen lo ha abandonado para vengarse porque él la abandonó a ella hace siglos. Pero Norman dice que terminará conquistándola. Y yo pienso que tenéis que saber que le habéis estropeado el matrimonio a vuestro padre y a mí me parece una verdadera lástima, porque tarde o temprano terminará casándose con alguien y Rosemary West habría sido la mejor esposa para él.

—Tú me dijiste que todas las madrastras son crueles y malvadas —dijo Una.

—Ah, bueno —admitió Mary, algo confundida—, son muy irritables, lo sé.

Pero Rosemary West no podría ser muy mala con nadie. Os digo que si vuestro padre se decide y se casa con Emmeline Drew, vais a desear haberos comportado mejor y no haber ahuyentado a Rosemary. Es espantoso que tengáis tan mala fama que ninguna mujer decente quiera casarse con vuestro padre. Claro que yo sé que la mitad de las historias que se cuentan no son verdad. Pero cría fama… Si hay gente que dice que fueron Jerry y Carl los que arrojaron piedras la otra noche contra las ventanas de la señora Stimson cuando en realidad fueron dos de los chicos Boyd. Pero lo que sí me temo es que haya sido Carl el que puso la anguila en el coche de la anciana señora Carr, aunque al principio yo no podía creerlo hasta no tener una prueba mejor que la palabra de la vieja Kitty Alee. Se lo dije en la cara a la señora Elliott.

—¿Qué hizo Carl? —exclamó Faith.

—Bueno, dicen… atención, sólo digo lo que dice la gente, a mí no me echéis la culpa… dicen que Carl y otros muchachos estaban pescando anguilas en el puente una tarde de la semana pasada. Pasó la señora Carr en su viejo coche destartalado con la parte de atrás abierta. Y Carl se levantó y tiró una gran anguila. Cuando la pobre señora Carr subía la colina cerca de Ingleside, la anguila se había arrastrado hasta sus pies. Pensó que era una víbora, pegó un alarido espantoso, se levantó del asiento y saltó del coche por encima de las ruedas. El caballo se espantó, pero se fue a casa y no pasó nada. Pero la señora Carr se raspó todas las piernas y tiene ataques nerviosos cada vez que se acuerda de la anguila. De verdad, fue una maldad hacerle eso a la pobre vieja. Es buena persona, aunque sea rara como no sé qué.

Faith y Una volvieron a mirarse. Ése era un tema para el Club de la Buena Conducta. No lo discutirían con Mary.

—Ahí va vuestro padre —dijo Mary, pues el señor Meredith pasaba en ese momento frente a ellas—, y bien podríamos no estar aquí, porque ni nos ha visto. Bien, ahora ya no me molesta. Pero hay gente a la que sí le molesta.

El señor Meredith no las había visto, pero no iba caminando en su usual distraída ensoñación. La señora Davis acababa de contarle la historia de Carl y la anguila. Estaba muy indignada. La anciana señora Carr era su prima tercera. El señor Meredith estaba más que indignado. Estaba herido y enfadado. No pensaba que Carl fuera capaz de algo así. No solía ser severo con travesuras por descuido u olvido, pero aquello era distinto. Era desagradable. Al llegar a casa encontró a Carl en el jardín, estudiando con paciencia los hábitos de una colonia de avispas. El señor Meredith lo llamó al estudio, lo interrogó y, con una expresión tan

severa como jamás antes le habían visto sus hijos, le preguntó si la historia era verdadera.

—Sí —dijo Carl, ruborizándose, pero sosteniéndole valientemente la mirada.

El señor Meredith gimió. Había tenido esperanzas de que fuera, cuanto menos, una exageración.

—Cuéntamelo todo —ordenó.

—Los muchachos estaban pescando anguilas en el puente —dijo Carl—. Link Drew había pescado una monstruosa, quiero decir, muy grande, la anguila más grande que he visto en mi vida. La pescó en seguida y hacía rato que estaba en la canasta inmóvil. Yo pensé que estaba muerta, de verdad. Y entonces apareció la señora Carr en el puente y nos gritó que éramos unos sabandijas, que nos fuéramos a casa. Y nosotros no le habíamos dicho ni una palabra, padre, de verdad. Entonces, cuando pasó otra vez, después de ir a la tienda, los muchachos me dijeron que a que no le ponía la anguila de Link en el coche. Yo creí que estaba tan muerta que no podía hacerle nada y la arrojé dentro. Pero entonces la anguila revivió y oímos gritar a la señora Carr, y la vimos saltar. Yo me arrepentí mucho. Es todo, padre.

No era tan terrible como temía el señor Meredith, pero era bastante malo.

—Debo castigarte, Carl —dijo con pena.

—Sí, lo sé, padre.

—Debo… debo azotarte.

Carl se encogió. Nunca lo habían azotado. Pero entonces, al ver lo mal que se sentía su padre, dijo alegremente:

—Está bien, padre.

El señor Meredith no entendió su alegría y pensó que era insensibilidad. Le dijo a Carl que fuera al estudio después del almuerzo y, cuando el muchacho salió, se arrojó sobre la silla y volvió a gemir. Temía la llegada de la tarde diez veces más que Carl. El pobre pastor ni siquiera sabía con qué debía azotar a su hijo. ¿Qué se utilizaba para azotar a los niños? ¿Varas? ¿Bastones? No, sería demasiado salvaje. ¿Una varita de árbol entonces? Y él, John Meredith, debía ir al bosque a cortar una. Era una idea abominable. Entonces se le apareció una imagen. Vio el pequeño rostro enjuto de la señora Carr al ver aparecer la anguila revivida, la vio saltando en un vuelo como de bruja por encima de las ruedas del coche. Antes de poder evitarlo, el pastor se echó a reír. Pero después se enfadó consigo mismo y más con Carl. Iría de inmediato a buscar la vara; y no sería demasiado liviana.

Carl hablaba del asunto en el cementerio con Faith y Una, que acababan de llegar. Estaban horrorizadas por la idea de que fueran a azotarlo, ¡y por el padre, que jamás había hecho semejante cosa! Pero estuvieron de acuerdo en que era justo.

—Sabes que hiciste algo muy malo —suspiró Faith—. Y nunca lo admitiste en el club.

—Me olvidé —dijo Carl—. Además, no pensé que tuviera ninguna consecuencia. No sabía que se había lastimado las piernas. Pero me azotarán y eso pondrá las cosas en su lugar.

—¿Dolerá… mucho? —preguntó Una cogiendo la mano de Carl.

—Oh, no, no mucho, supongo —dijo Carl, valeroso—. De todas maneras, no voy a llorar, por más que duela. Papá se sentiría muy mal si lloro. Ahora está muy afligido. Ojalá pudiera azotarme yo mismo bien fuerte para que no tuviera que hacerlo él.

Después del almuerzo, en el cual Carl comió poco y el señor Meredith nada en absoluto, los dos fueron en silencio al estudio. La varita estaba sobre el escritorio. El señor Meredith había tenido dificultades para encontrar una vara que le viniera bien. Cortó una, pero después le pareció demasiado delgada. Carl había hecho algo realmente indefendible. Entonces cortó otra, pero era demasiado gruesa. Después de todo, Carl pensó que la anguila estaba muerta. La tercera le pareció mejor; pero cuando la cogió del escritorio le pareció muy gruesa y pesada; más parecía un garrote que una varita.

—Levanta la mano —le dijo a Carl.

Carl echó la cabeza hacia atrás y, sin amilanarse, tendió la mano. Pero no era mayor y no podía disimular el miedo que se le veía en los ojos. El señor Meredith miró esos ojos… eran los ojos de Cecilia… los mismos ojos… y en ellos había la misma expresión que él había visto en los ojos de Cecilia una vez que fue a contarle algo que había tenido un poco de miedo de decirle. Allí, en la carita de Carl, estaban sus ojos; y seis semanas atrás él había pensado, durante una noche terrible e interminable, que aquel muchachito se iba a morir. John Meredith arrojó la vara al suelo.

—Vete —dijo—. No puedo azotarte.

Carl voló al cementerio, sintiendo que la expresión de su padre era peor que cualquier paliza.

—¿Tan pronto? —preguntó Faith. Una y ella habían estado de la mano y con los dientes apretados sobre la tumba de Pollock.

—No… no me ha pegado —dijo Carl con un sollozo—, y… quisiera que lo hubiera hecho; ahora está ahí adentro, sintiéndose muy mal.

Una se escabulló. Le ardía el corazón por consolar a su padre. Tan sigilosa como un ratoncito gris, abrió la puerta del estudio y entró. La habitación estaba a oscuras a esa hora del crepúsculo. Su padre se encontraba sentado ante el escritorio. Estaba de espaldas a ella, con la cabeza entre las manos. Hablaba solo, con palabras quebradas, angustiosas, pero Una oyó, oyó y comprendió, con la súbita iluminación de los niños sensibles y sin madre. Tan sigilosamente como entró, volvió a salir y cerró la puerta. John Meredith siguió expresando en palabras su dolor en lo que creía una soledad no perturbada.

34. Una visita a la colina

Una subió a su habitación. Carl y Faith iban camino, bajo la temprana luz de la luna, del Valle del Arco Iris, pues habían oído el sonido mágico de la armónica de Jerry y supieron que los Blythe estaban allí preparándose para divertirse. Una no tenía ganas de ir. Primero se fue a su cuarto, donde se sentó sobre la cama y lloró un ratito. No quería que nadie ocupara el lugar de su querida madre. No quería una madrastra que la odiara e hiciera que su padre la odiara. Pero papá era tan desesperadamente desdichado que, si ella podía hacer algo para que fuera feliz, debía hacerlo. Había una sola cosa que podía hacer, y lo había sabido en el momento mismo en que dejó el estudio. Pero era algo muy difícil de hacer.

Después de llorar hasta no poder más, Una se secó los ojos y fue al cuarto de huéspedes. Estaba oscuro y bastante húmedo, porque hacía tiempo que no se levantaba la cortina ni se abría la ventana. La tía Martha no era amiga del aire fresco. Pero como a nadie se le ocurría nunca cerrar una puerta en la rectoría, no importaba mucho, salvo cuando algún desdichado pastor iba a pasar la noche y se veía obligado a respirar la atmósfera del cuarto de huéspedes.

Allí había un armario y, en el fondo, estaba colgado un vestido de seda gris. Una entró en el armario y cerró la puerta; se arrodilló y apretó la cara contra los suaves pliegues de la seda. Había sido el vestido de novia de su madre. Todavía estaba lleno de un perfume dulce, suave, persistente, como el amor que permanece. Una siempre se sentía muy cerca de su madre allí, como si estuviera arrodillada a sus pies con la cabeza sobre su regazo. Iba allí a veces, cuando la vida era demasiado difícil.

—Mamá —susurró al traje de seda gris—. Nunca te olvidaré, mamá, y siempre te querré más que a nadie. Pero tengo que hacerlo, mamá, porque papá es muy desdichado. Yo sé que tú no querrías que sea desdichado. Y voy a ser muy buena con ella, mamá, y voy a tratar de quererla, aunque sea como dice Mary Vance que son todas las madrastras.

Una halló una delicada fortaleza espiritual en su santuario secreto. Durmió serenamente aquella noche, con las manchas de las lágrimas todavía resplandecientes sobre su dulce y seria carita.

A la tarde siguiente se puso su mejor vestido y sombrero. Estaban bastante gastados. Todas las niñas de Glen, excepto Faith y Una, tenían ropa nueva aquel verano. Mary Vance tenía un hermoso vestido de lino blanco bordado, con un cinturón de seda escarlata y lazos en los hombros. Pero hoy a Una no le importaba su ropa. Sólo quería estar muy pulcra. Se lavó la cara con mucho esmero. Se cepilló el cabello negro hasta que quedó suave como el satén. Se cosió dos agujeros de las únicas medias buenas que le quedaban y se ató con cuidado los lazos de los zapatos. Le habría gustado darles betún, pero no encontró. Por fin salió de la rectoría, cruzó el Valle del Arco Iris, subió por los bosques susurrantes y salió al camino que pasaba por la casa de la colina. Era una buena distancia y estaba cansada y acalorada cuando llegó.

Vio a Rosemary West sentada bajo un árbol en el jardín y pasó junto a los canteros de dalias dirigiéndose hacia ella. Rosemary tenía un libro sobre la falda, pero miraba a lo lejos, más allá del puerto, y sus pensamientos eran bastante tristes. La vida no había sido agradable en los últimos tiempos en la casa de la colina. Ellen no se había enfurruñado; Ellen había sido como un ladrillo. Pero hay cosas que se sienten aunque no se digan y a veces el silencio entre las dos mujeres era intolerablemente elocuente. Todas las cosas familiares que en un tiempo habían hecho dulce la vida tenían ahora un dejo de amargura. Norman Douglas hacía periódicas irrupciones también, para rezongar o para tratar de convencer a Ellen. Rosemary creía que acabaría por arrastrar a Ellen con él algún día y sentía que casi se alegraría cuando sucediera. Entonces la existencia sería terriblemente solitaria, pero ya no estaría cargada con dinamita. La despertó de su nada placentera ensoñación un tímido toquecito en el hombro. Al volverse vio a Una Meredith.

—Caramba, Una, querida, ¿has venido andando hasta aquí con este calor?

—Sí —balbuceó Una—. He venido… he venido a…

Pero le resultaba muy difícil decir lo que había ido a hacer. Se le quebró la voz y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Pero, Una, pequeña, ¿qué pasa? No tengas miedo de contármelo.

Rosemary abrazó el frágil cuerpecito y acercó a la niña hacia ella. Tenía los ojos muy hermosos y su abrazo era tan tierno que Una halló el valor perdido.

—He venido… a pedirle… que se case con papá —balbuceó.

Rosemary guardó silencio un instante de puro asombro. Miraba a Una, atónita.

—Por favor, no se enfade, querida señorita West —dijo Una—. Es que todo el mundo dice que no quiere casarse con papá porque nosotros somos muy malos. Él es muy desgraciado por eso. Entonces pensé venir a decirle que nunca somos malos a propósito. Que si se casa con papá todos trataremos de portarnos bien y hacer lo que nos diga. Estoy segura de que no va a tener ningún problema con nosotros. Por favor, señorita West.

Rosemary pensaba rápidamente. Las conjeturas de los chismosos debían de haber puesto esa idea errónea en la cabeza de Una. Debía ser perfectamente franca y sincera con la niña.

—Una querida —dijo con suavidad—. No es culpa vuestra, criaturitas de Dios, que no pueda ser la esposa de tu padre. Nunca se me ocurrió semejante cosa. No sois malos; nunca he creído nada semejante. Hay… hay otra razón, Una.

—¿No le gusta papá? —preguntó Una, levantando los ojos llenos de reproche—. ¡Ah, señorita West, no sabe lo bueno que es! Estoy segura de que sería un esposo muy bueno.

Incluso en medio de su tristeza y su perplejidad, Rosemary no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—¡Ay, no se ría, señorita West! —exclamó Una con apasionamiento—. Papá está muy triste.

—Creo que te equivocas, querida —dijo Rosemary.

—No, no, seguro que no. Ay, señorita West, ayer papá iba a pegar a Carl, que se había portado muy mal, y no pudo hacerlo porque, claro, no tiene práctica en eso de dar azotes. Entonces, cuando Carl salió y nos contó que papá se sentía tan mal, entré despacito al estudio para ver si podía ayudarlo… a él le gusta que yo lo consuele, señorita West, y él no me oyó entrar y yo oí lo que estaba diciendo. Se lo contaré, señorita West, si me deja que se lo diga en secreto.

Una le susurró su secreto al oído. Rosemary se puso roja. De modo que todavía le importaba a John Meredith. Él no había cambiado de idea. Y debía de importarle mucho si había dicho eso, debía de importarle más de lo que ella suponía. Permaneció inmóvil un momento, acariciándole el pelo a Una. Luego dijo:

—¿Le llevarías a tu padre una carta mía, Una?

—Ay, ¿se va a casar con él, señorita West? —preguntó Una, ansiosa.

—Puede ser… si él me quiere por esposa —confesó Rosemary, volviendo a ruborizarse.

—Me alegro… me alegro —dijo Una valientemente. Entonces levantó los ojos, con labios temblorosos—. Señorita West, no va a poner a papá en contra de nosotros, no hará que nos odie, ¿verdad? —preguntó, suplicante.

Rosemary se quedó mirándola.

—¡Una Meredith! ¿Me crees capaz de semejante cosa? ¿Cómo se te ha ocurrido esa idea?

—Mary Vance dice que todas las madrastras son iguales, y que todas odian a sus hijastros y hacen que el padre los odie; dice que no pueden evitarlo porque el hecho de ser madrastras las hace así.

—¡Pobrecita! ¿Y a pesar de eso viniste a pedirme que me case con tu padre porque quieres que sea feliz? Eres un encanto, una heroína, como diría Ellen, eres una gran persona. Ahora escúchame con mucha atención, querida mía. Mary Vance es una niña tonta que no sabe mucho y está muy equivocada con respecto a algunas cosas. Nunca se me ocurriría poner a tu padre en contra vuestra. Yo os querría mucho. No quiero ocupar el lugar de tu madre, ella siempre tiene que tener su propio lugar en vuestros corazones. Pero tampoco tengo intenciones de ser una madrastra. Quiero ser una amiga, una ayuda, una compinche. ¿No te parece que sería muy bonito, Una, que Faith, Carl, Jerry y tú pudierais pensar en mí como en una buena y alegre compinche, como en una hermana mayor?

—Ay, sería maravilloso —exclamó Una con expresión de éxtasis. En un impulso le echó los brazos al cuello. Era tan feliz que se sentía capaz de volar.

—¿Tienen los otros… digo, Faith y los chicos, la misma idea que tenías tú sobre las madrastras?

—No. Faith nunca creyó a Mary Vance. Yo fui una tonta al creerla. Faith la quiere mucho. Y a Jerry y a Carl les va a parecer divertido. Ah, señorita West, cuando venga a vivir con nosotros, ¿nos… podría enseñarme a cocinar… un poquito, y a coser, y… y a hacer otras cosas? Yo no sé nada. No seré difícil, aprenderé rápido.

—Querida, te enseñaré y te ayudaré en todo lo que pueda. Ahora bien, no debes decirle ni una palabra de esto a nadie, ¿eh? Ni siquiera a Faith, hasta que tu padre te diga que puedes, ¿sí? ¿Ahora te quedarás a tomar el té conmigo?

—Ah, gracias, pero… pero creo que prefiero irme corriendo a llevarle la carta a papá —tartamudeó Una—. Así se pondrá contento mucho antes, señorita West.

—Entiendo —dijo Rosemary. Entró en la casa, escribió una nota y se la dio a Una. Cuando se marchó corriendo hecha un manojo de felicidad, Rosemary fue hacia el porche trasero, donde estaba Ellen pelando guisantes.

—Ellen —anunció—, acaba de venir Una Meredith a pedirme que me case con su padre.

Ellen levantó la mirada y leyó el rostro de su hermana.

—¿Y vas a hacerlo?

—Es muy probable.

Ellen siguió unos minutos más pelando guisantes. De pronto se llevó la mano a la cara. Había lágrimas en sus ojos oscuros.

—Espero… espero que todos seamos felices —dijo en medio de un sollozo y una risa.

En la rectoría, Una Meredith, acalorada, con la cara roja, triunfante, entró en el estudio de su padre y puso la carta sobre el escritorio. La cara pálida de su padre se coloreó cuando vio la letra clara y delicada que tan bien conocía. Abrió la carta. Era muy breve, pero él sintió que rejuvenecía veinte años al leerla. Rosemary le pedía que se encontraran esa tarde a la caída del sol en el arroyo del Valle del Arco Iris.

35. Que venga el flautista

—Entonces —dijo la señorita Cornelia—, la boda doble se celebrará hacia mediados de mes.

Había una brisa fría en la noche de principios de septiembre, de modo que Ana había encendido el fuego en la gran sala y ella y la señorita Cornelia se calentaban a su mágico calor.

—Es maravilloso, en especial para el señor Meredith y Rosemary —dijo Ana —. Cuando lo pienso soy tan feliz como cuando me casé yo. Anoche, cuando subí la colina para ver el ajuar de Rosemary, volví a sentirme como una novia.

—Me han dicho que el ajuar es digno de una princesa —comento Susan desde un oscuro rincón donde mecía a su niñito oscuro—. A mí también me invitaron a verlo y pienso ir una noche de éstas. Tengo entendido que Rosemary vestirá de seda blanca y llevará velo, pero que Ellen se casará de azul marino. No me cabe duda, mi querida señora, de que es muy sensato de su parte, pero por mi parte siempre consideré que, si me casara alguna vez, preferiría ir de blanco y con velo, porque es más de novia.

Una imagen de Susan «de blanco y con velo» apareció en la imaginación de Ana, y fue casi demasiado para ella.

—En cuanto al señor Meredith —dijo la señorita Cornelia—, hasta el compromiso lo ha hecho otro hombre. No anda ni la mitad de distraído y soñador, créeme. ¡Yo me sentí tan aliviada cuando me enteré de que había decidido cerrar la rectoría y mandar a los niños de visita mientras él estuviera de luna de miel! Si los hubiera dejado un mes entero solos con la tía Martha, me hubiera quedado esperando despertarme todas las mañanas para ver la casa incendiada.

—La tía Martha y Jerry se quedarán en casa —informó Ana—. Carl va a casa del vicario Clow. No sé dónde se quedarán las chicas.

—Ah, se quedan conmigo —dijo la señorita Cornelia—. Claro que yo quise

también, pero Mary no me habría dejado en paz hasta que no las hubiera invitado. La Asociación de Damas de Beneficencia limpiará la rectoría antes de que regresen los novios, y Norman Douglas dispuso lo necesario para que llenen el sótano de legumbres y hortalizas. Nadie ha visto nada parecido a lo que ha sido Norman Douglas estos días, créeme. ¡Está tan contento de casarse con Ellen West después de haberla querido toda la vida! Si yo fuera Ellen… pero no lo soy, y si ella está contenta, bien puedo estarlo yo. Hace años, cuando era una niña, dijo que ella no quería un títere complaciente por esposo. Norman sí que no tiene nada de complaciente, créeme.

El sol se ponía sobre el Valle del Arco Iris. El estanque se había puesto un precioso manto púrpura, oro, verde y rojo. Una sutil neblina azul descansaba sobre la colina del este sobre la cual flotaba, grande, pálida y redonda, una luna que parecía una burbuja de plata.

Estaban todos sentados en el suelo del pequeño claro: Faith y Una, Jerry y Carl, Jem y Walter, Nan y Di, y Mary Vance. Habían tenido una celebración especial porque era la última noche de Jem en el Valle del Arco Iris. Por la mañana saldría hacia Charlottetown, donde iría a la Academia de la Reina. El círculo encantado se rompería y, a pesar de la alegría de su pequeña fiesta, había un dejo de pena en cada uno de los jóvenes y alegres corazones.

—Mirad, hay un gran palacio dorado en el ocaso —dijo Walter, señalando—. Mirad las torres resplandecientes… y los estandartes rojos que salen de ellas. Tal vez un conquistador cabalga hacia su casa de regreso de una batalla… y han puesto los estandartes para honrarlo.

—¡Ah, cómo me gustaría que volvieran las épocas de antes! —exclamó Jem —. Me encantaría ser soldado, un gran general triunfante. Daría todo por ver una gran batalla.

Bien, Jem llegaría a soldado y vería una gran batalla; pero eso era todavía algo lejano en el futuro; y la madre de quien él era primogénito gustaba de mirar a sus muchachitos y agradecer a Dios que los «bravos tiempos de antaño» que Jem ansiaba hubieran pasado para siempre, y que jamás sería necesario que los hijos de Canadá cabalgaran hacia la guerra «por las cenizas de sus padres y los templos de sus dioses».

La sombra de la Gran Guerra todavía no había enviado ningún heraldo de su terrible frío. Los muchachos que habrían de luchar, y tal vez caer, en los campos de Francia y Flandes, Gallipoli y Palestina, eran aún traviesos escolares con el panorama de una hermosa vida ante ellos; las chicas cuyos corazones serían

estrujados eran aún pequeñas doncellas resplandecientes de esperanzas y sueños.

Lentamente, los estandartes de la ciudad del ocaso abandonaron sus colores rojo y oro; lentamente, la imagen del conquistador se desvaneció. El crepúsculo cubrió el valle y el grupito quedó en silencio. Walter había estado leyendo otra vez su querido libro de mitos y recordó que una vez había querido que el Flautista de Hammelin llegara al valle en una noche como ésa.

Comenzó a hablar, en parte porque quería emocionar un poquito a sus compañeros y en parte porque algo ajeno a él parecía estar hablando por su boca.

—El Flautista se acerca —dijo—, está más cerca de lo que estaba aquella tarde en que lo vi. Su larga capa sombría flota a su alrededor. Toca y toca… y nosotros debemos seguirlo… Jem, Carl, Jerry y yo… por todo el mundo. Escuchad, escuchad, ¿no oís su música? Las chicas se estremecieron.

—Te lo estás inventando —protestó Mary Vance—, y me gustaría que no lo hicieras. Lo haces parecer demasiado real. Odio a tu Flautista.

Pero Jem se puso en pie de un salto con una alegre risa. Se subió a un montículo con su frente despejada y sus ojos intrépidos. Había miles como él en la tierra de los arces.

—Que venga el Flautista y que sea bienvenido —exclamó, agitando la mano —. Yo lo seguiré de buen grado en su viaje alrededor del mundo.



LUCY MAUD MONTGOMERY, nació en 1874 en Clifton, isla Príncipe Eduardo, Canadá. Quedó huérfana de madre a los dos de años de edad y se educó con sus abuelos maternos en Cavendish. En 1890 fue a vivir con su padre, que se había vuelto a casar, pero no logró adaptarse. Cursó estudios universitarios y trabajó como maestra en su isla natal. En 1898 regresó a Cavendish para vivir con su abuela. Se dedicó entonces al periodismo, escribiendo en el Daily Echo de Halifax. Contrajo matrimonio con el reverendo Ewen Macdonald, estableciéndose en Ontario y finalmente en Toronto. Tuvieron dos hijos.

Primero en Cavendish y posteriormente en sus sucesivos lugares de residencia, L. M. Montgomery escribió más de veinticinco libros, convertidos ya en clásicos de la literatura juvenil universal.

Notas

[1] Colina en ingles. <<

[2] Fe, Esperanza y Caridad. <<